

T-VI/10

Biblioteca del



Museo Romántico

Sig.: T-VI/10

Tít.: Musas y hadas ó Las mujeres mito

Aut.:

Cód.: 501160444 R.21771



R. 21771

VELANDALO YORRUA

MUSAS Y HADAS

DELAHIDALGO Y GARCIA

MUSAS Y HADAS.

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

Esta obra es propiedad de los editores de la
EDAD DE ORO.

T-VI/10

MUSAS Y HADAS

Ó LAS

MUJERES MITOLOGICAS.

OBRA TRADUCIDA DEL FRANCES.

(DIBUJOS DE STAAL).

MADRID :

Imprenta de JOSÉ MARIA DUCAZCAL, plaza de Isabel II, núm. 6.

1854.

MUSAS Y HADAS

0-128

MULIERES MITOLOGICAS.

OBRA TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

(DIBUJOS DE STAAL)

MADRID :

Imprenta de JOSE MARIA DECAZAL, plaza de Isabel II, num. 6.

1854

DEL AHIDALGO Y GARCIA

INTRODUCCION.

PARA los eruditos vulgares, la historia de los dioses falsos está toda encerrada en el Olimpo griego. Este es un error que contraría las tradiciones de casi todos los pueblos antiguos; pero como en los colegios no estudiamos mas que la theogonía de Homero y Ovidio, nos es permitido, en cierto modo, suponer que no hay otros dioses falsos que aquellos de que nos hablan los poetas paganos, y que el Olimpo ha sido su cuna y su cielo. Por otra parte, debe convenirse en que la mitología propiamente dicha, es la fábula mas popular, formando como una ciencia aparte en el dominio público de la instruccion.

Dotados los griegos de esa imaginacion creadora que dan el sol y la mar, no podian contentarse con las realidades de la vida, ni con las meras apariencias esternas de las cosas; así fué que poblaron de un mundo invisible la tierra, la mar y el cielo, y lo personificaron todo, y animaron de la vida misteriosa de los espíritus, cuanto se salia de las condiciones de la vida humana y del juego natural de los fenómenos que explica la ciencia, á la sazón á muy escasa altura en cuanto á penetrar las leyes que rigen al mundo.

Cuando los griegos entraban en una selva umbría, sentíanse poseídos de un santo terror, efecto muy natural hasta para las imaginaciones frias, porque el silencio y las tinieblas que reinan bajo esas bóvedas

de verdura, donde no penetra nunca un rayo de sol, sobrecogen siempre el espíritu. Aquellos pueblos atribuían este natural terror á la presencia de divinidades invisibles de que creían poblados los árboles, los valles, las fuentes y las grutas, resultando de aquí que aquella alarma del espíritu se legitimaba, y que era fundado el espanto que comunicaban las espesuras, puesto que no se movía una hoja, ni sonaba un rumor de viento ó de agua, que no se atribuyese á la fuerza y movimiento interior de algún sér invisible que se quejaba con la onda ó se mecía con el dulce columpiar de la enramada.

El hombre, al inventar los dioses, les prestó sus pasiones, sus vicios y hasta sus crímenes. Muchos de estos eran grandes malvados y cometían las mayores atrocidades; pero, como ha dicho muy bien Rousseau, *el vicio, armado de la autoridad sagrada, descendía en vano á la tierra desde sus moradas eternas, porque el instinto moral lo rechazaba del corazón del hombre. Al celebrar los excesos de Júpiter, se admiraba la continencia de Jenocrates; la casta Lucrecia adoraba á la impúdica Venus; y el intrépido romano sacrificaba al Amor y adoraba al Dios que lanzó á su padre, al doblar humildemente la frente y al morir sin murmurar bajo la mano del suyo. Sus mas infames divinidades fueron servidas por los hombres de mayor santidad y virtud, y la santa voz de la naturaleza, mas fuerte que la de los dioses, se hacia respetar sobre la tierra y parecia relegar á los cielos el crimen con lo que los perpetraban.* Así sucedía que Júpiter, el señor del cielo, daba á la tierra los mas perniciosos ejemplos; pero la tierra, á la vez que le pagaba su tributo de adoración, no imitaba sus excesos, y antes parecia estimularse á la virtud y al heroísmo, con lo mismo que debía llevarla á la degradación. El hombre que se hubiera conducido como Júpiter, hubiera incurrido en el mas horrible anatema. Juno, mujer de Júpiter, era por el contrario modelo de esposas, y se resignaba humildemente á las infidelidades de su marido, sin apelar á ninguna venganza conyugal. Pluton, dios de los infiernos, vivía en buena inteligencia con Proserpina, y no se ocupaba mas que en el mejor arreglo y cuidado de su cavernoso imperio. Neptuno, dios de la mar, observaba una conducta muy sabia: apaciguaba las olas, domaba las tempestades, reprimía los estravíos y arranques de Eolo, y se permitía muy poca licencia en sus amores. Vulcano dirigía las fraguas de Lenmos, como un buen administrador, á pesar de los disgustos que le daba su mujer, la hermosa Venus. Ninguno de los dioses imitaba la conducta de Júpiter, dando en esto un ejemplo á los mortales, é indicando con tal proceder que solo á la suprema potestad le era permitido obrar segun su capricho, y sin tener que dar cuenta á nadie de sus acciones. Júpiter lo podia todo, menos seguir la senda de la virtud.

El mundo olímpico animaba la tierra y la regocijaba: los dioses se

asociaban á los hombres y compartían con ellos sus penas y sus gustos. Por todas partes se levantaban estatuas, templos y altares, y la naturaleza entera parecía consagrarse á una incesante adoración. En las ciudades, en la cima de las montañas, en el fondo de los bosques y en la orilla de los mares, se celebraba una fiesta eterna. Los sacerdotes no bastaban á los sacrificios, á pesar de ser tan numerosos como los adoradores. Cada día del año tenía su dios, su himno y sus ceremonias.

Luego vino un momento en que esta Theogonía tan alegre y bulliosa, y que de tal modo favorecía las pasiones, desapareció como por encanto, y el fuego de Cibele se apagó, y los dioses huyeron espantados, y los oráculos enmudecieron, y se oyó resonar por las alturas aquella voz terrible que llenaba de susto los corazones y que indicaba una gran transformación del espíritu humano, aquella voz que decía á las gentes: *El gran Pan ha muerto.*

Pan era el último que se había afiliado en la gran familia de los dioses griegos; pero en él se reunían todos los anteriores, y era como el complemento de todas sus virtudes y todo su poder. Había venido después del Amor, que es el espíritu de vida, y después del Cielo y la Tierra, y el Tiempo y la Noche y el Destino, y después de Venus que, acompañada del coro de las Gracias, anima toda la materia, y cuando el hombre, habiendo prestado á la divinidad todos sus vicios y todas sus pasiones, se divinizó él mismo. El llegaba á tiempo para contener en su esencia generadora, la esencia de todos los dioses caídos, y para constituir el gran *todo*, y la unidad creadora que bastaba para llenar con su plenitud de poder y de majestad, todos los vacíos que habían dejado en la imaginación del hombre, las ilusiones perdidas y los cultos destronados. Por eso se estremecía la tierra hasta en sus entrañas, y el corazón del hombre se sentía profundamente atribulado, al escuchar aquella voz que conturbaba el silencio de los bosques sagrados, y que decía: *el gran Pan ha muerto*, ó lo que es lo mismo, el mundo de la creencia pagana ha caído por tierra, y todas esas creaciones de la fantasía, que embellecían la vida de un gran pueblo, han sido disipados al soplo de una nueva creencia que va á cerrar las puertas de la antigüedad, y abrir las de otros mundos desconocidos.

Los griegos no eran los inventores de esas theogonías. Su imaginación se contentó con revestir de formas brillantes los mitos gene-siacos que importaban á las tierras elénicas las emigraciones orientales, egipcias y cretenses. En el principio de las sociedades se encuentra siempre en el hombre la necesidad imperiosa de explicar las maravillas de la naturaleza y la creación, por medio de símbolos y de formas alegóricas en que envuelven el sentido que dan á los fenómenos de la naturaleza la ciencia ó la imaginación. Cuando los conocimientos avanzan, se precisan y determinan las fórmulas, y la ciencia sujeta á

la idea, y la hace tener un sentido genuino y espreso. No así en los primeros tiempos de las sociedades: entonces todo está en todo, y una vaguedad infinita se esparce sobre las cosas. Lo que se ve y se adivina está rodeado de tantas cosas que se ignoran, que la inteligencia del hombre no es bastante poderosa para arrancar la verdad del medio de aquel caos que domina á la creacion. Así es que hasta la ciencia misteriosa se cubre de velos sagrados, y recibe tributo en los altares por mano de los mismos sacerdotes que tienen á su cargo la interpretacion y el culto de lo desconocido.

Una de las cosas que mas afectan la imaginacion del hombre primitivo es esa antítesis perpétua en que parece complacerse la naturaleza, que ha puesto continuamente el bien cerca del mal, lo grande al lado de lo pequeño, la gracia frente á la fuerza, sin que hablemos ahora de otros mil contrastes mucho mas variados todavia, que existen entre los colores, las formas y las propiedades particulares de todos los objetos de la creacion.

Así es que en la theogonía de Homero y Hesiodo, lo mismo que en las de otros pueblos mas inclinados á la meditacion, y por lo tanto mas metafísicos, encontramos siempre, á la cabeza de las nomenclaturas genesiacas, el principio de la dualidad, conviene á saber, el bien y el mal engendrados simultáneamente por los mismos séres y los mismos espíritus. Si, abandonando la Grecia, para sumergirnos en las regiones orientales, estudiamos los mitos de que los griegos tomaron los suyos, podremos recorrer toda el Asia, armados solamente de ese principio, y atravesar sus llanuras inmensas, encontrando sin cesar bajo nuestros piés las huellas de todas las grandes religiones de la antigüedad, y penetrar hasta en la India, formidable en sus imaginaciones y sus símbolos, los cuales modificados segun los pueblos y los legisladores, han servido de base á todas las ideas religiosas de la antigüedad.

En la actualidad el brillante paganismo de los griegos ha perecido del todo, ó al menos se ha transformado de tal suerte en las religiones posteriores, que seria un trabajo casi imposible seguir sus huellas y recoger sus símbolos para reconstituir esa hermosa religion, no quedando mas vestigios visibles de ella que en los escritos de la antigüedad.

Lo mismo sucede con la religion del Egipto, de esa tierra á donde afluan los sábios de todas las naciones, á iniciarse en los grandes misterios que envolvian casi todas las ideas científicas de la antigüedad, y muchas de las que son patrimonio y gloria de los siglos presentes. El pueblo de Egipto rendia culto á todos los objetos de la naturaleza: su panteismo grosero confundia en la misma adoracion el Ichneumon, el Ibis, el cocodrilo del Nilo, las plantas y los animales domésticos. Su gran dios Apis era un buey enteramente blanco, esceptuando la frente,

en la cual tenia una media luna con vivos colores de fuego. Estas materializaciones del pensamiento religioso, no eran mas que para el pueblo. Sus sacerdotes adoraban en sus santuarios al Dios único, que para la obra de la creacion emplea dos principios, el elemento igneo y el elemento húmedo, ó lo que es lo mismo Osiris é Isis. De esta doctrina, mas pura y espiritual, no tenian conocimiento mas que los sacerdotes y los reyes y algunos extranjeros, que, como una gran merced, eran iniciados en ella. Estos extranjeros, despues de interpretar los signos de la religion egipcia escrita en las pirámides de Gizeh y en los templos de Peliópolis y Tebas, se esparcian luego por el mundo y llevaban por todas partes aquella semilla de ciencia que fructificaba en todas las latitudes, pudiendo citarse entre las muchas doctrinas y sectas á que dió origen, la de Pitágoras, que llenó de sus discípulos toda la Grecia. La ciencia moderna que en nuestros tiempos ha levantado los velos de piedra que cubrian el sentido oculto de la escritura geroglífica, ha hecho grandes descubrimientos en esos archivos de la sabiduría egipcia, y se ha sorprendido al ver unida tanta grandeza á tanta sencillez. Las antiguas fábulas de otras religiones han perdido mucha parte de sus atractivos, ante la curiosidad que han escitado los mitos egipcios; y al entrar en los templos arruinados de Tebas y de Menfis, ha sido poca toda admiracion para apreciar debidamente las maravillas astronómicas que cubren los lienzos de sus paredes, á guisa de caprichosos ornamentos.

Vano seria, sin embargo, el trabajo que se emplease en buscar en el pueblo egipcio rastro ninguno de estas antiguas creencias. Todas ellas se producian á mayor altura de la que podia alcanzar su penetracion, resultando de aquí que cuando ha pasado la preponderancia y el poder de la nacion egipcia, no ha quedado ni siquiera como tradicion entre las gentes que pueblan aquellas tierras, ni el menor asomo de todas esas verdades científicas y de todos esos dogmas religiosos de que solo dan mudo testimonio los monumentos y las ruinas. No ha sucedido lo mismo entre los pueblos orientales. Allí las sectas religiosas no perecen jamás, porque están encarnadas en el espíritu público y viven con las últimas capas de la sociedad, que son las que siempre quedan pegadas á la tierra que riegan con su sudor, y que necesita sus brazos, bajo cualesquier dominacion á que pasen los poderes y las preeminencias del Estado. Las creencias de los pueblos índicos pueden ser amenazadas de opresion y de ruina, y mantenerse mas ó menos ocultas; pero apenas se las estudia con cuidado, se las ve latir en todas las arterias del cuerpo social. Así es como ha podido un viajero moderno, recorriendo los lugares en que fueron Tiro y Sidon, iniciarse en los misterios que ningun otro europeo habia penetrado antes, y descubrir en ellos el culto gene-siaco de la grande Astarté, la diosa protectora de las ciudades feni-

cias, y á que rindieron culto los griegos, vistiéndola con otros símbolos, haciéndola nacer de la sangre del cielo y la espuma del mar, y poniéndola por nombre Venus Afrodita, la hermosa divinidad que festejaban en los templos de Pafos, Citeres y Amatonta. La religion hallada en aquellas montañas es, sin duda ninguna, la misma de los Sidonios, en los tiempos de la mayor gloria y esplendor de su ciudad. Al contemplarla ahora, viviendo todavía con toda su ostentacion y su lujo de creencias, despues de tantos siglos y tantas revoluciones, ¿no se puede decir de ella que en cierto modo es inmortal, y que prevalece sobre los tiempos?

Dejemos las riberas del azulado mar y las cordilleras líbicas, y sumerjámonos en el Asia-Mayor. Ninive y Babilonia, con sus símbolos y sus signos exteriores, que parecen la reproduccion y la amplificacion de los símbolos y de los signos egipcios, son las primeras ciudades que se presentan á nuestras observaciones. En ellas, como en el Egipto, encontraremos una creencia popular y otra para la ciencia sacerdotal y la magestad coronada. La masa entera de la poblacion conocia la historia de los fecundos himeneos de Baal, Fegor y de la grande y celosa Omarca; divinidad poderosa á que todo el mundo rendia culto, así las clases populares, como los guerreros y los sacerdotes; aunque solo estos, y algunos privilegiados, comprendian el sentido oculto de esos mitos genesiacos.

Lo mismo sucedia en la antigua Persia, que era el pueblo que en union de la India, limitaba para los occidentales los horizontes asiáticos. No seremos nosotros los que vayamos con algunos sábios atrevidos á levantar nuestra tienda á la sombra de las inciertas ruinas de Persépolis y á exhumar para las gentes crédulas un mundo fantástico y desconocido. En aquellos paises las religiones vivian al aire libre, y no se necesita ese trabajo de erudicion para buscarlas y encontrarlas. En épocas diversas han podido verse esas religiones perseguidas y amenazadas de muerte, lo que las ha hecho buscar el retiro y huir del bullicio de las sociedades y de los peligros de la vida pública; pero pasados los momentos de opresion, han prevalecido de nuevo las creencias tradicionales del pais, y todavía el viajero que deja las orillas del mar Caspio para visitar Teheran, Cerasis, Ispahan, y sobre todo los fértiles valles del Tauro y de Schyraz, encuentra do quier los vestigios vivos y animados de la grande adoracion de Zoroastro y del culto del fuego.

Entre el culto mítrico y los mitos de las fábulas griegas, existen analogías que saltan á los ojos á la mas ligera observacion. Zoroastro, ó mejor dicho Zerdust, como se decia en la antigua lengua sagrada de los persas, es una especie de Prometheo que arranca al cielo el fuego sagrado, la llama simbólica que se alimentará eternamente y que nunca debe perecer. Entre los dos tipos hay, sin embargo, una diferencia que

no carece de importancia. Prometheo arrebató el fuego, símbolo del alma humana y del espíritu viviente. Zerdust lo recibe como un don, á la vez que los libros sagrados del Zanda-Avesta, en una entrevista que tiene con Ormuzd sobre la montaña santa, y despues de haber pasado sin sumergirlo, por el puente de los justos. Esta vision del grande espíritu, recuerda, aunque de lejos, á la de Moisés que ve á Jehová en medio de una zarza encendida.

Por las circunstancias de su origen, Zerdust nos recuerda á Hércules. Como este héroe de la fábula griega, Zerdust tiene que luchar desde la cuna con mónstruos feroces que concitan contra él los Mobédas, antiguos magos poseidos del espíritu del mal, que se han sentido sobrecogidos de temor y espanto al saber que ha acompañado una luz vivísima la venida al mundo de ese sectario de los Amschaspands. Rodeándole estos peligros por do fija la planta en la morada de Aderbaidjan, donde pasa sus primeros años. A los treinta de su vida abandona su pais natal para ir al Iran, y verifica este viaje de un modo milagroso pasando á pié los rios y los mares que se abren sumisos y le dejan cauce seco y florido. Retirado á las montañas, medita y profundiza en los arcanos de la sabiduría antigua. Entonces Bahman, el espíritu querido de Ormuzd, le conduce á través de legiones de ángeles, al pié del trono eternal, llevando la mano derecha cubierta de un velo. A su vuelta al Iran empieza la era de su apostolado. El primer discípulo que hace es el rey Gustap, á quien convirtió en fuerza de numerosos prodigios y despues de haber sostenido encarnizadas luchas con los magos y los espíritus de las tinieblas. Este príncipe mandó construir una multitud de atechgahs ó templos del fuego. Por fin los Mobédas, celosos de la influencia de Zerdust, le armaron un lazo que le costó la vida. Floread y vestid este cuento con las galas y las flores de la imaginacion griega, y encontrareis en Zerdust-Namah el origen de las fábulas mas interesantes de la mithología olímpica. En cuanto al fondo de las doctrinas, todavía es mas justa esta observacion, no habiendo necesidad, para cerciorarse de la verdad de este propósito, mas que de leer el Zend-Avesta. Zervana-Aherena es el principio único, inmutable, supremo, universal, espacio, tiempo, verdad, sabiduría y vida de todos los séres que no existen mas que en él y por él. El es la radiante y gloriosa base de la diada militante, generatriz y moderadora de las potencias que crearon y gobiernan el mundo, Ormuzd y Ahriman: el primero, autor de todos los bienes; y el segundo, autor de todos los desastres y de todos los crímenes. En una escala mas inferior y bajo estos dos grandes genios, viven y funcionan los seis Amschaspands, espíritus del bien, y la muchedumbre innumerable de los espíritus del mal, tales como Izads, Jervers, Dives, etc. etc., siempre en lucha unos con otros y teniendo la humanidad por campo de batalla.

:

Por lo demás el culto del fuego es uno de los mas bellos y de los mas espléndidos que jamás han existido. Al salir la aurora cantaban los magos á la Divinidad un himno de amor y de triunfo: al declinar el dia no entonaban sus voces mas que tristes lamentos y cantares de luto y de pesar. Las representaciones Zoomorficas no estaban escludas de los templos, como algunos han presumido. Solamente los ategahs, edificados sin techumbre ninguna, estaban consagrados al fuego. Fuera de allí se veian en todas partes animales simbólicos, y habia una fiesta solemne en que se sacrificaban la serpiente y las criaturas de Ahri-man. Cada dia tenia su solemnidad, lo que ha autorizado á Ferder á decir: *que la religion de Ivan era como una fiesta perpétua celebrada en honor de la obra divina.*

A pesar de las numerosas dominaciones que desde Zerdust han pesado sobre la Persia, subsisten todavía integralmente el culto y la creencia que este ínclito personaje dió á aquellos pueblos. Ni Alejandro el Grande, ni el Islamismo, han podido destruir esta religion, á pesar de los esfuerzos reiterados que han hecho para lograrlo. Las trébras y Parsis se transmiten de generacion en generacion, las tradiciones santas, debiéndose á esta filiacion piadosa la conservacion de las dos lenguas mas antiguas del mundo, el Zend y el Pelhvi.

Si dejando los verdes y risueños valles de la Persia, seguimos los pasos de esas numerosas hordas errantes que vagan por los grandes desiertos de la alta Asia, allí tambien encontraremos rastros y vestigios de los antiguos cultos, dignos de fijar la atencion de los espíritus religiosos. Esas bandas de tártaros, á quienes ha calificado con este nombre la civilizacion europea, sin que se haya dignado estudiarlas, se cruzan y se vuelven á cruzar incesantemente en esas estepas inmensas que estienden á lo lejos sus infinitos horizontes.

A primera vista se diria que son estrañas unas á otras. Sin embargo, en ciertos dias se reunen todas ellas en el grande Oasis, así las que moran en las estremidades del desierto, como las de las zonas mas cercanas, y allí celebran sus solemnidades religiosas y verifican los altos consejos políticos. El culto de estos pueblos es sencillo y primitivo como ellos. Un anciano venerable es el gran sacerdote, escogiéndose siempre entre los mas antiguos gefes de tribu y entre los que mas se distinguen por su sabiduría en el consejo y por su justicia y rectitud en la familia. A su aspecto inclínanse todas las cabezas, y cuando se vuelven á levantar, la arena del desierto ha dejado impresas en ellas las huellas de su respetuosa adoracion. Este anciano es el único que tiene el derecho de descubrir los libros santos que ocultan á las miradas profanas los velos del templo: él solamente los lee y los esplica á la muchedumbre atenta y recogida. Dificil, si no imposible, seria determinar el origen de estos libros, no pudiendo decirse de ellos sino que se

remontan á la mas oscura antigüedad. Como todos los libros sagrados, los del culto de esta nacion contienen una cosmogonía, y esplican á su modo la creacion del mundo, siendo muy natural y muy sencilla la que ellos le suponen. El espíritu de vida se apoderó de la materia y la animó. Su primera creacion fué la luz y con la luz salió la naturaleza entera del sueño y de la confusion del caos.

El resto de los libros santos contienen las leyes y reglamentos que rigen á las familias del desierto. El gran sacerdote es el encargado de trasmitir al pueblo su enseñanza en esas grandes reuniones nacionales. Una vez acabada la lectura, vuelven los libros á cubrirse de sus velos místicos y empiezan las fiestas y las ofrendas. Cada tribu y cada familia ofrecen entonces sus primicias que se sirven luego en un gran banquete á los gefes de horda, reunidos en los grandes consejos. Mientras estos deliberan sobre los intereses comunes y ventilan las que se pudieran llamar grandes cuestiones de Estado, las tribus fraternizan, se mezclan y confunden, y hay danzas y festines de familia, y se reanudan en un momento los lazos que han parecido rotos durante el transcurso del año.

Dejemos ahora á un lado las ruinas de Bactras, como antes lo hicimos con las de Persépolis. Puesto que estamos en el desierto y en medio de las grandes hordas, sigamos á las tribus nómadas de los Kirgis, de los Kalmukos, de los Mongoles y de los Mandchonx, y acercándonos al pié de las murallas de la China, penetremos en el Celeste Imperio.

El imperio de la China es tan vasto, se estiende á tantos pueblos diversos la denominacion de *Hijos del cielo*, y han sido tan mal exploradas hasta el dia esas regiones, que es muy difícil trazar un cuadro exacto y preciso de las costumbres y las creencias religiosas de un Estado donde se encuentran á la vez, y uno junto á otro, el Politeismo, el Panteismo y el Deismo mas puro. Al ver esa confusion de dogmas, se diría que todas las religiones del mundo se han acogido allí como el único punto en que podian vivir en grata paz y en una comunión fraternal.

El Ti-en ó el Xan-ti es la divinidad mas antigua de los chinos. Al tratar de investigar el origen de las fábulas que constituyen la doctrina de este culto antiguo, y al levantar los velos simbólicos que cubren todas esas creencias y supersticiones, que se conservan todavía en un sin fin de Pagodas y de *Miaos*, causa admiracion sorprender bajo aquellas apariencias tan incoherentes y aquellos mithos tenebrosos, las fases diversas de una religion astronómica. El sol, la luna, los signos del Zodiaco y las estrellas, desempeñan un papel muy importante en la religion china, como á la vez sucede en los ritos del antiguo Egipto y en casi todos los cultos primitivos. No se busque en ella, sin embargo, la pureza y la sencillez del culto del fuego de Zerdust. En la religion china abundan las supersticiones y los ritos mas groseros, y su idolatría participa de todos los errores.

Cuando la ciencia europea ha penetrado en los santuarios del Celeste Imperio, ha descubierto en ellos tesoros artísticos y religiosos que dejan muy atrás á todos los antiguos símbolos de Grecia, del Egipto y de la Fenicia. Los bajos relieves del Atico, los frisos del Parthenon, el monumento de Cypselus, los recuerdos de Thesalia y de Tracia, las maravillas de Tentyrah y las pirámides de Gisfeh, las ruinas de los templos de Menfis, Baalbeck y Tebas, palidecen ante el lujo de esa imaginacion infatigable que encuentra incesantemente en la arquitectura, la escultura y la pintura, nuevas formas y nuevas combinaciones para celebrar los prodigios verificados por la divinidad que quiere honrar. Nan-King, Font-Cheon, Pekin, Dché-Zoel, Canton, todas esas grandes ciudades chinas, se ven pobladas de esas construcciones maravillosas: los pórticos se ven de continuo inundados de adoradores: el calendario chino es una fiesta perpétua. Como sucedia en la antigua Roma, donde á cada victoria, y á cada nueva conquista, entraban en su Panteon los dioses de las naciones vencidas y subyugadas, así en el Celeste Imperio, se ha visto con frecuencia modificarse su culto por efecto de la invasion de elementos exteriores, aunque siempre han venido á depurarlo y á ennoblecerlo, mayormente en punto á moral y á metafísica, que al fin ha adquirido una austeridad de fondo y de forma admirable.

El culto primitivo de los astros ha sufrido una multitud de transformaciones; de tal suerte que apenas se le conoce ahora, tan mudado está, y de tal modo los dogmas primitivos han desaparecido, viniendo en su lugar otros que han usurpado el puesto á los primeros, relegando á estos al simple estado de alegoría. Conforme la religion ha ido perdiendo su carácter simbólico y mítico, se ha hecho mas abstracta, mas científica, mas moral y al mismo tiempo mas humana; es decir, ha llenado de un modo mas cumplido su alta mision de civilizar á los pueblos.

A la cabeza de estos reformadores se encuentra Koung-See, Kong-Fen-Tsee, ó mas bien Confucius, segun le llamamos nosotros, con la manía que tenemos de dar una terminacion latina á todos los nombres antiguos. Sábio y austero este reformador, probó su ciencia, reuniendo y publicando en seis libros los kings, monumentos escritos de la antigua religion. Su vida estuvo exenta de faltas y llena de abnegacion y de buenas obras. «El que ha ofendido á Dios, decia frecuentemente, que no espere hallar quien le proteja.» Guiado por este principio, se dedicó á hacer á los hombres sábios y virtuosos. Perseguido como Sócrates, exclamaba él: «la ingratitud de mis conciudadanos no me impedirá hacerles todo el bien que pueda, y si son infructuosas mis lecciones, me quedará siempre el consuelo de haber cumplido con mi obligacion.» Sus libros, y sobre todo el *Ta-Hic* ó la *Gran ciencia*, el *Tchong-Yong* ó el *Justo medio*, el *Tchun-Tsicon*, y el *Chon-King*, respiran la moral

mas pura, y á veinte siglos de distancia llaman todavía la atención y son dignos de estudio por su profundidad, su sencillez y el buen sentido que los ha dictado. En uno de ellos recomienda á los hombres la práctica constante de las cinco virtudes siguientes:

La humanidad, ó sea el amor del hombre al hombre;

La justicia;

La exacta observancia de las ceremonias y usos establecidos;

La rectitud, es decir, esa justa tensión del corazón y de la inteligencia hácia lo bueno y lo verdadero.

Y por último, la sinceridad, ó sea la buena fé.

En otro pasaje dice: «Mi doctrina es la de Yao y de Chun (dos hombres venerados por su sabiduría, y que la tradición china hace remontar á la mas alta antigüedad). En cuanto á mi modo de enseñar, no se puede dar nada mas sencillo. Cito para que se imite, la conducta de los antiguos; aconsejo la lectura de los kings, depositarios de sus sábios preceptos, y exijo que se adquiriera la costumbre de reflexionar sobre las máximas que se encierran en ellos.»

Las doctrinas de Confucio son las de la gente ilustrada de la China. Se tributa una grande veneración á su memoria, y sus descendientes disfrutan de privilegios que no comparten mas que con el emperador. Este es el Pontífice supremo de aquella religion depurada, que tiene sus templos hasta en el mismo palacio de Pekin y en el Dché-Zoll. En estos templos se consuman sacrificios sangrientos en ciertas épocas del año, los cuales se ofrecen por la purificación del Celeste Imperio.

Lao-Tsen, es el que sucede á Confucio. Anuncióse como una encarnación de Tao verificada en el seno de la Vírgen Azul, y escribió el Tao-Teking, libro de metafísica oscura que parece no dirigirse mas que á los adeptos y que no se comprende mas que despues de una larga y penosa iniciación.

La mayor parte de la población china profesa la religion de Foe-hi, ó mejor dicho Fo, el cual viene á ser el Buddah de los indios. Hablaremos de él cuando nos ocupemos del Thibet.

La antigua religion del Tien cuenta sobre todo entre sus adeptos, con los Mandchusos, los Tonngosos y los Soyotas. Sus mas antiguos santuarios estan en la isla de Hai-nan y en una porción casi inexplorada de la isla Formosa. Los demás cultos, como antes dijimos, no son mas que modificaciones de los antiguos dogmas. Los ritos se han conservado siempre los mismos, y se observan en la actualidad con el mas escrupuloso rigor.

Así es solamente como se explica que en el mismo palacio del Cielo en Pekin, y al lado de los Tai-miao, templos consagrados á los antepasados de los emperadores Mandchusos, se encuentre los tres santuarios de Che-Tsu-Thán-Thiao, donde se rinde culto al espíritu que

fecunda la tierra; el de Tithan, donde el mismo emperador, en calidad de gran pontífice, sacrifica á la virtud de la tierra, y el de Sian-nong-Than, construido en honor del inventor de la agricultura, al cual va todos los años el emperador, en la estacion de la primavera, y con sus augustas manos traza un surco en el suelo con un arado de oro cubierto de pedrería.

A otro extremo del Honang-Tchin, mas allá del puente de jaspe negro, todo de una pieza, y que representa un dragon alado, celebrado de todos los viajeros, se encuentra el templo del cielo, ó de Thian-Tan. Todos los años, despues de haber pasado tres dias de ayuno en el Tchikung, palacio especial consagrado al retiro y á la penitencia, ofrece el emperador un sacrificio solemne delante de los altares de Xanti. Estos templos son todos ellos verdaderas maravillas del arte. La imaginacion china ha agotado en su construccion todos sus recursos, y la pluma debe renunciar á describir los raros caprichos y las estrañas y bellísimas alegorías bajo las cuales ha sabido el artista ocultar los símbolos de la Divinidad. En estas inmensas construcciones, la arquitectura es parte accesoria y muy principal la naturaleza. Así es que promedian los altares con los jardines y los ídolos con las flores. Lo mismo sucede con todas las residencias imperiales, y el Thon-Thot-troung-ching-miao que hay en el Tchinnge-Teheo, ó sea palacio de caza, á donde va el emperador á pasar la fuerza del verano, no cede en nada á los mas bellos templos de Pekin.

La antigüedad es muy venerada de los chinos, habiendo templos consagrados á todos los antepasados del emperador (Tiwang-miao), donde este consuma los sacrificios por sus propias manos, como en el mismo templo de la tierra y del cielo.

Andando los tiempos la religion china, dejó los limbos simbólicos y se internó en el dominio de la moral. Rodeóse entonces de abstracciones y se elevaron brillantes pagodas á las diversas virtudes que constituyen la sabiduría del hombre y de las naciones. En esta época, como en las precedentes, el arte se subordinó á la creencia religiosa y produjo grandes maravillas. Nada, en efecto, iguala en esplendor al templo de la *Gratitud* de Nan-king, ó sea el Pao-ngen-tzée. Su torre de nueve pisos, tan celebrada en Europa, es á pesar de esto, una de las menores curiosidades que ofrece aquella magnífica construccion religiosa. Los bosques y laberintos, jardines, kioskos, las largas galerías, los obeliscos de una esbeltez ideal, las estátuas, los bajos relieves, las pinturas que cubren la desnudez de las paredes de creaciones donde se aunan la gracia, la elegancia y el buen gusto, á lo grotesco, lo estraño y lo deforme, y sobre todo esto, esas innumerables innovaciones en la forma de las cosas mas vulgares, que la imaginacion de los chinos ha podido inventar, llevada de los vuelos de su independendencia artística,

hacen del Pao-ngen-tsée de Nan-king, uno de los monumentos mas asombrosos del genio del hombre.

Si la China ha admitido en su panteon nacional, á los dioses de todos los pueblos agregados al imperio, no ha sucedido lo mismo en el Japon, donde predomina una religion humanista, esto es, el culto de los héroes y de los grandes hombres que han merecido bien de la patria; pero con una exacerbacion de egoismo y de fria independenciam que escluye toda mezcla con los ritos y prácticas de otras naciones. La religion oficial de los chinos, es naturalmente enemiga de los demás cultos y los persigue de muerte, no debiendo hacerse mas que una escepcion en favor de la religion de Jó, que cuenta con numerosos partidarios en la tierra japonesa, llegando á tener templos hasta en el mismo Yeddo, ó sea la capital del imperio.

Llegamos al culto de Buddah. Este reformador, que debe llamarse Gaontama-Bouddah, segun la leyenda india que referimos sin tratar de comentarla derramando nueva confusion sobre la que existe, nació de Mayá, esposa de Sondhadanas, rey de Magadha. Aun cuando Buddah no era el primogénito de la familia, por un don especial del cielo, logró nacer de vírgen, siéndolo su madre aun despues del parto y por siempre immaculada. Señalados prodigios acompañaron á su nacimiento, y los augures y adivinos predijeron al infante real el mas risueño porvenir, pero al llegar á la edad en que estos presagios debian cumplirse, abandonó Buddah la vida muelle de los palacios y se fué al desierto, donde visitó sucesivamente Dehli, Benarés, Badjipur, Kachemira, y otras ciudades santas para los sectarios de Vischma y de Krishna. Llenóse de indignacion Buddah á la vista de las prácticas monstruosas á que se entregaban los indios, y resuelto á depurar la religion de los Brahmas, se puso inmediatamente á la obra, predicando una doctrina cuyos principales mandamientos, por el órden que se encuentran en el Dharmakanda, son los siguientes:

No matarás.

No consumirás sacrificios de sangre.

No mentirás ni calumniarás.

No jurarás ni hablarás de ligero.

No serás egoista.

No engañarás á nadie ni abandonarás á tus hermanos, bien entendido que todos los hombres lo son.

Estos preceptos constituyen la regla de la moral. En cuanto á la metafísica, hé aquí como Ahrens (de Göttinga), reasume las ideas budistas sobre la creacion y los destinos del hombre.

«Para los budistas, de eternidad á eternidad, hay un espacio lleno de materia de mundos, en el cual los mundos nacen y perecen conforme á leyes eternas é inmutables. Así es como el mundo actual, que

»es el penúltimo que ha de existir, apareció en medio de tempestades
 »terribles, por efecto de la reunion de los átomos. El mundo es un es-
 »píritu que se individualiza por la materia bajo innumerables formas,
 »pero permaneciendo siempre en reposo, sin meterse á regir á ese mis-
 »mo mundo de que es alma y sér; porque han sido de este modo re-
 »gularizadas todas las cosas por un destino infinito (Damaton). Cada
 »hombre permanece libre de disponer de sí mismo, y despues de su
 »muerte será juzgado segun sus obras.»

Buddah hizo numerosos prosélitos. Su doctrina se extendió á to-
 das las latitudes, y de todas partes llegaban gentes que querian oirle.
 No ha dejado ningun monumento escrito de su doctrina; pero sus dis-
 cípulos la recogieron piadosamente, y despues de su muerte, que acae-
 ció 542 años antes de nuestra era, la consignaron en la Darmakanda.
 Antes de morir, quiso Buddah internarse dentro de su espíritu y pedir
 una estrecha cuenta á su conciencia y á su razon.

Al efecto subió á un árbol y meditó en el silencio y la soledad du-
 rante dos meses y medio, al cabo de los cuales murió de inanicion. Sus
 discípulos se esparcieron por todos lados sembrando la ciencia nueva,
 y muy luego dominó esta en las dos penínsulas de la India, en el Peygu,
 el Sima, el Thibet, la Tartaria, la China y en todas las islas del Ar-
 chipiélago Indico.

La abolicion de los sacrificios sangrientos, á los cuales sucedieron
 las ofrendas de frutas y flores, señala una grande revolucion religiosa en
 esas altas regiones orientales. El culto buddico es pomposo en estre-
 mo. En el Thibet, especialmente, se celebran sus ceremonias con un
 esplendor inaudito.

Allí es donde reside en H'assa el Dalai-Lama, pontífice supremo
 venerado de todos, aun de los mismos disidentes que no reconocen su
 autoridad. Un fenómeno singular escita la atencion de cuantos se
 dedican al estudio de aquellos pueblos remotos. Dejemos hablar en este
 punto á Mr. Abel de Remussat:

«No hay nadie, dice el mencionado escritor en uno de sus mas her-
 mosos libros, á quien no haya sorprendido la semejanza y casi identi-
 dad que existe entre las instituciones y las prácticas que constituyen
 la forma exterior del culto del Gran Lama y las de la Iglesia Católica.
 Entre los tártaros, por ejemplo, hay un pontífice, patriarcas encarga-
 dos del gobierno espiritual de las provincias, un consejo de Lamas su-
 premos que se reunen en cónclave para elegir pontífice, y cuyas insig-
 nias se asemejan tambien grandemente á las de nuestros cardenales,
 conventos de monges y de religiosas, plegarias por los muertos y los
 agonizantes, ayunos, adoracion de piés, letanías, procesiones, agua
 lustral. Todas estas analogías las esplican fácilmente los que presumen
 que el Cristianismo fué en otros tiempos propagado por la Tartaria. La

explicacion es un poco mas difícil, para los que opinan lo contrario.»

Por nuestra parte no tratamos de entrar en investigaciones científicas, y sí únicamente de hacer constar un hecho, dejando á los demás el cuidado de ilustrarlo.

El Dalai-Lama reside en H'assa, ó mejor dicho en el gran convento de Potala. El arte oriental ha agotado todos sus recursos para derramar á manos llenas sobre aquel monasterio las maravillas y los mas bellos caprichos, haciendo digna esta morada del augusto pontífice que la habita, rodeado de una corte sacerdotal donde no se cuentan menos de tres á cuatro mil dignatarios. H'assa es á la vez que la ciudad Santa, la sábia por escelencia para los fieles budhistas. Allí se elaboran y se discuten los puntos de disciplina y de dogma que interesan á la fé. La rival de H'assa, como Constantinopla lo fué de Roma, es Sikadja, donde tiene su residencia el Bantehan-Lama, primer patriarca del Lamismo. El palacio en que reside, es tambien un convento como el Dalai, y se llama Djachi-Lumbo. Para formarse una idea aproximada de él, es preciso recordar aquellas gigantescas abadías de la edad media, á donde fueron á refugiarse, huyendo de las turbulencias de los tiempos, á la sombra de la cruz y en el silencio de los claustros, toda ciencia, todo arte, y en resúmen, todo saber humano.

Entre las supersticiones que han sobrevivido á las reformas de que antes hablamos, no citaremos mas que el culto de la divinidad Dordjipamo, á quien se presta adoracion en Bhaldi en el Thibet. Apresurémonos á entrar en la gran religion de Brahama.

En la actualidad la ciencia ha penetrado muchos de los misterios que se guardaban en los templos de la península Indica y de la isla de Ceylan.

Sabidas son de todos la historia del huevo de Brahama flotando sobre las aguas que cubrian el mundo, y las doce encarnaciones y metamorfosis de este gran dios, sus hechos, sus combates y sus victorias. Tambien se conoce á fondo la historia de Vischnu, no faltando quien haya creído dar la explicacion de todos los atributos y símbolos de que le dotó la prodigiosa imaginacion de los indios. Se ha descrito pieza por pieza la arquitectura maravillosa de los templos subterráneos de Elefanta y de Elora, que se asemejan á las visiones de los sueños y á los palacios encantados de la fábula. Numerosos viajeros han visitado ya las Pagodas de Vilnar y de Ten-Tanli; y en París, en Lóndres y en Berlin, se han creado cátedras con la mision especial de desenvolver los misterios brahamánicos, como en los siglos anteriores se instituian para ocuparse en los de Eleusis y descifrar los oráculos de Delfos y del antro sagrado de Trofonius.

Por todas estas razones, creemos que es escusado detenernos á hablar de una religion y de unos ritos sobradamente conocidos. Nuestro

:

gusto sería antes de acabar este ligero cuadro del movimiento del espíritu religioso en todos los siglos, atravesar el Océano y, cerca de los grandes lagos de la América, sentarnos sobre las ruinas recientemente descubiertas de los templos de Nicaragua y evocar los fantasmas de esas religiones perdidas; pero esto nos llevaría á estudios que esceden de los límites del trabajo que nos hemos propuesto. Las antigüedades trasatlánticas han encontrado hasta nuestros dias pocos exploradores; aunque de dia en dia se ensancha el dominio de la ciencia, y se derrama nueva luz sobre las oscuridades de lo pasado.

Creemos que con esta breve introduccion, hemos fomentado en nuestros lectores el deseo de internarse en el conocimiento mas particular de algunos mithos y de ciertas figuras fabulosas, que resaltan doblemente en el cuadro de las religiones antiguas, por la estrañeza de su historia y las bellas formas con que aparecen sobre el fondo, á las veces monstruoso, de las supersticiones de la antigüedad. A estos tipos, mayormente poéticos, son á los que consagramos nuestro libro, aun cuando en él nos propongamos tratar, como incidentalmente, de todas las religiones, constituyendo de este modo una verdadera historia de la mithología de todos los pueblos, á la manera que escribiendo la biografía de algunos individuos se bosqueja el período histórico en que aquellos se produgeron, y sobre los cuales derramaron su luz ó sus tinieblas.—Hemos dicho.

MUSAS Y HADAS.

HISTORIA

DE LAS MUJERES MITOLOGICAS

MITOLOGIA UNIVERSAL.

ESPOSICION.

UN ingenioso observador ha dicho que solo es nuevo lo antiguo.

Aun cuando conocemos la verdad de esta proposicion, nos cuesta trabajo tener que empezar nuestra obra con una historia de la mitología griega ó, lo que es lo mismo, con un libro cien veces hecho y cien veces leído.

Aliéntanos la idea de que siendo tan pícaros los tiempos, y dándonos tanto que sentir las cosas de este mundo, no les ha de sentar mal á nuestros lectores y lectoras el hacer un viaje al cielo y el permanecer allí algun tiempo, siquiera tengan que volver luego á esta comun patria.

Además de esto, es preciso saber que hay cielo y cielos, y que nosotros vamos á recorrer el mas brillante, el mas perfumado de poesía, el mas espléndidamente poblado, el mas rico en maravillas, en dramas prodigiosos, y en amenas y gratas historias.

A cada paso que deis, lectores míos, en esa tierra encantada, hallareis un antiguo conocimiento. Los Dioses, Musas, Huris y Peris, os acogerán como á hermanos ausentes y os dirán cosas que nunca habeis oído, y que quizá ni podíais presumir.

No todo se ha dicho todavía en esas regiones aéreas. ¡Cuántos secretos no habrá ocultos, aguardando solamente un momento en que poder darse á conocer! La discrecion no es una virtud dominante entre los dioses, atestiguándolo así el ceñidor de Venus, donde se mostraban sin aprension de ningun género, el *Amor*, la *Esperanza*, los *Arrebatos*, los *Votos*, los *Placeres*, los *Deseos*, los *Encantos*, la *Voluptuosidad*, los *Suspiros*, los *Momentos*, etc., etc. Cuando tantas cosas aparecian en la superficie, cuántas otras quedarian ocultas entre los pliegues del divino ceñidor, que no aguardaron mas que una ocasion para deslumbrar los ojos y cautivar el alma!

No negamos que en esta expedicion se pueden dar muy malos pasos. La Virtud brilla y ostenta sus gracias en aquellos hermosos lugares, las malas pasiones abundan y embarazarian con frecuencia nuestros piés. Pero nosotros llevaremos los ojos levantados para no ver la impureza y lo que se arrastra por el lodo, y cuando el cuadro repugne á nuestra mirada echaremos sobre él los discretos velos del pudor y del recato, y pasaremos á lo largo no prestando oido mas que á los latidos precipitados de nuestro indignado corazon.

La creencia en un universo creado, es ciertamente de los mas antiguos y generales; pero como esta creacion supone su ente creador, y como el espíritu humano es impotente para comprender lo infinito y el vacío absoluto, ha tenido que recurrir á dar á esta abstraccion una forma material.

Los griegos, vanos, ligeros, crédulos y voluptuosos, eran los mas á propósito para subordinar su inteligencia á su imaginacion, mucho mas cuando esto les servia maravillosamente para legitimar la relajacion de sus costumbres y las exigencias de su orgullo. Así fué, que no solamente creó una infinidad de dioses, sino que á mas de esto admitió en su Olimpo á todas las divinidades de los egipcios, los fenicios, los sírios, etc., etc. Para poner orden entre este tumulto y esta confusion de dioses, contándose mas de tres mil de ellos, les fué preciso organizar una gerarquía y dar á cada uno su puesto y sus atributos, sin que nadie pudiese salirse de su obra y de su papel.

Viendo, pues, los griegos que el vacío ó la nada era una cosa que no podia esplicar fácilmente la inteligencia humana, empezaron por reconocer una naturaleza primordial á que llamaron *Caos*, de donde el Ser Supremo sacó los elementos. Despues inventaron el Destino, divinidad suprema á la que sometieron todos los dioses del Olimpo, desde Celus, reconocido antes que ellos, hasta el mas ínfimo de los poderes, nacidos de una imaginacion prodigiosa que hace hasta hoy dia la admiracion del mundo.....

Hablaremos solamente de aquellos que es indispensable conocer, siguiendo el ejemplo de esos griegos tan locos y tan sábios al mismo

tiempo, que embarazados con tal número de divinidades, las dividieron en tres órdenes ó clases. Los de la primera estaban colocados en el cielo, donde tenian el primer rango; en la tierra, en el mar y en los infiernos; los principales eran Saturno, Júpiter, Cibeles, Juno, Apolo, Diana, Baco, Mercurio, Venus, Marte, Neptuno, Amfitre, Pluton, Proserpina, etc.

A la cabeza de las divinidades de segundo orden, se encontraban Flora y Pomona, las Ninfas, las Tritones, las Driadas, las Hamadriadas, los dioses familiares.

A la tercera pertenecian los héroes ó semi-dioses, nacidos de una mortal y de un dios, ó de un mortal y de una diosa; en este número se encontraban Perseo, Hércules, Teseo, Castor y Polux, Jason, Orfeo, Cadmo, Aquiles, etc.

Pero no será únicamente el cielo de los Griegos el que vamos á explorar; nos internaremos en el cielo de los Egipcios, de los Indios, de los Slavos, de los Scandinavos y hasta el cielo de Mahoma.

Contaremos la historia de esas hermosas Huris de las cuales los otomanos han poblado su paraíso para recompensar á los elegidos, no conociéndose, segun ellos, nada mas seductor, de mas atractivo, de mas irresistible que su belleza, sus gracias y su voluptuosidad.

Porque en verdad que ha sido bien injustamente el haber tratado de bárbaro al creador del islamismo. Que semejante epíteto se aplique á los dioses del Norte, á esas divinidades terribles, implacables, que solo respiraban la guerra y la carnicería, es muy justo; pero llamar bárbaro al gran profeta cuya religion tiene por principio y por fé el amor, seria una injusticia atroz. Mahoma no era solamente un hombre de una naturaleza enérgica sino tambien un gran conquistador; era un genio, un hombre que conocia el corazón humano, y lo conducia por los caminos que á él mas le convenian.

Relataremos asimismo las costumbres misteriosas, los amores secretos de las Ondinas, ocultando sus encantos en el fondo de las aguas, de las Sífides, de las Peris de blancas alas, y que se alimentan del perfume de las flores.

Os transportaremos al país de las Hadas, esas reinas del mundo invisible, que recorren los aires en carros de fuego tirados por dragones, palomas, águilas y murciélagos, sin otro auxilio que su varita divina, y que en un momento atraviesan de un polo al otro polo con mas presteza que la electricidad.

En vano es que el espíritu luche desde el principio del mundo contra la imaginacion: el espíritu crea las maravillas, no hay la menor duda; él ha inventado los globos aerostáticos, las máquinas de vapor, los caminos de hierro; ha vencido y encaminado el rayo; ha elaborado el diamante; ha creado una multitud prodigiosa de otras cosas que pasan

por inverosímiles; mas qué significa todo esto cuando se ha dado un paseo por el pais de las Hadas?

Será seguramente un viaje interesantísimo, mucho mejor que aquellos que emprenden esos sistemáticos viajantes que no saben salirse de la caduca tierra donde todo se ha hecho demasiado trivial á fuerza de hacerse evidente.

Sin embargo, en cada lugar permaneceremos un muy breve espacio de tiempo; de otra parte, no se envejece en el pais de los Dioses.

VIAJE AL CIELO DE LOS GRIEGOS.

JORNADA PRIMERA.

EL DESTINO.—EL CIELO.—CIBELES Ó VESTA.—TITAN.—SATURNO.—RÉ Ó RHEA.

Si hubiésemos que tomar la historia de esa multitud de dioses al pié de la letra, los mas antiguos de entre ellos que por tanto tiempo han imperado en el cielo, serian para nosotros una pésima compañía: un hijo que se apodera del trono de su padre; un padre que devora sus hijos; hermanos que se hacen una guerra impía, y además una multitud de nuevos escándalos del mismo género.

Mas sin embargo, no hay que perder de vista que semejantes imputaciones son en su mayor parte alegorías mas ó menos poéticas. Además, no se llega á la inmortalidad por un quítame allá esas pajas, y el oficio de Dios puede tener ciertas necesidades que nosotros los mortales no sabríamos apreciar debidamente.

Así, pues, sin el menor escrúpulo relataremos los hechos, las aventuras de esos eminentes personajes, á medida que los iremos encontrando en nuestro camino.

Hablemos desde luego de Celus ó el Cielo, á quien hemos nombrado mas arriba. Este venerable Dios y su hermano el Destino, no habian salido solos del caos; la mano ignorada y poderosa que les habia sacado de la nada, habia hecho nacer al mismo tiempo la diosa Vesta, llamada tambien Cibeles ó la Tierra.

Ocupado enteramente de la suerte de los humanos y de la redacción de sus irrevocables decretos, el Destino se avino muy pronto con su brillante posición; no sucedió así con los otros dos, Celus y Vesta. Estos infortunados, arrojados en la inmensidad, no tardaron en encontrar muy monótona su inútil grandeza. El Cielo se fastidiaba, Vesta suspiraba, ambos padecían el mismo mal. Semejante conformidad de mal humor, la soledad, el deseo de distraerse, quién sabe si otra cosa, ó el diablo que se metió en ello, lo cierto es que Vesta y el Cielo se casaron como pudiera hacerlo un cualquiera. No nos atreveríamos á afirmar si para ello obtuvieron las dispensas necesarias; su extraño nacimiento parecía legitimar semejante unión. Además era necesario que esta fuese á gusto del Destino.

Sea lo que fuere, esta unión fué prodigiosamente fecunda; entre el inmenso número de hijos que nacieron de ella, se cuentan particularmente Titan, Saturno, el Océano, los Cíclopes, Ceres, Tetis y Rhea. Parece que esta última niña, muy mimada de Vesta, tenía las pasiones muy vivas; porque era muy jóven todavía cuando se enamoró de su hermano Saturno, que apenas contaba veinte años. La tierna Vesta, acordándose de los males que había sufrido, unió esos dos niños; en dote dió á Rhea el imperio de la Tierra, que le pertenecía, y quiso que como ella misma llevase el nombre de Cibeles.

Si el incesto allá en el cielo era una cosa sin consecuencias, no sucedía lo mismo con respecto al derecho de primogenitura. Titan era el mayor de todos los hijos de Vesta y Celus; Saturno no era más que un segundón de esos que no tienen otra herencia que su capa y su espada. Dos ó tres mil años más tarde, hubiera podido haberse hecho clérigo, trapista ó militar; pero en aquel entonces faltaban semejantes recursos, y sin duda por esto le habían casado, no habiendo podido hacer nada mejor ó peor. Sin embargo, el mancebo parecía hallarse contento con su suerte. Su mujer, al contrario; á poco de haberse comido el pan de la boda, ó pasado la luna de miel como se dice ahora, empezó por arrepentirse de semejante calaverada; el amor había hecho lugar á la ambición, y ella se arrepentía de haber preferido Saturno á Titan, su hermano mayor, que era el único que podía aspirar al supremo poder. Por desgracia las leyes celestiales eran en aquel entonces del todo incompletas, y no se había establecido el divorcio.

No se llega á ser mujer y diosa para detenerse á los primeros obstáculos; no pudiendo vencer la jóven Cibeles las dificultades, partió de frente. Con los ojos húmedos de lágrimas y el semblante triste, se presentó á su madre.

«Pobre niña, la dijo esta; ¿tan jóven y ya se ha anublado tu rostro? Bien te lo había yo dicho: no todo son placeres cuando se ha llegado á tener estado. ¡No has querido hacer caso de mi envejecida experiencia!»

—Madre mia, contestó la diosa: ojalá fuesen los asuntos del matrimonio únicamente los que me llevarán á maltraer. Otros mas graves ocupan mi imaginacion.

—Espílicate, pues.

—El poder de vuestro esposo, mi padre, no tiene rival; mientras que mi marido no seria mas que un pobre dios, sin casa ni hogar, si no fuera por mi dote... y he consentido sin embargo en despojaros de él!... Ah! estoy desesperada!

—Pobre niña!

—No, no, las cosas no pueden quedar así; porque si bien Saturno no es un águila que digamos, el talento de su mujer puede suplir á lo que á él le falta, y en nuestra casa no hay mas voluntad que la mia... Si ese brutal Titan, que no sabe mas que dar patadas que hacen temblar el mundo, posee el derecho de primogenitura, vos, querida madre, podriais muy bien hacer entender á Celus lo que seria mas conveniente para todos... en un momento oportuno, con ese tono dulce que os es natural, con esa mirada que hace enmudecer todas las voluntades; en fin, ya me comprendeis. Entonces mi padre no tendria que hacer otra cosa que mandar á mi cuñado cediese su derecho al esposo que me habeis dado, y yo seria dichosísima por deberos ese nuevo beneficio.

o b Cómo resistirse? Las madres son débiles y las hijas muy ladinas! Ved, pues, ya á Vesta esforzándose en demostrar á Celus, que su hijo segundo debia por precision poseer los derechos de mayoria y *vice-versa*. Y como lo que quiere la mujer lo quiere Dios, y ya sucedia lo mismo en aquellos tiempos, el viejo Celus encontró razonables las pretensiones de su mujer y de su hija, é incontinenti ordenó á Titan cediese sus derechos á Saturno. El formidable Titan no osó resistir la voluntad de su padre, pero impuso á su hermano la condicion de que en su familia no pudiese lactarse ningun hijo varon, á fin de que el supremo poder pudiese serle devuelto como una herencia. Sin duda que semejantes pretensiones no las hubiera tenido ningun tonto.

o b Pero como es estremadamente peligroso poner el pié en un camino malo, y la pendiente del mal es siempre sobrado rápida, Vesta, que hasta entonces habia sido una honrada diosa, se acordó de pronto de algunas quejas que tenia contra su marido. Celus desde luego era ya demasiado viejo, lo cual en aquellos tiempos, lo mismo que ahora, es lo peor que puede tener un marido á los ojos de su mujer. Se dirá que los dioses no envejecen; es verdad que no envejecen á la manera nuestra; son siempre los mismos; pero esto no detiene la marcha del tiempo, y es muy pesado el oír á la larga, siempre el mismo metal de voz, ver siempre el mismo rostro. Vesta experimentaba mas que nunca un punzante deseo de distraccion, y Celus era tan inmutable como su hermano el Destino; estaba sin embargo muy conyencido de que un marido es

:

siempre amable para su mujer; creencia funesta que en todos tiempos ha producido fatales consecuencias.

A pesar de todo, Vesta tenia sus opiniones particulares sobre la materia, y deseando que su marido se comportase de otra manera, no aspiró á otra cosa que á apoderarse del mando supremo.

Para llegar á sus fines la rencorosa diosa, tenia necesidad de ayuda; tal vez ya lo tenia pensado así cuando abogó con tanto calor por los intereses de Saturno, porque á él fué con quien se espontaneó desde el primer momento, dándole parte de sus proyectos.

—Servicio por servicio, le dijo; tú me debes el derecho de primogenitura; yo quiero deberte el poder supremo que te devolveré un dia.

—Qué quiere decir esto! replicó el Dios.

—Quiere decir, hijo mio, que Celus es un tirano, que abusa de su autoridad.

—De veras?

—Tú sabes que todo su poder le viene de la hoz, que es su cetro.

—Lo sé.

—Pues bien! apoderémonos de ese cetro, y partamos el poder.

Saturno aceptó; pero desde el momento que el cetro estuvo en su mano, nada quiso partir, y Vesta se vió castigada por donde mismo habia pecado. En cuanto á Celus, se le dejó únicamente una sombra de autoridad, á fin de que nadie se enterase de estas querellas matrimoniales.

Desde entonces Saturno reinó sin oposicion, cosa no menos rara en el empíreo que en la tierra. Un solo motivo de pena contrariaba su augusta soberanía; este era el no poder criar ningun heredero directo; tenia que conformarse sin embargo, y por esto devoraba todos los hijos varones que le daba su mujer. Pero Cibeles, mas lista ó menos escrupulosa al aceptar semejante condicion, habria hecho restricciones mentales que debian producir prodigiosas consecuencias. Habiendo dado á luz á Júpiter, hizo ocultar el niño y pretendió haber parido una piedra. La estratagema puede hoy dia parecer algo exajerada; Saturno, no obstante, nada tuvo que replicar; únicamente para tener tranquila la conciencia, se tragó el canto que le presentó su mujer. La escena se repitió al nacimiento de Neptuno y de Pluton; el dueño del universo se embuchó dos nuevos pedruscos sin suponer la superchería, y por ello no se encontró menos bien de salud.

Puede suceder muy bien que mis lectores tomen todo este relato por un cuento fantástico ó por elucubraciones de una imaginacion enferma. Nada de esto; esta historia es la que escribieron dos de los hombres mas grandes de la antigüedad. Homero y Hesíodo, á quienes su obra ha hecho merecer el título de *Padres del Paganismo*.

Mas veamos las cosas bajo su verdadero punto de vista, y levante-

mos el diáfano velo que las cubre: Celus y Vesta, es decir, el Cielo y la Tierra, salen del caos á impulsos de una mano poderosa y desconocida; Vesta lleva sobre su frente una diadema de torres y murallas, y en su mano las llaves de las principales fortalezas de su imperio; ¿esto no es tan característico como la urna que lleva el inmutable Destino? De la union del Cielo y de la Tierra nace Saturno, es decir, el Tiempo; lleva alas; se halla armado de la hoz terrible, á la cual nada escapa; devora sus propios hijos. ¿Hay nada mas claro y mas propio? Cibeles, hija de la Tierra, es fecundada por Saturno (el Tiempo); siempre es jóven y bella; tiene los vientos impetuosos encerrados en un antro. Las Estaciones y las Ninfas, Flora, Pomona, Ceres, forman su séquito y arrojan flores en su abultado seno, que alimenta el género humano. Jamás alegoría alguna fué mas brillante y graciosa.

No pretendemos que la misma claridad reine en todas las partes de esta grande historia; se encuentran en ella un sinnúmero de cosas que pueden ser interpretadas de diversas maneras. ¡Dichosos nosotros, sin embargo, si á la conclusion de cada jornada logramos inspirar algun interés á nuestros lectores!

JORNADA SEGUNDA.

SATURNO.—CIBELES.—JÚPITER.—LOS TITANES.—LAS VESTALES.—JANO.

Cibeles á fin de sustraer á su hijo Júpiter á la concienzuda voracidad de Saturno, lo habia hecho trasportar á la cima del monte Ida, en la isla de Creta, donde fué criado por una cabra llamada Amaltea, y esmeradamente cuidado por una tropa de Ninfas que á todas horas rodeaban de flores su cuna. Apesar de todo, el chico era muy colérico y alborotador; la menor contrariedad lo exasperaba dando furiosos gritos. Semejante intemperancia pudiera haberle sido funesta, si una multitud de sacerdotes llamados Corybantes, que sin duda habian adivinado los destinos de ese rapaz inquieto, no hubiesen imaginado danzar á su alrededor durante sus accesos de cólera, haciendo asimismo un ruido terrible con escudos de cobre que hacian chocar unos con otros. El ruido de esta danza, llamada dactyla, impedia que los gritos del pequeño dios fuesen oidos de su padre Saturno y de su tio Titan.

El fraude sin embargo llegó á descubrirse, y Titan furioso por esta falta de buena fé, apremió á su hermano para que le devolviese el imperio del mundo; como si en semejante materia la razon y el derecho fuesen suficientes. Sometida la pretension á consejo, fué rechazada por una simple orden del dia, y los esposos usurpadores continuaron durmiendo á pierna suelta; la almohada del poder es una almohada muy blanda.

Pero Titan no se durmió; levantó un poderoso ejército y marchó contra su hermano, que venció é hizo prisionero, como tambien á Ci-



D Valdivieso lit^o

Lit de J.J. Martinez. Madrid

LAS NINFAS.

beles, causa principal del desastre, y ambos fueron encerrados en el Tártaro.

Afortunadamente para los esposos, Júpiter, ya crecido, habia podido salvarse. Aun cuando en aquel entonces el mancebo fuese muy amigo de los placeres y poco cuidadoso de los negocios, este dueño futuro de los dioses conocia que su porvenir dependia de una pronta restauracion, y por lo mismo trató de llevarla á cabo; prometió montes y morenas á todos aquellos que quisiesen secundarle en tan peligrosa empresa. Las promesas, todo el mundo lo sabe, es moneda que siempre prodigan los pretendientes. Despues del suceso todas las ha llevado el viento, lo cual no impide que muchos se dejen llevar de ellas; no obstante, Júpiter se dirigia á seres mas desconfiados que los mortales; así, pues, solo pudo reunir un pequeño número de partidarios, entre los cuales se encontraban sus dos hermanos Neptuno y Pluton. Sin dejarse intimidar por esto, el jóven héroe se pone á la cabeza de un pequeño número de afiliados, y penetra audazmente en el imperio celeste.

Entre nosotros, pobres humanos, se asegura que en iguales circunstancias los dioses se ponen siempre de parte del mayor número, lo cual ha hecho creer á muchos filósofos que la razon del mas fuerte era no solamente la mejor sino la verdadera. Allí las cosas eran diferentes: se trataba de dioses por ambas partes, y las fuerzas eran cuasi iguales; por esto la victoria estuvo por mucho tiempo indecisa. Como los golpes no podian ser mortales, tratándose de gentes que gozaban de la inmortalidad, los porrazos que se daban nada decidian. Júpiter, que en este combate iba á ganar sus doradas espuelas, hizo un esfuerzo desesperado, y logró arrojar del cielo á Titan y sus satélites, restableciendo en su autoridad á Saturno y á Cibeles, que de antemano habia sacado del encierro.

El vencedor, portándose como buen hijo, cumplia al mismo tiempo con un acto de sana política..... Desde luego Saturno estuvo contentísimo y se felicitó de no haberse tragado á su hijo, tanto cuanto la piedra que le habia sustituido estaria ya digerida. Mas tan buenos sentimientos duraron poco tiempo; la desgracia habia hecho á Saturno desconfiado. En mal hora se acordó de haber leído un dia en el libro del Destino, su hermano, que uno de sus hijos debia destronarle; esto le inquietaba, sobre todo cuando ya sabia á qué atenerse acerca del valor y capacidad del jóven héroe que habia quebrantado sus hierros; y como esto no le dejaba reposo, se propuso luchar contra el mismo Destino, tendiendo mil asechanzas contra su propio hijo.

Júpiter no llevó al extremo su piedad filial hasta el punto de perdonar tamaña ingratitud; de nuevo se apoderó del cielo y arrojó de él sin piedad á su padre y á su madre, que se refugiaron en Italia en el pais latino. Llegados á él fueron esmeradamente acogidos por Jano, rey de

aquellos lugares; el desterrado dios premió la benévola acogida de Jano, dotándole de la facultad de no olvidar lo pasado y leer en el porvenir.

Amaestrado con la desgracia, el viejo Saturno desde entonces no mostrándose dios inquieto ni celoso, vivió como un filósofo, lo que tal vez era mejor, ó á lo menos le fué á las mil maravillas; se ocupó especialmente en la agricultura, en la mejora de las costumbres y de la felicidad de los pueblos, llegando á conseguir que se diese á esa época lejana el nombre de la *edad de oro*. Por analogía se dió el nombre de *edad de plata* al siglo siguiente, porque, segun los poetas, la tierra fué menos fecunda á medida que los hombres se apartaban de su primitiva inocencia. La *edad de cobre* le siguió de cerca; finalmente se llamó *edad de hierro* la época en que la tierra plagada de toda especie de crímenes, no producía casi nada.

En cuanto á Cibeles, que se habia vuelto mujer muy sesuda, poco se habló de ella. Bien recibida en Italia dió á luz allí una niña á la que la vieja Vesta hubo de dar su nombre. En honor de esta nueva Vesta tercera ya y diosa de la virginidad, se erigió en Roma en el reinado de Numa Pompilio, segundo rey de los romanos, un templo en el que jóvenes sacerdotisas, llamadas vestales, mantenían el fuego sagrado. Estas sacerdotisas hacían voto de castidad, y las que tenían la desgracia de ser perjuras eran enterradas vivas. Coincidencia particular! lo mismo se practicaba en el Perú por las sacerdotisas del sol en la misma época, y mas de dos mil años antes que nuestro viejo continente tuviese noticia del Nuevo Mundo. ¿Qué consecuencias hay que sacar de esta paridad de cultos, sino que el fanatismo es inherente á nuestra naturaleza, y que somos mas ingeniosos para crearnos males que para inventar placeres?... Afortunadamente ese tiempo está ya muy lejos de nosotros, y las vestales hoy respiran libremente y á cielo abierto aun cuando hayan dejado apagar el fuego sagrado.

Los buenos procedimientos de Jano en favor de Saturno y Cibeles le valieron el título de dios; en Roma le erigieron un templo cuyas puertas estaban cerradas durante la paz, y abiertas al acaecer alguna guerra. Este dios estaba representado con dos rostros; uno que miraba lo pasado, el segundo el porvenir.

Entre tanto Júpiter se calzó con el imperio celeste, demostrando una grande actividad para la organizacion del gobierno y para toda clase de negocios y pequeños deberes que los príncipes suelen olvidar casi siempre. Desde luego transformó en constelacion y colocó en el cielo á la cabra Amaltea que le habia criado, pero antes de hacer de esta buena ama de leche un conjunto de brillantes estrellas, se apoderó de uno de sus cuernos dándoselo á las ninfas que habían cuidado de su infancia, despues de haber hecho de él lo que se llama el cuerno de la

abundancia, maravilloso talisman de donde salian todos los objetos que esas ninfas deseaban poseer.

Aun cuando Júpiter era todavía jóven en esa época, habia ya tenido mas de una aventura galante; pero para hacer callar las malas lenguas que hablaban mal de él con este objeto, pensó en contraer matrimonio, cuando los Titanes sus tios formaron una nueva y poderosa coalicion para destronarle. Era esta una antigua querella que se renovaba. En el fondo Júpiter podia no tener ni derecho ni razon en ella: segun las ideas concebidas acerca de este punto, el supremo dios podia ser considerado como el hijo de un usurpador, siendo tambien él mismo usurpador de un poder que no le competia; pero él podia alegar la consumacion de los hechos, y esta razon sin réplica era bastante para hacer que lo que es bueno para tomar, tambien lo es para guardar. Podrá decirse que esta moral es la moral de los ladrones. ¡Pero Dios mio, quién podrá arrojar la primera piedra en esta materia! La palabra es un poco dura para aplicarse á todo un dios; llamémosle si se quiere conquistador, con objeto de poder decir la cosa esquivando la palabra. Así pues, este conquistador queria guardar su conquista; todos ellos hacen otro tanto; los Titanes por su parte querian reconquistar el trono de su padre.

Eran sin embargo esos Titanes gente de temer; entre ellos se hacia notable el terrible Encelada, cuya fuerza era tan prodigiosa que podia desencajar las montañas y arrojar los pedazos hasta el cielo; el poderoso Briareo que tenia cien brazos, cada uno de los cuales era capaz de batir las mas fuertes fortalezas; el espantoso Tifeo, mitad hombre y mitad serpiente, que hacia temblar la tierra al azotarla con su cola, mientras que su cabeza llegaba al cielo. Además tenian entre ellos á Efialto, Mimas, Eurito y una multitud de otros, todos gigantes de una fuerza extraordinaria.

El ejército formidable de tales guerreros se juntó en los campos de la Tesalia, y todos empezaron por acumular montañas unas encima de otras para escalar el cielo. Júpiter por su parte se habia puesto en estado de defensa; contaba tambien con los demas dioses que estaba seguro le secundarian; pero estos últimos, á la vista de tan terribles enemigos, tuvieron miedo y tomaron la fuga y se refugiaron al Egipto, donde para mas seguridad se transformaron en cuadrúpedos, en pájaros, en árboles, en legumbres, en flores etc. Ciertamente que la cosa no era muy divertida; por lo tanto es preciso convenir que el valor no se aprende, y que los reproches que se pudieran dirigir á esos dioses poltrones y cobardes, les daria lugar á responder: «¿Por qué nos hicieron así?»

La guerra duró diez años; bien que puede decirse que Júpiter la sostuvo por sí solo contra todos, y la sostuvo con gran valor, terminán-

dola con un espantoso trueno, gracias al rayo que Vulcano le forjó ayudado por los Cíclopes, una nueva raza de gigantes que tenían solo un ojo en la mitad de la frente. Con armas tan terribles, el rey de los dioses aterró á los Titanes y los enterró dentro de las mismas montañas que ellos habían acumulado para escalar el cielo. Hecho esto, el dueño del mundo, sin ninguna especie de rencor contra los fugitivos que le habían abandonado, fué á buscarles á Egipto y los volvió al cielo.

Restablecida la paz, Júpiter que desde entonces pudo llamarse el dios del rayo, de nuevo pensó en su matrimonio, contrayéndole con su hermana Juno: el incesto era un pecado de familia, y por lo tanto este conquistador no tuvo escrúpulos en hacer lo que habían hecho sus padres.

Desde luego ambos esposos vivieron en la mejor inteligencia; pero Juno era celosa y Júpiter muy galante; la discordia no pudo menos de introducirse en el matrimonio por este doble camino; el padre de los dioses tuvo muy pronto que deplorar disgustos domésticos; y es menester decirlo; fué castigado por donde mismo había pecado.... un conquistador como él!... un dios tan poderoso!... es pues verdad que la cabeza mas augusta..... Mas nuestros lectores necesitan de algun reposo, y es necesario que les demos tiempo para meditar tamaño infortunio.

JORNADA TERCERA.

JÚPITER.—PANDORA.—EPIMETEO.—DANAE.—ANTIOPE.—LEDA.—GANIMEDES.—
HEBE.

Para distraerse de los disgustos que le causaba Juno, de quien muchos mitológicos alaban la sabiduría, Júpiter se ocupaba en formar hombres. Era sin duda un pasatiempo digno de un dios, y el soberano del Empíreo lo ejecutaba con mucho entusiasmo, cuando supo que cierto Prometeo tenia pretensiones de imitarle y aun aventajarle.

Este Prometeo era uno de los Titanes, que en lugar de tomar parte contra el soberano de los dioses en la larga y terrible guerra de la cual hemos hablado, se habia adherido al partido del dios, habiéndole en tales circunstancias prestado grandes servicios; pero segun vemos, no son los reyes de la tierra los únicos ingratos; porque Júpiter, despues de haber instalado cuando su victoria los dioses en el cielo, mas arriba del monte Olimpo, se incomodó de hallar á Prometeo en este lugar, y le arrojó de él precipitándole vergonzosamente á la tierra.

Si la venganza es el placer de los dioses, tambien podia serlo para el Titan á quien no podia disputársele su origen divino; era, pues, por venganza que se constituia en rival de Júpiter: desde luego tomó un pedazo de greda y le dió la forma de un hombre; despues protegido por Minerva, penetró furtivamente en el cielo y robó al sol un rayo de su luz, con el cual animó su estatua. Indignado Júpiter hace prender al atrevido y manda sujetarle á una roca del monte Cáucaso, donde un

buitre hubo continuamente de roerle las entrañas. La sentencia fué ejecutada, pero el suplicio debia tener su fin: mas tarde Hércules mató el buitre y Prometeo fué libertado.

Bien pronto los demás dioses tomaron por ofensa que Júpiter por sí solo tratase de poblar la tierra: asociáronse para formar una mujer perfecta. Mirada la cuestion humanitariamente, la empresa era loable. Cada uno puso su parte en el negocio: Vulcano hizo el cuerpo, le animó y obtuvo una bellísima persona que tomó el nombre de Pandora, quien recibió los oportunos dotes de los demás dioses: Venus le dió la belleza, Minerva la sabiduría, Mercurio la elocuencia, etc. Por desgracia á nadie le vino en mientes darle la discrecion. Júpiter, que disimulaba en estos momentos como un traidor de melodrama, se apercibió de semejante omision; dijo entonces que él tambien queria hacer su presente á esta nueva beldad de quien el Olimpo se mostraba tan gozoso. Sacando entonces de los pliegues de su rica capa de púrpura, una preciosa caja cuidadosamente cerrada, la entregó á la jóven, recomendándola que no la abriese antes de entregarla á Epimeteo de quien habia de ser esposa, y que no era otro que el hombre formado por Prometeo.

Pandora se retiró de la presencia de Júpiter sobradamente contenta; sin duda la tal caja contenia un presente de boda, pues que debia entregarla á su futuro marido; ¿de otra parte qué podria ser un presente de tal naturaleza, ofrecido por mano del dueño del universo!.... Epimeteo, segun se figuraba la jóven desposada, no podia menos de ser un hombre de gran mérito. ¿Pero tiene uno ó nó derecho de saber en qué consisten los bienes de ambos esposos cuando hay que casarse?

Hé aquí lo que en sus adentros se decia Pandora, mientras se dirigia en busca de su prometido; otras muchas cosas se le ocurririan y tal vez con mas elocuencia que nosotros no sabríamos reproducirlas, atormentada como estaba para saber el contenido de la misteriosa caja. Lo hizo tan bien, usó con tanta ventaja de su lógica intuitiva suscitada por el violento deseo de que se hallaba atormentada, que concluyó por persuadirse que si el padre de los dioses le habia prohibido abrir la caja, era solo por una mera chanzoneta. La pobre niña habia sido vencida; su rostro se habia puesto de color de escarlata, su corazon latia con violencia, y con temblorosa mano se decidió á levantar la tapa de la caja misteriosa; desde el momento se escaparon de ella, bajo la forma de una espesa niebla, todos los males y todos los crímenes que afligen á la tierra; únicamente la esperanza se quedó en el fondo, despues de haber ocultado con sus alas las mas terribles de sus compañeras.

Desesperada Pandora corrió hácia Epimeteo declarándole su falta. Este último, aunque jóven todavía, tenia muchísima esperiencia; comprendió desde luego que Júpiter habia recomendado la discrecion á su

futura, para hacerla sucumbir mejor á la tentacion. Procuró sin embargo, aunque en vano, que los males que se habian esparcido por la tierra entrasen de nuevo en la desflorada caja. Desposándose por último con Pandora, únicamente para consolarla.

Ciertamente que en este negocio el papel mas brillante no lo ejecutó el padre de los dioses; pero á cuantos le reprochasen su conducta, pudiera haber contestado que las cosas que ejecuta el Destino, nadie puede preveerlas, tanto mas cuanto él mismo hubo de sujetarse á ese poder primitivo. Entre nosotros semejante escena aparecería como un acto cauteloso, como una evasiva preparada antes de cometer la falta; y si entonces hubiera sido de moda el jesuitismo, el epíteto hubiera estado bien aplicado.

Pueden perdonarse fácilmente á Júpiter las numerosas infidelidades que hizo á Juno, á causa de los celos de esta y de su mal carácter. De ella hablaremos mas adelante cuando nos ocupemos de su historia. En semejantes circunstancias el soberano del Olimpo procuraba siempre guardar el incógnito y tomaba toda suerte de disfraces para llegar á sus fines. Como somos enemigos de toda clase de escándalo, únicamente daremos razon de aquellas de sus aventuras mas nombradas. Por ejemplo, todo el mundo sabe que se convirtió en lluvia de oro para seducir á Danae. El medio no requería grandes esfuerzos de imaginacion, y hoy mismo es empleado por una multitud de gentes que tienen la bolsa mas repleta que la cabeza: pero si semejante medio es de suyo muy sencillo, no deja de ser infalible, pues que los asuntos del corazon hoy dia son solo asuntos de números.

Mas tarde, este gran seductor, se metamorfoseó sucesivamente en sátiro, para seducir á Antiope; en toro, para robar á Europa; en cisne, para engañar á Leda, y por último tomó la figura de águila, para apoderarse de Ganimedes, hijo de Tros, rey de Troya, al cual nombró su page copero, lo que le hizo perder la opinion que habia conquistado entre las damas. Hasta entonces el oficio de copero habia estado al cuidado de la jóven y fresca Hebe, diosa de la juventud, á la cual el dueño del Olimpo quitó su cargo, bajo el pretesto que al derramar el nectar lo habia dejado caer con tan poca gracia, que los dioses sentados á la mesa habian sido atacados de un acceso de risa homérica, mientras que las diosas habian vuelto púdicamente la vista hácia otro lado.

Es oportuno consignar aquí que en el cielo no habia otra mesa que la de Júpiter, en la que se servía la ambrosía, esquisito manjar, del cual era suficiente probarlo una vez sola, para gozar de la inmortalidad; y el nectar, bebida ordinaria de los dioses, tan deliciosa que ninguno de ellos hubiera por todo lo del mundo renunciado.

Júpiter habia recibido de los griegos y de los latinos un sin número de calificaciones; llamábanle Júpiter *Tonnens* ó Tonante; Júpiter *Am-*

non ó dueño de los desiertos; Júpiter *Stator*; Júpiter *Capitolino*; Júpiter *Tarpeiano*; Júpiter *Vengador*, etc. De todas estas calificaciones la mas ilustre era la de *Olimpico* que le dieran los griegos, porque pretendian que el monte Olímpico, situado entre la Tesalia y la Macedonia, era la morada predilecta del padre de los dioses; de ahí viene el haber dado el nombre de Olimpo al cielo cuando se le consideraba la morada de los dioses; de ahí tuvieron lugar los juegos olímpicos que se celebraban en su honor cada cinco años y que servian de épocas para la cronología; así era que se decia: el primer año, el segundo año de la quinta ó de la sexta olimpiada, etc.

Tendriamos, carísimos lectores, muchas cosas que contaros de este dios tan poderoso, si pudiésemos detenernos en nuestro viaje; mas nos queda todavía un grande espacio que recorrer; tenemos un gran número de aventuras que referir de los moradores celestes, y por lo tanto procuraremos hacerlo de manera que la historia de unos se complete con la historia de otros, á fin de evitar repeticiones, cosa desastrosa para un historiador, aun cuando tenga que relatar maravillas.

Sea pues suficiente el daros una idea del formidable aspecto de ese dios todo poderoso. Sus adoradores le representaban sentado en un trono de oro ó montado en un águila magestuosa, teniendo en una mano el cetro y el rayo en la otra; su frente siempre anublada; de sus ojos partian los destellos que precedian al rayo; un frucimiento de sus negras cejas hacian temblar el cielo y la tierra. Su séquito era poco numeroso, pero escogido: se componia de las virtudes que estaban sentadas á su lado.

Entre nosotros se podria preguntar, qué hacian allí esas santas doncellas. Afortunadamente nos es permitido creer que únicamente en ciertas ocasiones era cuando se colocaban en aquel lugar; en las grandes recepciones, por ejemplo, absteniéndose en otros casos de seguir á su dueño en sus expediciones. De otra parte, si es cierto como se dice, que el infierno está embaldosado de buenas intenciones, no es imposible que se encontrasen en el cielo otras tantas.

En resúmen, Júpiter á pesar de sus faltas, de sus seducciones y de sus arrebatos, fué grande, fuerte, poderoso; implacable muchas veces; celoso de su autoridad; mas suponiendo que se hubiese hecho culpable de tantas perfidias como se le atribuyen, estaria en el caso de aplicarle aquellas palabras: Todo puede perdonársele por lo mucho que ha amado.

JORNADA CUARTA.

JUNO.—IO.—ARGOS.—LATONA.—NIOBE.

Como tenemos dicho de antemano, Júpiter tuvo un gran número de queridas; los historiadores ó mitólogos nos hablan de cuarenta y cinco; pero los historiadores no lo saben todo siempre, ó á lo menos nunca dicen mas que la mitad de la verdad. Sea de esto lo que fuere, todo debe considerarse como errores de la juventud; porque no hay que olvidar que Júpiter era ya un muchachon un año despues de su nacimiento, y se comprende que pudo cometer faltas en una edad tan tierna, en razon de las violentas pasiones de que el Destino le habia dotado. De otra parte, hay que considerar que este poderoso personaje no tuvo menos que seis mujeres legítimas ó reputadas tales, lo cual establece una especie de compensacion.

De sus seis mujeres la mas legítima fué su hermana Juno, que á lo menos tenia el derecho de prioridad.

A pesar de algunos pecadillos á los cuales hemos hecho alusion, y de los que hablaremos mas adelante, Juno era reputada por una diosa de talento y honradez; pero hay que decirlo todo; tenia todo aquello que hace detestable la sabiduría: era celosa, quimerista é implacable. Esto se acomodaba muy mal con el carácter galante del jóven dios. «Juno, dice un académico mitólogo, no fijó por mucho tiempo cerca de sí al padre de los dioses, quien, para distraerse de las exigencias agri-dulces de su digna esposa, se fué de cuando en cuando á hacer cucamonas á todas las hermosas del Olimpo y de la Tierra.» No hay que perder de

vista que todo esto no lo decimos nosotros, pues únicamente lo que hacemos es juntar las piezas del proceso. Lo que parece positivo es que Juno se incomodó, tuvo crispaciones de nervios, se escandalizó, gritó, lloró y amenazó, concluyendo por irse á hacer pucheros á la isla de Samos.

Todos sabemos que los pucheros mujeriles son los medios mas eficaces en la vida conyugal; en esto como en todo, tanto se peca por carta de mas, como por carta de menos, y el abuso es siempre peligroso. Por no penetrarse Juno de esta verdad, tuvo que abandonar el domicilio conyugal.

Esta fué una falta muy grave que en nuestros tiempos hubiera tenido otras consecuencias, pero las cosas en el Olimpo se pasaban de otra manera. Júpiter quiso evitar el escándalo, y no se quejó á ningun tribunal estando bien convencido,

Que para el tonto es el ruido, lo demás para el marido.

Se calló, pues, bajo el peso de este infortunio doméstico; únicamente despues de haber dejado á la escapada el tiempo de la reflexion, publicó que iba á contraer matrimonio con Platea, hija del rio Asopo. Juno se puso furiosa con tal noticia. Busca la prometida esposa, se lanza á ella y le arranca los suntuosos vestidos que la cubren; pero esos magníficos tisúes de seda y oro, solo cubren un tronco groseramente tallado. Avergonzada de su violencia, Juno reconoce sus errores; los esposos se juntan otra vez y Vulcano es el fruto de esta reconciliacion.

Sé que mis lectores van á decir ¿qué anacronismo es ese? ¿Si Vulcano fué el que fraguó los rayos para la lucha con los Titanes, cómo es que no viene al mundo hasta ahora? En este caso no tenemos mas que una palabra que contestarles, y esta se reduce á decir: *¡Esto es un misterio!*

Despues de esta reconciliacion sincera y completa, Juno no se mostró menos celosa, ni Júpiter mas fiel á sus deberes conyugales. Esta nueva luna de miel fué corta, y bien pronto el dueño del mundo se enamoró de una simple mortal, la hermosa Io, hija del rey Inaco. Se comprende bien que en semejantes circunstancias un Dios no suspiraria en vano; Júpiter fué dichoso. Furiosa Juno al saber esta nueva infidelidad, sale del cielo y se dirige á la morada de su rival, esperando sorprender á los culpables; pero Júpiter habia adivinado su designio, y cuando llegó Juno solo encontró una linda becerra que pacia tranquilamente.

Entonces ambos esposos se dijeron probablemente á sí propios: veamos quién engaña á quién. Juno adivinando que Júpiter habia metamorfoseado á su querida de aquella suerte, procuró disimular y pidió á Júpiter le diese el lindo animal, del cual ella cuidaria cariñosamente.

Júpiter consintió en la demanda proponiéndose sin embargo devolverle cuanto antes su primitiva forma. La cosa era mas difícil que él se creía. En el número de polizontes que Juno pagaba largamente y que le servían por lo tanto á las mil maravillas, estaba un señor Argos, hombre hecho á propósito para el oficio á que se dedicaba, pues tenia cien ojos, y jamás dormía sino á medias; es decir, que cincuenta ojos velaban mientras que los otros cincuenta los tenia cerrados. A este personaje confió la diosa la guarda de su becerro.

Júpiter no se dió por vencido á pesar de lo referido; llamó á Mercurio, su servidor mas allegado, y contándole la aventura le encargó arreglar este negocio del mejor modo posible devolviéndole su querida.

Este Mercurio era un tío bribon del cual tendremos ocasion de hablar mas adelante; era uno de esos tunantes que le dan cien vueltas al mas pintado, que nunca estaba desprevenido, y que comía á dos carrillos; calidades preciosas que dieron por resultado que Júpiter le nombrase el dios de los ladrones y de los mercaderes.

Mercurio, pues, se apersonó con Argos y procuró adormecerle. No se sabe á punto fijo de qué medios se valió para obtener el resultado apetecido; unos afirman que obligó al fiel guardian á escuchar la lectura de un drama en cinco actos y en verso, otros pretenden que le cantó una ópera entera. Un sábio de nuestros dias cree que hubo de hacer uso del cloroformo, y varios otros están persuadidos que el magnetismo entró por mucho en este negocio. Lo cierto es que Argos se durmió como si estuviera en plena academia, y que Mercurio aprovechó su sueño para cortarle la cabeza; pero antes que pudiera apoderarse de lo, Juno habia entregado á las Furias á esta infortunada, quien arrebatada de ciego furor, se precipitó en el Mediterráneo, lo atravesó y pudo llegar por fin á Egipto, donde Júpiter le devolvió su forma primitiva.

Por su parte Juno metamorfoseó á Argos en pavo real conservando sus ojos en la cola del animal. En memoria de este acontecimiento quiso ella tambien, que su carro fuese tirado por dos de dichas aves; Argos era una de ellas.

A esta época Juno se hizo embarazada; Júpiter se amoscó y frunció el entrecejo; la cosa no era para menos; pero la cólera es mala consejera y parece que los dioses tampoco estaban libres de encolerizarse. Juno á todo esto se hizo de nuevas, asegurando que el perfume de una flor que habia aspirado en los campos Olenios habia sido bastante para hacerla madre.

Probablemente data de esta época que es peligroso para las jóvenes correr los campos y los bosques en busca de flores: la aventura de Juno es un ejemplo que debiera hacerlas cautas. Seamos no obstante indulgentes, pues si la divinidad sucumbió, la humanidad puede muy bien dar algunos tropiezos.

Juno esta vez dió á luz á Marte; no paró aquí la cosa; pues á poco tiempo el talle de la diosa volvió á redondearse. Nueva cólera por parte del marido.

—¿Qué significa esto? dijo Júpiter.

Juno contestó ingenuamente, que nada habia mas sencillo, y que el accidente provenia de unas lechugas silvestres que Apolo le habia dado á comer.

—¡Enhorabuena! replicó Júpiter.

Y se ocupó de otras cosas.

El resultado de esta segunda aventura fué el nacimiento de Hebe, diosa de la juventud, á quien Júpiter encargó servir el nectar á los dioses, y á quien mas adelante reemplazó por Ganimedes.

El poder de Juno era grande; participaba de todos los reinos y de todas las riquezas de la tierra. Su principal templo se hallaba situado en la ciudad de Argos, junto á una fuente cuyas aguas daban la juventud y la virginidad... Ay! Argos existe todavía; se ven los restos del templo; pero la fuente ha desaparecido: las hermosas pescadoras de la Grecia la han cegado. Es cierto que las de Europa hubieran hecho otro tanto.

Juno, que era tambien llamada madre de los Dioses, presidia los matrimonios y sobre todo los nacimientos, bajo el nombre de Lucina, y se celebraban en Roma, en honor suyo, fiestas llamadas *Lupercales*, durante las cuales los esclavos azotaban con una piel de cabra á las mujeres que se hallaban en cinta, para preservarlas de todo accidente.

Representaban á esta diosa en un carro tirado por dos pavos reales; cerca de ella estaba la diosa Iris, su mensajera y su confidenta, á quien habia metamorfoseado en el arco de este nombre, para recompensarla de haberla traído buenas noticias.

Juno, lo hemos dicho ya, era implacable en sus venganzas; así fué que persiguió cruelmente todos los hijos que Júpiter habia tenido de sus queridas, y particularmente á Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Jamás pudo perdonar á Paris el no haberle conferido la manzana de oro, precio de la belleza cuando ella la habia disputado con Palas y Venus; la guerra y ruina de Troya, fué asimismo una de sus intrigas. Latona, madre de Apolo y de Diana, fué una de las queridas de Júpiter que mas tuvo que sufrir de su cólera.

Esta Latona era hija del Titan Ceo. Un dia que se paseaba por las orillas del mar con su hermana Asteria, Júpiter que corria sin duda aventuras, las encontró. Bien que viajase de incógnito, las dos hermanas le reconocieron al momento. Asteria tomó la fuga, y cayó en el mar, donde se ahogó. Latona que se quedó, dió algunos traspies; pero las consecuencias, aunque graves, fueron menos funestas; el resultado de la aventura fué el nacimiento de Diana y de Apolo. Mas antes de ha-

ber llegado á este resultado, la jóven tuvo que sufrir cruelmente de la cólera de Juno, que envió en su persecucion á la serpiente Python, haciendo al mismo tiempo jurar á la tierra que no le daría auxilio.

Perseguida sin cesar por el espantoso mónstruo, nacido del limo de la tierra despues del diluvio de Deucalion, Latona pudo llegar al borde del mar intentando precipitarse en sus olas. Afortunadamente Júpiter no la habia olvidado del todo, y, preveyendo lo que podia acontecer, la habia recomendado á Neptuno para que la socorriese. Este último, en vista de la desesperacion de la pobre niña, se apresuró á metamorfosear en isla flotante el cuerpo de Asteria, que vagaba entre las olas en la superficie del mar; esta isla, que llamó Delos, se aproximó á la tierra firme, recibió en su seno á la hermosa fugitiva y se alejó rápidamente.

La infortunada Latona pudo por fin respirar con mas libertad; protegida por Neptuno, rodeada de ninfas marítimas que le prodigaban los mas tiernos cuidados, pensó aguardar sin temor el feliz momento de estrechar en su seno maternal el fruto de sus amores con el ingrato Júpiter, que tan tarde se presentaba en su auxilio, y que la olvidaba por fáciles y nuevos amores. El momento llegó, y en una cama de musgo y algas, asistida por las ninfas mas experimentadas, de las cuales habia muchas, si creemos las crónicas de aquellos tiempos, dió á luz á Apolo y á Diana.

Los dulces goces de la maternidad empezaron por hacer olvidar á Latona los disgustos del amor, cuando nuevas persecuciones le volvieron la memoria de su infortunio: Juno por fin habia descubierto su retiro; furiosa se dirigió á Neptuno reprochándole con amargura la proteccion que prestaba á la jóven que se habia atrevido á robarle el corazon de su esposo, ordenándole que inmediatamente arrojase de sus estados á la aventurera que él trataba á guisa de princesa.

Neptuno no tenia mal carácter; de buena gana hubiera querido contemporar con todo el mundo, y obedecer á Júpiter sin desobedecer á Juno; pero como no tenia el talento de la invencion, y temiendo comprometerse hubo de contentarse con hacer saber á la jóven madre que era preciso volver al continente.

Semejante nueva puso á Latona en el colmo de la desesperacion. «Obligarme á abandonar este asilo, exclamó, es entregarme de nuevo á mí y á mis hijos á los tormentos mas atroces; es arrojarnos á ese horrible Python que iba á despedazarme cuando vos me socorristeis.»

Neptuno entonces le aseguró que el mónstruo se hallaba profundamente dormido, y que no debia despertar en mucho tiempo, insistiendo en que saliese lo mas pronto posible de su imperio. Fué preciso resignarse: la isla de Delos se aproximó de nuevo al continente, y la jóven con sus dos hijos en brazos se puso en marcha para volver á la casa de su padre.

Antes de su aventura, Latona tenia un carácter dulce y benévolo; pero la desgracia hace ruin á cualquiera hasta el punto de abusar, y mas en una mujer que se cree de origen divino. Por esto tal vez transformó en ranas á dos miserables patanes que rehusaron darle un poco de agua en el instante que ella se encontraba á la orilla de un estanque, y cuando no tenia mas que bajarse para tomarla. Mas adelante hizo matar á flechazos por Apolo y Diana á todos los hijos y al marido de Niobe, bajo el pretesto que esta última, reina de Tebas, habia osado decir que sus hijos eran mas hermosos que los de aquella. Niobe murió desesperada, y fué transformada en un pedazo de mármol que derramaba lágrimas.

Hé aquí hasta dónde puede llegar el orgullo maternal; tan cierto es que no hay que hacer caso de los arranques, aun los mas nobles. Esto puede ser trivial á fuerza de ser cierto; mas toda fábula encierra su moraleja.

JORNADA QUINTA.

APOLO. — ESCULAPIO. — DAFNE. — CLICIA. — LEUCOTEA. — JACINTO. — PERSEIS. —
BOLINA. — LAOMEDONTE. — LA SIBILA DE CUMAS. — CASANDRA.

El día va á ser muy caluroso para nuestros lectores, pues nos hallamos cerca del sol. Ese hermoso jóven rubio, sin pelo de barba, que conduce el carro de la luz, es Apolo, hijo de Latona, de quien anteriormente hemos referido el nacimiento.

Presentado bien jóven todavía á la corte celeste, Apolo fué favorablemente acogido. Júpiter le reconoció por hijo suyo, y Juno que quería hacer olvidar algunas faltas, como por ejemplo la de la flor misteriosa y las lechugas campestres, acogió la ocasion de adular á su marido mostrándose buena con ese vástago de un amor ilegítimo. No se pensó en otra cosa que en dar al recién venido una posicion conveniente, á cuyo efecto fué hecho dios de la luz y de las bellas artes. Entonces tomó el nombre de Febo.

Si bien el empleo fuese bello y glorioso, la actividad del nuevo dios era tal, que no pudo contentarse con lo que se le habia dado, y en momentos de ocio se dió maña para inventar la medicina. Para un hombre de gusto, esto hubiera sido un singular pasatiempo; para un ser inmortal era peor todavía; en lugar de curar los enfermos por qué no suprimia las enfermedades? Esto hubiera sido mas espedito y mas racional; pero Apolo tenia un hijo á quien colocar, y se hallaba poco dispuesto á cercenar nada de sus dominios en favor suyo; por otra parte haciendo de ese hijo, llamado Esculapio, el dios de la medicina, hacia

su negocio sin aflojar la bolsa ; esto además seria una razon convincente para los dichosos de nuestros tiempos, quienes se asemejan mucho á los dioses de aquellos.

Esculapio no podia ser un médico como lo es cualquiera ; necesariamente debia poseer la ciencia ínfima ; la tenia en efecto , pero no usó de ella con bastante discrecion, y esto le fué funesto. Que únicamente hubiese curado enfermos, aun cuando esto de sí fuese una cosa escéntrica , y muy suficiente para que la facultad le pidiese cuenta de sus hechos y de sus obras ; pero cuando se supo que se ocupaba en resucitar los muertos, el asunto tomó un aspecto mas sério. En efecto ; Esculapio, vencido por el dolor de Teseo , cuyo hijo Hipólito acababa de morir, volvió la vida á este último. Desde luego se urdió una conspiracion por los que viven de los males agenos ; Júpiter fué reconvenido , se le quiso convencer de que el insolente médico usurpaba el poder supremo ; que esto era un ejemplo peligroso , que si fuese imitado produciria las mas graves consecuencias ; en fin , la intriga fué tan bien urdida que el soberano juez , queriendo hacer cesar estas hablillas , cogió el rayo é hirió mortalmente á Esculapio.

Apolo, desesperado por la muerte de su hijo, le convirtió en un astro que colocó en el cielo ; y queriendo luego vengarse y no atreviéndose á hacerlo directamente contra Júpiter, penetró en los antros de Vulcano y mató á flechazos los Cíclopes que habian forjado el rayo.

Furioso Vulcano se dirige al cielo y arma allí una gritería infernal. Apolo, dice, no es mas que un bastardo ; este bastardo le ha insultado ; al hijo legítimo del padre de los dioses ; Venus, mujer de Vulcano, se pone de su parte y grita mas que su marido ; Juno se afilia en el bando alborotador, donde hacía cabeza su hijo primogénito. Gritan todos y nadie se entiende ; Júpiter estalla, pero no venia á cuento apelar á los rayos en tal momento, mayormente cuando este medio habia producido toda aquella algarabía.

El rey del cielo declara que va á reunir el consejo. Desde entonces la causa de Apolo era perdida ; la tormenta aumentaba á cada instante para que el acusado pudiese hallar defensores cerca de tan augusto tribunal ; así fué que por unanimidad le condenaron á destierro.

Arrojado Apolo del cielo , se mostró mas que nunca digno del lugar que habia ocupado. Soportó la desgracia con resignacion, y habiéndose retirado á Tesalia obtuvo del rey Admeto la guarda de sus ganados. Allí, á falta de grandezas, las bellas artes vinieron en su socorro. En efecto ¿ qué son las grandezas, los bienes materiales ó de convencion, en comparacion de los nobles y deliciosos placeres del espíritu ?

Poeta y músico por escelencia, el desterrado divino hizo versos cantándolos en melodiosa voz, y para acompañarla inventó la lira. Admeto era rey de Tesalia. Apolo se hizo rey de los pastores de aquella monar-

quía, y estos fueron sus mas felices tiempos. Es verdad que á esa vida campestre el amor vino á prestarle sus encantos. El dios del dia, recorriendo las campiñas habia encontrado á Dafne, hija del rio Perseo, y se habia enamorado ciegamente de esta jóven beldad. Mas si se ha visto á reyes contraer matrimonio con pastoras, la verdad histórica nos obliga á decir que se han visto muy pocos pastores unirse con princesas; ademas Dafne tenia otra razon muy poderosa para no mostrarse sensible á la llama del pastor divino; ella amaba en otra parte..... Sabemos muy bien que esto no es una razon sin réplica, y que en nuestros tiempos es muy raro que nadie se desespere por tan poca cosa; es tan dulce dejarse amar, y tan fácil de hacer creer que se ama! Pero Dafne tenia una naturaleza privilegiada y llevaba muy allá su delicadeza. No obstante, para mas seguridad, procuró evitar todo lo que pudo el encuentro del hermoso pastor: la ocasion es tan débil á veces!

Apolo, no encontrando á Dafne la buscó por todas partes, y habiéndola visto de lejos corrió hácia ella; espantada la jóven tomó la fuga; el dios la persiguió; iba ya á alcanzarla cuando ella jadeante y sin aliento invocó á Júpiter, quien la convirtió en laurel. Era ya tiempo! El dios estendia ya el brazo: únicamente agarró las ramas del arbusto, del cual se hizo una corona sin duda para consolarse.

El dios del dia, es preciso convenir en ello, daba con esto muy mal ejemplo que muchos han seguido despues: cuántos en su caso se dan un aire victorioso despues de una derrota! Y cuántos laureles mentidos han sido comprados á buen precio para hacer creer en conquistas de esta especie!

El despecho de Apolo duró poco; acababa de sentarse á la sombra del laurel cuando apercibió á la hija del rey de Babilonia, la bella Clitia, que se paseaba por los campos. Las hijas de los reyes, lectores míos, segun deben ustedes ver, como yo lo veo, se hallaban muy mal guardadas en aquellos tiempos; la práctica usual es muy distinta hoy dia, y no se permite que las princesas anden á su gusto: han dado sin embargo menos malos pasos? Esto es lo que no osaríamos afirmar.

A la vista del hermoso pastor, Clitia enrojeció como la flor del granado. Esta timidez pareció de buen agüero á Apolo que se adelantó hácia la cándida doncella. Lo que le dijo no lo hemos encontrado en la historia; pero nos es permitido no obstante pensar que estuvo muy elocuente, porque si en aquel momento no era mas que medio dia, Clitia sentada en un bosquecillo al lado del jóven pastor, le estuvo escuchando hasta despues de puesto el sol. Fué preciso separarse, pero no sin antes darse una nueva cita en el mismo lugar que para ambos tenia tan particular encanto.

La noche trae consigo el consejo, dicen los viejos: Clitia se arrepintió de la promesa hecha. Era un poco tarde, bien que en el fondo loa-

ble su determinacion. No obstante, habia dado su palabra y palabra de princesa! Para obviar la dificultad, al dia siguiente imaginó el hacerse acompañar de su hermana, llamada Leucotea. La víspera habia pensado sábiamente; al otro dia lo hacia con imprudencia.

Leucotea era vivaracha, alegre y poco medrosa; Apolo le gustó, y dos dias despues se marchó sola á la cita. Esto era proceder muy mal: pero ay! tanto en amor como en la guerra, siempre le hacen á uno traicion los suyos; esta es una verdad de todos tiempos.

Alarmada Clitia con la ausencia de su hermana, despues de haberla buscado en vano se decidió á salir sola. No sin emocion se acerca al bosquecillo; pero á este dulce temor sucede bien pronto la indignacion: habiéndose acercado sin ruido acababa de oir á los dos amantes jurarse un amor eterno. La desgraciada iba á descubrirse; el deseo de la venganza la detiene: se aleja, corre en busca de su padre, el rey Orchamo, y le revela el deshonor de Leucotea.

Orchamo entra en furor. Desde el principio del mundo todos los padres hacen otro tanto: todos olvidan que ellos tambien fueron amantes, y aun cuando se acuerden no siempre son prevenidos. Orchamo era de aquellos que no se acuerdan de nada: ordena á Clitia le conduzca hácia el bosquecillo que oculta á los culpables, llegando demasiado pronto para ser testigo de sus ternezas. Desde este momento su furor no tiene límites: no pudiendo atrapar á Apolo que se aleja al ver descubierta la intriga, ese rey terrible, ese padre sin entrañas llama á sus guardias y manda enterrar viva á la desgraciada Leucotea, al pié del laurel cuya sombra habia sido tan agradable para ella pocos momentos antes.

Al siguiente dia Apolo vuelve al bosquecillo; aguarda, llama á su amada; entonces la voz de Leucotea se eleva desde el seno de la tierra y le da noticia de la funesta muerte que ha cabido á aquella que él busca en vano. Profundamente aflijido, el dios pastor vierte abundantes lágrimas que humedecen la tierra, y entonces tiene el consuelo de ver renacer á su querida bajo la forma de un arbusto que exhala el mas dulce perfume.

Clitia llega en este momento, y Apolo cuyos ojos están todavia húmedos de lágrimas, la encuentra horrible y se aleja sin dirigirle la palabra. Conociendo entonces Clitia toda la estension de su falta y de su desgracia, se apodera de ella un dolor agudo é intenso, espirando desesperada á los ojos de su amante. Por un resto de piedad, el dios la transformó en girasol, y hé aquí por qué esta flor sigue el curso del sol inclinándose hácia él.

No puede dejar de notarse que el amor de Apolo era bien fatal á las hijas de rey: tenemos ya tres princesas muertas por haber sido amadas de este dios. Tampoco sus amigos fueron menos afortunados.

Para distraerse y olvidar sus recuerdos se hizo íntimo amigo de un tal Jacinto, que lo era de otro dios llamado Zéfiro. Este último, vió con prevencion la preferencia que Jacinto daba á su nuevo amigo Apolo, y trató de vengarse un dia que los nuevos amigos jugaban al disco. Zéfiro sopló reciamente el que Apolo acababa de arrojar, y lo dirigió con direccion á la cabeza de Jacinto, quien herido mortalmente, espiró pocos momentos despues. De la sangre del jóven nació una flor que lleva su nombre.

Apolo lloró á su amigo como habia llorado á sus queridas; pero los dolores mas violentos no son comunmente los mas duraderos, consolándose bien pronto en los brazos de la bella ninfa Perseis, hija del Océano, á quien abandono luego por otra ninfa llamada Bolina. Esta última era muy jóven; los arrebatos del dios la intimidaron y tomó la fuga, pero viéndose perseguida se precipitó en el mar. Anfitre la salvó y admitió entre las ninfas de su séquito, mientras el inconstante pastor volvía á entablar relaciones con Perseis. En este tiempo los parientes de Jacinto quisieron pedirle cuenta de su muerte.

Temiendo los resultados de este negocio, Apolo tomó la fuga. En el fondo tal vez no le vino mal semejante resolucion, pues Perseis era ya madre y las gentes de la índole del dios, tienen por lo general poca aficion á la vida de familia. Sea lo que fuere, Apolo se refugió en la Troada donde encontró á Neptuno, que como él, habia caido en desgracia de Júpiter. Era, pues, necesario vivir, y nuestros dioses no sabian ningun oficio; obligados por la necesidad, se ofrecieron de peones de albañil al rey Laomedonte, que en estos momentos edificaba las murallas de Troya, el cual aceptó sus servicios.

Aun cuando el colocar piedras sobre piedras no sea una cosa muy difícil, nuestros trabajadores noveles no sabian lo que se pescaban. Afortunadamente los dioses deben de tener mas de un medio para salir del paso. Apolo halló uno muy sencillo, que fué dar órden á las piedras de que anduviesen solas y se colocasen por sí mismas. Para evitar el desórden y la confusion, empezó á cantar acompañándose con la lira, instrumento compuesto de siete cuerdas estendidas en un caparazon de tortuga. A los acentos de su voz divina, á los melodiosos sonos que producía el instrumento, las piedras empezaron á menearse candenciosamente, y las murallas crecieron como por encanto.

Sin embargo, Laomedonte, viendo que los dos peones se estaban con los brazos cruzados con corta diferencia, rehusó pagarles su salario. Ciertamente que esto era una picardía, y el tal Laomedonte debia comprender que personas que edifican murallas con semejante procedimiento, deben ser capaces de poner en razon á los deudores mas recalci-trantes; mas la avaricia y la mala fé no racionan nunca. Neptuno,

para hacer entrar al deudor en razon inundó el pais , y Apolo lo desoló con la peste.

El dios del dia empezaba á ver que la tierra era un sitio muy desagradable , se fastidiaba mucho y solo imaginaba cómo manejarse para concluir con esta vida miserable , cuando recibió una visita de la Sibila de Cumas , que era una de las mujeres mas hermosas de su tiempo. Ella venia espresamente en busca de Apolo para consolarle y anunciarle mejor porvenir , lo cual podia ella asegurarle por la profesion que ejercia. Tal vez sus ideas fuesen otras ; mas Apolo se hallaba demasiado abatido para apercibirse de ello , y así fué que hizo muy poco caso de la hermosa visitante.

—Y qué! le dijo , ¿vuestros males serian de aquellos que no tienen cura? Si es así , quiero padecer con vos ; mis lágrimas se mezclarán con las vuestras ; he oido decir que existe una especie de encanto en comunicarse mutuamente los sufrimientos entre dos que padecen.

Sorprendido Apolo con tan dulces palabras , levantó por fin la vista hácia la que queria consolarle , y quedó asombrado de su belleza.

—Sería verdad? contestó ; vos consentiríais en permanecer cerca de mí?

—Sí , mientras seais desgraciado.

—Entonces quisiera serlo siempre.

Sucedió un instante de silencio ; los ojos de la jóven Sibila se veian húmedos , no de pena , sino de placer , y el pañuelo que llevaba sobre sus hombros no impedia que se notase la agitacion de su seno. Apolo le tomó la mano , la atrajo con dulzura á sí , y quiso sellar la conversacion con un beso que no fué esquivado , lo cual como por encanto le convirtió todo en elocuencia. Aun cuando habia obtenido mucho , le faltaba mas que obtener todavía , y la Sibila no queria *conceder* nada. No obstante se comprendian perfectamente.

—Vos me haceis amar la vida , repuso el dios ; que no dependiese de mí el abriros las puertas del cielo!

—Mis deseos no van tan lejos ; replicó la jóven , esforzándose en ponerse colorada ; prometedme únicamente que mi vida dure tantos años como granos de arena puede contener mi mano cerrada. No es una cosa extraordinaria , pero la seguridad de dejaros lo mas tarde posible , hará mi dicha.

—Así sea : exclamó Apolo ; lo juro por la laguna Stigia!

La laguna Stigia era un rio que daba siete vueltas al infierno ; cuando los dioses habian jurado por sus aguas , no se atrevian á ser perjuros , y si alguno de ellos revocaba su juramento se hallaba privado de la divinidad por espacio de cien años. Se puede bien creer que la Sibila y el dios marchaban de buena fé en este asunto. Pero por mas que se diga , yo no quiero creerlo ; al contrario estoy tentado á afirmar que ambos

mentian. Apolo tenia mucha esperiencia tocante á la fragilidad de los asuntos del corazon, para conceder, aun cuando hubiera podido hacerlo, la inmortalidad á la que hacia el número de treinta y tantas de sus queridas, y á esta le gustaba mucho la popularidad, para querer vivir aislada. Ambos se engañaban recíprocamente y el mas avisado no era sin duda Apolo, aunque habia jurado. La Sibila tampoco habia hecho mas que una promesa. Era un trato como los demás tratos entre personas que quieren engañarse mutuamente; esto es, un trato entre un pillo y una bribona. Y esto es tan cierto, que antes de seis semanas cada uno de ellos buscaba excusas para desprenderse del otro.

De todos modos el juramento de Apolo debia *surtir su efecto*, como dicen nuestros legistas en términos de curia, y efectivamente sucedió así; pero la Sibila tuvo que arrepentirse de su demanda indiscreta, al verse vieja y arrugada, con la cabeza temblona y el cabello blanco, sin dientes y con todos los síntomas desagradables de la decrepitud, por espacio de algunos siglos, implorando la piedad de los dioses que nada pudieron hacer en su favor.

En cuanto á Apolo, desde luego habia reemplazado á la hermosa Sibila por una princesa muy nombrada á causa de su sabiduría: llamábase Casandra y era hija de Priamo. Esta, que sin duda estaba enterada de la historia del dios, tuvo el talento de ponerse sobre sí, mostrándose insensible á los fuegos que ella habia alumbrado.

—Sé muy bien cuán pronto se amortiguan, le dijo, estas pasiones improvisadas, y el número de vuestras conquistas es muy grande para que yo desee aumentarlas.

—Ah! princesa, replicó el dios; si yo os hubiese visto la primera de todas, no hubiera amado á otra que á vos!

—Palabras de seductor.

—Si pudiéseis leer en mi corazon!

—Leería *traicion*.

—Al contrario, *amor eterno*.

—Pero yo soy solo una mortal.

—Bien, pues yo os daré un don que os hará igual á una diosa.

—Concédeme pues el don de la adivinacion.

—Y me amareis entonces?

La princesa contestó por una mirada y por una agradable sonrisa que equivalian á los mas dulces juramentos.

Esto era ya un tratado en regla; Apolo aceptó las cláusulas, y el don fué concedido con el obligado acompañamiento del juramento irrevocable; pero apenas lo habia el dios concedido, cuando Casandra le volvió la espalda echándose á reir en sus propias barbas; Apolo se amosca y reclama con altivez lo que acababa de pagar tan caro.

—Largo! esclama la princesa mirándole por encima del hombro; nos tomáis por una tia cualquiera?

El pobre amante permaneció mudo y avergonzado.

Mudo como una zorra á quien una gallería hubiese atrapado, retiróse con las orejas caidas y el corazon lastimado.

—Y bien, si esto es, exclamó el dios despues de algunos instantes de reflexion, tú predecirás el porvenir, le adivinarás, pero nadie dará fé á tus palabras.

Y así fué, y Casandra que siempre anunciaba la verdad, tuvo durante su vida el disgusto de oirse acusar de impostora.

Pero se hace tarde y el dios de la luz de quien estamos refiriendo las aventuras, nos dá la señal del descanso. Hagamos alto para reflexionar un momento. Si no nos engañamos, el campo es vastísimo y la imaginacion de nuestros lectores trazará en él mas de un surco.

JORNADA SESTA.

APOLO.—CLIMENA.—CUSTALIA.—LAS MUSAS.—MARSYAS.—MIDAS.—TAETONTE.

Hemos ya referido á nuestros lectores como Apolo habia tomado gusto á las aventuras, y todos habrán adivinado sin grande esfuerzo, que se habia vuelto mas inconstante que nunca. Efectivamente, despues de haber olvidado á Casandra en los brazos de la ninfa Climena, de la cual tuvo un hijo llamado Taetonte, se echó á correr el mundo como hijo mimado de la fortuna y de las bellas. Esto no siempre le salió á pedir de boca, pues la ninfa Custalia, de la que se habia enamorado á primera vista, y como aquel que no tiene tiempo que perder, se le escapó de entre las manos tomando la fuga, siendo transformada en fuente al pié del monte Parnaso, en el momento que iba á alcanzarla.

Como dios bien educado, Apolo se sienta al borde de esta fuente, á la que cuenta sus amores y sus recuerdos; era una especie de oracion fúnebre que á nada obligaba, pero que daba una especie de prestigio á su autor. Por otra parte, exhalándose el dolor en tales términos el sueño era consiguiente, y esto fué tan cierto, que el afligido amante empezó á roncar á pierna suelta, cuando á poco una melodía divina que se dejó sentir en lo alto del Parnaso, á cuyo pié estaba Apolo acostado, le desveló súbitamente.

—Qué es esto? se dijo á sí mismo abriendo extraordinariamente los ojos; vuelvo de nuevo á hallarme en el cielo? Serán las divinidades celestes que cantan la gloria del padre de los dioses?

El escucha; los cantos continúan; se levanta y guiado por esta música celestial, sigue un sendero que le lleva á lo alto de la montaña. Entonces se ofrece á su vista un espectáculo delicioso; en el lindero de un bosque, á la sombra de árboles seculares, nueve jóvenes de celestiales rostros forman un círculo encantador.

Estas hermosas jóvenes eran las Musas que para pasar el tiempo se ocupaban en un melodioso concierto. El dios conoció desde luego que tenia que habérselas con inmortales. Semejante descubrimiento no podia intimidarle; oculto entre el follaje y aprovechando un momento de silencio, empieza á cantar acompañándose con la lira. Sorprendidas las Musas y casi espantadas, quieren tomar la fuga; pero la voz de Apolo les retiene á su pesar; ha cesado de cantar y ellas escuchan todavía. Adelantándose hácia ellas les dice:

«Nada temais: vosotras cultivais las bellas artes y yo soy su dios. Es de suponer que entre vosotras y yo median aun otros lazos.»

—Nosotras, contestan las Musas, somos hijas de Júpiter y de Minemouria.

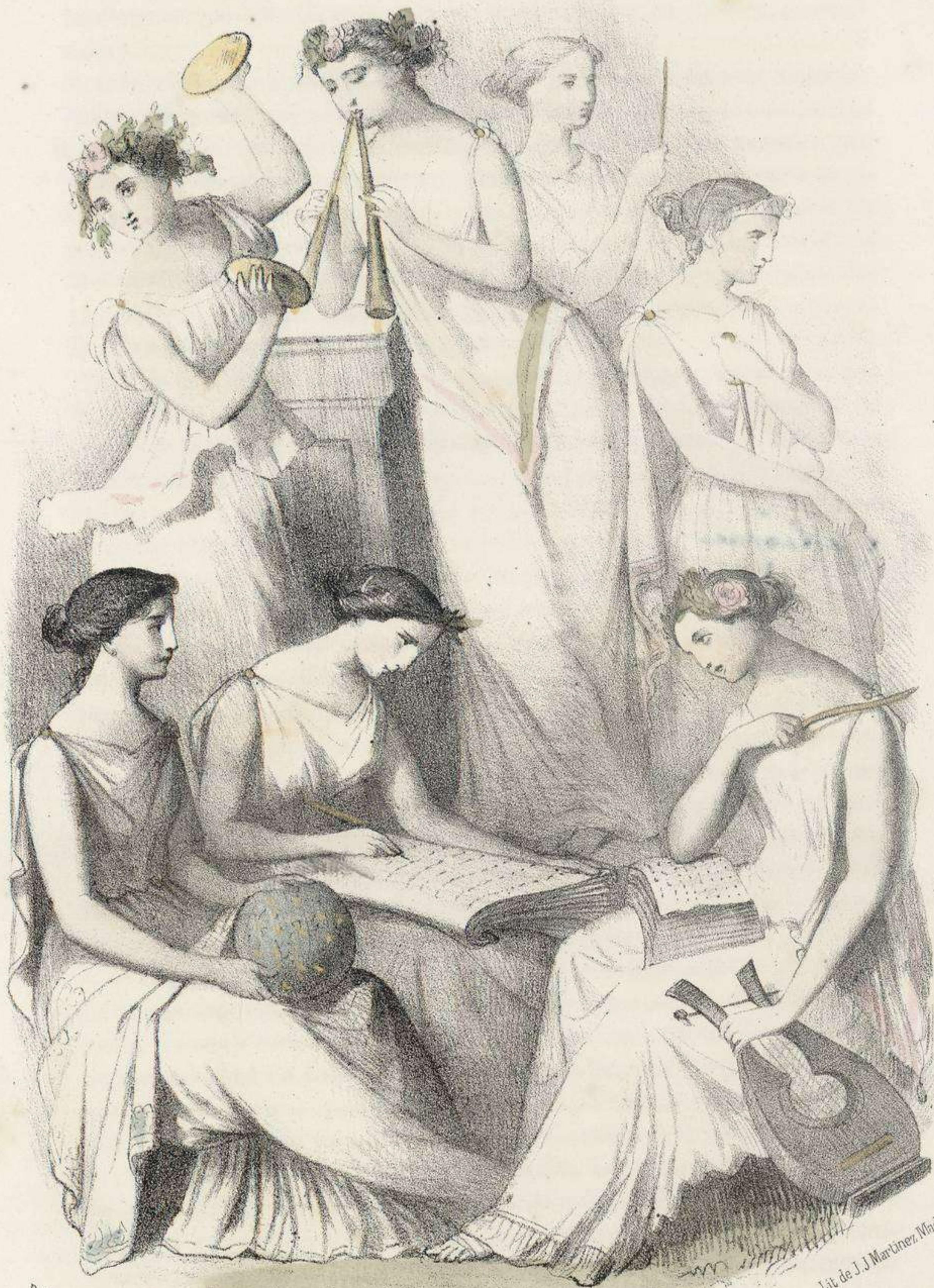
—«Y yo, replica el dios, soy hijo de Júpiter y de Latona. Queridas hermanas, bendigo la casualidad que me ha conducido en medio de vosotras, y si participais de mis sentimientos, no nos separaremos jamás.»

Abrazólas á todas una por una, y ellas no se opusieron á este acto de cortesía, porque le habian creído sobre su palabra, y además era tan hermoso, hacia tan bonitos versos y cantaba con tanto donaire! Puede ser uno mentiroso cuando se poseen tales cualidades?

Se pasaron muchos dias en fiestas y placeres; las Musas estaban muy bien educadas para no haber hecho á su hermano una recepcion conveniente, mayormente cuando este hermano era un dios, y que este dios era el mas bello del Olimpo. Mas á pesar de todo no era cosa de cantar, bailar y divertirse á todas horas. Apolo fué el primero que reconoció esta verdad, y como despues de la vida aventurera que habia traído, empezaba á sentir una especie de necesidad de órden y tranquilidad, se propuso á arreglar el tiempo del mejor modo posible.

Reuniendo á las Musas les dijo: «Estoy convencido que á la vez no se pueden hacer muchas cosas; por esto despues de haber reconocido vuestras felices disposiciones, he resuelto partir con vosotras mi imperio, reservándome empero la direccion suprema.»

«A vos, Caliope, que amais el lenguaje pomposo y desdeñais las cosas sencillas y vulgares, os doy el departamento de la poesía heróica. Tendreis á menudo que escuchar las invocaciones de los poetas épicos, y os confieso que os será muchas veces bien fastidioso; pero cantarán vuestras alabanzas en largos versos puestos en línea en gruesos volúmenes, lo cual no deja de ser bastante glorioso para dejar pasar algunos ligeros inconvenientes; de otra parte, no estareis obligada á leer



D. Valdivieso lit.

Lit. de J. J. Martinez, Madrid

LAS MUSAS

Caligra

los poemas que habreis inspirado, lo cual es digno de tomarse en consideracion.

» Vos Clio, que relatais con tanta gracia, presidireis á la historia. No os disimularé que esos asuntos sean del todo dignos; los embusteros pululan en este departamento; hay muchos de esos señores que se encuentran siempre dispuestos á ensartar las mas impudentes mentiras con tal de redondear un período. A estos dadles sin compasion en las yemas de los dedos; en caso de reincidencia, hacedles marcar en la frente. Tendreis tambien entre ellos muchos pillastres; con estos últimos, sed indulgente, porque en general, solo los ricos son ladrones. De otra parte, es preciso que todo el mundo viva.

» Vos gentil Erato, que jugais tan bien el madrigal, os doy el gobierno de la poesía amorosa; llevareis en vuestra frente una corona de mirto, y todos los asuntos amorosos serán de dominio vuestro; mas desconfiad de los poetas lánguidos que son tan propensos á las lágrimas y á las quejas; arrojadles lejos de vos, pues sus llantos serian capaces de hacer abandonar el imperio mas bello del mundo.

» Preciosa Talía, la comedia es vuestro legítimo dote. Despreciad á los necios y á los pícaros con vuestra natural incision; protejed á los pequeños y no escaseis el sarcasmo á los grandes. Tendreis bajo vuestro dominio dos clases de individuos bien difíciles de manejar: los autores y los cómicos. A los que sobresalgan, mostraos favorable; sed implacable para con los malos, y tened la brida muy tirante con los que hacen versos alejandrinos. Os recomiendo muy particularmente á esos histriones, que tienen lo que ellos llaman *escuela de declamacion*, quienes, porque algunos gobiernos les dan una limosna, se creen autorizados á tratar á lo ministro á las gentes de talento que les hacen vivir. Hacedlos callar cuanto os sea posible, pues ellos no saben mas que parafrasear lo que dicen.

» Lúgubre Melpómene, vos que sois amiga de llorar, á lo cual no puedo oponerme, pues todos los gustos no son iguales, presidireis la tragedia: es muy conveniente encontrarse solo para llorar, y os prometo que la multitud no turbará mucho vuestros llantos. Dispensaos de hacer afilar vuestros puñales de hojadelata; tendreis bastantes obras á vuestra disposicion para hacer por sí solas morir á la gente.

» Qué puedo hacer mejor, ágil y esbelta Tersícore, que daros el departamento del baile, en el cual el mundo revela tanto talento de piernas? Allí estareis en vuestro elemento, graciosísima hermana mia, aunque os aconsejo no os dejeis supeditar por los coreógrafos y autores de grandes bailes, animales estúpidos, acompasados, que son con respecto á los bailarines, lo que los profesores de declamacion con respecto á los actores.

» Vos Euterpe, tendreis á vuestro cuidado la música, y os vereis muy

á menudo precisada á defender vuestros dominios contra los ataques de los forjadores de óperas; las necedades, las tonterías y vaciedades que estas gentes ponen en juego en sus obras, es imperdonable aun cuando se valen del pretesto, que aquello que no vale la pena de ser hablado, bien puede cantarse.

»A vos Polymia, que poseéis en tan alto grado el arte del buen decir, os doy el departamento de la retórica, con el bien entendido que protegiendo á los buenos oradores, vos crugireis el látigo contra esos abogados y enojosos tribunos que hacen tan deplorable uso del don de la palabra, y que se cuelan por todas partes; es una lepra que á todo precio quiero desterrar de mi imperio, y contra la cual jamás usareis bastante rigor.

»En cuanto á vos sábia Urania, la astronomía será vuestro dote. A vuestro placer dispondreis de la lluvia y del buen tiempo; dareis leyes á los planetas, y las estrellas formarán vuestra corte; pero os advierto que obrareis muy sábiamente no admitiendo á los forjadores de almanaques.»

Las nueve hermanas se mostraron reconocidas de la generosidad del dios, y todas, fieles á las sábías recomendaciones que les fueron hechas, trabajaron de concierto para estender el imperio de las bellas artes.

Apolo no era ya el dios vagamundo reducido á guardar rebaños ó hacer el oficio de peon de albañil. El progreso de las bellas artes hacia entretanto, que tanto él, como sus hermanas, fuesen buscados por los mas poderosos soberanos. No se daban fiestas algunas en las mas brillantes cortes, donde no fuesen invitados; era no obstante preciso recorrer las distancias, y los medios de comunicacion eran muy escasos. Paseaba Apolo un dia en el Parnaso pensando cómo remediar semejante inconveniente, cuando vió un caballo alado que se bañaba en una fuente que habia hecho nacer de una patada, y que se llamó despues Hippocrene. El dios reconoció el caballo por ser el llamado Pegaso, que Neptuno habia hecho nacer de un golpe de su tridente, estando disputando con Minerva sobre quién produciria una cosa mas hermosa y mas útil. Dócil el Pegaso á la voz de Apolo, se dejó montar por este dios, quien tomando á sus nueve hermanas en la grupa, pudo en adelante transportarlas á todas partes.

Un dia que esta docta y embelesadora familia se hallaba en la corte de Baco, encontraron en ella al sátiro Marsyas, célebre músico que habia compuesto varios himnos en honor de los dioses. Envanecido con el suceso, pretendia nada menos que la palma en el arte del canto, osando desafiar á Apolo delante de aquella corte.

El desafio era tanto mas imprudente, cuanto la belleza del dios del dia habia hecho profunda impresion en las damas de la concurrencia, cuyos sufragios debian decidir de la victoria. Esta podia ser algo dudo-

sa, mas no lo fué en ningun concepto: jamás la voz de Apolo se habia manifestado mas sonora, mas encantadora; jamás su lira habia hecho oír sonidos mas armoniosos. Transportado de placer el auditorio, declaró por unanimidad que el sátiro habia sido vencido.

Hasta entonces Apolo habia obrado como un dios. Portóse como un Canibal cuando despues de haber vencido, degolló con sus propias manos al desgraciado Marsyas. Mas humano en otra circunstancia, casi semejante, se contentó con hacer nacer orejas de burro al rey Midas, por haberse atrevido á decir que el pastor Pan le era superior en la música.

Todo esto habia estendido extraordinariamente la reputacion de Apolo; la nueva de sus altos hechos llegó hasta el Olimpo, y los dioses arrepentidos por haber tratado tan mal un colega de su mérito, se apresuraron á llamarle y devolverle su empleo.

Entonces fué cuando el padre de la luz recibió la visita de su hijo Faeton. Algunos envidiosos han negado el origen divino de este último; el jóven venia á rogar á su padre le dejase conducir el carro del sol, para dar con esto un mentís á sus calumniadores.

—Hijo mio, le dijo Apolo; contentaos con la promesa que os doy de confundir y castigar á vuestros enemigos. Para conducir el carro que alumbra el universo, es menester tener la esperiencia que vos podreis con el tiempo conseguir, pero que no poseeis hoy.

—No padre mio; es preciso que yo les confunda por mí mismo, ó mi vida será un suplicio muy duradero. Solo pido gobernar el carro por espacio de veinte y cuatro horas. Vos no podeis rehusar esta gracia á un hijo que os es tan querido, y que por todas partes proclama vuestra gloria.

El dios tuvo la debilidad de ceder. Faeton se lanzó al carro, empuñó las riendas de los fogosos caballos, pero su mano fué débil para contenerles; el camino que tomó fué enteramente opuesto al que debia seguir, y despues de haber puesto fuego al cielo, por poco abrasa asimismo la tierra.

Furioso Júpiter aterró al imprudente con un rayo de su mano y lo precipitó en el Eridan. Los dioses eran á veces muy bárbaros; esto es una verdad enfadosa que nos vemos obligados á hacer constar en cada página de esta historia, por temor de que nos apliquen aquel refran: *El mentir de las estrellas, etc.*

Solo nos resta una palabra que decir de Apolo: este dios era, no solamente el dios del dia y de las bellas artes, sino tambien el de los oráculos; existia un número grande de templos en los que las sacerdotisas descifraban el porvenir; el mas célebre era el de Delfos.

Nuestros lectores podrán ahora juzgar á este dios. Les rogamos no sean muy severos con él, porque si no fué el mejor de los mejores, tampoco fué el mas malo de los peores.

JORNADA SEPTIMA.

DIANA.—EUDIMION.—BACO.—SILENO.—LAS HIJAS DE MINOS.—MERCURIO.—AN-
DROGINA.—VENUS.—LAS HORAS.—VULCANO.

Bien se acordarán nuestros lectores del nacimiento de Diana, hija de Júpiter y de Latona, hermana gemela de Apolo. Horrorizada del triste destino de su madre, esta diosa, desde que llegó á tener uso de razon, hizo voto de virginidad, y se conviene generalmente en que fué la mas casta y púdica de las inmortales, lo cual no deja de ser loable; pero si siempre es plausible la virtud, no así la que se lleva al extremo, pues hay gentes cuyo rigorismo traspasa los límites de la prudencia, y á quienes se detesta casi, tanto por las cualidades que tienen, como por las que les faltan. Pues bien: aquí para entre nosotros, Diana tenia algo de los defectos de esta clase de personas.

Queriendo sin duda hacer olvidar las faltas cometidas con la madre (Latona), Júpiter trató magníficamente á su hija; hízola inmediatamente diosa de la luna y de la caza, y la proveyó de un arco y demás atributos divinos, con un séquito de sesenta ninfas; despues, bajo el nombre de Hécate, la instituyó divinidad de los infiernos, y en fin, aprobando el voto de virginidad que habia hecho, quiso que fuese la diosa de la castidad y de la intachable juventud.

Diana, tan bien dotada, debió transigir con algunos defectos y ser indulgente con las debilidades de los que el destino habia favorecido menos; es tan fácil y dulce ser bueno cuando se es feliz! La diosa, al contrario, solo supo mostrarse siempre severa y no pocas ve-

ces implacable. Un día que, acompañada de la ninfa Calisto, había paseado largo rato por los bosques y montañas, le dieron ganas de bañarse; invitó á la ninfa á que la siguiese al agua; Calisto se ruboriza y turba, y admirada Diana dirige una mirada investigadora sobre los contornos de la cintura de su compañera. No necesitó mas para que toda la verdad le fuese revelada. Llénasele el rostro de rubor, y con una voz descompuesta por la cólera, pregunta quién es el culpable:

«Oh diosa, responde la infortunada Calisto, un día caluroso me dormí en el borde de una fuente, y soñé que Júpiter me consideraba muy bella..... Al despertar, me encontré en los brazos de este dios, vuestro padre y señor del mundo!»

La pobre niña cayó de rodillas, y de sus ojos se escapaban lágrimas que corrian como otros tantos diamantes sobre el alabastro de su seno agitado, mientras que sus preciosas manos descansaban cruzadas sobre su redondeado seno. Un corazón de tigre se hubiera enternecido; pero inflexible Diana rechaza á la infortunada y la entrega á los celosos furoros de Juno, que la convierte en osa despues de dar á luz á Arcas; luego hizo de este último un infatigable cazador que dedicó á la persecucion de su madre, á la cual procuraba coger ó atravesar con uno de sus dardos, cuando Júpiter, por evitar este parricidio, los convirtió en constelaciones, que aun hoy día se conocen con el nombre de Osa mayor y menor.

Mas adelante, esta diosa implacable convirtió á Acteon en ciervo, en castigo de haberla sorprendido en el baño, y experimentar los mas horribles tormentos á Altea, esposa de Eneas, rey de Calydonia, por haberse atrevido esta reina á juzgar mas hermosas á sus hijas que á la diosa, haciendo quemar á Meleagro, hijo de Altea, que no cometió mas falta que la de haber socorrido á su madre.

Fácilmente convendrán nuestros lectores en que si no se pudiese ser casto á otro precio que al de tanta crueldad, esta virtud, tan recomendable, seria bien difícil de practicar entre los mortales; y acaso pudiera decirse, lo que vale mas creer en obsequio á las buenas costumbres, que en esto habia mas hipocresía que virtud..... Alto, que á fé mia la palabra es baja, y es necesario justificarla; hé aquí cómo.

Habia en aquellos tiempos un pastor muy travieso, nombrado Endimion, que no solamente tenia la pretension de casarse con princesas, sino que no se le daba nada de penetrar nocturna, fraudulenta y aun á veces violentamente, en las habitaciones de las diosas, como que á lo mejor se lo encontró Júpiter dormido en la alcoba de Juno..... de aquella célebre Juno, la casta, la pura, la inmaculada..... Dormia este vigilante pastor, y necesario es que tuviese una gran necesidad de reposo, puesto que la llegada, forzosamente abrasadora del señor del mundo no le despertó. Afortunadamente Júpiter, menos inexorable que

:

Diana, no atormentaba á nadie por tan poco; además que sabia el proverbio: no despertéis al león; como un modelo de maridos, contentóse con castigar al durmiente á no despertarse hasta los treinta años; y para que nada turbase su sueño, le hizo transportar á un valle umbrío respetado de los ardores del sol, y donde solo la casta luna podia hacer penetrar sus castos rayos.

Hé aquí llegado el momento de decir que este Eudimion era bello como el Amor, aunque esto ya se adivina con solo pensar el sitio en que el señor de los dioses le habia encontrado, pero nuestro deber de historiadores nos obliga á mencionar el hecho, absolutamente como si el lector ó lectora no supiesen nada.

Acabamos de decir que los rayos de la luna eran los únicos que podian penetrar en el valle en que dormia este bello pastor; pero tambien habiamos dicho que la luna y Diana eran una misma cosa, ó mejor una sola diosa; pues bien: todas las noches, esta virtud tan feroz, detenia el curso de los astros dependientes de su carro nocturno cuando sus rayos empezaban á tocar al hermoso durmiente; ciertos mitólogos afirman que entonces se envolvia ella cuidadosamente en una nube á cuyo abrigo echaba pié á tierra sin inquietarse por el qué dirán; finalmente, lo diremos de una vez? uno de estos historiadores célebres que han acopiado los materiales que nos sirven para escribir estas eternas verdades, Pausanias, si es necesario llamarle por su nombre, no tiene dificultad en asegurar que, á consecuencia de estas numerosas visitas al bello pastor, la diosa fué sucesivamente madre de cincuenta hijas y de muchos hijos bien constituidos!... A fé mia que valia la pena de hacer tanto ruido á propósito del sueño de una pobre jóven, ó de la inocente curiosidad de un mozalvete.....

Diana tenia un gran número de templos; el mas célebre era el que se le dedicó en Efeso y que se contó en el número de las siete maravillas del mundo. Esta diosa es representada comunmente vestida con una ligera túnica, con un carcax en los hombros y un arco en la mano; una corza se ve á su lado, y cuando se la representa como diosa de la luna ó Febe, lleva sobre su frente una media-luna brillante.

De Diana la casta al intemperante Baco, no hay tanta distancia como ordinariamente se cree, puesto que son hijos de un mismo padre; Júpiter.

El rey de los dioses era, pues, un gran seductor, y mas de una vez tendremos ocasion de mencionar algunas de sus galantes aventuras. Hablemos primeramente de Semelé; era hija de Cadino, rey de Atenas, y segun las apariencias era una seductora princesa, porque Júpiter, á la primera entrevista, quedó prendado de ella. Ya llevaba en su seno esta demasiado débil princesa el fruto de este amor, cuando á instigacion de Juno suplicó á su formidable amante se mostrase á ella

en todo el esplendor de su majestad divina; Júpiter consintió en ello, y sucedió lo que la celosa Juno había previsto: que deslumbrada por la inmensidad y vivacidad de la luz que rodeaba al dios, Semelé se desvaneció, y á los pocos instantes fué reducida á cenizas por el fuego que acompañaba á Júpiter. Sin embargo, mientras no estuvo mas que deslumbrada, dió á luz un niño, el cual, no habiendo nacido á término, se lo introdujo Júpiter en uno de sus muslos, de donde salió en la época requerida, para que se le llevase un sátiro nombrado Sileno. Este niño era Baco.

Ciertamente que fué este un nacimiento maravilloso si sucedió de este modo. Baco no desmintió su ilustre origen, pues desde que empezó á entrar en edad, se señaló ahogando una serpiente de dos cabezas que Juno envió contra él; dirigióse en seguida en busca de su padre, y fué el único dios que tuvo el suficiente valor para combatir á su lado en la guerra contra los gigantes. Mas adelante volvió á la tierra é hizo la conquista de las Indias, enseñando á los hombres á cultivar la vid, con lo cual se granjeó el título de dios del vino y de los bebedores. No obstante, es muy cierto que en esta ocasion no hizo mas que poner en práctica las lecciones del padre que le crió en su infancia, el viejo Sileno que, siempre borracho y jocoso, le había seguido sobre un asno en sus lejanas expediciones.

Créese fundadamente que Sileno, que tantas cosas había enseñado á su discípulo, no habría descuidado que aprendiese á beber, él que ya había resuelto el gran problema del movimiento continuo por medio de una copa que jamás se encontraba ni llena ni vacía, en razon á que la vaciaba y llenaba sin cesar. Empero si Baco bebía como un hombre, era magnífico como un dios; pues queriendo un dia recompensar al rey Midas, que había libertado á Sileno de manos del enemigo, le concedió el don de volver oro todo cuanto tocase. Desgraciadamente no previó todas las consecuencias de este don, y Midas no tardó en espantarse al ver convertidos en metal los alimentos que llevaba á la boca: el régimen podía pasar por brillante, pero era muy rudo. Encontróle tal Midas, y obtuvo la facultad de desembarazarse de este funesto don lavándose las manos en el Pactolo, y desde entonces desliza este rio sus ondas sobre un lecho de arena de oro.

No sin razon se ha dicho que la venganza es el placer de los dioses; los dioses griegos y latinos especialmente eran muy ávidos de este cruel placer, que ocupa un gran lugar en la historia de cada uno de ellos. Penteo, rey de Tebas, fué hecho pedazos por su propia madre y sus tias, por parte de Baco, porque rehusó tomar parte en las fiestas de este dios que se llamaron Bacanales, y que se celebraban con orgías. A Licurgo, rey de Trácia, le saltaron los ojos en castigo de la misma falta.

La suerte de las hijas de Minias no fué menos horrorosa. «Estas tres hermanas, dice un sábio mitólogo, eran hijas de un rey de Orcomeno, en Beocia; llamábanse Iris, Climene y Alcitoe. Hábiles en el bordado y en la tapicería, se buscaban en el trabajo su mas dulce recreo, y habiendo llegado la solemne fiesta de Baco, tomaba parte en ella todo el pueblo de Orcomeno: solo las Mineidas que despreciaban un culto tan extravagante, rehusaron abandonar ni sus lanzaderas ni sus husos, dan á sus esclavas mas prisa que de costumbre, y se burlaban de los ridículos trajes de las Bacantes (sacerdotisas de Baco), ridiculizando tambien las pieles con que se cubren, los tirsos que agitan y las coronas que ostentan en sus frentes. Ni los consejos de sus parientes, ni las advertencias de los sacerdotes, ni las amenazas hechas en nombre de Baco, las hace mudar de resolucion: obstínanse en trabajar, y bajo pretesto de implorar á Minerva, diosa de las artes, niegan á Baco las horas que le estan destinadas.»

«De repente, sin ver persona alguna, oyen un confuso ruido de tambores, flautas y trompetas; respiran un olor de mirra y azafran; la tela que urdian se cubre de verde; una cepa de viña se eleva en sus talleres; el palacio rechina y vacila; creen ver brillar en sus aposentos teas encendidas y escuchar ahullidos de bestias feroces. Espantadas de este prodigio y rodeadas de humo, quieren huir; pero mientras que buscan el rincon mas oculto del palacio en que esconderse, una piel flotante se destaca de sus miembros, y finas alas cubren sus brazos. Sostiénense en el aire sin plumas, y en vano se esfuerzan por hablar, pues un grito es la única voz que les queda. Habian sido convertidas en murciélagos.»

Sin duda que la mayor parte de estos hechos, realizados durante las Bacanales, podian atribuirse á la borrachera; pero la borrachera no es una excusa, y aun en ciertos casos es una circunstancia agravante, lo que Baco hubiera podido aprender del mas mediano jurisconsulto si no hubiese tenido tanto horror á los hombres negros como á los bebedores de agua.

Despues de este dios de bastante mala compañía, llegamos á otro que no vale mucho mas. Nómbrase Mercurio, un consumado ladron; por eso su padre, Júpiter, que de él habia hecho su correo ordinario, por su extrema agilidad, no vaciló un momento, luego que hubo conocido todos sus méritos en declararle dios de los mercaderes, como creemos haber dicho ya á propósito de la vaca Io y de Argos, el gigante de los cien ojos. Despues le hizo tambien dios de los ladrones, y á fé que era acreedor á ello; porque en un breve plazo robó las flechas de Apolo, los rebaños de Admeto, confiados á la guarda de este dios, los carcajes de Cupido, el tridente de Neptuno, las tenazas de Vulcano y la espada de Marte; finalmente, en ciertas circunstancias cuyos pormenores no es fácil averiguar, en razon á que todo esto sucedia sin testi-

gos, robó el cinturón de Venus; y luego mientras que Júpiter, á quien él refería todas estas raterías, se reía de todas veras, se apoderó de su cetro é intenta apoderarse del rayo; pero habiéndole arrancado un grito de dolor la quemadura que se hizo al tocarle, se apercibió Júpiter de sus bellas intenciones y desterró á la superficie de la tierra á tan solemne bribón.

Triste presente fué el que con este hizo á los hombres el señor de los dioses; pero no se quejaron aquellos sin embargo, sino que se apresuraron al contrario á aprovecharse de las lecciones de este hábil prestidigitador, y como á una prodigiosa destreza juntase una elocución fácil, y palabra insinuante y persuasiva, reconocieronle dios de la elocuencia.

Llamando al cielo, se esforzó en obtener de Venus el perdón de la-trocinió que le habia hecho; obtúvola, y fué tan completa la reconciliación, segun se dice, que dió por resultado el nacimiento de un inmortalito que no era absolutamente un dios y que era casi una diosa, lo que hizo se le diese el nombre de *Andrógina*, que quiere decir *hombre y mujer*.

Mercurio, como los demás dioses, castigaba severamente las ofensas que se le inferian, y así se le vió convertir en piedra al pastor Bato, en castigo de haber revelado á Apolo el lugar en que él, Mercurio, habia escondido los rebaños de Admeto, despues de robárselos.

Representase ordinariamente á este dios bajo la forma de un jóven con alas en la cabeza y el talón; una bolsa en una mano y un caduceo en la otra, especie de varita á cuyo alrededor se ven dos serpientes enroscadas, y que tenia la virtud de adormecer á los mortales y de abrir todas las puertas, incluso las de los infiernos.

Puesto que acabamos de hablar de Venus, terminaremos la jornada, si el lector lo tiene á bien, con una visita á esta diosa de la belleza, cuya historia referiremos de paso.

Era en los primeros dias de mayo: la tierra estaba cubierta de flores, cuyo perfume en los aires era el templado aliento de Zéfiro; estaba puro el cielo, y las aguas limpias y tranquilas; bajo la bóveda azulada que un sol resplandeciente parecia abrasar con sus fuegos, cantaban sus amores los pajarillos. De repente se agitan dulcemente las aguas de la mar, y de su seno se eleva Venus:

.....del sencillo aparato
de una belleza que despertar acaba.

El aparato era todavía mas sencillo, porque Venus no acababa de despertarse, sino de nacer.

Zéfiro fué el primero que la vió, y se apresura á colocarla inmediatamente en una concha marina, conduciéndola á la isla de Chipre

donde fué muy bien acogida por las Horas, hijas de Júpiter y de Tetis, que se encargaron de ella. La jóven diosa aprovechó tan bien sus lecciones, que en breve no tuvo cosa que aprender, y el renombre de su talento se propagó juntamente con el de su belleza. Aumentándose esta fama todos los dias, y queriendo juzgar los dioses por sí mismos de tan gran mérito, ordenaron á las Horas que condujesen su discípula á la córte celeste.

Tratábase de escoger un tocado conveniente para la presentacion, y era grave el apuro; pero afortunadamente la naturaleza vino en su socorro haciéndole el presente de un cinturon, tejido divino y misterioso que poseía el don de hacer amar á la persona que le llevaba de todos los que la veian. Venus se apoderó de él inmediatamente, y las gracias, que debian acompañarla, la encontraron tan bella con este solo ornamento que no quisieron añadirle nada.

Fácilmente se comprende el gran ruido de este dia en la córte de Júpiter: en presencia de tantos hechizos los dioses se quedaron estáticos; las diosas se mordian los lábios y llenaban de furor, faltando poco para que estallase una insurreccion al ver al dueño del mundo adelantarse hácia ella, tomarla de la mano y ponerle una corona de mirto. Y como si esto no bastase se oyó á este dios decirle que, no pudiendo compartir con ella el trono del cielo, puesto que le ocupaba Juno, le concedia el de la belleza. Juno se desmaya de despecho; los demás se agrupan á su alrededor, bajo pretesto de socorrerla, pero en realidad para devorar con la vista á la recién venida.

Mientras tanto se disputaban los dioses la posesion de Venus, y ya empezaba á envenenarse la querella, cuando Júpiter la terminó declarando que daba la mano de la jóven diosa á su hijo Vulcano.

Como hábil político aunque mal padre, el señor de los dioses sacrificaba de este modo la jóven á la razon de Estado. No ignoraba los inconvenientes de semejante union, toda vez que Vulcano era el mas defectuoso de sus hijos, si bien el único legítimo; pero temia las rivalidades entre sus grandes vasallos, é importábale conservar la paz.

Necesario es decir una palabra del triste esposo que fué dado á la mas bella de las inmortales. Cuando nació, al verle Júpiter tan feo, le dió un puntapié que le precipitó en la tierra. Vulcano se rompió una pierna en su caida y quedó cojo, lo que le embellecia bien poco; pero este pobre dios estaba dotado de un escelente natural, y esto bastó para que fuese bien acogido por las ninfas en la isla de Lemnos, donde habia caido; cuidáronle y curaron proveyendo á sus necesidades hasta que estuvo dispuesto á trabajar en algo. Muy pronto sucedió esto. Habiendo descubierto Vulcano unas ricas minas en las montañas de Lemnos, estableció en ellas fraguas inmensas; despues juntó á los Cíclopes, gigantes de una fuerza prodigiosa, que no tenian mas que un ojo situado en medio

de la frente, y con su cooperacion llegó á forjar el rayo que ofreció á Júpiter; el cual, deseando mostrarse agradecido, llama á Vulcano al cielo y le hace dios del fuego.

No obstante la fealdad de este dios, tenia pasiones muy vivas; la primera vez que vió á Minerva, diosa de la Sabiduría, se impresionó de tal manera que, sin mas preámbulos, la pide en matrimonio. Algo aturdida por este golpe imprevisto, balbucea la diosa al principio; pero repónese bien pronto y declara que ella habia hecho voto de castidad. Era esto cierto? permitido es dudarlo; porque Júpiter mismo declaró poco despues, que él no lo creia. Vulcano por su parte, jura á sus grandes dioses que de este voto, verdadero ó falso, no tendria la menor consideracion; y como habia sido bastante mal educado y se le habian pegado algo las costumbres y las formas de su oficio de herrero, cogió á la diosa en sus manos y cargó con ella.—A dónde? la historia no lo dice; pero cualquiera que fuese el lugar, parece que la bella Minerva no se disgustó demasiado, pues que pasó en él algun tiempo, y cuando pareció nadie la oyó quejarse de su robador. Sin embargo, el casamiento no tuvo lugar, lo que no impidió á Minerva dar á luz un niño, cuyo cuerpo de hombre acababa por una cola de serpiente, y recibió el nombre de Ericton. Este niño luego que fué mayor inventó los carros, á fin de ocultar la deformidad de la parte inferior de su cuerpo.

Para indemnizar á Vulcano de sus desgracias, quiso Júpiter que se le elevasen templos, celebrándose fiestas en su honor, y que su culto se extendiese por toda la tierra; tal vez á título de compensacion le dió á Venus; pero disponiendo así de la mano de esta bella princesa, no pudo disponer igualmente de su corazon; y esposos tan poco de acuerdo no podian marchar bien. No tardaremos en saber lo que sucedió, al ocuparnos de Marte que, desde el dia siguiente al de las bodas, rondaba el domicilio de la recién casada.

JORNADA OCTAVA.

MARTE.—VENUS.—APOLO.—ADONIS.—PROSERPINA.—TEMIS.—GALO.—VULCANO.—EL AMOR.—HIMENEO.—TETIS Y PELEO.—SEMELÉ.—ARIADNA.

Ya hemos visto en la historia de Juno, cómo esta diosa se había hecho madre por haber respirado el perfume de cierta flor, y el hijo que tan misteriosamente concibiera recibió el nombre de Marte, y llegó á ser el dios de la guerra. Era uno de los que habian pedido la mano de Venus, y habiendo sorprendido Júpiter ciertas miradas cambiadas entre la bella desposada y el brillante guerrero, juzgó prudente enviar á este á guerrear contra los Titanes, el mismo dia que se casó Vulcano. Pero Marte habia dispuesto su partida para el dia siguiente. Partió en efecto, revestido de su brillante armadura, con un casco de oro y montado en un carro cuyo ruido resonaba á lo lejos; pero no tarda en detenerse, abandonar su carro, y volviendo sobre sus pasos, llega á la presencia de Venus que acababa de dejar su cama nupcial. En cuanto á Vulcano, se oia ya el golpeteo de su martillo que retumbaba en las montañas.

Venus habia llorado, pues todavia se conservaban sus ojos encendidos y húmedos. La pobre niña tenia gran necesidad de consuelo, y sin embargo no pudo ver sin algun pánico al dios de la guerra en todo el esplendor de su fuerza y varonil belleza. Marte se apresuró á darle confianza.

—«Y yo tambien sufro, le dice; padezco porque os amo, y una órden suprema me aleja de estos lugares. Partir sin haberos visto, sin

haber oído una palabra de adios de vuestra boca, era superior á mis fuerzas, y por veros he desafiado la cólera del dueño del mundo.»

Tomóle la mano. Venus temblaba todavía; pero no tenía ya miedo. Cambiaron un suspiro y luego un beso..... En este momento dejó de oírse el martillo de Vulcano; Marte se aleja, pero estaba mas consolado, y Venus no tenía ganas de llorar.

Al alejarse Marte, Júpiter mandó llamar á Apolo. Aquel día se daba un gran concierto en la corte celeste, y como el dios del día y la diosa de la belleza no se habían dejado ver aun, era necesario presentar el uno al otro. Vulcano hizo un gesto á la primera mirada que cambiaron; Apolo le observó perfectamente, y en vez de asustarse por esto le pareció un feliz augurio; notando al sentarse á la mesa que el cojo estaba muy sofocado, le hizo beber mucho nectar, de suerte que á la conclusion, el pobre marido tenía la vista turbia y algo difícil la palabra; durmióse en fin en su silla y roncaba como un verdadero marido, mientras que todos los demás dioses daban un paseo por el Olimpo, á fin de ayudar la digestion.

Sin embargo, Apolo no dejó de dar el brazo á la recién casada, y aun cuando no se sabe una palabra de lo que se dijeron, es lo cierto que el dios de la poesía estuvo muy elocuente, pues que antes de despertar el herrero, había obtenido una cita para el día siguiente..... Oh! esto es muy malo! No permita Dios que intentemos escusar semejante ligereza. Solamente suplicamos á nuestras lectoras que no olviden que Venus era muy jóven é inesperta, que se la había casado sin consultarla, que su marido era feo, brusco, dormilon, y que Marte se hallaba entonces en la guerra.

Al otro día, y segun su costumbre, golpeaba Vulcano sobre su yunque; á poco penetran los rayos del sol en la alcoba de Venus y despiertan á la diosa jugando dulcemente con su cabellera. Eran los emisarios de Apolo que anuncian la proximidad del dios del día, que aparece al momento en todo su esplendor. Envuelta en una atmósfera luminosa, Venus es blandamente depositada en el carro del sol, cerca de Apolo, que teniendo con una mano las riendas de sus ardientes corceles, ciñe con su brazo la cintura de la diosa y la oprime contra su corazón. Hacia la caída de la tarde llegaron á la isla de Rodas ó de las Rosas; y echan pié á tierra sobre un blando césped, en un bosque perfumado. La carrera había sido larga y todo invitaba al reposo en este delicioso retiro; sentáronse, pues, en la yerba, y en ella permanecían cuando apareció la aurora; habían tenido tantas cosas que decirse!

Apolo, no sin disgusto, dejó la pradera para remontarse sobre su carro de luz; Venus llamó á su planeta que iba á desaparecer en el horizonte y le ordenó la trasportase á su domicilio conyugal. Vulcano al verla monta en cólera; pero la recién casada era ya menos tímida. Las

:

razones de su ausencia eran por otra parte muy plausibles; no tenía ella deberes que cumplir? No era necesario que ella visitase su imperio? Y si el señor pasaba diez y seis horas diarias en sus fraguas, no podía la señora pasar ocho en sus dominios? Como quiera que fuese, Vulcano no pareció muy satisfecho de estas esplicaciones; pero como él no era tan malvado por mas que tuviese el aire de tal, no dejó de calmarse prontamente y la paz se restableció en el seno doméstico.

Semejante aventura aficionó á Venus á los viajes, y como Apolo no podia dispensarse de seguir siempre el mismo camino, no tardó ella en encontrar este itinerario algo monótono. Además que nada podia impedirle que el dia de mañana recorriese el mundo; el primer paso estaba ya dado y este es el único difícil. Adios, pues, isla de Rodas, sus frescas sombras, bosquecillos de rosas y mullidos céspedes; hácia otros parajes va á estraviarse la diosa de la belleza; héla ya recorriendo valles, florestas, llanuras y montañas. Decir el número y la importancia de los encuentros que tuvo en estas aventureras peregrinaciones, seria el cuento de nunca acabar.

Entonces fué cuando Venus hizo conocimiento con Adonis, jóven y bello cazador, de nacimiento misterioso y corazon tierno, y mirada inflamada aunque tímida, á causa de su falta de experiencia. Habia que educarle y Venus era bastante diestra para intentarlo. Hízolo así, y las esperanzas que hiciera concebir su discípulo, estaban completamente realizadas, cuando Marte volvió al Olimpo á tomar sus cuarteles de invierno. Entre las diosas que se apresuraron á felicitarle, el fiero guerrero se admira de no encontrar á Venus; y hé aquí que solicita se le refieran cuanto antes las escapatorias de la dama de sus pensamientos.

Marte entra en un furor indecible. Que se engañe á un marido, en buen hora; pero engañar á su amante!.... y cuando este amante se llama Marte! Venganza! venganza! guerra á muerte al audaz!.... Marte no dice las cosas dos veces; conviértese en javalí y va á ofrecerse á los golpes del jóven cazador; Adonis le hiere con un dardo, y el dics se vuelve inmediatamente y desgarrá con sus terribles defensas á su jóven rival, cuyo último suspiro es llevado á Venus en alas de Zéfiro. La amorosa diosa acude desolada, y para restañar la sangre que corre de las heridas de Adonis le convierte en anémona. Ella misma se ha herido sus bonitos piés en las rocas y las zarzas, y su sangre ha teñido las rosas salvajes que de blancas que eran deben conservar en lo sucesivo el tierno color de carne que su sangre preciosa les ha dado.

Venus no se detiene en esto; dirígese al infierno para reclamar el alma de su amante; mas Proserpina, diosa de aquel lugar, se habia enternecido tanto en favor del desgraciado jóven, que no podia resolverse á dejarle salir del imperio cuyo mando partia con Pluton. Este último

hubiera sido mas fácil de hacer entrar en razon , pero no fué consultado , sin embargo, y las dos pretendientes convinieron en apelar á Temis, diosa de la justicia, la cual decidió que Adonis pasaria el invierno junto á Proserpina y el verano al lado de Venus.

Semejante decision puso á Venus en el colmo de la desesperacion; al dia, no obstante, ya no se acordaba de tal cosa; Marte, durante este intévalo, habia sabido hacerse perdonar.

Todas estas aventuras eran conocidas en todo el Olimpo; refánse de ellas; los sarcasmos, los epigramas se dejaban caer como el granizo; únicamente Vulcano lo ignoraba todo, cuando por lástima, ó quién sabe si por celos, Apolo se propuso abrir los ojos á este desgraciado marido. Entonces fué cuando Vulcano fabricó aquellas maravillosas redes, de las cuales habrán oido hablar nuestros lectores. Gracias á ellas pudo engañar la vigilancia de Gallo, centinela que tenia toda la confianza de Marte, y pillar en fragante delito á los dos culpables, y los llevó á presencia del Olimpo todo, á fin de que constase terminantemente, y nadie dudase de la fortuna del insigne forjador, y de la fortuna del mas tonto de los maridos.

Queriendo Júpiter hacer cesar el escándalo, dió orden á Vulcano perdonase á los pescadores y les devolviese la libertad, de la que Marte se aprovechó para refugiarse á las montañas de la Tracia, mientras que Venus, confusa, pero poco arrepentida, se retiraba á la isla de Chipre. La linda pescadora no se propondria pasar mucho tiempo en semejante retiro, pero á los pocos dias de permanencia se apercibió que su cintura engruesaba: la diosa se encontraba en el estado de salud que los pudibundos ingleses llaman una *posicion interesante*; posicion de la que no salió hasta despues de haber dado á luz al Amor.

Qué podremos decir de este jóven dios que todo el mundo no sepa? Júpiter mismo sabia muy bien á qué atenerse respecto al porvenir de este nuevo miembro de la familia divina; así pues empezó por prohibirle la entrada en el Olimpo; pero mas tarde el dueño del mundo, que no estaba exento de debilidad, consintió en reconocer los derechos del divino niño: esto fué con motivo de las bodas de Tetis y Peleo, á las que asistieron todos los dioses y todas las diosas, á escepcion de la Discordia, quien para vengarse del desaire, arrojó en la mesa al fin de la comida una manzana de oro con esta inscripcion: *A la mas hermosa!* Allí el amor hizo conocimiento con el Himeneo; mas su amistad fué poco durable: tambien Baco de sobremesa refirió la historia de su madre Semele y de su querida Ariadna. Venus enmudeció al oír tal relato.—Por qué? Baco contaba tambien su historia!....

Venus, es preciso hacerle justicia, nunca amó á su marido; pero en cambio prodigó sus favores á un gran número de amantes, y por lo tanto fué madre de un enjambre de lindos chicuelos, entre los cuales

son de notar Cupido ó el Amor, el Himeneo, las Risas, los Juegos, los Placeres y las Gracias. Esta diosa tenia templos en todo el mundo; los mas bellos eran los de Amatonta, de Lesbos, de Pafos, de Gnido y de Citerea; la isla de Chipre le estaba especialmente consagrada, y en todos estos lugares se la representaba en un carro tirado por dos palomas.

Venus, tan linda, tan graciosa como era, tan sensible, tenia tambien sus dias de mal humor, y como los demás dioses, gustaba saborear algunas veces los placeres de la venganza. Así fué que persiguió cruelmente á Psignis bajo el pretesto que esta hermosa y tímida niña habia seducido á Cupido y héchole apartar de sus deberes.

Psignis, amenazada por un oráculo de ser presa de un mónstruo terrible, se resignó con su suerte; el Amor la vió, y en vez del ménstruo que aguardaba durante la noche, partió con ella su lecho solitario. Desde luego la pobre niña tuvo mucho miedo, porque la oscuridad era profunda; mas este miedo duró poco, no tardando en hallarse completamente tranquila: el mónstruo tenia la voz tan dulce, y le decía palabras tan tiernas, que ella rabiaba por verle, no creyendo que pudiese ser feo aquel que se producía con tanta amabilidad; mas antes de apuntar el dia el misterioso esposo desaparecia. Psignis á la noche siguiente le rogó se dejase ver durante el dia, ofreciéndole no cesar de amarle jamás, por mas desgraciado que la naturaleza le hubiese hecho.

Querida amiga, le contestó el Amor: renuncia á satisfacer tan fatal curiosidad: resultarian para tí grandes pesares y para mí eternos remordimientos.

Psignis pareció rendirse á semejantes argumentos; pero su curiosidad creció mas y mas con ellos: ella no podia creer el menor peligro en la vista de un esposo junto al cual se hallaba tan dichosa. Finalmente, no pudiendo resistir la tentacion en la siguiente noche, ocultó una lámpara, y cuando el querido mónstruo se quedó dormido, fué á tomar la luz y se vino con ella á la alcoba nupcial. Júzguese de su sorpresa y de su alegría, cuando en vez de un mónstruo horrible se encontró con uno de los dioses mas hermosos! Ay! esta alegría duró poquísimo tiempo; la emocion de la linda curiosa era tal, que temblando dejó escapar una gota ardiente del licor que contenia la lámpara. Dispertado Cupido con el dolor, estendió sus alas para no volver jamás.

Venus no tardó en suponer lo que habia pasado: su hijo estaba pálido, triste; ella quiso saber la causa de semejante cambio y trató de descubrirla. La sed de venganza se hizo sentir en su pecho; jura que la culpable no tendrá un momento tranquilo: Psignis se ve cargada de cadenas y zurrada por las ninfas de la diosa; al fin sucumbe en medio de tormentos, despues de haber dado á luz á la Voluptuosidad, hermosísima diosa que el amor se apresuró á adoptar.

Un poco mas y concluimos nuestro viaje celeste: hénos ya junto

á Minerva; por esta diosa de la sabiduría, hija de Júpiter, es por donde concluiremos nuestra divina revista.

El nacimiento de esta diosa es de los mas maravillosos: un dia que Júpiter tenia una gran jaqueca, llamó á su hijo Vulcano y le dió orden para que le partiese la cabeza de un hachazo. El remedio era algo violento: Vulcano, como buen hijo, aconsejó al padre escogiese otro; mas el padre de los dioses se incomodó y arrugó el entrecejo; el Olimpo tembló, y espantado Vulcano cogió el hacha y descargó tan terrible golpe en la augusta cabeza, que esta se abrió como una granada; inmediatamente vióse salir una hermosa guerrera armada de punta en blanco.

Apenas Júpiter se vió desembarazado de un peso tan incómodo, las dos partes del cráneo volvieron á juntarse sin que jamás se conociese la señal.

Era necesario dotar á la recién venida: el padre de los dioses la hizo diosa de la sabiduría y de la guerra.

Esto podrá decirse que implica contradiccion, pues la guerra es enteramente opuesta á la sabiduría; mas el golpe que Vulcano habia dado á Júpiter fué tan rudo, que era muy posible que este permaneciese atontado por algun tiempo. Cuando hubo recobrado toda su calma, trató de regularizar las cosas, decretando que esta nueva habitadora del Olimpo seria una diosa en dos personas; que como diosa de la guerra se apellidaria Palas, y que llevaria el nombre de Minerva cuando representase la sabiduría. Como ya lo hemos dicho un millar de veces, en esos tiempos era cuando se hacian en el cielo los mas estraños y fáciles acomodamientos.

Los actos de Minerva se resintieron á menudo de sus diferentes atribuciones; tomó bajo su proteccion las artes; inventó la escritura; el bordado, la pintura, lo cual es muy loable á no dudarlo; pero transformó en araña á Aragna, hábil obrera, para castigarla de haber querido igualarse á ella, lo cual anuncia bien poco talento. Tampoco fué menos injusta con Medusa, que era la mas bella de sus tres hermanas, y que habiendo inspirado una violenta pasion á Neptuno, para huir de este dios se refugió en el templo de Minerva. Neptuno la persiguió hasta el mismo templo; mas la diosa descargó su furor contra la inocente, cambiando los cabellos de Medusa en serpientes, con lo cual la cabeza recibió el don de convertir en piedras á cuantos la mirasen.

No queremos dejar al cuidado de nuestros lectores el calificar semejante proceder, ni queremos decir mal de la Sabiduría en el momento de abandonar el cielo. El aspecto de la terrible diosa seria suficiente para hacernos circunspectos, y su aire marcial, su casco, su lanza, su escudo, en el cual está pintada la cabeza de Medusa, todo este aparato de guerra es tan poco seductor, que no quisiéramos dete-

nerles un momento siquiera. El Cielo griego es muy brillante, no existe duda alguna, mas á la tierra no le falta su poesía: la primavera empieza; la fresca yerba, los floridos bosques, los copudos árboles, los deliciosos prados, presentan una vista seductora para que pasemos de largo. En ellos existen otras divinidades menos fieras, menos temibles, junto á las cuales el reposo será mas dulce. Partamos: se respira mal aquí; el aire natal es un aire delicioso.

EPILOGO.

DIVINIDADES DE LA TIERRA, DE LOS MARES Y DE LOS INFIERNOS.

Habiendo emprendido una especie de viaje al cielo de los griegos, nuestro propósito al parecer queda terminado, pues que hemos visitado todas las divinidades celestes de esta mitología; pero como los griegos tenían todavía otras divinidades, apellidadas de la tierra, de los mares y de los infiernos, creemos oportuno hacer una corta reseña de ellas, empezando por las de la tierra.

De todas las divinidades de esta clase, Ceres era la mas importante á causa de su nacimiento, pues era hija de Saturno y de Cibeles, con la cual la confunden muy á menudo; tambien porque preside las mieses. Despues de esta vienen Vertumno y Pomona; el dios y la diosa del otoño y de los frutos. Flora, diosa de las flores, se halla en el tercer rango. Zéfiro, su esposo, la acompaña. Como y Momo van juntos; el primero preside los festines; el otro está siempre riendo y fué arrojado del cielo por su aire burlon é insustancial; hoy dia se ocupa en escribir zarzuelas.

Hé aquí dos sombríos personajes vestidos de negras ropas talaras sembradas de estrellas. Son la diosa de la noche y su marido Erebo; su hijo Morfeo, dios del sueño, les sigue; los Sueños se agrupan á su alrededor, siempre prontos á obedecer sus órdenes. Dos puertas les son abiertas para acercarse á los mortales; la una de marfil por donde pasan los sueños agradables, y la otra de ébano destinada á los sueños por-

tadores de malas nuevas y lúgubres visiones; el dios del Silencio, con un dedo en la boca, les sirve de guía é introductor.

Ved mas lejos á Themis, diosa de la justicia, hija del cielo y de la tierra. Júpiter le ha entregado la Ley y la Paz, dos hijos medio adúlterinos; pero esto no importa: la pobre señora se halla condenada á llevar eternamente una venda en los ojos, cosa en extremo peligrosa, pues como lleva en la mano una espada, al herir con ella es posible que lo haga muchas veces sin tino; en la otra tiene unas balanzas que por el mismo motivo puede tambien el fiel dejar de ajustarse á su nivel.

Dejemos pasar la Fama con sus cien voces y sus cien trompas, y admiremos esa otra hermosa ciega colocada encima de una rueda que gira sin cesar, y que lleva en su mano el cuerno de la abundancia; esta es Pluto ó la Fortuna: si podeis colocaros en su camino, ella os enriquecerá.... á menos que no os aplaste; en todo caso á ella nada le importa.

Pasemos adelante y evitemos á Nemesis, diosa de la Venganza, á la Envidia y á la Discordia. Esta última, en las bodas de Tetis y Peleo, arrojó sobre la mesa del festin una manzana de oro en la que estaban escritas estas palabras: *A la mas hermosa*. Juno, Palas y Venus se disputaron el precio; Paris fué elegido juez, y adjudicó la manzana á Venus. Palas se consoló, pero Juno persiguió sin cesar al poco afortunado juez, y la ruina de Troya fué el resultado de semejante querrela.

Las divinidades campestres nos merecerán tal vez otros miramientos; desde luego ahí está Pan, el dios de los pastores, el amable flautista; siguen los Faunos, los Silvanos, los Sátiros, dioscecillos de alegre humor que no desean mas que agradar á las Nayades, ninfas de los rios, de los arroyos y de las fuentes; á las Driadas, ninfas de los campos; á las Hamadriadas, ninfas de los bosques; á las Napeas, ninfas de las umbrías florestas, y á las Orcadas, ninfas de las montañas. Una de las mas notables de estas ninfas es Eco, hija del aire, que se complace en repetir los sonidos que ella escucha; fué amante del bello Narciso, mas como este estaba enamorado de sí mismo, la ninfa Eco se secó de dolor y Narciso fué convertido en una flor que lleva su nombre.

Las divinidades del mar no son menos numerosas que las de la tierra. A su cabeza se encuentran colocados Neptuno y Anftrite; su carro es llevado sobre las aguas por caballos marinos. A Neptuno se le ve armado de un tridente que en el imperio de los mares hace las veces del rayo de Júpiter. El Océano, los Tritones y las Harpías, son los hijos de esos poderosos dioses. El Océano casó con Tetis, hija del Cielo y de la Tierra, y tuvieron á Nerea y Doris, que así mismo se casaron, naciendo de esta union incestuosa las Nereiras ó ninfas del

mar, cuyo número es inmenso. El Océano tuvo aun otro hijo llamado Proteo, á quien se encargó la guarda de los rebaños de Neptuno, obteniendo gran nombradía en el arte de predecir lo futuro.

Las otras divinidades marítimas son Eolo, dios de los vientos; Glauco, dios de los pescadores, los Alciones y las Sirenas.

Hémos por fin de piés en el infierno, y aunque á su entrada nos encontramos con el Cerbero, perro de tres cabezas, no haya miedo: ya nos dejará pasar sin contratiempo.

Pluton es el soberano de ese tenebroso imperio rodeado de cinco rios; el Stigio, el Cocyto, el Aqueronte, el Leteo y el Jelegeton. El Stigio solo da siete vueltas por el infierno; las barcas abundan en él, pero delante de una bolsa que se abre á tiempo desaparecen las dificultades.

Pluton, hijo de Saturno y de Cibeles, era horriblemente feo; desde que tuvo uso de razon se hizo justicia á sí mismo y solicitó el no verse espuesto á la luz del sol, y habiendo apreciado su demanda se le dió el imperio de los infiernos. Poco tiempo despues el sombrío dios se hizo algo verde; es verdad que era feísimo, pero todavía era mas brutal, lo cual era una especie de compensacion. Enamoróse de Proserpina hija de Ceres, y la robó. La niña prorumpió en tremendos gritos llamando á su madre; pero cuando esta llegó la hija habia ya cambiado de modo de pensar. Sin duda que Pluton poseía cierto mérito desconocido que no disgustó á Proserpina.

El imperio de Pluton se halla dividido en dos partes distintas. La primera es el Elíseo, morada de los hombres virtuosos, en el que las almas gozan de una dicha eterna en medio de umbrias y frescas florestas.

La otra parte es el Ténaro ó el Tártaro, lugar destinado á los suplicios de los condenados. Allí es donde Ixion, rey de los Lapitis, se halla encadenado por medio de serpientes á una rueda que da vueltas sin cesar, por haber querido hacerse amar por Juno.

Allí se encuentra Titio, á quien un buitre devora las entrañas por haber insultado á Latona;

Las cincuenta Danaides, hijas de Danao, que deben continuamente llenar un tonel vacío y sin fondo, por la muerte dada á sus maridos;

Sísifo, hijo de Eolo, conduce á lo alto de una montaña una roca enorme que vuelve á rodar al fondo sin cesar;

Tántalo, que habiendo hecho comer á los dioses los miembros de su hijo Pelops, está rabiando de hambre y de sed, escitado por una agua límpida y soberbios frutos, que se retiran de sus labios cuando va á alcanzarlos.

Allí, en fin, donde los malos, hechos presa de las Furias ó de las Eumenides, deben sufrir por una eternidad los mas horribles tormentos

Las almas, las sombras ó los manes, á su llegada al infierno, deben ser indispensablemente juzgadas á fin de saber el sitio donde deben ser colocadas; hé aquí cómo se efectúa esto á su llegada á las orillas del Aqueronte. Las Sombras son recibidas por Caronte en una barca, mediante un óbolo que es el precio del pasaje, y Caronte les conduce al imperio de Pluton. En cuanto han desembarcado comparecen ante tres jueces inflexibles; Minos, Eaco y Radamanto, quienes pronuncian su sentencia despues de haberles pedido cuenta de todos los actos de la vida, y los envian ya á los Campos Elíseos, morada de los justos, ó al Tártaro, donde deben permanecer eternamente ó solo un tiempo mas ó menos largo, segun la gravedad de sus faltas.

En el infierno es donde las tres parcas, Cloto, Lacesis y Atropos, hilan sin cesar el hilo de la vida de los mortales: Cloto tiene la rueca, Lacesis el huso y Atropos corta el hilo con unas tijeras.

No nos detengamos cerca de esas implacables hilanderas, y apresurémonos á salir de tan lúgubre imperio. La tristeza es mas contagiosa que la alegría.

Fáltanos únicamente añadir á nuestra relacion algunas palabras acerca de los dioses domésticos, los Penates y los Lares; los unos presidian á los reinos, los otros á las provincias, algunos los caminos, las ciudades, las calles y las casas, y á los mas favorecidos estaba confiada la guarda de los gabinetes particulares de la señora de la casa. ¡Qué de curiosas memorias hubieran podido escribir esos dioses!

Podríamos finalmente hablar de los semi-dioses ó héroes como Hércules, Teseo, Castor y Polux, Jason, Belerofonte y un centenar de otros del mismo calibre; mas los héroes hace ya mucho tiempo que no están en moda... Y además su historia anda tirada por las calles, y nosotros solo hemos ofrecido ocuparnos del cielo.

Si alguna vez en nuestro relato nos hemos apartado del camino recto, perdónennos nuestros lectores por aquello de *quien puede lo mas puede lo menos*; este es un axioma que dejamos á su consideracion.

FIN DE LA MITOLOGIA GRIEGA.

TRES DIOSSES A MESA REDONDA.

La feria de Belcaire tiene fama en toda Europa, y cuando llega la época de esta celebrada feria afluyen á ella viajeros de todas partes del universo.

Era la hora de la comida y la mesa redonda del Hotel de Oriente se veia llena de comensales.

Como en todas ocasiones, la política hizo el gasto de la conversacion, y aunque esto sea fastidioso y enojoso, la materia es cómoda y elástica; ella se contrae y dilata con estremada facilidad; toma todas las formas y todos los colores, y si las personas de talento rehusan abordarla, en compensacion los tontos sacan siempre de ella gran partido; y despues si en las acaloradas discusiones que ella promueve no resultasen una gran cantidad de palabras sin consecuencia, tendríamos á lo menos la ventaja de que nadie es avaro de ellas en nuestro pais.

Habíase hablado en particular de las antiguas monarquías, de los reyes sin corona y de los tronos sin reyes; una espantosa cantidad de lugares comunes, de necedades de todos géneros y de barbaridades de todos los regimenes, habian saltado sobre aquel terreno; toda esta bulla no empezó á desaparecer sino cuando los platos de los postres se hubieron vaciado. Entonces el campo de batalla quedó enteramente desierto; muy pronto solo tres de los asistentes permanecieron en la mesa detenidos sin duda por el encanto que les proporcionaba una bo-

tella de Champaña ; no obstante, la conversacion continuaba. Tenia en este momento la palabra un personaje cuyo color aceitunado hacia traicion á su origen oriental. Era un hombre de grande estatura ; estaba como enfardado en los vestidos europeos que cubrian su cuerpo: su voz era grave y sus maneras llenas de dignidad.

« Ciertamente, señores, decia, los partidarios de los reyes de Europa me dan lástima cuando les oigo envanecerse con el antiguo origen de esos príncipes. No hace mucho se hablaba con énfasis de una monarquía de catorce siglos. En el Indostan, que es mi pais, señores, y esto para nosotros no es nada maravilloso, no existe ningun príncipe que al nombrar sus antepasados no tenga que remontarse á lo menos á cinco mil años atrás. Yo mismo, señores, desciendo en línea recta de Vichnou, el dios todopoderoso, el conservador del mundo.»

Estas palabras causaron al parecer gran sorpresa á los otros dos personajes; sus miradas se animaron, y sus cejas se contrajeron. El indio notó su emocion, pero sin dejar su primitiva calma continuó diciendo: « Comprendo la sorpresa que deben causar á Vds. mis palabras, señores, pero sus dudas no me ofenden; la desgracia me ha hecho tolerante. Por otra parte, si Vds. tienen un placer en ello, yo relataré mi genealogía, y Vds. verán que no hay nada mas claro ni mas cierto.»

Los dos oyentes, habiendo llenado sus vasos en señal de aquiescencia, se prepararon á escuchar y el orador continuó así:

La hora de la comida y la mesa redonda del Hotel de l'Oriente se veia llena de comensales. Como en todas las sesiones, la politica hizo el gasto de la conversacion y anduvo en todas partes, la materia es comoda y elástica; ella se contrae y dilata con estrambada facilidad; toma todas las formas y todos los colores. Y si las personas de talento refusan hablar, en compensacion los tontos sacan siempre de ella gran partido. Y despues si en las acaloradas discusiones que ella promueve no resultan una gran cantidad de palabras sin consecuencia, tendriamos á lo menos la ventaja de que nadie es avaro de ellas en nuestro pais.

Hablase hablado en particular de las antiguas monarquías, de los reyes sin corona y de los tronos sin reyes; una espantosa cantidad de leyes comunes, de necesidades de todos géneros y de barbaridades de todos los regimenes, habian saltado sobre aquel terreno; toda esta bulla no impidió á desaparecer sino cuando los platos de los postres se hubieron vaciado. Entonces el campo de batalla quedó enteramente desierto; muy pronto solo tres de los asistentes permanecieron en la mesa detenidos sin duda por el encanto que les proporcionaba una po-

MITOLOGIA DE LOS HINDOUX.

«En un principio no existía el mundo; Brama, el dios primitivo y eterno, llenaba la inmensidad. No existía nada más que Dios; y Dios lo era todo, y todo podía nacer de su sustancia.

Un día que Brama se fastidiaba de estar solo, creó para distraerse á la diosa Bavani. Su intención era probablemente la de no pasar de este punto, pues esta compañera tenía todas las cualidades que podían hacer agradable su compañía, mas Bavani tenía las pasiones ardientes; alegre con sentirse vivir se puso á bailar con tanto ardor, que se escaparon de su seno tres huevos de oro y fueron á rodar en la inmensidad.

«Tomo las cosas de muy lejos, como Vds. ven, señores; pero siendo á Vds. probablemente desconocidos los dioses de los indios, estos preliminares son indispensables para la inteligencia de lo que voy á referir.

—Si tiene Vd. la intención de hacer todo esto inteligible, replicó uno de los otros dos personajes, puedo asegurar á Vd. desde ahora que no conseguirá su objeto.

—¿Cómo quiere Vd. que creamos en la divinidad de una muchacha que pone sus huevos bailando, como una gallina de buen humor? ¿Qué hombre que no carezca de sentido común dará fé á semejantes parruchas?

—Caballero, replicó el indio, cuya mirada tomó un carácter feroz:

ruego á Vd. que no olvide que lo que Vd. se atreve á llamar paparruchas, es la religion de todos los pueblos del Indostan; es decir, de mas de ciento cincuenta millones de hombres. Vd. por otra parte debe saber que el cálculo cronológico de estos pueblos se remonta á trescientos mil un años antes del nacimiento del Dios de los cristianos, y que los sábios de este pais se hallaban cuatro mil años avanzados en los conocimientos astronómicos que los que tiene hoy la Europa. Ciertamente, no se puede sin palidecer, dejar de confesar creencias tan sólidamente establecidas. Por otra parte, yo no pretendo convertir á Vds., sí solamente demostrarles que las mas antiguas razas de los reyes europeos solo datan de ayer en comparacion de algunas del pais donde he nacido y particularmente la mia.

—Eso es muy justo, dijo el tercer personaje. No porque yo convenga con las creencias de que habla este caballero, pues tengo para rechazarlas excelentes razones, como Vds. verán mas adelante; mas yo creo, que para refutar á las gentes, es indispensable dejarlas hablar. Le ruego á Vd., pues, que continúe su interesante relato: un bonito cuento no deja de tener su mérito.

Estas últimas palabras no eran de naturaleza que pudiesen agradar al indio; mas como en el fondo era hombre que sabia vivir y Dios de buena ley, y desease además hacer conocer su genealogía, continuó su relacion en estos términos:

»Después de haber rodado los tres huevos un año entero por el espacio, se rompieron y de cada uno de ellos salió un Dios, á saber: Brahma, Vichnou y Siva. Habiéndose dividido en dos partes iguales la cáscara del huevo del cual salió Brahma, hizo este de una de ellas el cielo y de la otra la tierra. La obra era perfecta, pero le faltaba los adornos, y el Dios tenia demasiado buen gusto para no aperebirse de ello y bastante poder para no remediarlo: creó, pues, los astros, el aire, los vientos, el rayo y todo lo que constituye la atmósfera terrestre; después hizo nacer de un soplo la tierra, las plantas, los árboles y los animales.

»El Dios hubiera podido descansar, pero á vista de las maravillas que acababa de sacar de la nada, sintió el deseo de verse admirado y de oír cantar sus alabanzas. Yo ruego á Vds. me digan de qué nos serviría á nosotros Dioses, ó reyes, de ser grandes y gloriosos, si acá bajo no hubiese nadie que celebrase y admirase la grandeza y la gloria. Nuestra existencia seria, á no dudarlo, de una monotonía insoportable. No pudiendo, pues, quedar la creacion en aquel punto, Brahma se golpeó la frente é hizo nacer un hombre á quien dió el nombre de Bramen. A este hombre le entregó los libros sagrados llamados Vedas, donde estan escritas en

estilo divino las verdades eternas que deben ser esparcidas sobre la tierra por Bramin y sus descendientes. Bramin era pues el sacerdote, el apostol por escelencia, y como el *sacerdote vive del altar*, como se dice en este pais, en el mio sucede lo mismo. Queriendo, pues, Brama que el sacerdote estuviese competentemente acompañado, se hirió el brazo derecho é hizo salir un guerrero; luego despues de su muslo sacó un tercer hombre destinado al comercio y á la agricultura, y finalmente, de un pié hizo salir un cuarto hombre que debia ser el primer padre de los artesanos.

»Tal es, señores, el origen de las cuatro castas ó razas de que se compone el pueblo indio; porque los parias, que vuestros sábios creen pertenecer á una quinta raza, no son otra cosa que el desecho de las cuatro realmente creadas por Brama.

»El dios entonces, ya en toda su gloria, se puso á contemplar su obra con orgullo, y Vds. convendrán conmigo que á lo menos no le faltaban motivos para estar orgulloso; desgraciadamente es difícil acercar los labios á la copa de la vanidad sin perder la cabeza: esto fué lo que le aconteció á Brama, cometiendo en tal estado faltas muy graves que produjeron las consecuencias que Braham lo arrojase del cielo y lo precipitase en la tierra bajo la forma de un cuervo.

»Para endulzar los pesares del destierro, el cuervo se hizo poeta; despues tomando forma humana se colocó entre los parias con el nombre de Valmiki. Semejante acto de humildad debia de tener resultados funestos; cediendo á la necesidad de olvidar lo pasado é impelido por su natural impetuosidad, Brahma se arrojó á violencias de toda especie. Yo me avergüenzo por él y por mí; mas la verdad histórica me obliga á decir que desde entonces se convirtió en un solemne pícaro que nada respetaba, violando además todas las leyes divinas y humanas. Al verle entregado á tan espantosos desórdenes, pudo creerse que se arrepentia de haber organizado el mundo y pretendia volver hacer entrar en la nada. No era esta, sin embargo, su intencion; solamente que quiso probar por sí mismo hasta dónde podia llegar la perversidad humana, y como los dioses no hacen nada á medias, hubo bien pronto llegado hasta los límites del crimen.

»Hecha la esperiencia, Brama comprendió que habia hecho mal en enorgullecerse de la obra maestra que habia creado, llamada hombre, con la cual habia terminado la creacion; convino que esta obra maestra era un animal muy pícaro, y que tenia necesidad de algunas modificaciones para que pudiera ser soportable. Por esto fué que de malhechor que era se convirtió en penitente y austero. Entonces fué cuando comentó los libros sagrados que habia compuesto en el momento de la creacion;

despues, como no habia perdido el gusto por la poesia, compuso el gran poema del Ramaiana, y en los siglos siguientes escribió sucesivamente las mas grandes épocas de la India, y muchos poemas dramáticos inimitables que publicó bajo el seudónimo de Viazu Mouni y de Kalidaza, lo cual le valió el ser llamado al monte Meron, morada de los dioses.

»Mientras que Brama se esforzaba en hacer olvidar sus errores, el dios Vichnou, salido del segundo huevo de Bhavani, soportaba por sí solo todo el peso de la administracion del mundo: deber tanto mas penoso, cuando Siva, dios del mal, salido del tercer huevo, le hacia una guerra encarnizada y lo ponía todo en juego para asegurar el triunfo del infierno, del cual era dueño absoluto. Vichnou, señores, es el conservador del mundo, etc., etc...

—Y las botellas se hallan vacías, interrumpió uno de los circunstantes; y siendo la historia que Vd. nos regala, sumamente curiosa, me pone en la necesidad de hacer un llamamiento al despensero de la casa... Hola muchacho, destapa tres botellas.

Servido ya el vino, el dios y sus interlocutores brindaron como personas que saben hacer la razon, mayormente cuando en el fondo eran buena gente.

—Señores, dijo el tercer personaje de quien ya hemos hablado antes y que era persa; no es sin enfado que oigo hablar de tantos dioses que me son desconocidos; pero me consuelo con pensar que el cielo es inmenso.

—Inmenso! inmenso! inmenso! contestó el indio.

—Tan grande como el cráneo de mi padre; exclamó el que habia pedido vino y que era noruego.

—Señores, volvió á decir el indio; todavía no he concluido con mi historia.

—Lo creo, replicó el noruego; pues que Vd. solo ha hablado del principio del mundo. Mas no se incomode Vd.: á cada uno le ha de llegar su vez.

—Y á mí tambien, añadió el persa.

—Tanto como Vds. quieran, por lo que me toca replicó el indio; pues lo dije al principio, la desgracia me ha hecho tolerante. Continúo pues:

«Habiendo comprendido Siva que mientras que los Vedas, libros que contenian las verdades eternas subsistieran, no le seria dado llegar á sus fines, se alió con un gigante prodigioso llamado Rakchaza-Haia-griva, el cual, á instigacion de Siva, robó los Vedas. Privada la tierra de este rayo de luz estuvo desde entonces espuesta á caer en la mas espantosa barbárie. Vichnou para evitar tamaña desgracia, se decidió á perseguir el gigante. En varios períodos habia recorrido la tierra entera

sin poder dar con él, cuando le vino la idea que aquel insigne ladrón podía estar escondido entre las olas del mar. Tomando desde luego la forma de un pez enorme se precipitó en las ondas, y en efecto descubre la morada del traidor, le mata, y vuelve triunfante con los libros sagrados.

»Durante este tiempo, los demás dioses para pasar el tiempo se entretenían en inventar un brevaje que daba la inmortalidad con solo sorber algunas gotas. Instruidos de este hecho por el infame Siva, la raza de gigantes que desde la creación del mundo se hallaba en una posición ventajosa, trató de aprovecharse de semejante descubrimiento. Somos grandes y fuertes, se dijeron á sí propios estos malos genios; si nuestros piés tocan la tierra, tenemos que alzar los brazos para llegar al cielo: solo nos falta la inmortalidad; bebamos.

—Bravo! interrumpió el noruego; esas gentes tenían excelentes ideas: bebamos.

Estas palabras fueron seguidas de un ligero ruido de vasos y de un corto silencio; después el indio continuó así:

»Cuando los gigantes estuvieron borrachos, no miraron ya nada y emprendieron la guerra contra los dioses. Hubo terribles combates que hicieron temblar el cielo y la tierra; los dioses se defendían como mejor podían, mas los gigantes eran infatigables después que se habían hecho inmortales; reuniendo todos sus esfuerzos intentaron derribar el monte Meron arrojándolo al mar. Una horrible catástrofe era ya eminente; la nada abría su desmesurada boca para tragarlo todo, cuando Vichnou, tomando la forma de una tortuga colosal, puso el mundo sobre sus espaldas manteniéndole en equilibrio.

—Pero dónde hacía pié la tortuga? replicó el persa.

—Si os lo dijese, contestó el indio sin titubear, podríais preguntarme en qué tercer apoyo contaba el segundo, en el cuarto que apoyase el tercero, etc. Entonces iríamos hasta lo infinito... Señores, comprendéis el infinito?

Miráronse los otros dos sin responder palabra, y la historia de la tortuga les pareció ya menos increíble. El narrador se apercibió de ello y continuó así:

»A fin de que el divino brevaje no produjese otros males, se apoderó de él Vichnou y le arrojó al mar; viéndose al momento las aguas metamorfoseadas en leche, de la que salió un caballo de tres cabezas y un elefante blanco de tres trompas, signos del poder del dios conservador.

»De cualquier modo, era necesario reducir á la impotencia á los gigantes protegidos por Siva; pues tan boyantes se presentaban que uno de ellos, habiendo hecho girar la tierra bajo sus dedos como lo hu-

:

biese podido hacer el aire con una hoja seca, la hubiera conducido á las profundidades del infierno, á no ser atacado en el camino por un enorme javalí que le arrancó su presa. El javalí vencedor no era otro que el mismo Vichnou que, conseguida esta señalada victoria, apenas le quedó tiempo para convertirse en leon y triunfar de otro gigante que predicaba la desobediencia á unos dioses, decia, que jamás habian existido.

—Hola! dijo el persa, ¿y sois vos de esa opinion?

—Señores, contestó el indio con su voz grave y solemne; vivimos en un pais en el que todo el mundo se prosterna ante la irresistible fuerza de los hechos consumados; Vichnou, convertido en leon, destrozó en mil pedazos al gigante en cuestion, llamado Hiranya; y puesto que fué vencedor, fuerza es que convengais en que tuvo razon.

Nada habia que objetar á semejante conclusion: cuanto existe, existe siempre como un hecho positivo, irrecusable; lo que no es, cómo podrá ser? Aquí nos vemos á la puerta del sistema de los problemas, y cuando una vez se ha llegado á pasar adelante, dificilmente se retrocede.

»Viendo los gigantes que nada podian conseguir por la fuerza, cambiaron sus baterías y recurrieron á las negociaciones diplomáticas. Ya se comprende que aquí Siva, el dios del mal, se hallaba en su verdadero centro. Condújose en efecto tan bien, adoptó su cara tal espresion de honradez y de ingenuidad, aun cuando esperimentase las contrariedades mas violentas, que obtuvo por un tratado en debida forma, para su protejido el gigante Machabali, la soberanía de los tres mundos: el cielo, la tierra y el infierno.

—Ya podeis figuraos, señores, que Vichnou era absolutamente extraño á semejante tratado, y desgraciadamente no hubo poder bastante grande para impedir su ejecucion; pero la tiranía de Mahabali se hizo á poco tan insoportable, que desesperados los dioses se reunieron con ánimo de buscar en ¡el mismo pacto los medios de su nulidad. Vana esperanza! no los hubo...!

»En tan difíciles circunstancias, Vichnou no se dejó abatir: atacábasele con la astucia y con la astucia quiso defenderse. En consecuencia, él, tan grande de espíritu, se achicó de cuerpo, y bajo el nombre de Vamana toma la forma de un negro de la especie mas ínfima, se presenta al gigante Mahabali, y con el tono de un desgraciado que no tiene casa ni hogar, le suplica al poseedor de tres mundos le conceda solamente tres pasos de terreno, á fin de tener un dia donde reposar su cabeza.

—»Me pides la estension de tres de tus pasos, pobre arrapiezo? dijo el coloso.

—»Sí, monseñor; nada mas que tres pasos.

—»Por vida de Siva! cuenta con ellos, replicó el gigante sin poder contener una estrepitosa carcajada.

»Pero Vichnou estaba muy lejos de reír; y habiendo tomado súbitamente las proporciones de un dios de primer orden, dió un paso que abarcó toda la tierra y luego de un segundo midió toda la estension del cielo. Con el tercero se proponia incluir hasta el mismo infierno, mas convencido el gigante de que no le quedaria donde poner un pié, se arroja á los pies del dios, conjurándole á dejarle siquiera esta última parte. Vichnou consintió en ello y se hicieron las paces.

»Sin embargo, las cosas de la tierra iban muy mal: los hombres se entregaban á los placeres, á la rapiña y á la guerra, y descuidaban la agricultura, que debia ser su tabla de salvacion. Deseando Vichnou poner un término á semejante estado de cosas, vino á habitar la tierra bajo el nombre de Rama, á fin de dar impulso al trabajo por medio de su ejemplo. Mas al tomar de nuevo la forma humana, consiguiente era que se sometiese á las pasiones de la humanidad, y la bella Sita de quien se prendó, fué al cabo su mujer. Probablemente ignoraba el infortunado dios, que una mujer hermosa es un tesoro mil veces mas difícil de guardar que todos los que hasta entonces habia disputado con éxito á Siva. La ilusion, si para él lo era, debia durarle muy poco; pues los gigantes, como acabamos de decir, habian quedado por dueños del infierno, y conservado segun todas las probabilidades, inteligencias en el campo femenino. Aprovechándose un dia de todas estas ventajas, el gigante Lanka arrebató á la bella Sita, no por lo enamorado que de ella estuviese, sino porque le desagradaba el marido; y hé aquí cómo las señoras mujeres llegan á ser infinidad de veces las únicas responsables de las desgracias de sus maridos.

»No nos es fácil asegurar que en esta época estuviese Vichnou muy enamorado de su mujer, duda muy legítima si atendemos á los sentimientos y costumbres de los grandes; pero al fin era un personaje demasiado elevado para ignorar que *los nudos obligan*; el dios era marido, y este carácter es indeleble: comprendiendo su posicion, apeló á sus compañeros, que no le hicieron caso, por la sencilla razon de que á ninguno de ellos le faltaba que hacer en su casa.

»Vichnou-Rama estaba desesperado, como todos los maridos que se encuentran en su caso; y no es extraño, pues esto engendra cierto mal humor; pero él no se paró en barras, y á falta de otro mejor, reunió dos ejércitos, uno de monos y otro de osos, con los cuales se dedicó á perseguir al raptor.

»Los muertos van de prisa, dice una balada alemana, y es muy cierto; pero los dioses van aun mas de prisa. Vichnou-Rama probó esto

mismo á satisfaccion, dando una vuelta al mundo á la cabeza de sus monos y de sus osos, sin que las montañas, rios y mares que encontró al paso, pudieran disminuir la rapidez de su carrera. Lauka por su parte corria con la agilidad de una liebre, llevando siempre á la bella Sita, sin que su carga le estorbase lo mas mínimo en su marcha, tan ligera le fué realmente la dama; pero obligado á detenerse en los confines del mundo, quiso tentar la suerte de las armas, y reuniendo apresuradamente á sus parciales, osó presentar batalla á Vichnou. Resultó vencido, como no podia menos de suceder; y es probable que no lo sintiese demasiado, en razon á que Sita le habia costado ya demasiado cara, y empezaba á creer que una mujer hace siempre mal en abandonar á su marido. La historia no dice si la bella Sita era ó no de esta opinion; pero consta que se sometió contenta á las leyes del vencedor: el vencido estaba arruinado.

»Despues de esta hazaña se entregó Vichnou á un largo descanso, y esto fué una verdadera desgracia; porque Siva, el dios del mal, no descansa jamás, y aprovechó esta imprudencia para maquinara y procurar la destruccion de todo el bien practicado por su adversario. La pureza de las costumbres se alteró nuevamente sobre la tierra; abandonáronse las prácticas religiosas, y se empezó á violar las leyes mas sábias: la humanidad tomaba pues el camino de los infiernos, cuando Vichnou, saliendo al fin de su largo sueño, tomó de nuevo la forma humana, y bajo el nombre de Bouddha se dedicó á recorrer el mundo para reparar en lo posible el mal que causó en su dilatada ausencia.

»Con la mira de estudiar mejor la situacion de las cosas, viajaba de incógnito, usando de infinidad de espedientes para penetrar por todas partes. Un dia que rondaba los alrededores del palacio de Topobea, rajah de Dahouli se apercibió de un jóven que parecia presa de la mas violenta desesperacion.

—»Amigo mio, le dijo Bouddha, ¿qué desgracia os ha sucedido?

—»Una de las mas horrosas á la cual no sobreviviré.

—»Bueno, replicó el dios; por este language es fácil reconocer á un enamorado: estas gentes no pueden sufrir la menor contrariedad sin hablar en seguida de morir; pero pasado el acceso jamás se conducen tan mal. Veamos: si quereis ser sincero y referirme la aventura que tanto os desespera, prometo dar fin á vuestro dolor sin que para obtener este resultado haya necesidad de romperos la cabeza contra las paredes, como pareceis dispuesto á ejecutar á cada momento.

—»¡Oh! exclamó el jóven afligido mirando desdeñosamente á Bouddha, seria necesario un poder que no reconozco en vos para poner término á mis penas.

—»Jóven, dijo severamente Bouddha, la sabiduría es el mayor de los poderes: el sabio se parece mas á la divinidad que el fuerte. Tened fé en mis palabras y os irá mucho mejor.

»No obstante su desesperacion, el jóven empezaba á creer que se las habia con un personaje poco comun, y haciéndose la cuenta de que siempre le sobraria tiempo para matarse, refirió á Bouddha el objeto de su afliccion.

—«Soy, dijo, uno de los oficiales del rajah Topobea, y he sido criado en este palacio que veis; pues el príncipe me dispensó la mas ámplia amistad, y todo el mundo me creia destinado á la mas alta fortuna; pero un dia que me paseaba por los jardines de palacio, ví á través de un espeso follage que me separaba de los bosques reservados, una encantadora jóven, de esbelto talle y cara celestial, que sonreia mirándose en las cristalinas aguas de una taza de marmol: era la princesa Vazeli, única hija del rajah. Yo quedé mudo é inmóvil de admiracion, cuando la princesa, que acababa de verme á su vez, dió un grito de sorpresa lanzándose á la fuga; pero en el rápido movimiento que describió, resbala uno de sus piés por el marmol y cae en la fuente que era muy profunda. No habia tiempo que perder: de un salto caigo tambien en el pilon y tengo el honor de salvar á una belleza divina cuya imágen debia quedar eternamente grabada en mi corazon.

»La princesa Vazeli se habia desmayado y la deposité sobre el cesped, en el que gracias á los cuidados que yo le prodigaba, tuve la incomparable dicha de verla abrir los ojos. Yo estaba de rodillas con una de sus manos entre las mias, y esta vez no pareció asombrarse de mi presencia; sentóse dulcemente sin retirar su mano, y con una voz deliciosa que resuena todavía en mis oidos:

—»Agano, me dijo, estoy muy satisfecha de deberos la vida.

»Estas dulces palabras hicieron vibrar á la vez todas las fibras de mi corazon y me pareció que mi pecho iba á estallar; temblaba y sentia correr por mis venas una lava ardiente.

La princesa continuó:

—»Tened la bondad de llamar á mis doncellas que he dejado cerca de aquí para pasear sola en este bosquecillo; quiero buscar á mi padre y referirle lo que acaba de suceder, á fin de que os recompense como merecis.

—»En nombre del cielo! grité, no hagais tal cosa: sé que mi augusto protector me destina el gobierno de una provincia y no falta mas que una ocasion para dármele; me veria en consecuencia obligado á dejar el palacio, y sin embargo daria el imperio del mundo por continuar aquí.

«Nos habíamos comprendido: Vazeli participaba del amor que supo inspirarme. Desde aquel momento nos veíamos casi todos los días, hasta que obligado el rajah á tomar las armas contra uno de sus vecinos, resolvió marchar en persona á la cabeza de su ejército, colocándome entre el número de los oficiales que debían acompañarle. Desesperada Vazeli, se arroja á los pies de su padre y le cuenta nuestros amores, suplicándole nos uniese antes de partir para la guerra.

«Ciertamente que rajah Topobea era grande y generoso; pero al mismo tiempo demasiado celoso de su ilustre nacimiento para consentir jamás en dar la mano de su hija única á un hombre que no proceda de una familia soberana. A pesar de toda su ternura para con Vazeli, no pudo escucharla sin experimentar una violenta cólera, y desde aquel instante la hizo encerrar en sus aposentos, dando al mismo tiempo la orden de asegurarme en una prision, y proponiéndose decidir de mi suerte despues de la guerra; pero advertido por un amigo de lo que acababa de suceder, pude tomar la fuga. Con esto pasaron dos días desde que Topobea marchó á la guerra, pero antes de su partida mandó doblar la guardia del palacio, y no pudiendo penetrar en él por sus puertas, en vano he procurado esta noche escalar sus muros. Bien conocereis que ya no me resta otro recurso que morir.»

—«Esa sería vuestra última locura, dijo Vichnou-Bouddha, y no la mejor de todas. Seguid mi cousejo y os irá mucho mejor: abandonad esta ciudad incontinenti y trasladaos á lugar seguro, y á los nueve meses, día por día, presentaos atrevidamente en el palacio de Topobea; os prometo que entonces sereis bien recibido.

«Agano, mas sorprendido que convencido, permaneció inmóvil y parecía esperar una esplicacion; mas conociendo Bouddha lo que pasaba en su interior, le dijo:

—«Con la fé se superan las montañas mas escarpadas: ved y creereis.

«Diciendo así, tomó el dios la forma de un soberbio caballo blanco alado, se elevó en los aires, deteniéndose un instante sobre el palacio, y desapareció. Convencido Agano por este prodigio del poder del personaje á quien habia confiado su aventura, se apresuró á seguir el consejo que le habia sido dado, saliendo inmediatamente de la ciudad.

«Sin embargo, Bouddha no permaneció largo rato por aquellas alturas; pues habiéndose elevado hasta las nubes, descendió con igual presteza y se detuvo en el balcon de la princesa Vazeli. Tomó allí la forma del enamorado Agano, y abriendo dulcemente una ventana, penetró en la habitacion donde encontró á la princesa muellemente acostada en un lecho de descanso. Al verle Vazeli dió un grito de alegría y fué á echarse en brazos de su amante. Lo que ellos se dirían lo adivinarán

los enamorados, que los demás no tienen necesidad de saberlo. Báste-me decir que el entretenimiento fué largo y que duraba aun al día siguiente poco antes de amanecer. En este momento se daban los amantes los mas tiernos adioses, y temblaba la princesa pensando en los peligros á que se iba á esponer su bien amado para salir del palacio.

»Juzgad, pues, la sorpresa de esta encantadora niña, cuando vió al que habia tomado por Agano lanzarse en el espacio por la ventana y alejarse á todo vuelo bajo la forma de un caballo aéreo; creyó haber soñado, pero no le pareció prudente confiar á nadie su sueño.

»Mientras sucedió todo esto, el rajah Topobea continuaba la guerra con éxito, pues en el espacio de algunas semanas ganó dos grandes batallas, persiguiendo despues al enemigo, hasta que una noche, descansando solo en su tienda despues de una larga y penosa marcha, vió acercársele de repente un jóven de una belleza deslumbradora.

»Rajah de Dahouli, dijo el jóven cuya voz parecia una música celestial: escucha las órdenes del que dispone de las coronas y de los imperios, y guárdate de desobedecerle; porque así como te ha hecho victorioso, puede hacer que tus enemigos te aniquilen. Tu hija lleva en su seno un hijo de Vichnou; los mas altos destinos se hallan reservados á este niño que, como signo de su origen divino, se verá en su frente, así como en la de sus descendientes, una impresion que representará un caballo alado. Este niño debe llevar el nombre de Agano; Vichnou lo quiere, y para que así se cumpla, te ordena dar la mano de tu hija al oficial de este nombre, al que tan injusta y severamente has tratado.

»El rajah no pudo escuchar estas palabras sin conmoverse violentamente; demasiado valiente sin embargo para dejarse intimidar fácilmente, corrió hácia el jóven estendiendo los brazos para cojerle, pero ya habia desaparecido. Esforzábbase Topobea por creer que habia tomado como testimonio de sus sentidos alguna alucinacion, resultado de la calor y del cansancio; pero no obstante, se dió priesa á terminar la guerra por una paz gloriosa, concluida la cual volvió á su palacio de Dahouli.

»Ya veremos, decia, mucho mas preocupado de la vision de lo que á sí mismo queria confesarse, ya veremos; porque esto debe aparecer claro, y no soy tan lego en la materia.

»Por su parte Vazeli se encontraba en una inquietud horrible, faltándola poco para desmayarse cuando se le dijo que su padre acababa de llegar, por cuanto ella no podia dispensarse de correr á su encuentro, y su talle, tan fino y delicado hacia poco, se habia redondeado tanto, que este cambio no podia escapar á las miradas menos ejercita-

das. Resígnase al fin, y con los ojos inclinados al suelo y la frente cubierta de un púdico rubor, se presentó delante del rajah.

»Por lo pronto, pensó el príncipe al verla, es evidente que mi visitador nocturno me ha dicho al menos la mitad de la verdad, y no deja de ser prudente aguardar antes de tomar un partido.

»Procurando entonces aparentar tranquilidad, tendió la mano á la princesa, la atrajo á sí y abrazó tiernamente.

—»Querida hija, le dijo, vuestro padre será siempre vuestro mejor amigo, y está convencido de que no quereis tener secretos para él.

»La pobre niña temblaba de piés á cabeza, pues lo que veía el rajah, veíanlo igualmente todos los que le rodeaban; en seguida, abrazando nuevamente á su hija á fin de inspirarle confianza, le suplicó en nombre del amor paternal, le dijese sin rodeos la causa del cambio verificado en ella. Alentada por tanta bondad, por una dulzura tan desacostumbrada en el rajah, Vazeli se atrevió al fin á referir toda la verdad, aunque no sin enrojecer y sin dejar correr algunas lágrimas por su bello rostro; pero Topobea concluyó de tranquilizarla refiriéndole la vision que tuvo, añadiendo despues:

—»Hija mia: todo parece reunirse para convencerme de que el gran Vichnou ha querido favorecernos con su divina alianza; la ligera duda que abriga mi espíritu no puede tardar en disiparse. De aquí en adelante, mi querida hija, sereis la dueña absoluta de este palacio, y suceda lo que suceda, nuestro amor y nuestro apoyo no os faltarán.

»Jamás se consideró Vazeli tan dichosa, pues presentia un desenlace lleno de encanto para la aventura de que era objeto, y todo concurría á decirle que no tardaría Agano en reaparecer mas enamorado que nunca; porque á pesar de lo que le contó el rajah, Vichnou solo ocupaba en su corazon el segundo lugar.

»Topobea tuvo cuidado desde aquel momento en rodear á su hija de personajes experimentados, en vista del acontecimiento que no podía tardar en realizarse, y todo habia entrado ya en el estado normal en palacio, cuando una mañana anunció el primer médico del rajah á este último que la princesa acababa de dar á luz un hijo.

»Topobea se dirigió solícito al aposento de la jóven madre; acércase con la mas viva emocion al recién nacido; descubre con mano temblorosa la cara de aquel divino niño, y... oh dicha! en la ancha frente de aquella celestial criatura se ve impresa la imágen de un caballo alado que parecia dirigir su vuelo hácia los cielos! El rajah, cuyo corazon se inunda de alegría, se arrodilla para dar gracias á Vichnou, apresurándose en seguida á reunir los grandes dignatarios del reino. Refiéreles la visita con que ha sido honrado en su tienda, las palabras

que le hizo escuchar, y últimamente les presenta el niño; y todos ellos súbitamente poseidos de un santo respeto, se prosternan á la vista del sello divino impreso en su frente. Firmóse acta de aquel prodigio y se depositó solemnemente en los archivos de la familia real, promulgándose una ley que señalaba la pena de muerte contra cualquiera que se atreviese á poner en duda la menor cosa relativa á la divinidad de Vichnou.

»Pero como no hay dicha completa, faltó una cosa para el cumplimiento de la profecía del dios: era necesario un marido para la jóven madre, y Topobea, no obstante las mas activas pesquisas, no pudo descubrir el retiro de Agano.

—»El desgraciado, decia, habrá muerto acaso de pena; verdaderamente que he sido demasiado severo con él; pero quién hubiera podido prever un acontecimiento tan prodigioso?

»A fin de tranquilizar su conciencia, se disponia este príncipe á dar nuevas órdenes y á ponerlo todo en movimiento para saber qué habia sido del jóven oficial, cuando se le anuncia que este último acababa de presentarse á la puerta del palacio, y que solicitaba presentar al príncipe sus respetuosos homenajes. Es inútil decir que fué bien recibido, y se adivina tambien que Agano, despues del prodigio de que fué testigo, no opuso la menor dificultad en prestar fé á las consecuencias que de él se deducian. Fué pues considerado desde entonces como el esposo de la princesa, y su matrimonio celebrado dos meses despues. En cuanto al niño divino, á quien se dió el nombre de Vichnagano, sucedió directamente al rajah Topobea, su abuelo; su descendencia directa se ha propagado desde hace dos mil años hasta el dia, y puesto que es necesario decíroslo todo, señores, el último de los descendientes del hijo de Vichnou se halla en vuestra presencia.»

En diciendo esto se quitó el indio su sombrero, y en su frente, verdaderamente magestuosa, pudieron ver sus dos interlocutores la figura de aquel caballo alado que afirmaba ser el distintivo de la divinidad.

«Ahora, continuó el narrador al cabo de algunos momentos de silencio, solo me resta contaros cómo el hijo de un dios, el descendiente de mas de cien reyes, esté reducido á comer hoy en mesa redonda en una fonda francesa; esto será muy breve. Ninguno de vosotros ignorará que, desde un siglo á esta parte, los ingleses han invadido casi enteramente las Indias, y que estas gentes, que todo lo convierten en objeto de especulacion y de mercadería, jamás dejan de poner el grito en el cielo cuando se trata como se merecen algunos de ellos que no teniendo nada que vender, se afanan sin embargo por llenar sus bolsillos. Desde la última encarnacion de Vichnou se le edificó un magnífico templo en

:

Dahouli; la estatua colosal del dios colocada en el santuario, estaba materialmente cubierta de diamantes de un precio inestimable; no habia en todo el Indostan un tesoro que representase la milésima parte de las riquezas que durante veinte siglos se fueron acumulando en el citado lugar, y aun yo mismo coloqué sobre los hombros de la estatua un collar de diamantes con cuyo precio se hubiera podido comprar un reino. Juzgad pues cual seria mi indignacion al ver que cometiendo un doble sacrilegio, se habian introducido en el templo algunos soldados ingleses y despojado la estatua de Vichnou. De órden mia se los persiguió, y habiéndose cogido algunos de aquellos infames, los hice ahorcar...

»Pero hé aquí que el gobierno inglés fué de opinion de hacer de esto una cuestion internacional, y me pide una reparacion por la muerte de aquellos bandidos. Era esto el colmo de la impudencia, no es cierto? pero tratándose de dinero los ingleses son capaces de todo.

»Resistí cuanto pude y se me hizo saber un *ultimatum*. Sostuve que yo tenia el derecho de castigar á todos los ladrones cojidos en fragante delito en mi reino, y se me contestó que si esto era cierto en tésis general, habia una escepcion á favor de los ingleses, que podian robar en todas partes sin tener que responder de sus actos mas que á sus pares! Los pares de gentes que hacen profesion del robo; ¿qué tal os parece la confianza que deben inspirar semejantes jueces? En breve se envenena la querella, é intento rechazar la fuerza con la fuerza, pero todos mis oficiales estaban ganados por los ingleses...! Estas gentes, señores, comprarían el mundo, y lo que me admira es que esto no haya sucedido ya.

»Entregado, vendido, abandonado, la fuga era ya mi único recurso; en tal estremidad, abro mi tesoro, lleno mis bolsillos de diamantes, y abandono fugitivo mi capital. Errante desde entonces, sin otro abrigo que las bóvedas del cielo, devoré los tormentos mas horribles; en fin, tuve la fortuna de llegar á la ciudad de Chandernagor, posesion francesa, donde pude embarcarme en un buque de esta nacion.

»Una vez en Francia y sin otro recurso que mis diamantes, vendí sucesivamente un gran número de ellos; pero no tardé mucho en adquirir la certidumbre de que los mercaderes franceses no son mejores que los de Inglaterra. Felizmente un hombre de bien que la casualidad me deparó, me dió el consejo de ir á la feria de Beaucaire, donde me dijo, la concurrencia me permitiría obtener un precio ventajoso para las pedrerías que todavia conservaba.

»Y ahora, señores, os pregunto formalmente: ¿qué son los inseguros reyes de Europa, comparados con los descendientes de Vichnou? Por mi parte, sus plegarias no me hacen otro efecto que el de encojerme de hombros, y no dudo que vosotros seais de mi opinion sobre el particular.

—Respecto á eso... bebamos! gritó el noruego.

—Bebamos, dijo el indio.

Pero el persa separó de sí el vaso, y levantándose dijo con magestuosa gravedad:

—«Y yo tambien beberé, pero no antes de haber aplastado el error bajo el peso de la verdad... ¡Oh! no tengais cuidado, que esta no será empresa larga, porque el verdadero dios de los persas jamás consentirá en sepultar sus glorias entre una coleccion de fábulas. Escuchadme, pues, profanos, y cuando me hayais escuchado, luego que la luz haya brillado ante vuestros ojos, prosternaos!»

Los otros dos interlocutores, aunque poco satisfechos de esta introduccion, no se atrevieron á interrumpir al orador que continuó en estos términos:

MITOLOGIA DE LOS PERSAS.

«No hay mas que un solo Dios supremo: el Dios que fué, el que es y el que será, y contra el cual nada podrá prevalecer. Este dios eternal, cuya duracion, magnitud y poder son infinitos, le nombramos nosotros los persas, Zervan-Akarena; pero toleramos con gusto que se le den otros muchos nombres, pues somos bastante razonables para comprender que la relacion entre los nombres y las cosas no es siempre demasiado lógica. Tal vez no comprendais esto ¡pero qué importa!

»Zervan-Akarena es pues el solo dios todopoderoso, aunque no un dios envidioso y malvado como los que algunas almas ruines han pintado á su imágen: no habiendo tenido principio, tampoco tendrá fin. Como prueba de su poder ha colocado en el espacio algunas emanaciones de sí mismo, de las que han nacido Ormuzd y Ahriman; el uno dios de la luz, y el otro principio ó dios de las tinieblas.

»Para proceder así Zervan-Akarena tenia ciertamente sus razones, pero no le convino darlas á conocer. Desde entonces quedó el mundo dividido entre el dios de la luz y el de las tinieblas, ó del bien y del mal.

»Ormuzd, dios del bien ó de la creacion, tuvo por conveniente fortificarse creando los siete Amschaspands y dotándolos de la inmortalidad; estos buenos génius dieron lugar á su vez á los Izeds, génius inferiores á los cuales confiaron la guarda de las almas virtuosas.

»Entonces á los siete Amschaspands Ahriman opuso siete potestades iguales y malélicas que asimismo crearon los Ders, con la mira de que combatiesen eternamente á los Izeds.

—»Ya lo veis, señores, era organizar la lucha eterna del bien y del mal; nadie podrá negar el origen de esta lucha, porque no puede ser mas evidente... Mas permitidme que no me detenga en estos pormenores filosóficos. Del seno de los Izeds se distinguió Mithra, el mas poderoso de ellos, y en su cualidad de genio de la luz se interpuso entre Ormuzd y Ahriman, y para conservarse bien con ambos hizo suceder la luz á las tinieblas y vice versa.

»Creo, señores, que el nombre de *magos* no debe seros enteramente desconocido; pues bien: estos eran los sacerdotes de Mithra, y algunos tambien los hijos de este dios, entre otros Zoroastro, obispo reformador que escribió el Zend-Avesta; libro sagrado depositario de las verdades eternas. Mas para merecer el título de mago no basta descender de Zoroastro; es necesario someterse á misteriosas y terribles pruebas, á fin de obtener en el momento de la iniciacion el soplo de Mithra que añade la inspiracion á la luz.»

Hablando así, el persa se animaba cada vez mas; parecia su cara rodeada de una aureola de luz, y sus ojos despedian chispas luminosas; aun cuando al principio se le notaba la dificultad de espresarse en francés, su palabra era no obstante fácil y abundante, y la pureza de construccion de sus frases no dejaba nada que desear. Parecia tener á sus oyentes bajo el imperio de un poder que no les dejaba mas que la facultad de escuchar. Al cabo de un instante de silencio, durante el cual se hizo mas intenso el fluido magnético de sus miradas, este extraño personaje continuó:

«Os he oido decir frecuentemente á vos descendiente y adorador de Vichnou, que con la fé se escalan las rocas mas escarpadas, lo que es una grande y eterna verdad; pero vos no habeis podido experimentarlo; porque para que la fé adquiriera semejante poder, es indispensable que tenga al verdadero Dios por objeto; solo así es como hace prodigios, y tal es lo que sucede á los adeptos que aspiran al título de magos cuando sufren las pruebas que preceden á la iniciacion.

»Escuchad! Voy á revelaros cosas que jamás han oido los humanos; el adepto, con una venda en los ojos, es introducido en una vasta sala subterránea por siete iniciadores penetrados del espíritu de los siete Amschaspands.

—»Sabes, le pregunta uno de estos magos, que para ser admitido en el número de los soldados de Mithra es necesario morir, á fin de resucitar al tercero dia puro de toda mancha?

—»Lo sé, responde el adepto.

—»Y estás preparado á la muerte?

—»Estoy preparado.

—»Pues tiéndete en este ataúd para conducirte á la tumba.

»El adepto se echa en el féretro que se cierra sobre él, y por medio de unas cuerdas se le hace descender á un foso de inmensa profundidad. Una vez allí se cierran sus ojos, se detiene su respiracion y su corazón deja de latir.

»A los tres dias recobra la vida, pero sucede esto en el fondo de la tumba; y si en tal estado surge en su alma la mas ligera duda, esta decide de su suerte, pues no sale mas de aquel horroroso sepulcro; pero si su fé no se debilita se levanta la tapa del ataúd y aparece el neófito en medio de los iniciadores, que le quitan su venda y le conducen á un lago subterráneo cuyos bordes elevados y tallados no ofrecen anfractuosidad alguna que pueda servir de apoyo al pié ni á la mano. Uno de los magos le dice:

—»Te mando que te precipites en ese golfo, del cual no saldrás si te resta alguna impureza.

»El adepto obedece; su cuerpo azota con estrépito el agua que le dá paso y le deja descender al fondo del abismo... Su fé es de las mas vivas, porque sube rápidamente á la superficie; bájanse los bordes tan elevados del lago, y el neófito sale del agua sin esfuerzo. Se le conduce entonces á otra sala donde en un gran brasero cuyo fuego es estimulado por una corriente de aire enérgica, se coloca una corona de oro que parece próxima á fundirse. Esta corona será para el neófito ó la del mártir ó la del elejido, porque en semejante estado deberá ponérsela sobre su cabeza, y si su fé no es bastante fuerte, calcinará su cráneo y desecará su cerebro... El adepto coje con mano segura aquella corona de fuego y la colocará sobre su cabeza donde brillará como un vivo relámpago, sin que se pinte en sus facciones el menor sentimiento de dolor. Entonces uno de los magos le presenta una espada desnuda y le dice:

—»Soldado de Mithra, vuelve esta espada contra tí mismo y clávatela en el pecho, á fin de demostrar que estás resuelto á teñirla hasta en tu propia sangre, para gloria del dios de quien vas á ser uno de sus elejidos.

»El neófito se hiere y corre su sangre sin conmoverse. Acércase uno de los magos, detiene aquella sangre generosa, y los dogmas sagrados son en fin, revelados á aquel valeroso soldado de Mithra... Y ahora hijos del error y del pecado, mirad esta frente que ha sostenido la corona enrojecida, este pecho en el que ha penetrado el puñal sagrado, y reconoced en mí uno de esos magos hijos de Zoroastro!»



D. Valdivieso lit.

Lit. de J.J. Martinez. Madrid.

LA PERI.

Y diciendo así, el persa descubrió su cabeza, separa los vestidos que cubrían su pecho y espone á las miradas de sus atónitos oyentes la ligera impresion que la corona dejára sobre su frente y la cicatriz de la herida causada por el hierro sagrado. Desde este momento su exaltacion disminuía gradualmente; estinguíase el fuego de su mirada, y con una voz considerablemente apagada, añadió:

«Pero en Persia, como en todas partes, se debilita la fé cada dia mas; tal vez dentro de poco no le queden á Mithra otros altares que los conservados en el corazon de algunos soldados fieles, y el hijo de Zoroastro esté reducido á ser un mercader de cachemiras para subvenir á los gastos del culto. Hé aquí, señores, lo que os explica mi presencia en Beaucaire, donde espero deshacerme ventajosamente de los preciosos tejidos del Thibet que traigo conmigo... Mientras tanto beberé en honor de Ormuzd, de los Amschaspads, Izedes, y principalmente de Mithra, mi padre y señor! Beberé tambien por las inmortales Peris, esas divinas jóvenes de blancas alas que del Schadukian, pais del placer, acuden con la rapidez del pensamiento á cualquier parte donde haya males que endulzar ó lágrimas que secar... Y vosotras tambien, dulces y bellas hijas de Ormuzd, han intentado destronaros los novadores y de espulsaros del cielo donde sois las mas brillantes hermosuras... Los sectarios de Mahoma os han usurpado ya la mayor parte del incienso que se os prodigaba, y los predilectos de Cristo se esfuerzan por hacer olvidar hasta vuestro nombre. «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta,» dicen esos groseros invasores del Oriente. ¡Ah! ellos conocen que estas bellas y puras consoladoras del hombre encontrarían un refugio en todos los corazones reconocidos, y por eso han procurado sustituir á estas santas hijas de Ormuzd con las Hurís, mujeres celestiales, dicen, que prodigarán sus favores á los verdaderos creyentes... De este modo han hecho del cielo de Mahoma una especie de lupanar, y erigido la disolucion en virtud hasta mas allá de la tumba... Su paraiso no es mas que un harem destinado á la satisfaccion de los mas groseros apetitos... Hé aquí las doctrinas que prevalecen sobre las del grande é inmortal Zoroastro! Se predica la luz y se va á las tinieblas.»

—«Señores! grita á su vez el noruego; no tengo dificultad en convenir en que todo cuanto acabais de esponer es sumamente divertido, y ciertamente que las gentes que han inventado esos cuentos no tienen nada de tontos; pero sin embargo, creo que hubiese sido muy mal recibido ha diez ó doce siglos, el que hubiera pretendido imponer á los noruegos esas patrañas como artículos de fé. Hoy que el cristianismo ha penetrado por todas partes, es muy diferente; sin embargo, Odin,

el verdadero dueño del universo, cuenta todavía numerosos adoradores en nuestros hermosos mares helados y públicamente cubiertos de su blanca capa de nieve; y en comparacion de Odin, séame permitido decirlo, todos esos dioses de convencion de que acabais de hablar, no son mas que cotorras.»

Estas palabras debieron parecer muy mal sonantes á los otros dos interlocutores, que se levantaron espontáneamente frunciendo las cejas; pero el hombre del Norte no aparentó emocion alguna, y repuso dirigiéndoles una mirada á la vez dulce y firme:

«No podreis negar, señores, que os he escuchado con la mayor resignacion, y que me asiste el derecho de reclamaros el mismo favor, sin que intenteis imponerme silencio. Esto tendria un doble inconveniente: primero que yo no me callaría; y por otra parte, que vuestros clamores os impedirian escuchar cosas que bien merecen la pena. Vosotros no teneis mas que nociones falsas sobre la divinidad y la creacion; escuchad, pues, la verdad.



D. Valdivieso lit.

Lit. de J.J. Martinez Madrid

LAS HURIS.

III.

MITOLOGIA DE LOS ESCANDINAVOS.

«Sobre un punto estamos de acuerdo, señores, y es el de que antes de la creacion no existia nada; nada mas que el vacío, la inmensidad y la noche, y en esta inmensidad, en este aniquilamiento total, solo habia un Dios, sér eterno y todopoderoso que de la nada podia hacer salir todas las cosas. A este dios le llamamos en el pais de los hielos Altfader; él fué el que creó la tierra dividiéndola inmediatamente en dos partes: á la una dió el nombre de Ginongapap ó tierra helada, y á la otra el de Muspelheim ó tierra ardiente. Del concurso de estas dos partes nacieron espesos y abundantes vapores que dieron el sér al gigante Imer y á la vaca Audumbla. Imer, que se mantenía de la leche de la vaca, procreó por la sola fuerza de su voluntad toda una raza de gigantes; y la vaca, mas humilde y menos poderosa, produjo un hombre llamado Bor.

«El mundo, ya lo veis, se encontraba aun muy lejos del grado de perfeccion á que debía llegar un dia; pero encerraba gérmenes fecundos. Habiéndose casado Bor con la hija de un gigante, tuvo tres hijos; Odin, Vili y Ve. Parece que en esta primitiva época iba ya creciedo la civilizacion, porque los tres hijos de Bor habian apenas nacido cuando pensaron en deshacerse de su abuelo Imer, cuyo poder les importunaba. No sabiendo cómo gobernarse con él, lo mataron, que era incontestable-

:

blemente el medio mas eficaz para apoderarse de su autoridad é impedirle quejarse.

»Pero no se quita la vida á un personaje de semejante talla como si se tratase de un chorlito; pues mortalmente herido, perdió el gigante una prodigiosa cantidad de sangre, en cuyas hondas se ahogó casi toda su raza. Esta sangre forma la mar y los lagos; los huesos del gigante compusieron las montañas y sus dientes las piedras, convirtiéndose su carne en tierra vegetal que cubre el continente y las islas, mientras que su cráneo constituía la bóveda del cielo y su cerebro flotaba en el espacio bajo la forma de nubes.

»Desde aquel momento Odin fué el dios supremo, pero tuvo á bien asociar á su poder á sus hermanos Vili y Ve, y todos tres tomaron posesion del cielo. Entonces fué cuando un gigante escapado del diluvio de sangre se atrevió á disputar el imperio celeste, mas los tres hermanos construyeron con las cejas de Imer grandes barricadas que los pusieron al abrigo de todo peligro, despues de lo cual crearon de comun acuerdo el hombre y la mujer, á fin de poblar la tierra.

»Convendreis, señores, en que esto es sumamente claro. Puede que reine alguna confusion en lo demás que sigue, á causa de la diversidad de poderes celestes secundarios; pero si consentís en prestarme alguna atencion, estoy seguro de que pronto os vereis completamente edificados, y de que no tendreis dificultad en reconocer que los dioses del Norte valen mas que los del Mediodia.

»Vosotros lo habeis dicho: los dioses son esencialmente fecundos; Vili y Ve, satisfechos de su posicion, no pensaron en variarla; pero como era necesario ver en qué pasar el tiempo, procrearon un gran número de divinidades secundarias, á fin de formarse una corte pasable. Por su parte Odin, el señor supremo, desplegaba en este sentido una actividad tanto mayor cuanto que experimentaba la necesidad de componerse un consejo. Todo esto se realizó sin dificultad. Vili y Ve tuvieron su corte, y el consejo de los dioses se compuso de veinte y cuatro miembros de ambos sexos, á saber: Odin, presidente; Thor, dios de la fuerza, cuyos ojos despedian chispas y cuyo brazo estaba siempre armado del rayo; Freir, dios de los ejércitos, que manda á los astros y los vientos, y que de un solo golpe de su espada podia dividir en dos el gobo terrestre; Niord, el dios de los mares; Tyr, dios de los hombres fuertes; Braga, de la poesía; Heindalla, guardian del cielo y del puente en forma de arco que conduce de las bóvedas celestes á la tierra; Balder, dios de la belleza; Vidar, el vengador; Vali, de los bosques y la caza; Uller, de los hielos eternos, y Fortate dios conciliador. Respecto á las diosas con voz deliberativa, fueron Frigga, mujer



Lit. de J. J. Martinez. Madrid.

LAS ONDINAS

de Odin; Freya, diosa del amor; Eyra, diosa de la salud, y algunas de las Walkyrias ó diosas del campo que forman el cortejo ordinario de Odin.

»Ya comprendereis, señores, que no eran estas gentes de poco mas ó menos ó dioses de tres al cuarto, sino soberanos poderosos y terribles que devoran en una sola comida javalíes enteros, y absorben rios de aguamiel y de cerveza fuerte. Cuando se reúnen, el cielo ó Valhalla tiembla bajo sus piés, y queda el infierno en silencio; cosa tanto mas notable cuanto que este lugar de tinieblas, llamado tambien Niffleira, es la habitacion de las mujeres cobardes y malvadas.

»Pero al lado de lo terrible poseemos tambien asuntos dulces y graciosos; tales son nuestras diosas de segundo órden, ó genios, entre los cuales debemos señalar especialmente las Elfinas y las Ondinas, que habitan rios de aguas transparentes, y que en el fondo de los mas profundos lagos poseen palacios maravillosos. No son Peris de blancas alas, ni Hurís destinadas á poblar harenes para los muertos; sino jóvenes y hermosas ninfas de cuerpos esbeltos y graciosos, sin otro adorno que su larga y blonda cabellera, á través de la cual se adivinan las formas mas voluptuosas. Elfinas y Ondinas son sensibles á las dulzuras del amor: un bello adolescente hace palpar frecuentemente su corazon, y si alguno se acerca á las aguas transparentes é introduce en ellas su mano, sintiendo un ligero frio por todo su cuerpo, será señal evidente de que alguna Elfina ú Ondina le ha comunicado la pasion en que ella arde. El jóven se vé entonces atraído por un encanto irresistible; vuelve todas las noches á orillas de las aguas, y el ramage que se destaca de los olmos y los sáuces protege sus castos amores. Su amante misteriosa se decide por él con toda la abnegacion de la terneza; agota en su favor todos los tesoros de su poder y le sigue hasta los campos de batalla si peligrando la patria ha reclamado á su valor; pero si llega á olvidar la fé jurada y se abandona á los trasportes de una nueva pasion ¡desgraciado de él! la ninfa ultrajada no le perdonará su crimen, porque ella podrá conducirle por última vez al borde de las aguas, y al dia siguiente aparecerá un cadáver sobre las olas.

»Tampoco nos faltan génius masculinos, y bajo este concepto no veo nada en cuanto me habeis contado que sea comparable á los Elfos, esos encantadores génius del Norte, á la vez tan pequeños, tan delicados, tan dulces, tan poderosos, tan fuertes y tan formidables, que bailan en las praderas, duermen en las corolas de las flores durante el estío, y pasan el invierno en las profundidades de las montañas, donde reúnen toda clase de piedras preciosas, y cuya fuerza es tan grande que con sus dedos delicados pueden arrancar las rocas por sus bases y lanzarlas en el espacio.

«Todo lo cual es muy noble y bello, no esto? Pues bien: todo perecerá! Loki, soberano de los infiernos, ha engendrado á la serpiente Midgard que en sus numerosos pliegues abraza el mundo entero; Héla ó la Muerte está á sus órdenes; y el lobo Fenris, génio del mal, se halla siempre dispuesto á secundarle. Hasta aquí los esfuerzos de estos tres poderes han sido neutralizados por Odin; pero estos malvados llegarán á apoderarse un dia del imperio del mundo. Entonces todos los dioses perecerán, y de la general ruina saldrán otros mas poderosos y un mundo mejor.

«Ahora, señores, voy á señalar en qué diferimos completamente: vosotros creéis el mundo finito y yo le juzgo infinito; para vosotros la creacion ha terminado, y yo la encuentro apenas comenzada. No quiero decir con esto que yo no pudiese, tan bien como vosotros, atestiguar mi origen divino. No tengo en la frente, es cierto, ni la impresion de un caballo alado ni la de una corona; pero Braga, dios de la poesía, me cuenta en el número de sus hijos, y como tal me ha dotado del fuego sagrado... Escuchad:»

Aquí el coloso entonó un cántico escandinavo, con una voz tan terrible que tembló la casa y los cristales se hicieron mil pedazos. Llegó el patron y despues los gendarmes, y no costó poco trabajo hacer comprender á estos últimos que solo se trataba de alabanzas á Odin cantadas en tono de becerro, pues se empeñaron en que allí hubiese algo de insurreccional mas ó menos tangible y aprisionable. Pero con ayuda de los tres dioses se dejaron persuadir de que solo habian mediado algunos vasos de Champaña de mas, y se retiraron satisfechos despues de acabar de vaciar algunas botellas por via de compensacion.

Ocho dias despues el descendiente de Vichnou habia vendido sus diamantes; el sacerdote de Mithra no tenia un cachemira, y el adorador de Odin, honrado mercader de manguitería, tenia convertida en escudos su última piel de marta.

Hoy dia estos tres personajes no piensan mas que en aumentar su peculio y en vivir lo mas dulcemente posible; tan cierto es que los dioses son las mejores gentes del mundo.

FIN DE LOS TRES DIOS EN MESA REDONDA.

UNA MOMIA EGIPCIA.

Hacia el fin del mes de noviembre de 1847, entre ocho y nueve de una fria y húmeda noche, los pacíficos habitantes de la calle Duguay-Trouin, situada detrás del Luxemburgo, en París, oyeron con no poca sorpresa el ruido causado por una multitud de carruages que se deslizaban por debajo de sus ventanas. La puerta cochera de una de las mas silenciosas casas de aquella silenciosa calle, habia girado muchas veces sobre sus goznes para dar paso á un gran número de fiacres y otras medianías en el género.

Todos los personajes que salian de aquellos diferentes vehículos, eran hombres graves que en su mayor parte habian pasado de los cincuenta. Andaban con paso mesurado, la cabeza elevada, mirada tierna y aire meditabundo; hubiéraselos creido jueces llamados á pronunciar sobre la suerte de algunos culpables, ó conspiradores machuchos convocados á un congreso de burgraves; pero no eran nada de esto: aquellas honradas gentes no conspiraban ni tenian que juzgar á nadie; iban simplemente á asistir á una sesion científica á la cual les habia invitado M. Athanas de Lauregeon, que se habia formado una reputacion entre los sábios anticuarios de París.

Herederero de una gran fortuna, M. Athanas se dedicó ardientemente á conquistarse un puesto entre los que se podian llamar entonces los reyes de la época. Mas para esto, cualquiera que fuese su fortuna, no podia bastarle, pero buscó medio de suplirla. Apenas contaba diez y siete años cuando los doctores de la universidad, encontrándole suficien-

temente versado en griego, latin y una pretendida filosofía, con algunos ingredientes de una perfecta inocuidad, le concedieron el diploma de bachiller. Cuatro años despues salió del colegio de Chartes casi tan sábio como cuando entró en él.

Entonces fué cuando tomó la resolucion de hacerse anticuario, entregándose en cuerpo y alma al estudio de la arqueología. Al principio no le guiaba en esto mas pensamiento que el deseo de darse carácter; era una especie de necesidad, la que á poco se convirtió en un gusto y despues en una verdadera pasion; y como el pobre muchacho carecia de otras, la que le poseyó equivalia á las que le faltaban, llegando á ser en él una especie de rábia, un verdadero frenesí. M. Athanas devoró una espantosa cantidad de mamotretos mas ó menos apolillados, cuya quinta esencia conservó en su cerebro, haciendo las veces de un verdadero talento; entregóse á la numismática, formó colecciones de toda clase de antiguallas, y vino á ser la providencia de los traficantes en cosas raras y pretendidas curiosidades. En fin, consiguió tener su gabinete de objetos antidiluvianos, y ordenó catálogos pomposos de cosas inauditas.

Todo esto valió á M. de Lauregeon algunos centenares de miles de francos y una ocupacion de diez años, durante los cuales fué nombrado miembro de un regular número de sociedades sábias, despues de lo cual fué á parar á la Academia de las Ciencias; desde entonces tuvo su parte de soberanía, sus opiniones fuerza de ley en cierto mundo, y produjo sobre algunas materias fallos sin apelacion: habia conquistado lo que se llama una posicion.

M. Athanas vivia hacia ya largo tiempo en esta vida cuyo encanto solo conocen los iniciados, cuando un dia se le anunció la visita de un sábio extranjero al que se apresuró á recibir. El visitador era un hombre de corta estatura y cabellos lisos y brillantes, su sombrero aparecia cubierto de la conveniente cantidad de grasa científica; las mangas y las vueltas de su trage negro estaban bastante pringosas, y sus rodillas torcidas se hallaban en perfecta armonía con sus piés aplastados.

—«Señor, dijo este personage, permitidme el honor de ofrecer mis humildes y respetuosos homenajes al mas sábio anticuario del mundo.»

—Hé aquí un hombre bien educado, pensó M. Athanas.

Y se apresuró á ofrecer un sillón al desconocido.

—«Señor, continuó este último; vengo espresamente del fondo de la Alemania para haceros una comunicacion científica de la mas alta importancia; pero esto exige algunas esplicaciones preliminares y ciertas ampliaciones.

—Hablad, hablad, señor; nunca se pierde nada en escuchar á un hombre de mérito.

El desconocido se inclinó como para devolver el cumplimiento á su autor , y entrando luego en materia , dijo :

—»En otro tiempo fuí bastante rico ; pues mi padre , el baron Cartzenoffer , dejó al morir una fortuna de cerca de diez millones , y yo era su único heredero.

Por esta época me encontraba yo ya poseido del demonio de la ciencia ; me aquejaba una sed inestinguible de descubrimientos , y tomé la resolución de recorrer el mundo entero á fin de satisfacer el gusto particular que yo sentía por el estudio de la antigüedad. Habiendo vendido todos mis bienes , dividí en dos partes la suma que me produjeron , colocando la una en casa de uno de los mas famosos banqueros de Alemania , y empleé una gran parte de la otra en procurarme cartas de crédito para todos los puntos del globo , y partí.

»Al cabo de doce años habia dado dos vueltas alrededor del mundo , cuando llegué á Egipto. Acababa de recorrer el Asia Menor ; habia visitado las ruinas del poderoso imperio de Asiria , y llevaba conmigo una gran cantidad de objetos de un precio inestimable , recogidos en las ruinas de Nínive y de Babilonia. Teniendo intencion de permanecer bastante tiempo en el Cairo , busqué en este una habitacion cómoda y me entregué con mas ardor que nunca á mi estudio favorito en aquella antigua ciudad , que fué el punto de donde tuvieron origen los conocimientos humanos.

»Pasado cierto tiempo hice conocimiento con un sábio armenio que era vecino mio ; la conformidad de nuestras inclinaciones contribuyó á ligarnos bien estrechamente , y le compré en poco tiempo objetos de gran precio que envié á Alemania para reunirlos con los que ya tenia allí. Una cosa me admiraba sobremanera , y era esta la facilidad con que aquel hombre se deshacia de objetos que un verdadero anticuario no hubiera dado por todos los tesoros del mundo. Habiéndole manifestado un dia mi admiracion , sonrió melancólicamente y me dijo :

—Todo lo que yo os he vendido , nada vale en comparacion de lo que poseo.

»Esto me causó una nueva sorpresa , tanto mas grande cuanto que habia recorrido frecuentemente todas las habitaciones de su casa , y despues de haberle yo comprado sus colecciones , apenas quedaban mas que las cuatro paredes. Pero bien pronto advertí que aquel hombre se ausentaba con frecuencia por espacio de muchos dias ; le observé , pues , y no tardé en adquirir el convencimiento de que las maravillas que decia poseer debian estar depositadas fuera de la ciudad , y de que no se ausentaba sino para ir á regocijarse con su vista y á gozar secretamente de su posesion. Comprendí esta pasion , participé de ella , y no tardé en

sentir el irresistible deseo de poseer los objetos que mi imaginacion acariciaba deliciosamente sin conocerlos.

»Yo los obtendré, me dije á mí mismo, aunque me costasen la mitad de mi fortuna; si se niega á vendérmelos, se los robaré, y si intenta defenderlos le mataré...!

—Diablo! exclamó M. Athanas dando un salto en su silla; me parece que eso era demasiado...

—Oh! tranquilizaos, señor, repuso el desconocido acompañando sus palabras con una melosa sonrisa; los años han refrescado mi cerebro, y si es cierto que he hecho algunos disparates, tambien los he pagado cruelmente. Permitid, pues, que continúe.

»Yo espiaba al armenio; le seguí por primera vez fuera de la ciudad, y despues de una larga marcha le ví desaparecer de repente en las ruinas de un templo situado en medio de una llanura desierta. Entonces volví al Cairo, llené mis bolsillos de oro, coloqué en un morral bizcochos y algunas otras provisiones, preparé una cantimplora llena de agua para llevarla colgada de una bandolera, cargué mis pistolas, afilé mi puñal, y esperé la vuelta de mi rival. Apenas llegó, partí secretamente durante la noche, y fuí á colocarme en las ruinas con la firme resolucion de espiar de nuevo al armenio cuando volviera á aquel sitio, y de descubrir por todos los medios posibles el misterio que avivando el fuego de mi deseo me causaba tan crueles tormentos.

»Habia ya pasado cuatro horas en las ruinas; mis provisiones estaban casi enteramente consumidas, cuando al fin poco despues de ponerse el sol distinguí á un hombre que avanzaba rápidamente. Yo habia tenido tiempo de hallar un escondite desde el cual podia ver sin ser visto todo lo que pasára alrededor de mí; agazapéme en él y esperé. Cuando el armenio llegó á la distancia de tres ó cuatro pasos del sitio en que me hallaba, se sentó en un trozo de columna rota; elevó las manos al cielo, rezó una breve oracion, y se dirigió al extremo opuesto del templo. Allí se paró detrás de un monton de ruinas, empujó con el pié una ancha losa que se deslizó sobre el pavimento, y descubrió la abertura de una especie de pozo en el cual desapareció este singular personage. La piedra volvió entonces á colocarse en el sitio que antes ocupaba, y nada turbó despues el silencio de que me hallaba rodeado.

»El corazon me latia precipitadamente; un sudor frio inundaba mi rostro, presentia una catástrofe, pero nada fué bastante á detenerme; renové el cebo de mis pistolas, me aseguré de que mi puñal estaba en su sitio, saqué del morral fósforos y bujías y me adelanté hácia la piedra haciéndola deslizarse fácilmente al empujarla con el pié. Entonces un rayo de la luna, al cruzar por entre las columnas truncadas del templo,

me permitió distinguir que lo que la piedra cubria no era un pozo, sino una angosta escalera de caracol, cuyos peldaños estrechos y desgastados hacian algo difícil el acceso. Sin embargo, no vacilé en seguir aquel peligroso camino, y despues de haber bajado unos cien escalones en medio de la mas profunda oscuridad, me encontré en un piso llano y firme. Habiendo escuchado atentamente por algunos instantes sin percibir el menor ruido, saqué el eslabon y encendí una bujía. El sitio en que me hallaba era un salon abovedado bastante grande, que nada absolutamente contenia, pero que necesariamente debia tener alguna salida puesto que el armenio no estaba allí.

»Examinando atentamente las paredes, noté hácia el extremo de una de ellas una especie de hundimiento, y me pareció, á juzgar por ciertos indicios, que aquella operacion se habia ejecutado recientemente; intenté pasar la hoja de mi puñal por los intersticios de las piedras y penetró toda sin dificultad. Entonces empujé aquella piedra que parecia descajada, y hundiéndose en la pared, descubrió á mi vista una escalera igual á la anterior. Inmediatamente me dirigí por aquel nuevo camino, llevando esta vez la bujía en una mano y una pistola montada en la otra. Fuéme preciso aun bajar cien escalones hasta encontrar una larga galería en medio de la cual me ví detenido por una gran cantidad de agua que llenaba una habitacion en todo su espacio. El agua era tan cristalina que con la ayuda de mi bujía pude ver el fondo á una gran profundidad, distinguiendo al mismo tiempo una especie de barquichuelo amarrado al extremo opuesto. Evidentemente yo habia seguido el mismo camino que el armenio, pero empezaba á parecerme algo difícil el llegar hasta él. Por la primera vez vacilé en mi propósito, pero á pesar de todo tomé al punto mi partido; me desnudé é hice con mis vestidos un lio, colocando dentro las pistolas, el puñal y todo lo demás, y acomodando este envoltorio sobre mi cabeza, me arrojé al agua resueltamente, nadando con una mano y llevando en la otra mi bujía lo mas alta que me era posible, hasta que llegué de esta manera sin inconveniente alguno al extremo opuesto, donde volví á vestirme con la mayor presteza.

»Era de presumir que de continuar avanzando hubiese de correr grandes peligros; pero qué misterios no me serian revelados si llegaba al fin de esta escursion! Este pensamiento bastaba para animarme, y proseguí marchando con precaucion, pero con una fuerza de voluntad que sentia acrecerse á cada instante.

»Llegado, en fin, á la estremidad de la galería, se ofreció á mi vista una puerta de piedra entreabierta; empujéla suavemente, y siguiendo con la misma precaucion, entré en una vasta cueva. El armenio es-

:

taba allí prosternado y en éstasis ante un sarcófago cuya tapa levantada estaba formada por una piedra artísticamente labrada. Dos teas que ardian en candelabros de granito, alumbraban una de las escenas mas estrañas. Habiendo apagado mi bujía, me retiré á la oscuridad. De pronto gritó el armenio:

«Oh tú, gran reina Isis, á quien tus virtudes han divinizado; permíteme que dé libre curso á la espresion de orgullo y de alegría que experimento contemplando tus restos mortales, de cuya vista ninguna otra mirada humana ha sido favorecida desde há mas de cuatro mil años... Dichoso en poseer tan gran tesoro, todos los bienes de la tierra me son indiferentes, y no consentiría en separarme de él ni aun por el imperio del mundo entero... Mi secreto morirá conmigo, y nadie vendrá á profanar tu última morada.»

»Guardó silencio y yo estaba aun indeciso sobre la conducta que debía observar, cuando un movimiento involuntario que hice atrajo la atención de aquel entusiasta; mas apenas se encontraron sus miradas con las mias saltó como un tigre y corrió á colocarse delante de la puerta para cortarme la retirada, brillando en sus manos la hoja de un puñal.

—¡Desgraciado! exclamó; ¡vienes á buscar la muerte á estos sitios!

—No tal, respondí esforzándome por aparentar tranquilidad; pero no la temo, y el amor á la ciencia me ha hecho desafiarla mas de una vez.

—Pues bien! no la desafiarás mas, porque vas á recibirla.

—Escucha, le dije, lugar tendrás de herir luego; yo soy rico, bien lo sabes; te ofrezco la mitad de mi fortuna en cambio de ese sarcófago á cuyo pié te arrodillas continuamente, y aquí tienes á cuenta lo que apenas es la vigésima parte de la suma prometida.

»Hablado así, empecé á tomar puñados de oro del que llené mis bolsillos y á arrojárselos á los piés.

—No, no, replica: siendo este lugar conocido de otro, mi felicidad, suceda lo que suceda, quedaría destruida para siempre; me has robado mi secreto, pero sufrirás la pena correspondiente á tu crimen.

»Dichas estas palabras se lanza á mí con el puñal levantado; pero ya habia yo preparado una de mis pistolas, y sin retroceder un paso le salté la tapa de los sesos...

—Señor! señor! gritó el anticuario Athanas levantándose bruscamente y temblando de espanto; pensad bien lo que decís... habeis cometido una carnicería... un asesinato...

—Qué quereis? Dios mio! el amor á la ciencia... Y despues, querido mio, no hay que exagerar las cosas; me encontraba incontestable-

mente en caso de legítima defensa; además, debo advertiros que há ya algo mas de diez años que pasó esto, y que en consecuencia he adquirido el beneficio de la prescripcion.

—Peste! se dijo mentalmente M. Athanas; para anticuario me parece este señor demasiado enterado del código penal.

M. de Lauregeon sentia al decir esto una fuerte comezon de llamar en su auxilio á su ayuda de cámara; pero le pareció el extranjero tan pacífico, tan convencido de su inocencia, y por otra parte, contaba cosas tan interesantes para cualquiera que sintiese latir en su pecho un corazon de anticuario, que resolvió escuchar hasta el fin la relacion de semejante aventura. Acomodóse pues en su poltrona é hizo seña al narrador de continuar; invitacion muda que comprendió este último, y á la cual obedeció en estos términos sin denotar la menor emocion.

»Habiéndome asegurado de que el armenio habia muerto, fuí derecho al sarcófago en el cual encontré una momia que me pareció en el mejor estado de conservacion. Cerca de ella ví una cajita de madera de cedro de forma extraordinaria y que aparentaba la mayor antigüedad. Tomé aquella cajita, apreté un botoncito de oro que noté en una de sus caras, y abriéndose al instante, saqué un manuscrito en papiro con caracteres geroglíficos. Careciendo de los conocimientos necesarios para leer aquel precioso manuscrito, volví á dejarle en la caja y coloqué esta última en uno de mis bolsillos. En seguida me apoderé de la momia que saqué del sarcófago, y á la que reemplacé con el cadáver del armenio; fué esta una gloriosa sepultura, por la cual confio estén sus manes satisfechas. En fin junté el oro que inútilmente arrojé á los piés de mi desgraciado rival, y me apresuré á salir de aquella tenebrosa estancia cuya entrada oculté con el mayor cuidado. Al dia siguiente al amanecer llegué al Cairo, donde hice embalar en el campo todos los objetos preciosos que queria llevar conmigo; porque si bien mi conciencia no me acusaba de nada en razon al caso de legítima defensa, no dejaba de abrigar cierta inquietud por las consecuencias que pudieran resultar del caso, poco probable, sin embargo, en que llegasen á conocimiento de la autoridad algunas de las circunstancias que le acompañaron. Ocho dias despues me embarcaba para Trieste, y desde allí marché á Viena donde se encontraba el depósito de todas las preciosas antigüedades que tan laboriosamente adquirí.

»Pero me aguardaba una gran desdicha en mi tierra natal, pues los acontecimientos políticos, junto con otras causas, habian arruinado al banquero depositario de mi fortuna, y todo mi patrimonio se reducía casi á cero; agoté mis cartas de crédito, y á escepcion de algunos puñados de oro, no poseia mas que los objetos recogidos en mis largas y

laboriosas peregrinaciones. Es verdad que estos hubieran bastado para componer el museo mas curioso del mundo, pero era necesario clasificar, *catalogar* todo aquello, porque habia sido obra de muchos años, y despues, ay de mí! apenas concluido este trabajo, tuve necesidad de vender para mi subsistencia una parte de mis colecciones, luego otra parte, y mi situacion no se mejoraba, quedando sin resultado mis memoriales pretendiendo un empleo, y viéndome por último despojado de todo el fruto de mis afanes.

»Ah! señor, que dolor tan amargo experimenté la primera vez que tuve necesidad de separarme de algunos de mis queridos y preciosos objetos; vertí lágrimas de sangre, y este dolor se aumenta cada vez que se hace indispensable un nuevo sacrificio; pero ninguno comparable al que experimenté hoy. A pesar de todas mis desgracias, quedábame un tesoro inestimable, tesoro que me ha costado la sangre de un hombre; pues bien, es menester que me separe de él ó que muera de miseria... Dios mió! he soportado privaciones de toda clase: he luchado contra el hambre, pero ella me ha vencido...

Al llegar aquí enjugó el extranjero las lágrimas que corrian por sus mejillas; M. de Lauregeon estaba conmovido, y ya iba á ofrecer algun dinero á aquel pobre hombre, cuando este dijo:

»Señor, no obstante que la desgracia me agobie, tendré un consuelo, y será el ver mi tesoro en manos dignas de poseerle, y la esperanza de verle pasar á tales manos es lo que me trae á vuestro lado.

»El profundo y casi inaccesible retiro en que yo he penetrado, era el templo subterráneo donde los antiguos sacerdotes egipcios celebraban los misterios de Isis; he adquirido una seguridad de esto, y no es dudoso que la momia que he hallado sea el cuerpo de esta reina, divinizada despues de su muerte; las palabras que pronunció el armenio en su éstasis, arrodillado ante el sarcófago, bastarian para convencerme de ello, porque aquel hombre era de los mas sábios que he conocido jamás, y él no pudo figurarse que nadie le escuchase en aquel momento; pero esta es una prueba mas incontestable aun.

Al decir esto el visitador sacó de su bolsillo una caja de madera de cedro de una antigüedad incontestable, y habiéndola abierto estrajo de ella un geroglífico en papiro que desdobló con mucha precaucion, presentándosela á M. Athanas, admirado ya de cuanto habia oido.

—Ah! esclama, qué lástima que no tengamos aquí un discípulo de Champollion! porque lo confieso, la lengua geroglífica me es desconocida.

—Señor, dijo el visitador, este papiro es la adquisicion mas preciosa que jamás haya poseido un anticuario; pero sé muy bien á quién me

dirijo , y no me pesa confiárselo. Hacedlo examinar y que le traduzcan si es posible; yo volveré dentro de ocho dias y traeré la momia. Exijo diez mil francos lo último; no dudo que obtendria un precio mucho mas elevado haciéndola vender en el martillo; pero este tesoro podría caer así en manos indignas, y yo moriría de desesperacion.

M. de Lauregeon quedó profundamente afectado de semejante proceder. Diez mil francos! la suma era fuerte sin duda; pero de qué maravilla no se iba á enriquecer su gabinete, y qué importancia no iba á dar esta posesion á su nombre en el mundo sábio!... Y luego aquel pobre baron arruinado contribuia ya á esto llamándole á boca llena la luz, solo porque permitia que se tradujese el precioso papiro; en fin, su dolor, sus lágrimas, la confesion de muerte con que se habia declarado culpable, todo esto atestiguaba su sinceridad.

—Sejor, dijo al cabo de algunos instantes de reflexion; acepto vuestra proposicion, aplazándola para cuando el manuscrito se haya traducido: esto tardará unos ocho dias y es probable que entonces nos entendamos completamente.

El baron de Cratzenoffen enjugó sus lágrimas por última vez, y temblando de emocion se retiró protestando que aquel dia era uno de los mas bellos de su vida.

Por su parte M. Athanas de Lauregeon se hallaba muy satisfecho. Desde aquel mismo dia se puso á buscar algun pobre diablo de sábio capaz de traducir el famoso papiro, lo que era bastante dificil de encontrar; porque los discípulos de Champollion son poco numerosos. Llegó sin embargo á descubrir uno que consentia en traducir el precioso manuscrito, y M. Athanas se prendó tanto de su contenido que cuando apareció el baron arruinado con su momia, se terminó el negocio á satisfaccion de ambos.

Hé aquí, pues, al sábio M. de Lauregeon poseedor de una maravilla sin ejemplo y bien repleto de orgullo, pensando en el ruido que iba á producir en el mundo. Era imposible que el dia de mañana llegase á París un extranjero ilustre sin ir á visitar el gabinete del sábio de la calle Duguay-Trouin; aquel gabinete en que se encerraban los verdaderos restos, en carne y hueso, de la diosa Isis. Para que así fuese, M. de Lauregeon habló en todas partes de la importante adquisicion que habia hecho, y despues imaginó tener una reunion científica en la cual se leyese la traduccion del manuscrito en el papiro, y se espusiese á la admiracion de los circunstantes la divina momia; es decir, que se la despojaría de las vendas betuminosas que la cubrian hacia ya mas de cuatro mil años. En operaciones de igual naturaleza se habian descubierto planchas de oro con inscripciones, y en el caso presente podia en-

contrarse algo semejante; por eso se apresuraron todos los sábios invitados á asistir á aquella velada, y hé aquí por qué el silencio de la calle Duguay-Trouin, en cuyo pavimento crece la yerva, era turbado á las ocho de la noche por el ruido de los carruajes.

Todo se hallaba convenientemente dispuesto para semejante solemnidad en el salon de M. de Lauregeon: habíase levantado una tribuna en uno de sus extremos, y en el centro, en una ancha mesa, se habian depositado la caja de cedro que contenia el papiro y la momia encerrada en una gran caja de anacardo que M. Athanas habia mandado construir espresamente.

Luego que todos se hubieron reunido M. de Lauregeon sube á la tribuna y anuncia que iba á leer la traduccion del manuscrito en papiro, el que todo el mundo podria luego examinar sin tocarle, no obstante, en razon á la extrema fragilidad de aquel monumento sobre el cual habian pasado mas de cuarenta siglos. Guardóse un profundo silencio, y el orador leyó la traduccion; héla aquí:

«Mortal, prostérnate! humilla tu frente hasta tocar el suelo! porque te hallas en presencia de la divina Isis, la cual ha predicho que despues de un descanso de muchos miles de años, sus despojos mortales caerian en manos de los profanos, y nos ha ordenado escribir la historia de su vida, para que llegue á las generaciones que deben sucederse hasta el fin del mundo. Arrodíllate, pues, profano, y lee ya que así lo ha querido nuestra celeste soberana.

»Antes de que el mundo fuese creado, la inmensidad, el infinito se encontraban bajo el dominio de Chrono y de Rhea, que no han tenido principio ni fin. Luego que Chrono hubo creado el cielo y la tierra, dió Rhea el dia ó la luz á dos jóvenes, Osiris é Isis, y Chrono los casó, haciéndoles despues tomar la forma humana y enviándoles á reinar en la tierra, á fin de que diesen leyes á los hombres y los sacasen del estado de barbarie en que se encontraban.

»Estos divinos jóvenes civilizaron primero el Egipto; y dejando Osiris á Isis el gobierno de este pais, se puso á la cabeza de un ejército numeroso con el cual recorrió el mundo y subyugó todos los pueblos, no por la fuerza de sus armas, sino por la civilizacion y haciendo nacer todas las artes.

»Pero mientras que obedeciendo á Chrono, Osiris creaba de este modo la edad de oro, prodigándola en su curso la felicidad y el amor á la virtud, fué Rhea madre de otro hijo que debia ser el dios del mal y que recibió el nombre de Typhon; mas habiendo reconocido Chrono los malos instintos del recién nacido, le arrojó del cielo. Typhon entonces se refugió en Egipto, donde de buenas á primeras intentó destronar á Osi-



IRIS Y OSIRIS.

ris; pero Isis que tenia con mano firme las riendas del Estado y que era querida del pueblo, desbarata fácilmente los proyectos de su malvado hermano, y Typhon aparentó ceder al influjo de mejores sentimientos; empero esto no fué mas que pura hipocresía de su parte, pues que sometido todo en apariencia á la autoridad de la reina, conspiraba él á la sombra del misterio, llegando á reunir setenta y dos conjurados y el apoyo de Aso, reina de Etiopia, que aprovechaba la ocasion de aliar á sus intereses á aquel bicho ruin cuya vecindad temia.

»Sin embargo, Osiris, despues de recorrer toda la tierra, volvia lleno de bendiciones de sus pueblos. Celebróse su vuelta con grandes fiestas, siendo Typhon uno de los primeros que se apresuraron á felicitarle, y le invitó á un magnífico festin al que debian asistir los setenta y dos conjurados. Despues de la comida se empezaron muchos juegos y ejercicios, y Typhon hizo se le llevase un cofre de un trabajo maravilloso, declarando que seria de la propiedad de aquel que le llenase completamente con su cuerpo. Todos los convidados lo probaron sucesivamente; pero su talla era sumamente pequeña, como que cabian dos de ellos en el cofre.

—Veamos, dijo Osiris que era de estatura divina.

»Entró pues en el cofre y le llenó completamente; pero Typhon y sus acólitos le cerraron, forrándole de hierro y plomo, en cuya disposicion le arrojaron al Nilo, que le arrastró hasta la mar, en la que entró por la desembocadura del rio llamado *Tatúico*, y al que desde aquella época no se acercan los egipcios sin horrorizarse.

»Encontrábase Isis en la ciudad de Chenmis cuando recibió la nueva de este fatal acontecimiento; inmediatamente se viste de luto y manda llamar á Anubis, divinidad secundaria que llevaba una cabeza de perro sobre sus hombros de hombre, y le ordena acompañarla en el viaje que iba á emprender en busca del cuerpo de su esposo. Anubis, que habia sido uno de los mas fieles compañeros de Osiris, con el que recorrió toda la tierra, obedeció en seguida á la desconsolada viuda y ambos se pusieron en camino para cumplir tan piadoso deber.

»Conducido por las olas el cofre que contenia al dios erró por largo tiempo en la inmensidad de los mares, y últimamente fué llevado por los vientos á la costa de Byblos y arrojado en medio de un chaparral de brezos que lo rodeó con sus ramas, adquiriendo tal fuerza de vejeticion, que al poco tiempo se hizo un árbol colosal, cuya cima se perdia en las nubes. Habiendo observado el rey de Byblos aquel árbol tan majestuoso, mandó que de él se hiciese una columna destinada á sostener la cúpula de su palacio.

»Mientras pasaba todo esto, Isis y su fiel Anubis recorrían la tierra

y los mares, pidiendo informes en todas partes, y de este modo llegaron á saber la aventura del árbol prodigioso. No necesitó mas la diosa Isis para adivinar toda la verdad. Despidiendo inmediatamente al fiel Anubis, se dirigió ella á Byblos y fué á sentarse en un paraje próximo al palacio del rey, donde sus lágrimas y belleza llamaron bien pronto su atención; la reina la llamó y ofreció tomarla de nodriza de su hijo, lo que al momento fué aceptado á fin de acercarse todo lo posible á su querido Osiris.

»Ya tenemos á la diosa instalada en el palacio: sus funciones eran fácilmente desempeñadas, porque durante el dia bastábale poner uno de sus dedos en la boca del real infante para mitigar su hambre, y por la noche le rodeaba de un fuego celeste para que nada pudiese turbar su sueño. El resto del tiempo de que podia disponer se convertia en paloma é iba á posarse sobre la columna que encerraba los restos de su esposo. Duró esto algun tiempo hasta que una noche habiendo querido la reina ver á su hijo, prorumpió en gritos de espanto al encontrarle rodeado de llamas; pero Isis, que se hallaba entonces sobre la columna, llegó á todo volar cerca de la reina, y habiendo tomado su forma ordinaria, se dió á conocer y declaró que, puesto que su secreto habia sido descubierto, queria que se le diese la columna en la cual se veía encerrado el dios su esposo.

»Accediendo el rey á los deseos de la diosa, volvió esta á Egipto con su preciosa carga, llegando así cerca de la ciudad de Buto donde su hijo Horus era secretamente educado, y en la cual penetró despues de haber ocultado en sitio casi inaccesible el féretro de Osiris; pero mientras ella se ocupaba de su hijo, Typhon descubria el escondite del féretro; saca de él el cuerpo de Osiris, le divide en catorce pedazos y los dispersa á distancia considerable los unos de los otros.

»Isis se dedicó nuevamente á buscar el cuerpo de su esposo, y no teniendo buques se fabricó una barca de papiro con la cual registró las riberas y las siete bocas del Nilo. Sus investigaciones tuvieron un resultado casi completo, porque de catorce fragmentos del cuerpo de Osiris, encontró trece, y pudo levantar tumbas y templos en todos los puntos en que Typhon los habia arrojado.

»Sin embargo, Osiris, á consecuencia de la traicion de Typhon, no habia hecho mas que dejar su envoltura humana para subir al cielo, y descendió á la tierra para acabar de educar á su hijo Horus y ayudarle á derribar al usurpador. Horus, animado del deseo de vengar á su padre, reunió un ejército considerable, atacó á Typhon, lo venció y lo hizo prisionero. Desgraciadamente en un momento de clemencia suprema Isis salvó al asesino de su esposo, pero Horus se indignó tanto

que arrancó á su madre la diadema que llevaba, y la reemplazó con unos cuernos de vaca; despues batió por segunda vez á Typhon y habiéndole puesto en la imposibilidad de ofenderle mas, volvió á tomar posesion del trono de su padre y reinó tranquilamente.

«Entonces fué cuando Osiris volvió al cielo, y cuando Isis, con objeto de acompañarle, se despojó de la envoltura terrestre que yace en este sarcófago; pero antes mandó al gran sacerdote Hermés, autor de todos los libros santos del Egipto, escribir la historia de su estancia en la tierra y depositarla cerca de sus despojos mortales, y por haber sido el historiador de la diosa es por lo que he recibido, yo, Hermés, el glorioso sobrenombre de *Tres veces grande!*

«Y ahora, mortales, inclinaos de nuevo en honor de la diosa Isis, en honor de Osiris, cuya alma anima al buey Apis; en honor de Serapis, formado del cuerpo de Osiris, y por último, en honor de Hermés, cuya mano ha trazado estos caractéres sagrados que deben durar tanto como el mundo.»

Esta lectura valió á M. de Lauregeon las felicitaciones de toda la asamblea; la caja del papel anduvo de mano en mano; cada uno devoraba con la vista estos caractéres sagrados, y el sábio anticuario se declaró el mas dichoso entre los dichosos. El entusiasmo llegó á su colmo cuando este dichoso mortal anunció que iba á proceder á la abertura de la momia; todos los concurrentes se situaron alrededor de la gran mesa iluminada por veinte bujías.

Con una mano temblorosa de emocion M. de Lauregeon levantó las primeras vendas; hizo notar la finura del tejido, el olor que se exhalaba, y continuando la operacion, llegó al último velo que levantó con doble emocion. Júzguese de la admiracion general! No habia hojas de oro debajo de esta envoltura, pero en cambio se vió un cuerpo enteramente velludo cuyos brazos estendidos llegaban hasta la mitad de las piernas. Una palidez repentina cubrió la cara del dueño de la casa; sus facciones quedaron trastornadas, y sin embargo, por un esfuerzo casi sobrehumano, llegó á reponerse un poco.

—Señores, dijo, la cosa es estraña, sin duda; pero no es menos cierto que en una época tan atrasada se encontrase el cuerpo humano en las mismas condiciones que en nuestros dias, y la Biblia misma nos ofrece en la historia de Esaü y de Jacob, el ejemplo que tenemos hoy á la vista.

—Tambien en nuestros dias, añadió uno de los concurrentes, la cosa es bastante comun; pero no debe perderse de vista que es de una diosa de lo que se trata.

—Por mi parte, dijo otro, no me admiro de que la diosa Isis sea velluda; porque sustituyendo con cuernos de vaca la diadema que ella lle-

:

vaba anteriormente, es muy natural que su respetuoso hijo le hubiese acumulado otros atributos del mismo animal; pero yo busco estos cuernos y no veo vestigio de ellos.

Esta observacion, muy racional, aumentó singularmente la confusion de M. de Lauregeon, el cual trató de parar este nuevo golpe, y dijo balbuceando y turbándose cada vez mas:

—Los cuernos... es cierto... la diosa no presenta sus cuernos... pero puede ser que no los haya conservado hasta su muerte; el que se los dió pudo muy bien quitárselos... El grande Hermés nada nos ha dicho de esto; es un detalle que ha podido olvidar, y en todo caso esta omision no puede afectar á una autenticidad tan bien establecida.

—Hum! dijo un docto viejo algo mas tabacoso y menos tratable que los demas; el asunto no me parece bastante claro; he asistido á la abertura de cincuenta momias, y hasta aquí todavía no habia visto una que se pareciese tan bien á una mona.

—Señores, gritó el mas jóven de los espectadores; apercibo bajo uno de los brazos de la momia una targeta que creo destinada á dar alguna luz sobre todo esto.

A estas palabras alargó la mano y cogió una targeta atada con un hilo y leyó: *Gabinete zoológico del baron de Gratzenoffen.—Chimpauce hembra, embalsamada segun el método Gannal.*

Una carcajada de risa homérica embargó la voz del lector. Esto fué para M. de Lauregeon el golpe de gracia: se dejó caer en su asiento, sus ojos se cerraron, y su corazon dejó de latir; habia perdido el conocimiento: fué preciso llevarlo á su cama... El sábio estaba muerto moralmente, y sus amables colegas se regocijaban mentalmente; la mayor parte de estos últimos se retiraron frotándose las manos con una satisfaccion mal disimulada, y por lo tanto no eran cómplices del astuto baron de Gratzenoffen; pero se puede casi asegurar que no valian mas que él.

FIN DE UNA MOMIA EGIPCIA.

UNA CABEZA BRETONA.

El baron de Kerkariau era una de esas buenas cabezas bretonas que han aprendido mucho, incapaces de olvidar nada, y que se conservan hasta la muerte fieles á sus convicciones, cualesquiera que sean. Era por lo demas un hombre bastante instruido, profundamente versado en el conocimiento de las lenguas antiguas, y un narrador agradable, capaz de hacerse escuchar durante dos dias enteros cuando le afluia la palabra, y durante semanas por poco que se le contrariase en sus creencias, de las que algunas eran muy extraordinarias.

Una noche de invierno que M. Kerkariau cenaba en casa de uno de sus amigos, el conde de Ploerfen, en compañía de algunos gentiles-hombres y de muchas señoras de la vecindad, habiendo languidecido la conversacion porque el conde era viejo y poco hablador, una de las damas dijo de repente y como para reprimir una gran comezon de charlar:

—Ah! señor baron, qué amable seriais, ya que esta noche no se puede emprender la partida de wisk, en decirnos alguna de esas historias encantadoras que contais con tanta gracia!

—¡Ay de mí, señora, respondió el baron; la historia no es tan recreativa por su naturaleza, sino en cuanto no es otra cosa mas que el largo proceso verbal de las pasiones, de los vicios, crímenes y locuras de los hombres; y despues los historiadores son generalmente los mayores embusteros!

—Pues bien, querido baron, contadnos una historia de hadas.

—Con todo mi corazon, señora; pero vos acaso no creeis en hadas.

—Tened cuidado, señora, dijo el conde riéndose; conozco á Kerkariau: si lo estrechais nos va á relatar cuentos de Perrault, palabras de evangelio y artículos de fé.

—No, mi querido conde, replicó el baron; yo no iria tan lejos. Sé perfectamente que Perrault no ha referido mas que cuentos, y él mismo tiene buen cuidado de prevenir favorablemente á sus lectores; pero porque despues de haber anunciado un *cuento*, principie siempre por estas palabras: «*habia una vez un rey y una reina,*» se seguirá que jamás haya habido ni reyes ni reinas? El mismo razonamiento puede aplicarse perfectamente á las hadas: Perrault ha inventado tanto las hadas como sus reyes y reinas; no ha hecho mas que ponerlos en escena; es decir, atribuirles hechos imaginarios.

—Bravo! dijo el conde, hénos aquí en completa paradoja; á ella me atengo; pero no temais que continuemos demasiado en este falso terreno, porque respondo de que mi amigo el baron va á probarnos que las hadas han existido, y quizás sea hombre que intente convencernos de que existen todavia... Despues de todo, cuento por cuento, aquel vale mas que otro.

—Ya lo veremos, querido conde; probar la evidencia es cosa demasiado fastidiosa para que la emprenda; pero negar que las hadas hayan existido, cuando se encuentran por todas partes sus vestigios en la antigüedad, seria negar la luz del sol. Se podria pleitear mas ó menos sobre el poder de estos génios; pero negar la existencia de las hadas, cuando está demostrado que han sido conocidas de todos los pueblos del mundo desde los tiempos mas remotos, y cuando encontramos diariamente inscripciones que atestiguan sus actos, su influencia buena ó mala, es empresa de las mas claramente imposibles. En tiempo de los druidas, eran honradas bajo el nombre de *Fadæ*; y para poner en duda su existencia en aquella época, seria necesario negar que la religion druídica ha sido la de nuestros antepasados; ahora bien: el druidismo ha sido evidentemente el precursor del cristianismo, como lo demuestra esta inscripcion que se ha encontrado en un gran número de lugares, colocada debajo de una imágen de doncella: *Virginí parituræ druides*, es decir: *Homenage de los druidas á la Virgen María*.

Sabemos que ciertos sugetos han sostenido que estas inscripciones eran apócrifas, alegando que en tiempo de los druidas la lengua latina era desconocida de los Galos; pero esto es un error grosero: esta lengua era desconocida del pueblo, sin duda, pero era la de los doctos. Por lo demás, para negar la existencia de las hadas, en honor de las

que, aun no hace ciento cincuenta años, se celebraban misas solemnes en Poissy, sería preciso igualmente negar las Peris de la Persia, las Ninfas de la Grecia, los Elfinos de los Escandinavos, los Niges de Alemania y los *Snee-farra* de Irlanda; en fin, habría que negar también los Korrigans, esas hadas de nuestra antigua Armorica; y cuál es el Breton de corazón y alma que se atreva á lanzar el anatema contra estas criaturas divinas?

—Pero nos direis: si se las veía otras veces, por qué no se las ve hoy?

—En primer lugar, gentes de poca fé, en qué basareis esa afirmacion, *que no se las vé ya?* Será necesario, pues, pobres espíritus falsos, que no sois mas que unos espíritus infinitamente débiles, que esas hijas del cielo y de la tierra, lleguen á someterse á vuestro sarcástico exámen para obtener derecho de ciudadanía? No esperéis que se sometan á semejante humillacion: esas criaturas superiores se horrorizan de nuestra civilizacion; el ruido de las ciudades, el orgullo de los grandes, la envidia de los pequeños, el trastorno de toda moral, el culto del oro, todo ese horrible materialismo que nos invade cada vez mas, las ha espantado; han buscado refugios lejanos, y no podreis encontrarlas hoy mas que entre los Laponos y los Samoideos, en nuestro antiguo continente..... Perdon, señora condesa, si detengo la palabra en vuestros encantadores labios; ibais á decir que todo esto es monstruosamente impío; muy bien, señora; pero me perdonareis os diga que sois una impía no creyendo nada de esto. En qué, pues, si teneis á bien decírmelo, se apoya vuestra incredulidad? Será en lo que se ha convenido llamar *la razon?* Por ventura será porque no queráis creer en nada que no esté matemáticamente probado...? Pues entonces tampoco creereis en la amistad, en el amor, en la piedad, en la simpatía y en todos los sentimientos que no tienen ninguna razon matemática de su existencia. Señora, el Evangelio admite el poder de los demonios; admite los profetas y los mágicos; todos seres sobrenaturales en cuya existencia y poder relativo estais obligada á creer, *so pena de no ser católica*; todos los dias honrais á los santos é invocais á los ángeles; pues por qué rehusar admitir que las hadas fuesen ángeles de un órden mas ó menos elevado, cuyo nombre hubiese sido estropeado, lacerado, desnaturalizado por los millones de dialectos surgidos de la lengua primitiva?

Habia en estas palabras tal acento de probidad, de profunda conviccion, apoyado en una lógica tan confusa, que el auditorio quedó mudo; pero era fácil observar que todas las miradas quedaban pendientes de los labios de este singular narrador.

—Ah! ah! gritó el conde riéndose; bien os lo habia dicho, que si le poniais en ese camino, no se detendria un momento.

—Y no habeis tenido razon en decir eso, conde; porque no pasaré adelante como no sea con el beneplácito de mi auditorio. Debo callarme, señoras.

—Hablad, hablad, gritaron en coro todos los convidados.

—Lo que acabo de decir, replicó el baron, no es mas que una especie de exordio, una precaucion oratoria exigida por lo maravilloso de la historia que voy á contaros,—porque es una historia, señoras, os lo prevengo, por mas que tenga todas las apariencias de un cuento;—he creido que para interesaros por los personajes de que voy á ocuparme era preciso que creyéseis en su existencia, si no positiva, al menos posible. Réstame haceros comprender sobre este punto, que el héroe de la aventura es uno de mis tios que vivia aun no hace cincuenta años. Llamábase el caballero de Kerkariau; era un bravo y alegre compañero, cuya juventud habia sido muy accidentada. Tenia treinta años y estaba casado hacia ocho dias, cuando una tarde salió de su casa para ir á cazar; pero apenas llegó á un tiro de fusil de su castillo, se echó sobre la yerba cerca de una fuente y se durmió profundamente.

Parece tenia mucha necesidad de reposo, y estoy bastante dispuesto á creer que la caza no era mas que un pretesto; porque llegó la noche y aun dormia, cuando fué despertado por una voz dulce y melodiosa que le llamaba por su nombre, y le afeaba ese amor exagerado del reposo que podia tener para él consecuencias funestas.

El caballero abrió los ojos, y podeis juzgar de su sorpresa al ver á dos pasos de él una mujer jóven y de una hermosura maravillosa; era ya de noche, como os digo, pero una especie de aureola brillaba alrededor de la cara de la desconocida, y permitia admirar la delicadeza divina de sus facciones: estaba vestida de blanco y llevaba una corona de rosas blancas en la cabeza; sonreíase mirando al caballero y enseñaba bajo sus labios rojos dos hileras de perlas incrustadas en coral.

—Ya os podeis figurar, señoras, que al aspecto de esta hermosura mi querido tio no permanecería echado; se levantó, y con el sombrero en la mano dió un paso hácia la dama, que no pareció espantarse de tal demostracion.

—Caballero, le dijo: soy la reina de los Korriganes de esta comarca; he resuelto casarme hoy, y os he elegido por esposo.

—Señora, respondió él; semejante honor me hubiera trasportado de gozo un poco antes; pero hoy dia solo sirven vuestras palabras para causarme una viva afliccion: hace ocho dias que estoy casado.

—Perded cuidado, caballero; nosotras las inmortales no estamos sometidas á las leyes de los hombres; pues no nos casamos como las mujeres de vuestro mundo, y podreis hacerlo ahora conmigo con to-

da seguridad de conciencia y sin temor de ser acusado de bigamia.

El caballero, os lo he dicho, era valiente, y habeis visto que abordó resueltamente á la bella Korigana, cuyo aspecto, es verdad, nada tenia de asustadizo; por lo tanto principió á no estar ya tan tranquilo al oír esta declaracion inesperada; sin embargo, hubiera querido ganar tiempo á fin de reflexionar, porque por mas que dijese la hada, no podia convencerse de que pudiera casarse impúnemente dos veces en ocho dias; pero la hermosa reina no le dejó tiempo para vacilar.

—Vamos, mi querido desposado, dijo ella; dadme la mano y venid á mi palacio, donde todo está pronto para la celebracion de nuestras bodas; sois valiente y hermoso, yo soy jóven y bella, y el porvenir nos reserva goces infinitos.

Dicho esto alargó al gentil caballero una deliciosa y pequeña mano con dedos afilados, uñas rosadas y de una delicadeza y perfeccion tales, que su vista sola hubiera tentado á un santo. El caballero la tomó, la llevó á sus labios, y, á riesgo de lo que pudiera suceder, se dejó llevar.

La distancia no fué larga; ambos llegaron pronto á un magnífico palacio iluminado y cuyos vastos jardines esparcian en el aire perfumes embriagadores. Esto sorprendió muchísimo á M. de Kerkariau, porque conocia todos los castillos de los alrededores; no habia en todo el canton una yugada de tierra que no hubiese recorrido en todos sentidos en las largas y frecuentes cacerías que eran su pasatiempo de predileccion, y no reconocia nada de lo que le rodeaba, por mas que el trayecto desde el sitio donde se habia dormido hasta aquella suntuosa habitacion, no hubiese durado sino algunos minutos.

En cuanto llegaron la hada y el caballero al patio del castillo, una confusion de pages jóvenes vestidos de saten, en los cuales relucian las pedrerías mas preciosas, vinieron á colocarse detrás de ellos; un gran número de sirvientes de todas clases, con ricas libreas, formaron la calle, y el cortejo penetró de este modo en un inmenso salon, donde á la luz de mil bujías relumbraban rios de diamantes serpenteando sobre colgaduras de seda con anchas franjas de oro. En seguida se oyó una música deliciosa que procedia de la sala del festin, de donde salió al mismo tiempo un sin número de mujeres encantadoras y niños de rostros y formas angélicas. Todos doblaron las rodillas y principiaron á cantar las alabanzas de la gran Korigana y del esposo que habia elegido.

—Caballero, dijo ella en seguida; no os presento aquí mas que una parte de mi corte, pues he querido evitaros largas y penosas ceremonias. Vamos á sentarnos á la mesa: cuando salgamos se realizará nuestra union.

M. de Kerkariau encontró el proceder de su desposada muy de su gusto, porque no había comido desde aquella mañana, y se hallaba con un apetito de verdadero cazador, bien que él hubiese cazado poco y dormido mucho; pero al mismo tiempo no pudo menos de pensar que se verificaban los casamientos de un modo bien singular entre los Koriganos, y no le faltaban inquietudes por las consecuencias de aquella aventura, pensando en su mujer que estaría esperándole, y en las conjeturas á que daría origen su ausencia. A pesar de todo se sentó á la mesa con bastante resolución, é hizo honor á los manjares que eran ciertamente divinos, y á los vinos excelentes de las mas célebres cosechas que produce el mundo entero. A los postres una de las damas de honor brindó á la salud de la reina; esta última bebió en seguida por la del caballero su esposo, y despues de haber tocado ligeramente con sus labios los bordes de la copa, la presentó á M. de Kerkariau que se la bebió de un trago.

El efecto de aquella doble libacion fué prodijiosa; el caballero apenas tuvo tiempo de soltar la copa sobre la mesa, cuando se vió rodeado de una noche de las mas oscuras; la música dejó de oirse; un silencio solemne reinó durante algunos instantes; despues la luz se volvió mas brillante y relumbrante que nunca. Todo había cambiado alrededor de mi tio; estaba siempre sentado en un ancho sillón de terciopelo bordado de oro y perlas; pero mesa y convidados habían desaparecido; la sala del festin se había cambiado de repente en habitación nupcial, donde en un estrado, al que conducian escaleras cubiertas de los mas ricos tapices, se veía una cama de oro macizo guarnecida de los tejidos mas finos y preciosos. Cerca del caballero, á sus piés, sobre un blando cojín de cachemira, estaba sentada la Korigana, que con sus hermosos ojos azules, á la vez afelpados y brillantes, miraba á su esposo con una voluptuosidad muda que se descubria en sus menores movimientos.

—Amigo, le dijo ella con su voz melodiosa; tres horas á lo mas faltan para amanecer.

M. de Kerkariau pareció salir de un sueño profundo.

—Ah! ya! dijo él; tan pronto?

—Tan pronto, querido mio; replicó la hada levantándose y tendiéndole su pequeña mano, de cuya perfeccion he intentado en vano daros una idea.

El caballero tomó aquella mano encantadora que besó tiernamente: porque fuerza es consignarlo bien, aunque esto no redunde en elogio de mi tio, la hermosa Korigana le hacia perder la cabeza.

—Amigo mio, replicó ella; no os asalta el deseo de acostaros...?

Disimulad, señoras, exclamó aquí el narrador interrumpiendo su relación; todo esto, siento decirlo, es muy escéntrico, y convendré si se quiere en que aquella reina encantadora, de rasgos tan puros y con su corona de rosas blancas, tenía sin embargo maneras bien estrañas; es verdad que aquel era un verdadero matrimonio á redoble de tambor, pero como quiera que fuese, en mi calidad de historiador mi deber es rendir culto á la verdad. Despues de todo es preciso convenir tambien en que el esceso de la corrupcion es el que nos ha hecho tan delicados y pudibundos sin venir al caso; á las koriganas, sobre este punto, les faltaba mucho para llegar á nuestra altura, y ciertamente creo que no tenían disposicion para la hipocresía. Hecha esta digresion, para descargo de la conciencia, prosigo mi asunto.

Despues de haber estrechado con sus labios la hermosa mano de la hada, M. de Kerkariau se levantó y fué sin mas cumplimientos á desnudarse, cuando la reina cogió un silbato atado á su cintura, al que hizo producir un sonido agudo. En seguida se abrió la puerta y dió paso á dos de esos pages encantadores de que ya os he hablado, los cuales se dispusieron á despojar al caballero de sus vestidos, mientras que la Korigana desaparecia escondiéndose detrás de las cortinas de seda realzadas de torzales de oro hasta el estrado.

Despojado de sus vestidos, tomando el caballero bravamente su partido sobre lo que pudiera sobrevenirle, dió un bote de su sillón al estrado y de este último á la cama, que encontró deliciosa y en la cual se tendió con un verdadero placer. En aquel momento el silbato se hizo oír de nuevo; al punto los pages desaparecieron; las bujías se apagaron, y mi querido tío, estendiendo los brazos, encontró cerca de él la seductora hada toda palpilante de temor ó de...

Aquí el narrador se detuvo de nuevo, porque á pesar de la facilidad de su elocucion, experimentaba un gran embarazo para continuar hasta el amanecer, el nudo de la historia que referia empezaba antes de levantarse los esposos y érale forzoso hacer allí una transicion brusca, pues creyó ver se ruborizaba una de las señoras colocadas á su lado. En fin, habiéndose recojido un momento, continuó así:

—Habeis debido notar, señoras, que mi tío no era muy hablador, pues hasta el momento á que me refiero, marchando de sorpresa en sorpresa se dejó conducir maquinalmente; pero una vez sobre sí, juzgó llegada la ocasion de las esplicaciones, y como la Korigana se callase, tomó él la iniciativa:

—Señora, le dijo: mi felicidad es tan grande y ha sido tan inesperada y pronta, que hasta aquí me he creído, os lo confieso, juguete de alguna ilusion.

:

—Espero al menos, contestó la hada, que creereis en la realidad de nuestra union.

Al escuchar estas palabras, M. de Kerkariau fué sobrecojido de una especie de terror: no era aquella la voz dulce y melodiosa de la jóven tan fresca y casi aérea que oyó al despertar al borde de la fuente, sino una voz cascada y estropajosa que parecia producirse con dificultad por la falta de dientes. El pobre caballero retrocedió todo lo que pudo hácia el borde de la cama, porque temblaba como un azogado y temia que la hada se apercibiese de una turbacion que á pesar de su valor no podia dominar. Sin embargo, repúsose en seguida lo suficiente para continuar sus investigaciones, y añadió con una voz algo conmovida:

—Os confieso, señora, que abrigo un resto de duda sobre esta realidad, pues por mas que ignore absolutamente cómo se verifican las bodas entre las hadas, paréceme que falta alguna ceremonia que cumplir, algun contrato que firmar, ó al menos ciertas convenciones verbales ante un magistrado ó cualquiera otra persona, y...

—Entre mi persona y la de un mortal no pueden mediar otras convenciones que mi voluntad: yo impongo condiciones, pero no las acepto... No os he dicho que desde que bebimos en la misma copa, nuestra union quedó realizada?

A estas palabras M. de Kerkariau empezó á temblar con la mayor decision, porque le pareció imposible que aquella voz cascada y como mascullada por encías descarnadas, no perteneciese á alguna endiablada vieja de las mas repugnantes. Hubo un momento en que se le pasó la idea de lanzarse fuera de la cama, coger su espada y exigir que se le trajese luz; mas luego, pensando que semejante arretrato solo serviría para empeorar su situacion, se contuvo y resolvió aguardar pacientemente á que amaneciese; pero mientras tanto hizo otra tentativa por aclarar sus sospechas, y al cabo de un largo silencio dijo:

—Es verdad, señora, que hemos bebido en la misma copa, y sé muy bien que vuestra voluntad es ley en todas las cosas; pero ya que os habeis dignado fijar vuestra atencion en mí, espero tengais á bien prestarnos á satisfacer las debilidades humanas, aunque no sea mas que permitiéndome poner en vuestro dedo este anillo que será nuestra prenda nupcial.

Hablando así, y armándose el caballero de toda su resolucion, tomó la mano de la Korigana y le puso en el dedo anular una de las sortijas que llevaba puestas. Su terror creció por momentos cuando en lugar de esa mano pequeña y satinada, fina y delicada que habia aplicado á sus labios con tanta delicia y emocion, se encontró con una mano larga, seca, huesosa, cuyos disformes dedos se encontraban provistos

de largas y puntiagudas uñas. Creyóse perdido; era probable que se encontraba en poder de algun demonio, de algun genio malhechor que le habia tendido un lazo infernal, en el cual habia tenido la tontería de dejarse atrapar.

Mientras hacia estas tristes reflexiones, la hada se durmió, lo cual se manifestaba por medio de formidables ronquidos. En estos momentos Mr. de Kerkariau hubiera dado la mitad de su existencia por tener una bujía encendida; estuvo tentado de levantarse y proporcionarse luz, mas como todavía no se habian inventado las cerillas fosfóricas, pensó que haria mucho ruido, que desvelada el hada no volveria á dormirse, por lo cual se determinó á esperar la luz del dia.

Sin embargo, como el caballero habia permanecido largo rato junto á la fuente, y la tarde y parte de la noche habian sido para él muy agitadas, y por último los vinos que habia bebido en el banquete nupcial empezasen á subírsele al cerebro ejerciendo sobre el mismo narcótica influencia, bien pronto sus párpados se cerraron y á despecho de todos sus esfuerzos, concluyó por dormirse tan profundamente como su compañera. Un rayo de sol que dió en las vidrieras hizo volverle en su acuerdo. Acordándose al punto de todo lo que le habia sucedido, buscó á su compañera de noche, pero no pudo dar con ella en parte alguna. Miró á su alrededor frotándose los ojos, y no pudo volver de su sorpresa viéndose acostado en un miserable gergon, en medio de un mezquino aposento, enteramente desprovisto de muebles y cuyas negras paredes no tenian mas colgaduras que inmensas y empolvadas telas de araña. Arrojándose entonces del miserable lecho, buscó sus vestidos que encontró encima de un mugriento escabel, y despues que estuvo vestido empuñó su espada, jurando obtener una esplicacion de semejante mistificación, corriendo al mismo tiempo hácia la puerta que encontró fuertemente cerrada con barrotes de hierro por la parte de afuera. Entonces mi muy querido tio montando en cólera empezó á llamar, á gritar y á desesperarse; todo fué en vano, y solo sus gritos y juramentos turbaron el silencio de aquella habitacion al parecer desierta.

—Ah maldita Korigana! exclamaba en medio de las patadas que daba contra la puerta, capaces de derribar la pared; miserable criatura, vieja infernal; si te tuviera entre estas cuatro paredes, cómo te habia de costar cara tu traicion! Mas te prometo que no lo echaré en saco roto; procuraré buscarte y entonces conocerás que no se juega impunemente con un Kerkariau.

Sucedió por último que llamaba, gritaba y se desesperaba en vano. Abrió por último la ventana y vió con asombro que el aposento donde se hallaba estaba situado en el piso mas alto de una elevada torre. De

todo cuanto podia abarcar con la vista solo descubria una llanura estéril cubierta de mogotes de arena que el viento disipaba ó reunia á su sabor. Su cólera entonces empezó á calmarse y se pasaron muchas horas antes que su pensamiento pudiese fijarse en la idea de recobrar su libertad á todo trance. Por último, sacudiendo esa especie de marasmo en que habia caido y haciendo un esfuerzo, empezó á sondear con la espada las paredes de su prision. Por todas partes un eco seco y estridente respondia á sus investigaciones. Probó tambien por la parte de la chimenea, mas el cañon era tan estrecho que el hombre mas flaco no hubiera podido atravesarlo; además fuertes barrotes impedian el paso, y estos barrotes no era fácil desprenderlos de su lugar ni aun con muchísimo trabajo. De otra parte, aun cuando hubiese podido llegar á lo alto de la chimenea, hubiérase visto en la cúspide de la torre sin poder descender al campo. El prisionero hizo nuevos esfuerzos en la puerta de la habitacion procurando abrir un agujero; mas todo en vano. Sus esfuerzos no tuvieron otro resultado que fatigarle completamente. Atormentado por el hambre y la sed, se arrojó de nuevo en la cama, mas triste que nunca quedándose bien pronto profundamente dormido.

Habíanse pasado ya muchas horas de la noche en las que el caballero no habia despertado, cuando un agudo silbido le hizo volver en sí. Abrió los ojos y quedó admirado al encontrarse en el mismo aposento nupcial donde la Korigana le habia conducido; numerosas y odoríferas bujías ardian en candelabros de cristal, y á alguna distancia del lecho se veia una mesa cubierta de succulentos manjares y de botellas de esquisitos vinos. M. de Kerkariau no podia creer que estuviese despierto y se frotaba los ojos con avidez cuando se apareció la hada, jóven, hermosa y ataviada como en la víspera.

—Por fin, hermoso caballero, le dijo, os habeis decidido á abrir vuestros ojos?

Hablando así le tendió su pequeña y bonita mano; pero el caballero rechazándola cogió de un salto su espada y desenvainándola exclamó:

—Llegó el momento de que me deis cuenta de esta abominable mistificacion!... Teneis valor, miserable demonio, para presentaros delante de mí despues de lo que ha pasado en el espacio de veinte y cuatro horas?

—Qué significa vuestra cólera y semejantes injurias? replicó la hada con su dulce voz, que la emocion hacia mas seductora. Querido caballero, seria posible que la dicha os haya hecho perder la razon?

—Qué! replicó mi tio fuera de sí, tendriais la audacia de negar que por espacio de veinte y cuatro horas me habeis tenido encerrado en esta torre, privado de pan, sin una gota de agua, preso como un criminal de la especie mas peligrosa?

Fuera de ahí engañosa sirena. Es inútil cuanto me digais; no me dejaré ya por mas tiempo engañar con vuestras bellas frases, con vuestros sortilegios, con vuestros maleficios... Vamos presto fuera de aquí; dejadme libre el paso, ó atravieso con mi espada á cuantos quieran detenerme.

—Qué estais diciendo, querido esposo, replicó la Korigana? Calmaos. Vos habreis tenido sueños muy fatales, lo cual sucede con frecuencia á los que duermen demasiado; hubiera debido despertaros y lo hubiera hecho seguramente si hubiese podido creer que semejante sueño hubiese sido capaz de poner tal desórden en vuestro espíritu... Qué estais hablando de prision, de pan, y de agua? Vos no os encontrais en torre alguna, pero sí en vuestro palacio, en el que siempre habeis estado libre para salir, habiendo hecho poner esta mesa á fin de que despues de vuestro sueño pudiéseis satisfacer el apetito.

La duda empezó á tener cabida en la imaginacion del caballero; preguntábase si en efecto no habia sido juguete de un sueño, cuando de pronto vió en el dedo de la hada la sortija que él le habia dado pocos instantes despues que ella se habia colocado á su lado.

—Y esta sortija, señora! exclamó; direis acaso que yo soñaba cuando la coloqué en vuestro dedo?

—»No, vos no dormiais, mas no os faltaba mucho para ello.

La hada dió un suspiro, enrojeció sensiblemente sus mejillas y bajó los ojos al pronunciar un reproche que parecia merecido. Entonces ella se presentó á Mr. Kerkariau mas encantadora y mas bella que nunca.

—Pero señora, añadió el caballero con marcada espresion; vos tenéis unas manos divinas, encantadoras, y la mano que yo tomé para poner esta sortija en uno de sus dedos, era una mano larga, seca, vasta, huesosa, tanto que su contacto me desollaba.

—Sin duda todo esto pudo ser un juego de vuestra imaginacion..... mas sentaos á la mesa; me parece que debeis tener gran necesidad de comer.

Mi tio, que efectivamente se estaba muriendo de hambre, creyó que podria sin gran inconveniente interrumpir aquella esplicacion para continuarla mas adelante, y por lo tanto empezó haciendo honor á los delicados platos que cubrian la mesa como un hombre que no ha comido en treinta horas.

La hada que se habia colocado junto á él, sin que al parecer le guardase el menor rencor por la manera que le habia tratado al despertar, tuvo buen cuidado en servirle los bocados mas esquisitos, y como en el dia anterior quiso que bebiese en la misma copa que ella habia bebido.

—Pensais todavía, querido mio, le dijo al llegar á los postres, que

yo os haya querido hacer sufrir el castigo de Ugolino, aprisionándoos en una torre?

Hablando así la hada se sonreía de la manera mas graciosa.

—Es verdad, señora, contestó Mr. de Kerkariau algo confuso, que todo lo que ha pasado por mí desde ayer es tan prodigioso, que nada tiene de extraño que mi cerebro se encuentre bastante confuso; y sin embargo, tengo la certeza de que vos al entrar en el lecho nupcial no teniais esa voz encantadora que ahora oigo con tanto placer.

—Tanto lo es como que vos estábais preso. Vamos á ver: habia grandes barras de hierro en las ventanas de vuestra cárcel?

—No, contestó el caballero; las ventanas eran como las presentes, pero en lugar de esos cortinajes de oro y seda, se hallaban guarnecidas con negras y anchas telas de araña.

A estas palabras levantóse el caballero, y acercándose á las ventanas desde las cuales solo habia visto una llanura árida y arenosa, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa viendo á la claridad de la luna jardines encantadores, de los cuales se exhalaban deliciosos perfumes, con una atmósfera diáfana y esplendente refrescada por numerosos juegos de agua límpida, que en lluvia de diamantes caía en anchurosos pilones de mármol.

—Sin duda alguna, se dijo el caballero, debo haber tenido una atroz pesadilla; y verdaderamente que mi nueva esposa está dotada de un carácter muy amable para ponerme tan buena cara despues de la manera con que la he tratado no hace todavía una hora.

—Qué hay, pues, amigo mio, le dijo la hada.

—Nada, querida mia; sino que estoy muy arrepentido de mis arrebatos. Es preciso que sea yo un animal muy estúpido por haberos...

—No hablemos ya de esto, amigo mio. Vos estábais colérico, y me creíais culpable; se comprende fácilmente. Amémonos y apartemos de nosotros toda idea enojosa.

Aquella noche, señores, mi tio no pegó los ojos. Habiendo su compañera manifestado el deseo de pasear por el jardin para tomar el fresco, descendieron á él juntos; despues de un largo paseo se sentaron en un banco de césped en medio de un bosquecillo de rosas y de cornicabras, y su conversacion se hizo tan interesante, que á la venida del dia se hallaban en el mismo sitio. La Korigana silbó en un pito de plata, y una multitud de pajes aparecieron á tomar sus órdenes, y algunos segundos despues fué servido en el mismo bosquecillo un magnífico y succulento almuerzo.

Este dia fué de los mas felices; la hada y el caballero no se apartaron un solo instante uno de otro. Visitaron todos los aposentos del pa-

lacio, y á cada paso Mr. de Kerkariau se quedaba absorto al contemplar aquellas maravillas de la naturaleza y del arte; veíanse allí inmensos salones de diáfanas paredes, guarnecidos de muebles de cristal de roca; vastas galerías llenas de admirables cuadros; estatuas antiguas á las cuales parecia que el artista acababa de dar su último golpe de cincel. De cuando en cuando una música divina arrebatava al caballero en deliciosos éstasis, de los cuales no salia sino para admirar de nuevo las maravillas que se ofrecian á sus ojos.

Hácia la fin del dia, los dichosos consortes dieron un nuevo paseo en una barquilla por las tersas aguas de un lago, cuyas límpidas olas venian á morir al pié de los mismos jardines.

Habiendo llegado la noche, la hada condujo á su esposo al mismo salon del festin donde el primer dia habian bebido ambos en una misma copa, y de nuevo los mas deliciosos manjares y los vinos mas esquisitos fueron servidos con profusion: la mesa se hallaba cubierta con una riquísima vajilla de oro y esquisitos vasos y botellas de brillante cristal; jamás mi tio habia visto juntas tantas riquezas, y tenia, pues, tanto que admirar, que olvidó enteramente á su primera esposa, su familia, su casa, etc. Habia asimismo olvidado su aventura ó su sueño del dia anterior; mas se le vino muy pronto á la memoria al volver á entrar con la hada en la cámara nupcial, donde empezó á sentirse menos á gusto.

Allí las cosas sucedieron como la vez primera; el caballero se acostó y poco despues las bujías se apagaron, viniendo en seguida la hada á ocupar sitio á su lado.

—Amiga mia, dijo entonces Mr. de Kerkariau; tengo costumbre de tener luz en mi aposento cuando duermo; no podríais darme el gusto de hacer encender una vela?

—Vos quereis, pues, contestó la Korigana, que llame á mis doncellas en mitad de la noche?

Estas palabras hirieron al caballero como si hubiesen sido un rayo. Oia la misma voz ronca y cascada que tanto le habia espantado en la primera noche. Hélo de nuevo en medio de sus dudas, pero para aclararlas y asegurarse todo lo posible de que no era presa de una ilusion, replicó:

—Amiga mia: estoy convencido que vuestras sirvientas se tendrán por muy dichosas en prestaros el menor servicio, y os estaré obligado si cumplís mi deseo.

—He aquí un raro capricho, replicó el hada.

Dejábase oir la misma voz cascada; esa voz de vieja fea y arrugada que el desgraciado marido no habia podido oir sin horripilarse. Por lo

tanto, revistiéndose de todo su valor, quiso llevar á cabo su aventura.

—Señora, le dijo: sea un capricho, sea un deseo, esta es mi voluntad y estoy acostumbrado á hacerme obedecer; os he dirigido un ruego, no me obligueis á que este sea un mandato.

Esta vez la Korigana no contestaba, y en menos de un minuto se la sintió roncar como un cerdo.

—Voto al demonio, exclamó mi tío montado en cólera: es ya tiempo que concluya esta farsa y que me vuelva á mi casa, donde deben de estar en gran inquietud por mi ausencia.

A estas palabras se arroja de la cama, busca á tientas el cordon de la campanilla que habia visto antes de acostarse; pero sus manos solo encontraron paredes desnudas y secas.

—Bueno va! volvió á decir; será que todas las diabluras del otro dia van á empezar?

Despues con voz fuerte empezó á gritar:

—Hola! No hay nadie que me oiga! Que me traigan una luz!...

Nada respondió, y el silencio de la noche solo fué turbado por los ronquidos de la Korigana. El caballero se dirigió hácia la puerta; llamó á ella con repetidos y fuertes golpes. El mismo silencio. Furioso se acerca á la cama:

—Señora! repitió con voz terrible, no me pongais en el caso de que suceda alguna desgracia!

Nada; ni una palabra.

—Señora, señora ved que voy á hacer un disparate.

Estendió entonces el brazo para coger á la Korigana, pero su mano solo encontró un cuerpo redondo, liso y helado como el de una culebra; en el mismo momento los ronquidos cesaron sucediéndoles un largo y estridente silbido. El desgraciado caballero prorumpió en un grito de horror retrocediendo tres ó cuatro pasos; sus cabellos se erizaron y sus dientes se chocaron fuertemente unos con otros. Creyóse perdido aguardando su hora postrera; pero despues del silbido los ronquidos empezaron de nuevo y todo volvió á quedar en silencio.

M. de Kerkariau permanecia inmóvil y mudo sin saber qué partido tomar, arrepintiéndose amargamente de haberse dejado seducir por esa hada maldita que le hacia temblar de aquella manera, cuando él jamás habia conocido el miedo. Despues de algunos momentos de indecision púsose sobre sí y empezó á buscar sus vestidos, cuando la hada cesando de roncar, le dijo:

—Caballero, teneis muy mal carácter; por esto os he querido dar una leccion á fin de corregiros y haceros un marido modelo; espero que podré conseguirlo. Entre tanto hagamos las paces y acostaos; vos estais casi

en cueros y las noches son muy frias y os espondeis á pillar un constipado.

Al mismo tiempo mi tio sintió una mano que cogiendo la suya le atraia hácia el lecho; pero ay! esa mano era la misma mano seca y descarnada de la primera noche, lo mismo que las palabras que acababa de oir eran pronunciadas por una voz ronca y temblona. Mi tio pensó sin embargo que lo mejor que podia hacer era prestar completa obediencia, y haciendo por lo tanto un esfuerzo supremo á fin de vencer su repugnancia se acostó; mas por muy dormilon que fuese se decidió á no dejarse entorpecer por el sueño, y por esta vez cumplió su palabra. En cuanto á la hada, volvió á dormirse sin dificultad y tan profundamente que cuando apareció el dia no habia aun abiertos los ojos.

Entre tanto á los primeros albores de la mañana M. de Kerkariau se sentó muy quedito en la cama, y reteniendo el aliento se acercó á su compañera para examinarla detenidamente. Mas juzgad de su sorpresa cuando vió un rostro anguloso, descarnado, una verdadera cabeza de muerto cubierta de un cutis curtido, arrugado, grasiento y tan horrible que parecia imposible pudiese pertenecer á una criatura humana! El espanto, el disgusto de este desgraciado fueron tales que no pudo contener una exclamacion. Despertada de improviso la Korigana abrió unos ojillos ribeteados de encarnado, hundidos debajo de espesas cejas de un gris puerco, y viendo que el caballero la miraba se arroja fuera de la cama silbando como una serpiente de cascabel, y corre hácia la puerta. Pero ya mi tio se hallaba sobre sus pasos; se arroja á la puerta antes que la fugitiva tuviese tiempo de cerrarla y penetra en un largo corredor á cuyo final encuentra una escalera. Si bien la hada habia desaparecido y él no pensaba volverla á encontrar, baja esa escalera tortuosa y oscura y llega á un aposento en medio del cual vé una mesa mugrienta, y encima de ella una docena de ratas disputándose los restos de manjares corrompidos; por todas partes no se ven mas que telas de araña suspendidas de la techumbre, vidrios rotos en las ventanas y el suelo lleno de hoyos y ladrillos quebrados.

Despues de haber recorrido otros varios aposentos donde todo respira miseria y abandono, M. de Kerkariau piensa en salir de esa lúgubre morada; pero se encuentra en camisa y le es imposible presentarse de aquel modo; es pues preciso que vuelva al aposento donde ha pasado la noche, mas teme volver á caer en manos de la bruja!... Su embarazo crece por momentos; al fin se decide á volver sobre sus pasos. Por todas partes las ratas feroces le pasan por entre las piernas, mordiéndole los talones. Los murciélagos azotan su cara con sus repugnantes alas, pero nada le detiene y vuelve á entrar en el aposento de donde habia salido. Apenas ha entrado cuando apercibe sentada en un magnífico sillón de

:

terciopelo á la hada tan jóven, tan fresca, tan hermosa como cuando se le apareció por primera vez, y que con su voz dulce y melosa le dijo sonriéndose:

—Amigo mio, de dónde venís con ese vestido tan ligero?

—Ah miserable bruja, contesta furioso el caballero; no me engañareis por mas tiempo!

—De qué no quereis dejaros engañar, amigo mio?

—De vuestras infernales astucias, vieja megera!... Oh! vos aparentais una dulce sonrisa para enseñarme esos dientes de nacar, esos labios rojos como el coral, mas yo sé á qué atenerme; yo sé que teneis los ojos vidriosos y ribeteados de encarnado, un cutis grasiento y curtido y una cabeza de muerto sobre un cuerpo de serpiente.

—Vamos caballero, volveis á vuestras extravagancias?

—Yo no tengo extravagancia ninguna; no sueño: sois una horrible y malvada criatura que os habeis pegado á mí como una lapa para perseguirme, para perderme.

—Vamos, querido, replicó la hada; volved en vuestro acuerdo!... Qué vision habeis tenido?... no me reconocéis ya, no soy siempre vuestra esposa?... Mirad en torno vuestro: no estais en vuestro palacio, en vuestro cuarto de dormir, qué mas quereis?

—No sé donde estoy; mas sé muy bien lo que vos sois.

La hada se levantó y quiso tomarle la mano.

—Ira de Dios, no me toqueis, miserable demonio! exclamó mi tio retrocediendo.

—Esposo mio, estais delirando.

—No deliro, no: sé bien lo que me digo; quiero vestirme, quiero partir, y desgraciado el que quiera oponerse.

—Y dónde quereis ir, amigo mio? preguntóle la hada sin la menor emocion.

—Iré donde me dé la gana; ira de Dios.

—Creo, amigo mio, que tendreis que ir muy lejos para recuperar vuestro juicio.

M. de Kerkariau quiso acercarse al sillón donde estaban sus vestidos; la hada se colocó delante de él para impedirselo.

—Atrás, infame, exclamó el caballero con aire amenazador.

—Ah! replicó la Korigana; levantais la mano á una pobre mujer?

—Vos no sois mujer, sois una...

—Estais bien seguro de ello, señor?

Estas últimas palabras fueron dichas con tanto donaire, con tanta amabilidad y dulzura, que mi tio se sintió conmovido.

—Pues bien, añadió con un tono menos ágrío; si sois una mujer

honrada, probádmelo dejándome volver al lado de una esposa que he abandonado hace tres días.

—Y qué os he hecho yo para verme abandonada también á mi vez?

—Qué me habeis hecho? No recordais que os he visto al amanecer cuando habeis despertado?

—Y bien: qué mal hay en todo esto?

—El mal que hay es que os he visto en vuestra verdadera forma, lo cual solo de pensarlo me causa horror.

—Parece, caballero, que estais sujeto á ensueños terribles, pues ya por segunda vez en el término de tres días, me llenais la cabeza con vuestras quimeras. Será necesario tomar una providencia para curar vuestras elucubraciones.

Este sarcasmo hizo revivir la cólera de mi tío.

—Vamos, añadió con tono de mando; que se me deje pasar!

—Qué quereis hacer, amigo mio?

—Vestirme en seguida y salir de aquí lo mas pronto posible.

—Tendreis, pues, valor para abandonarme despues de solos tres días de union?

—Oh! dejaos de mas muecas si os place!

—Por amor de mí, esposo mio, renunciad á semejante proyecto.

—No, no...! Quitaos de delante, os lo repito.

—Tened cuidado, amigo mio; os vais pareciendo á un niño mimado.

—Quereis, pues, llevarme hasta un extremo?

—Amigo mio, me parece que diriais mejor que pretendéis abusar de mi paciencia...

—Ah! Esto es mucho decir!

—De mi buen carácter!

—Oh! oh!

—De mi resignacion.

M. de Kerkariau habia montado en cólera; hizo un ademan para apartar la hada que continuaba á oponerse á su paso para impedirle que cogiese los vestidos; pero un poder invisible le impidió estender el brazo hasta ella.

—Amigo mio, replicó la Korigana; hareis muy bien en dejar ese aire de maton que no os sienta bien.

—Ah miserable demonio!

—Tened presente que no os he dicho una sola palabra ofensiva, y que hace mas de una hora que me hartais de injurias las mas groseras é inmerecidas.

—Sí, lo repito: vos sois una tunanta, una malvada y asquerosa hija del demonio.

—Caballero...!

—Una infame prostituta!

—Teneis valor para decir esto de vuestra mujer?

—Mi mujer! Jamás, jamás!

—Una mujer que os adora...

—Y que yo aborrezco de todo corazon...

—Que ha dado hácia vos los primeros pasos...

—Y de la que quiero huir como de la peste.

—Que puede y quiere hacer de vos el hombre mas rico de la tierra.

—Sí, dándome palacios que se cambian en asquerosos establos... No quiero para nada vuestras riquezas; ni un ápice de vuestro amor; nada vuestro... Sé muy bien, infame sirena, que sois poderosa; pero sé tambien que nada podeis con los que rechazan vuestros favores.

—Olvidais, pues, que hemos bebido en una misma copa y dormido en un mismo lecho?

—Es una falta de la que me arrepiento y de la cual procuraré hacer penitencia.

—Caballero, vos sois un niño.

—Atrás os digo; soy lo que me place ser.

—Un niño indócil, rebelde; y ya que me obligais á ello, os voy á tratar como tal.

A estas palabras, la Korigana cogió su pito de plata haciendo salir de él un silbido agudo y estridente, que hubo de penetrar hasta las entrañas de la tierra. En el mismo instante apareció una nube de enanos provistos de enormes látigos; algunos de ellos entraron por la puerta, otros por las ventanas y por la chimenea, y formando un círculo alrededor del pobre caballero que se hallaba en camisa, empezaron á repartirle sendos latigazos apretando los puños de la manera mas cruel. En vano mi desgraciado tio trataba de defenderse; sus piés estaban como clavados en el pavimento. A cada latigazo la sangre chorreaba de su cuerpo; la camisa se veía empapada; y los agudos dolores que sufría le obligaban á hacer contorsiones ridículas de las cuales la hada se reía á carcajadas.

—Firme! firme! gritaba con todos sus pulmones; firme, firme.

Y los golpes menudeaban como granizo. Mi tio, no obstante, se mantenía tieso y agitando sus brazos en todas direcciones, se esforzaba en atrapar alguno de aquellos insolentes enanos, pues conocia perfectamente la teogonía armoricana; no ignoraba que los koriganos tienen una numerosa prole de hijos enanos, llamados koriganos por sus madres, y que cualquiera que pueda apoderarse de uno de ellos solamente, ya nada tiene que temer. Desgraciadamente el poder sobrena-

tural que le retenia en el pavimento, le impedia poder coger ninguno.

—Con que soy una infame bruja! decia la Korigana; una vieja asquerosa y fea... Firme, firme hijos míos...! Con que tengo una cabeza de muerto con un cuerpo de serpiente... firme, firme.

Y los diminutos koriganos triscaban alrededor del paciente, y le ataraceaban con redoblados golpes. Hacia ya mas de un cuarto de hora que duraba esto; mi tío se debilitaba por momentos; sentia ya que sus fuerzas iban á abandonarle enteramente. En tal conflicto hizo voto de hacer una peregrinacion á los Santos Lugares si salia con bien de una lucha tan cruel. De pronto sus piés quedaron en libertad y arrojóse á los enanos, que llenos de espanto se precipitaron fuera del aposento por todas las salidas; mas el caballero pudo pillar á uno por el talon en el momento de ir á saltar por la ventana.

—Ah hijo del diablo! le dijo; tú pagarás por todos.

Y teniéndole fuertemente agarrado con una mano le echó la otra á la garganta para estrangularle.

—Piedad, piedad, exclamó la hada hincándose de rodillas.

—Ya no teneis gana de reir, señora? dijo el caballero. Esto está muy mal hecho, pues os privais de mostrar vuestros hermosos dientes!

—Querido mio, acordaos que no he sido yo quien empezó las hostilidades.

—Seguramente! habré sido yo el que ha venido á buscaros en este sitio?... Vamos bribon, pernea tanto como quieras; empezaré por darte buenos tirones de orejas para hacerte reir como á tu madre.

Y en efecto: empezó á tirar de las orejas del mal aventurado, que daba gritos espantosos.

—Volvédmele, decia la Korigana derramando abundantes lágrimas, y olvidaré todos vuestros ultrajes.

—Bella señora ó fea bruja, vos me creeis mas necio de lo que soy en realidad; tengo en mi poder á este chisgaravís, y sé que ningun poder me lo puede arrancar.

—Es verdad que nada puedo contra vos en este momento, dijo la hada; mas puedo dejar las cosas en el estado en que se encuentran, pues por mas que atormenteis á ese niño, no os será fácil salir de este lugar.

—Esto es lo que vamos á ver ahora mismo.

Hablando de esta suerte, mi querido tío hubo de llegar al sillón donde tenia sus vestidos, y sin dejar al enano que retenia con una mano, con la otra procuraba vestirse bien ó mal, sin escuchar la hada, quien siempre de hinojos le suplicaba no hiciese daño á su hijo. Cuan-

do la operacion concluyó, sentóse y puso el enano encima de sus rodillas.

—Feo animalito, le dijo: si no cesas de chillar y aturdirme los oídos, voy á aplastarte como una rana.

—Caballero, exclamaba la Korigana; vos no hareis semejante cosa!

—Lo haré; lo haré si me apurais mucho.

—Sois, pues, mas cruel que un tigre!

—Ah hermosa, la palabra es muy adecuada! Yo soy tan cruel como un tigre, yo cuyo pellejo acaba de ser hecho trizas...!

—Os lo ruego, no penseis ya en eso.

—Vamos, que veo que vais entrando en razon!

—Os pido la paz.

—Porque no podeis hacerme la guerra... Vaya una generosidad!

—Puedo como os he dicho, dejaros como estais.

—No importa; procuraré desenredarme lo mejor que pueda, empezando por este renacuajo, con quien voy á comenzar por hundir los ojos y quebrar las piernas para que no pueda escaparse.

—Cuánto quereis por su rescate?

—Parece que empezamos á entendernos! Henos ya en un terreno mas conveniente: quiero ante todo, que me pidais perdon de todo el daño que me habeis hecho. Despues, como ignoro el sitio donde me encuentro y sea fácil que tenga que andar muchas jornadas para volver á mi casa, quiero llenarme los bolsillos de abundantes cartuchos de monedas de oro; finalmente, marchando vos delante de mí me conducireis fuera de este palacio, ó mas bien de esta asquerosa cárcel. Fuera ya, en plena llanura, en tierra firme, no teniendo que temer vuestras brujerías, os restituiré á vuestro querido korigano, digno hijo de tal madre. Os conviene el trato?

—Y me abandonais para siempre?

—Seguramente! Creeis que no me basta una vez para tener humor de volver á empezar?

—Ingrato! No habeis sabido ser dichoso!

—Vamos, hermosa mia, basta ya de farsas...

—Impiacable esposo, exclamó la Korigana, me someto á todas vuestras exigencias; y puesto que rechazais la mano que podia hacer vuestra felicidad, sois libre para ir á vejetar en medio de vuestros semejantes. Hé aquí, añadió presentándole un fino llavero con llaves de oro; abrid ese armario de ébano que teneis frente de vos, y tomad todo el oro que querais.

M. de Kerkariau no se lo hizo decir por segunda vez: abrió uno tras otro todos los cajones del armario, y llenando sus bolsillos con

todo el oro que encontró, se volvió hácia la Korigana diciéndole:

—Señora, héme pronto á seguiros.

—Es pues cierto que estais decidido?

Al pronunciar estas palabras dirigió sus lánguidos y húmedos ojos hácia el caballero. Estaba todavía tan hermosa, tan seductora, que mi tío estuvo vacilando por un momento; mas como afortunadamente al volverse hácia ella sintió los dolores causados por el frotamiento de sus vestidos con las llagas sanguinolentas de su cuerpo, volvió á tomar toda la energía.

—Acabemos, señora; todo cuanto digais podria hacerme mas exigente.

La Korigana se levantó: el caballero la siguió en el momento teniendo bien firme al enano á quien no escaseaba los pellizcos, cada vez que hacia un movimiento para escaparse. Atravesaron de este modo todo el palacio donde M. de Kerkariau solo habia visto vidrios rotos, muebles cojos, telas de araña y ratas por todos lados, y que en aquel momento veía lleno de cortinajes de brocado y sederías, de soberbios muebles engastados en pedrerías, y una multitud inmensa de pages y servidores con suntuosas libreas. En el momento de pisar el umbral, la Korigana que marchaba delante, se volvió diciéndole:

—Amigo mio, es pues cierto que no volveré á veros?

Mas mi tío, que andaba con mucho trabajo, gracias á los latigazos repartidos por todo su cuerpo, tenia pocas ganas de escuchar por mas tiempo aquella palabrería.

—No procureis tentarme por mas tiempo, demonio infernal, exclamó; pues todo es trabajo en balde. En este mismo instante voy á abandonar estos lugares malditos, para no volver jamás á ellos.

—Ay de mí, dijo entonces la Korigana; con toda sinceridad deploro vuestra ceguera: los hombres pueden saber dónde se encuentran, pero jamás á dónde se dirigen.

—Música celestial, hermosa: por todas partes se va á Roma; no se necesita para llegar otra cosa que llevar viaje feliz, y yo soy muy dispuesto para no temer nada en él. Bajo este punto de vista, os repito que todo irá bien.

Una sonrisa imperceptible desfloró los labios de la Korigana. Como en aquel momento atravesaban el patio, bien pronto estuvieron fuera del palacio. La hada se detuvo tan luego como hubieron pasado el umbral.

—Entre tanto, le dijo cambiando de tono: soy yo ahora quien exijo el cumplimiento del tratado: volvedme mi hijo, y cúmplase vuestro destino.

Mi tío, sin dejarse intimidar por esta especie de amenaza, puso en tierra al diminuto korigano y volvió la espalda; mas pronto se detuvo para mirar á su alrededor, pues no columbraba ningun sendero ni camino.

Desde luego pudo ver que se hallaba en mitad de esa llanura de arena que habia visto dos dias antes desde lo mas alto de la torre. Reconoció esta misma torre situada á la estremidad meridional del palacio, del cual acababa de salir, rodeado de altas y fuertísimas murallas. Felizmente M. de Kerkariau, que habia servido en la marina, sabia orientarse pronto: sacó su reloj, vió que acababan de dar las diez de la mañana, y que por consecuencia el sol debia de hallarse al Sud-este, y como recordaba perfectamente que la fuente junto á la cual se habia dormido, se hallaba situada al Oeste del palacio, se dirigió hácia dicho punto.

Héle, pues, marchando decididamente por la arena, convencido que no podia tardar en columbrar alguna habitacion donde pudiese recibir la hospitalidad que estaba en estado de pagar con largueza; no obstante, á pesar de haber andado por espacio de tres horas nada veía aun, mas que una estensa mar de arena que se perdia en el horizonte. Detúvose un momento, pues las llagas producidas por los latigazos le hacian padecer horriblemente.

—Es probable, pensó, que esa maldita hada durante mi sueño me haya trasportado á algun desierto... Todo esto no hubiera sucedido si yo no fuese tan dormilon, y si no me hubiese casado dos veces en menos de ocho dias. Casi estoy por creer que me está bien empleado.

Despues de haber descansado un buen rato, el caballero se puso de nuevo en marcha; mas bien pronto á las fatigas y á los sufrimientos que le atormentaban se añadieron los del hambre y la sed. El sol estaba cercano á su ocaso y el viajero percibia á lo lejos una montaña junto á la cual era probable pudiese encontrar agua, y tal vez alguna cabaña donde pasar la noche; hizo, pues, un esfuerzo supremo á fin de conseguir su objeto, que pudo al fin llevar á cabo; mas anhelante descuadernado todo su cuerpo, devorado por la fiebre y pudiendo apenas tenerse en pié. Afortunadamente á la entrada de un valle encontró un riachuelo de agua fresca y pura que mitigó su sed.

Era ya de noche: millares de estrellas brillaban en la bóveda azulada del firmamento; el aire era tibio y odorífico; la yerba fresca y blanda, sobre la cual se sentó nuestro héroe. Todo en este lugar le recordaba la aparicion de la hada, causa de todas sus desventuras.

—Seguramente, dijo el caballero en alta voz, solo falta aquí para que la ilusion sea completa, que se aparezca la Korigana.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando vió venir hácia él una forma esbelta, ligera, cuyos menudos piés apenas tocaban el menudo césped del valle.

—Podeis ver, caballero, que no me hago de rogar, dijo la sombra; me habeis invocado, héme ya á vuestro lado.

A estas palabras apartó de su rostro el velo que le cubria.

—La Korigana! exclamó mi tio haciendo un movimiento de cólera y de terror.

—Yo en persona, querido esposo. ¿Me faltaba razon cuando os decia que los hombres pueden saber dónde se encuentran, pero no siempre dónde van?

—Pícara bruja! exclamó M. de Kerkariau; cuándo dejarás de atormentarme?

—Seriais mas justo, amigo mio, en decir cuándo dejaré de protegeros.

—Pero maldita víbora, tú no piensas mas que en hacerme daño. Qué demonio te trajo á mi lado la tarde que yo dormía tranquilo junto á la fuente?

—Ya os lo tengo dicho, caballero, contestó ella bajando los ojos y ruborizándose; aun cuando no querais creerlo, yo os amaba; no fué un demonio el que me llevó cerca de vos; fué un dios, el dios del amor.

—Ah! vos me amábais, hermosa hipócrita!

—Ay de mí! con toda mi alma.

—Y sería por vuestro acendrado amor, que habeis hecho crujir todo mi cuerpo con los latigazos repartidos por vuestros malditos koriganos?

—Amigo mio, sobre este particular podria citaros aquel refran que dice: «Quien bien ama, bien castiga...» mas entre esposos, esto no tiene nada de particular.

—Qué quiere decir *entre esposos*? Borrard de vuestro libro semejante palabra: entre nosotros no ha habido mas matrimonio que una farsa por parte vuestra. ¿Es acaso para volver á tomar vuestros derechos de esposa que os habeis presentado otra vez?

—Querido mio, vos estais enfermo y terriblemente cansado; los sufrimientos os hacen injusto; mas yo os perdono, porque estoy segura que reconocereis vuestros errores. Tomad mi brazo y dejaos llevar. Un dia ó dos pasados en una buena cama, rodeado de los cuidados mas tiernos, serán suficientes para que quedeis completamente curado.

—No, no...! no hay brazo que pueda sostenerme; me siento imposibilitado de dar un solo paso.

—No os dé cuidado eso; no tendremos que andar mas que un mo-

:

mento, y ya me he provisto de un cordial que os hará recuperar vuestras fuerzas.

Entonces la hada sacó de su seno un frasquito que presentó al caballero. La tentación fué terrible: mi pobre tío se encontraba en tan mal estado y padecía tanto, que la expectativa del alivio que le ofrecía la Korigana estuvo á punto de hacerle perder toda su resolución. Alargaba ya el brazo para tomar el frasco, cuando percibió una especie de pérfida sonrisa errar en los labios de la hada. De pronto calculó que aceptando de la misma cualquier cosa volvía á ponerse á su discreción.

—No! exclamó retirando la mano con rapidez; no, no sucumbiré. Retírate, hija del infierno; y si yo debo morir aquí, á lo menos que muera en paz.

—Una sola palabra, caballero.

—Ni una sílaba!

—Rehusais oirme?

—Bastante te he escuchado, hija de maldición!

—Ay de mí! y no obstante, únicamente habia venido para reparar mis injusticias...!

—Podeis volveros por donde habeis venido.

—Ah, caballero, cuán tristes recuerdos van á atormentaros!

—Los mayores que pueden sobrevenirme, serán de haberme dejado enredar en vuestras redes, sirena maldita.

—Qué pretendéis pues en el estado en que os hallais?

—Lo que Dios quiera... Dios, á quien invoco para que te arroje de mi presencia, infame demonio!

Al nombre de Dios repetido por dos veces, la Korigana dió un rugido terrible; poco despues, en el lugar que ella se encontraba, apareció una nube que la envolvió, y cuando la nube se hubo disipado la hada habia desaparecido.

—Que Dios sea para siempre alabado, exclamó M. de Kerkariau; la miserable las pagará todas juntas.

Parecióle que la satisfacion que experimentaba por haber resistido á la tentación, disminuía sus males por mitad, y apenas despues de una plegaria se habia tendido sobre la yerba, cuando se durmió profundamente, pero esta vez con un sueño legítimo y reparador.

Empezaba apenas á despuntar el dia cuando el caballero despertó. Se encontraba débil, pero sufría menos que la víspera, y cuando hubo bebido un poco de agua encontróse en animo de volver á emprender su camino. Preveía sin embargo que la jornada seria fatigosa, porque se trataba nada menos que de franquear esa montaña al pié de la cual habia hecho alto, y ya hacia treinta y seis horas que nada habia comido;

mas no era imposible que durante su viaje encontrase algunas frutas silvestres, algunas raices fáciles de comer, y esta esperanza le sostuvo.

A cosa del medio dia M. de Kerkariau habia ya atravesado la cima de la montaña, tocando ya la vertiente del otro lado; nada habia encontrado para comer, ni habia visto una sola cabaña ni alma viviente, mas veía la mar allá á lo lejos y un barco de pescador poco lejano de la orilla. Esto fué bastante para animar su esperanza: apresuró el paso, y apenas llegó á la playa cuando hizo señas al pescador con su pañuelo, invitándole á venir á tierra. Las señas fueron comprendidas y bien pronto la barca tocó la arena de la playa.

—Amigo mio, dijo el caballero al pescador; me he extraviado en la montaña y me estoy muriendo de hambre. Dadme, os lo suplico, algo que coma, y os lo pagaré generosamente.

—Solo me quedan para mañana, contestó el pescador, algunos menudrugos de pan y unos pescados medio podridos. Cuánto vais á darme por ellos?

M. de Kerkariau, que ya en el pensamiento devoraba el pan y los peces, rebuscó con viveza en sus bolsillos, y tomando un pellizco del oro que habia tomado en el armario de ébano, lo puso en manos del pescador.

—Ladron! exclamó este último; es con esta moneda con la que pagas tus deudas?

Y en seguida arrojó al rostro del caballero lo que acababa de recibir. Eran pequeños cantos de rio de forma aplastada, uno de los cuales hiirió el rostro de M. de Kerkariau. Mientras este se frotaba los ojos para ver mejor lo que acababa de sucederle, el pescador largó su barca alejándose de la playa, sin que las promesas ni las amenazas pudieran hacerle volver.

—Hé aquí otra de las burlas de la Korigana, se dijo el caballero vaciando sus bolsillos para quitarse aquel peso inútil; lo mismo que su palacio que se cambia en un establo, su oro se vuelve cantos... Que vá á ser de mí entre tanto?

Su situacion era en efecto desesperante, pues apenas le quedaban fuerzas para tenerse en pié. Sin embargo, como la marea estaba bajando, adelantóse hácia el mar, pudiendo recoger algunas ostras y almejas, gracias á las cuales pudo distraer el hambre por un instante. Subióse en una roca, desde cuya altura podia ver mucho mas lejos; todo en vano, pues no pudo descubrir ninguna otra embarcacion, cayendo en seguida la noche lóbrega y oscura. Un poco de agua dulce que encontró en el hueco de un peñasco hizo que pudiese refrescarse, tendiéndose en seguida sobre el musgo, encargando á Dios el cuidado de su conservacion.

Apenas habia cerrado los ojos se declaró una horrible tormenta; al ruido del trueno, al silbido de los vientos se mezclaron bien pronto los mugidos de las olas que atrevidas llegaron hasta él, inundándole y mojándole hasta los huesos; y como el furor del mar fué creciendo vióse precisado á buscar un sitio mas elevado para salvarse, cosa muy difícil por lo escarpado de las rocas. Con grande trabajo pudo el caballero, medio cayéndose, medio agarrándose á las puntas de las peñas, situarse en un lugar mas seguro; el viento que arreciaba á cada instante con mayor furia le hacia bambolear; las olas que crecian por momentos y que avanzaban con espumas hácia el sitio empinado donde se habia colocado, al parecer iban á tragarle. Sus manos estaban ensangrentadas á causa de su penosa ascension; los piés los tenia destrozados, y el agua del mar que le mojaba reblandecia sus llagas y las hacia destilar sangre. Finalmente, pudo llegar hasta una plataforma donde pudo respirar un momento; el desgraciado se hallaba hasta tal punto estenuado que permaneció por espacio de una hora sin movimiento, mojado, helado, azotado continuamente por el viento y por la lluvia que caía á torrentes.

—Ah! decia con voz casi estinguida; la Korigana tan mala é infame como es, tenia razon cuando decia que persistiendo en mi designio de alejarme de ella, me preparaba yo mismo males peores que aquellos que queria evitar.

—Me alegro de veros mas razonable, amigo mio, exclamó una voz que el pobre mártir reconoció en seguida.

Hizo un violento esfuerzo para volverse y vió la hada á dos pasos de su persona, siempre hermosa, fresca y encantadora.

—Siempre esta mujer! exclamó el caballero.

—Siempre que me invoqueis, caro esposo.

—Os he invocado yo acaso?

—No acabais de reconocer que habeis hecho mal en abandonarme?

—No he dicho una palabra de todo esto; únicamente he dicho que vos me habiais avisado los males que padezco, y esto nada tiene de extraño cuando sois su instigadora.

—Yo, ingrato! Yo que tengo tanto placer en ponerme á vuestras órdenes.

—Vos á mis órdenes, vos?

—Sin duda.

—Y estais dispuesta á hacer mi voluntad?

—Será el mayor placer que podreis darme.

—Quiero, pues, ver si me engañais. Deseo, mando que me conduzcáis en este mismo momento á mi casa, cerca de mi jóven esposa que tal vez llora mi muerte.

—Puedo decir sobre el particular, caballero, que la persona de quien habláis no tiene en este momento ganas de llorar; al contrario, está muy contenta y riendo de todas veras.

—Esto es una infame calumnia!... En esto os reconozco, malvada serpiente!

—No quereis creerme, pues bien, hagamos un trato: voy á volveros invisible y á llevaros á vuestro castillo. Si he calumniado á la persona de quien se trata, volvereis á ser visible y permaneceréis en vuestro castillo; yo me alejaré y no volvereis á verme mas. Si por el contrario, si veis que he dicho la verdad, regresareis conmigo á mi palacio y permaneceremos siempre juntos.

La confianza del pobre marido en la honradez de su mujer empezó á desaparecer con tan singular proposicion; la sangre se le subió al cerebro y se pasaron algunos minutos sin que pudiese contestar.

—Vos decíais que estábais pronto á cumplir mis deseos y empezais por poner condiciones.

—Esto no son condiciones: es solamente una simple proposicion; si la rechazais no dejaré por esto de llevaros á vuestra casa. Unicamente entonces no sereis invisible: no vereis nada de lo que pasa en ella y entrareis en la condicion de los maridos comunes, que son siempre los últimos en saber aquello que debian saber antes que nadie.

—Y asegurais que veré todo lo que habeis dicho?... y tendré mi espada al lado?... que... ¡furias del averno! los miserables pagarán cara su traicion... Sí, pero volver á ese maldito palacio de donde tanto me ha costado salir, donde la seda se trueca en telas de araña y el oro en pedruscos, donde teneis á vuestra disposicion un enjambre de rabiosos enanos que me han puesto como un Lázaro... tanto valdria morir sin confesion é irse derecho al infierno.

—Todo ello no es mas que un juego de vuestra imaginacion; padecéis de alucinaciones, pero esto concluirá, os lo prometo.

—De veras? el pescador de esta mañana, padecia tambien de alucinaciones cuando me ha tirado al rostro los pedruscos que yo le habia dado creyéndole dar buenas monedas de oro?

—Querido mio; era un medio que yo empleaba para no dejaros escapar. Soy culpable por haberos dado esta nueva prueba de amor?

—Y los latigazos, demonio? Y los latigazos que me han puesto como estoy?

—Este es mi único crimen, caro esposo; mas vos me habíais tratado cruelmente!... Sé muy bien que una mujer comun se hubiera vengado de otra suerte.

—No creo que lo hubiera hecho peor.

—Esto no es tan verdad como quereis suponer.

—Qué quereis decir, pues?

—Amigo mio, ella hubiera podido hacer lo que hace en este momento aquella con quien teneis tanta prisa de reuniros: buscar quien la consolase, hallarle y.....

—Oh! es imposible! Esa tierna jóven á quien he visto crecer... tan dulce, tan cándida, tan amorosa.

—Muy amorosa y muy cándida efectivamente.

—No, no; jamás podré creer...

—Y cuando lo hayais visto, amigo mio?

—Cuando lo haya visto... Bien: sea! Quiero verlo al momento.

—Aceptais mi proposicion?

—Lo acepto todo... todo... pero los mataré... es preciso que los mate... y todo por haberme dormido pacíficamente al borde de una fuente... Mas esto es horroroso, espantoso... Es preciso que no haya justicia en el cielo.

El desgraciado marido se encontraba en un estado de sobreescitacion imposible de describir; aun cuando se hallaba atormentado por dolores que le impedian tenerse en pié, se levantó erguido: su mirada era aterradora; sus dientes se chocaban entre sí; su cabeza ardia y le parecia que su cráneo iba á estallar.

—Partamos al momento, dijo dando un paso hácia la Korigana.

—Dicho esto empezó á tambalearse; la hada tuvo que sostenerle.

—Querido esposo, le dijo la última; en el estado en que os encontráis no podriais ir muy lejos; tomad este cordial que ayer no quisisteis probar.

Y de nuevo sacó de su seno el frasco que presentó al caballero.

—Tomaré todos los cordiales del mundo, replicó este; estoy harto de padecer.

Y tomando el frasco de cristal, lo vació de un trago; en seguida cesaron sus dolores como por encanto; desapareció la fatiga completamente quedando nuestro hombre restablecido. La tempestad cesó tambien y bien pronto la luna, saliendo por entre las nubes, permitió que el caballero viese una fácil salida para bajar de la plataforma donde se habia encaramado con tanta dificultad.

—Dadme vuestra mano, esposo querido, le dijo la Korigana.

Mi tio esta vez tomó la mano que habia rechazado con tanta tenacidad por espacio de dos dias completos, y dejóse conducir por un sendero fácil que se veía en la roca, y que parecia formarse por sí mismo á medida que la hada avanzaba en él. Bien pronto llegaron á poner la planta sobre un verde césped, y diez minutos despues el caballero em-

pezó á reconocer lo que tenia delante de los ojos. Hallábase en sus dominios y á la claridad del astro de la noche distinguia perfectamente las torrecillas de su castillo.

—Será menester que llame á mis criados, dijo mi tio, al acercarse á la puerta principal.

—Guardaos bien de hacer tal cosa, mi tierno amigo; para llegar con bien es preciso no incomodar á nadie.

—Ya les haremos abrir; no tengais cuidado por esto. Olvidais que vuestra segunda esposa es mas que una mujer comun?

M. de Kerkariau suspiró al pensar que su compañera decia bien; pues hubiera preferido que fuese al contrario. Mas pronto rechazó de sí las ideas que las inconsideradas palabras de la hada acababan de hacer nacer en su cerebro, á fin de ser superior á los acontecimientos que iban á tener lugar.

La Korigana entre tanto no habia mentido; á un simple ademán suyo todas las puertas se abrieron sin ruido y dieron paso á ambos; ella tranquila y alegre como si estuviera en su palacio, y él apesadumbrado como si de antemano presintiese el espectáculo que iba á presentarse á su vista, el cual temia al mismo tiempo, y que por no presenciar hubiera dado todo lo que poseía en este mundo.

De esta conformidad llegaron hasta el gabinete particular de madama de Kerkariau primera; llegados á él, á favor de una puerta vidriera, cuyas cortinas no estaban completamente hechadas, podia verse todo lo que pasaba en el interior del aposento de la dama, donde á pesar de lo avanzado de la hora ardian infinidad de bujías. El caballero, pues, pudo ver perfectamente á su mujer con un ligero peinador de muselina. Cerca de ella, sentado en el mismo sofá, un jóven de muy buena presencia que parecia bastante animado.

—Hermosa amiga, decia, dejadme besar esta linda mano y apretarla sobre mi corazon, y en sus latidos podreis comprender el fuego de esa pasion que por vos siento.

Al oir estas palabras el desgraciado marido se puso furioso y quiso arrojarle contra el audaz que así atentaba á su honor; pero la Korigana le detuvo haciéndole observar que el interrumpir una conversacion que desde luego parecia tan interesante, era el único medio para no saber nada mas. Mi tio se contuvo y oyó distintamente lo que sigue:

—Angel mio, decidme que me amais!

—No he hecho ya mas que esto, probándoos mi amor de una manera evidente? contestó la dama bajando los ojos como ruborizada.

—Ah! esto es ya demasiado, exclamó M. de Kerkariau.

Y echando mano á la espada dió un fuerte puntapié á la puerta y

se lanzó dentro del gabinete como una furia. Desgraciadamente, ó mas bien afortunadamente, su exclamacion habia sido suficiente para alar-
mar á las dos tortolitas que tan bien se arrullaban: la dama se salvó en
una pieza vecina cuya puerta atrancó bien por dentro corriendo el cer-
rojo, y el galante jóven se largó saltando por la ventana. Con peligro
de romperse la crisma, M. de Kerkariau siguió tan peligroso camino;
apenas sus piés tocaron el suelo del zaguan, se lanzó con direccion al
sitio donde le pareció dirigirse el fugitivo; mas este habia desaparecido
completamente, siendo inútil que el caballero le buscara por todos
lados.

Descontento de sí mismo, furioso contra todo lo que le rodea,
M. de Kerkariau se pasea á largos pasos en el antiguo salon de armas,
procurando poner algun órden á sus ideas, lo cual le es difícil en aque-
llos momentos. La hada le sigue diciéndole:

—Y bien, querido, me acusareis de haberos querido engañar?

—No sé qué contestar, replicó él; pues ese aturdido se ha escapado,
y esto no era lo pactado.

—He cumplido exactamente mi palabra, dijo la hada; quereis vos fal-
tar á la vuestra?

Mi querido tio se encontraba en gran perplejidad: faltar á su pala-
bra no le era posible, y por lo tanto debia ponerse á discrecion de la
Korigana, de la cual tenia tantos motivos para desconfiar, ó esponerse
á los mayores tormentos. Buscaba por tanto un término medio.

—Señora, le dijo: conoceis que despues de lo que acaba de suceder
tengo obligaciones muy sérias que llenar, satisfacciones que obtener, y
vos sois demasiado razonable para no concederme un plazo de algunos
dias.

—Os concederé todo el tiempo que querais emplear en estas cosas,
replicó la hada, mas con la condicion que desde luego tendreis confian-
za en mí volviéndome á conducir á mi palacio. En la situacion angus-
tiosa en que os encontrais en este momento, lo mas acertado es salir
de aquí, donde podriais arrojaros á ejercer actos de violencia de los
cuales tuviérais que arrepentiros mas adelante.

—Pero mas adelante será ya tarde.

—Os garantizo todo lo contrario... No querais, amigo mio, hacerme
dudar ó creer que quereis eludir el compromiso que habeis contraido
conmigo; venid, dejad que os ame, dejaos adorar de buen grado, y
antes de ocho dias volvereis si lo teneis por conveniente.

—Y vos no atentareis contra mi libertad?

—Solo pretendo vuestro amor.

—Pues bien, partamos!



P. Martínez lit.

Lit. de J. J. Martínez Madrid

LA DAMA BLANCA.

Esto era llegar hasta el heroísmo, debemos convenir en ello; mas mi tío se encontraba en una de aquellas situaciones en las cuales se aventura el todo por el todo. Tomó la mano de la Korigana y salieron juntos del salón de armas. Habían ya atravesado el zaguán, é iban ya á salir por la puerta, cuando al volverse el caballero para echar la última mirada á aquellos sitios que le habían visto nacer, y de los cuales se apartaba con dolor, exclamó de pronto:

—Gran Dios!... la dama blanca!

Sobresaltada la Korigana con el grito de Mr. de Kerkariau, volvió la vista hácia el lugar que este miraba con tanta atención, y habiendo visto también por entre las rejas de una torrecilla una mujer alta, hermosa y vestida de blanco, coronada con una aureola de resplandeciente luz, arrojó otro grito mas estridente y agudo que el del caballero, en el cual este creyó reconocer el silbido de víbora que ella había hecho oír cuando la había sorprendido durmiendo bajo la forma de una vieja megera desdentada y de piel arrugada y curtida. Al mismo tiempo la hada desprendió su mano que tenía entre la del caballero, procurando huir; mas á los primeros pasos que dió se vió enclavada en el suelo como si estuviese presa con garfios.

Al llegar aquí el narrador se creyó obligado á interrumpir su relato para dirigirse á su auditorio.

—Nadie de Vds., señores, ignorará que lo mismo que la Alemania y la Escocia, nuestra Bretaña, la antigua Armorica, ha tenido sus damas blancas. Estas son hadas superiores cuya existencia no está menos probada que la de los koriganos, elfinos, peris, ondinas, etc. En general esas damas blancas se adhieren á las familias mas nobles, de las cuales se constituyen en protectoras. Jamás se muestran á sus protegidos sino cuando tienen que anunciarles acontecimientos afortunados: los matrimonios, nacimientos, las victorias, la curación de un enfermo, la vuelta próxima de un amigo ausente, el fin de una calamidad, etc. es anunciada por esas hadas benéficas por su aparición en la familia.

Sin duda, señores, que esto solo lo podemos saber por tradición, porque despues de un siglo, desde que los reyes se van, como se dice, á muchas partes, esos buenos génius no aparecen ya; segun todas las probabilidades se han refugiado lejos de nuestro mundo sublunar donde esperan dias mejores; mas, lo repito: su existencia es positiva. Tengo en mi casa manuscritos célticos escritos en pergamino preparado por medio de un procedimiento desconocido hoy, que traducidos por mí con la mayor exactitud, prueban con evidencia la existencia de las damas blancas. Réstame solo decir que una de esas hadas protectoras se había asociado de todas veras á la casa solar de Kerkariau. Mi tío

:

habia sido testigo de muchas de sus apariciones, que siempre llenaban de gozo á la familia; así, pues, se sorprendió el verla cuando se creia amenazado de un mal conyugal considerado como irreparable. Sigo, pues, mi relacion, que toca á su término.

Mi tio solo habia dejado oír esta exclamacion: ¡*Gran Dios! la dama blanca!* pero esta exclamacion le habia hecho naturalmente reflexionar:

Que algo bueno tenia que anunciarle en unos momentos en que se creia mas desgraciado que nunca.

—Vengo, dijo la dama blanca, que en un instante habia descendido desde la torrecilla al dintel de la puerta donde se hallaban el caballero y la Korigana, vengo para impediros el dar cumplimiento á la mayor bestialidad que pudo jamás hacer ninguno de vuestra familia. Vengo tambien para castigar á esta miserable Korigana que ha osado usurpar mis títulos, llamándose reina de las hadas de este distrito, cuando nunca pudo llegar á ser mas que la ínfima de mis súbditas.

Volviéndose entonces hácia la Korigana le dijo:

—Vieja arpía! vuelve al momento á tomar tu verdadera forma! Esta durará en tí por espacio de cien años, sin que puedas dejarla un solo instante. Lo tienes bien merecido por haber hecho de las tuyas con un protejido mio, á quien has hecho juguete de tus caprichos y víctima de tus picardías.

Apenas la dama blanca hubo pronunciado esta sentencia, cuando la Korigana apareció delante del caballero tal como la habia visto durante su sueño al amanecer de la segunda noche que él habia pasado en la cámara nupcial; es decir, vieja, puerca, grasienta, con los ojillos ribeteados de encarnado, y además con lo que no habia reparado todavía, con una enorme joroba y una pata mas larga que la otra.

—Podeis ver caballero, le dijo la dama blanca, que no teneis mucho que vanagloriaros de vuestra flamante conquista.

M. de Kerkariau se puso rojo como una amapola; su confusion era tal que se pasó mucho rato sin que pudiese proferir una sola palabra. Sin embargo, como era un hombre leal y valiente, creyó un deber de hablar á su protectora diciéndole:

—Soy mas desgraciado de lo que pensais, señora; he comprometido mi palabra y es preciso cumplirla.

—Vuestro compromiso es nulo; yo os relevo de él, pues vos creiais contraerle con una reina, y podeis calcular la magestad de esa muger... partid, añadió dirigiéndose á la Korigana, y tened presente que la menor falta os atraerá el mas severo castigo.

La vieja Korigana se marchó cojeando, refunfuñando y meneando la cabeza, desapareciendo bien pronto.

—Señora, dijo M. de Kerkariau á la dama blanca; ved en mí el mas reconocido de vuestros servidores; pero ay de mí! mi desgracia es tan grande, tan completa, que cuanto acabais de obrar en mi favor solo puede distraerme por algunos momentos... Mi esposa... una mujer adorable que amo todavía á pesar de su crimen...

—Sé bien todo esto; he velado por vos, señor dormilon. Es cierto que habeis escapado de buena, porque esa malvada Korigana se habia entendido con un silfo, su cómplice ordinario, quien, mientras que ella os atraía hácia sí, tomaba vuestra figura y se disponia á representaros aqui; mas yo he hecho nacer tantas dificultades, que no ha podido conseguir sus fines.

—Ah! señora, no hace todavía un cuarto de hora que he visto con mis propios ojos... que he oido con mis mismos oidos...

—Es cierto: mas era la primera vez que se veian; el silfo que habia tomado vuestra forma, se esforzaba tambien en ocupar vuestro lugar contando que habiéndose dormido junto á una fuente y estraviado mas adelante, no habia podido dar con su casa sino tres dias despues. Hacía solo algunos minutos que habia concluido su narracion, cuando aparecísteis vos. Era ya tiempo, convengo en ello: mas vos merecíais una leccion... Andad y que esto no vuelva á sucederos.

A estas palabras la protectora de los Kerkariaus desapareció, dejando á mi tio en el mayor embarazo, porque despues de lo que habia pasado no sabia cómo presentarse á su mujer. Mas todo sucedió mejor de lo que él esperaba: las jóvenes esposas son tan crédulas, ó tienen tanto interés en parecerlo!... Madama de Kerkariau no pudo oir la relacion de su marido sin que abundantes lágrimas surcasen su rubicundo y fresco rostro. Poco tiempo despues fué atacada de una fiebre maligna que en muy pocos dias la puso al borde del sepulcro, y al espirar en brazos de su marido, le hizo esta significativa recomendacion:

—Amigo mio, si volveis á casaros, no os durmais tan sin ton ni son!

Así concluyó, señores, esta aventura que no es un cuento como parece aparentais creer, y sí una historia, en apoyo de la cual puedo producir los documentos mas irrecusables y curiosos. Tales son los manuscritos célticos, los cuales he mentado mas adelante.

—Y bien, mis queridos huéspedes, exclamó el conde de Ploerfen, no os he dicho la verdad al anunciaros que si se le dejaba entrar en ese camino no se pararia jamás? Capaz es, si le dejais hacer, de contaros toda la mitología druídica.

—Y no habria en ello un gran mal, mi querido conde, replicó el baron, puesto que todo ello es ignorado de los sábios de nuestros dias, y relativamente os podria citar la opinion de un escritor muy compe-

tente; mas no quiero justificar el dicho del señor conde, que tiene todo el aire de señalarme como un implacable charlatan.

—Baron, dijo Mr. de Ploerfen; sabeis muy bien que nadie os escucha con mas gusto que yo.

—En cuanto á nosotras, Mr. de Kerkariau, dijo una señora, os estamos obligadísimas por habernos relatado un cuento tan bonito.

—Es una historia, señora, como ya he tenido el gusto de deciros.

—Sea así; una historia que tiene todas las trazas de un cuento y por esto no pierde nada... Si no he comprendido mal, señor baron, los Koriganos pertenecen á la tecnogonía druídica?

—Es incontestable, señora: los druidas tenian una diosa llamada Korigan cuyas sacerdotisas llevaban el mismo nombre; pero es un error grosero el creer que el estado de barbárie de los Galos, antes de la conquista de Julio César, se debiese á los druidas. No se han hecho mas que conjeturas acerca de los druidas, dice el escritor á quien he hecho alusion anteriormente; lo que puede decirse sin temor de equivocarse es, que antes de los druidas la religion gala era un culto bárbaro y grosero que ellos destruyeron en parte para sustituirle doctrinas mas elevadas, mas dulces y mas civilizadoras. Es probable que se estableciesen en las Galias despues de una invasion Kimrica, la primera de todas. La religion druídica tiene un carácter esencialmente pacífico, que uno estraña hallar en la céltica en épocas tan atrasadas, y sus dogmas estan llenos de un marcado espiritualismo. Por esto algunos escritores, aun los de la antigüedad, buscaban su manantial en las antiguas religiones orientales. Aristóteles coloca á los druidas en la misma línea que los Bramas. Los druidas, dice Plinio, son los magos de los Galos, pudiendo pasar por los maestros de los de Oriente, y que los autores modernos han comparado á menudo en sus doctrinas con las de los pueblos del Asia. Como los filósofos de Oriente dicen que el mundo debe concluir por el fuego, teniendo por principio que el *todo* se cambia en *todo*, fórmula evidentemente panteista á la cual en vano se ha procurado dar otro sentido. En cuanto á su moral era noble y pura; Diógenes Laertes la redujo á estos tres artículos capitales: 1.º honrar á los dioses; 2.º no hacer nada malo; 3.º ser valiente y generoso. Júntese á esto el respeto por las mujeres, á quienes los druidas concedian funciones judiciarias, la hospitalidad erigida en virtud, prohibida la ociosidad, recomendada la fundacion de hospitales, y se podrá juzgar de la saludable influencia que la religion druídica ejerció sobre los Galos.

Los druidas tuvieron que luchar largo tiempo contra las supersticiones arraigadas antes que ellos en el suelo de la Galia. No pudieron estirparlas completamente, y todo induce á creer que los sacrificios hu-

manos fueron un abuso que se vieron obligados á tolerar. Mas ellos restringieron considerablemente tan bárbara costumbre y escogieron sus víctimas entre los criminales. Es digno de notarse que la mayor de todas sus festividades, la de *Gui*, se encontraba libre de semejantes abominaciones. Es menester no echar en olvido que Roma presenció iguales sacrificios en tiempo de sus emperadores.

Los druidas, adoraban un dios único, ó bien eran politeistas? Esta es una cuestion que ha sido sobradamente debatida. Es evidente que la existencia de un dios creador é increado, era reconocido por los filósofos Galos, que no eran menos politeistas. Qué se entiende, pues, por politeismo?

La individualizacion de fuerzas de la naturaleza, inmensa gerarquía á cuya cima tronaba un dios supremo. Este dios entre los Galos era *Dis*, el *luminoso*, llamado tambien *Teutates*, *Padre de los hombres*, dios á la vez triple y único, como lo prueba esta inscripcion suspendida durante la festividad del *Gui*, en un círculo formado de las dos ramas de encina en la que se recogia el muérdago sagrado:

T

HES, TARANIS, BELEN.

T

Hes, significa el fuego primitivo, el Demiurgo; *Taranis*, el trueno; es decir, la explosion del fuego primordial en la materia chaótica que le llama á la vida, explicacion que adquirirá un alto grado de probabilidad si recordamos en el desenvolvimiento del caos de *Sanchoniaton*, que es asimismo un trueno fuerte que llama á la vida á los animales que permanecian todavia bajo una forma oval; *Belen*, finalmente, es el sol; es decir, ese mismo fuego primordial, que despues que lo produce todo, alumbra, calienta, desenvuelve y fecunda los gérmenes de la creacion.

Así pues, *Hes*, *Taranis* y *Belen*, significan *Teutates* emanado y manifestado en el mundo; *Teutates*, cuyo nombre está espresado por las dos letras iniciales *T*, que por su posicion ofrecen un sentido absolutamente idéntico á estas palabras de la escritura: Soy el alfa y el omega, el principio y el fin!

Los grandes santuarios del culto druídico consistian en cercados descubiertos, de forma circular y algunas veces cuadrada. Nos quedan algunos restos de los mas importantes en *Carnac*, en *Autun*, en *Rouvres*, en la isla de *Anglesey*. El de *Rouvres*, que pasaba por ser el punto mas central de la *Galia*, era el mas célebre. En él era donde se

celebraba todos los años la asamblea general de los druidas. Junto á esos santuarios se elevaban los colegios destinados á la instruccion de la juventud.

Una multitud de otros cercados mas reducidos, de forma octógona, y llamados temenes cubrian el suelo de la Galia. Algunos autores primitivos hablan tambien de templos cubiertos; mas parece positivo, que ó bien se han equivocado, ó que solo han querido designar sitios consagrados; pues es incontestable que los Galos creian que los templos eran indignos de la magestad divina. Lo mismo que los Persas, se hacian un deber en destruirlos en el pais donde llevaban sus armas victoriosas.

Los Romanos, dueños de la Galia, degollaron sin piedad á los Druidas y Druidesas; empero el Druidismo resistió por mucho tiempo á todos sus esfuerzos; el Cristianismo, cuyo precursor era, no consiguió reemplazarle sino muy lentamente, confundiéndose de cierta manera con el...

—Mas sabeis, señores, dijo interrumpiéndose el baron, que ya es mas de media noche?

Todo el mundo se levantó, y al retirarse cada cual, dió las gracias á M. de Kerkariau por la agradable velada que habia hecho pasar á su auditorio. Dirán tal vez algunos que esa gente debia estar dotada de un gran fondo de indulgencia; tendrán en ello razon: mas la indulgencia es una cosa laudable, y nosotros la impetramos de nuestros lectores.

FIN DE UNA CABEZA BRETONA.

SÍLFIDE Y WILLY.

—Con que es cosa hecha?—Es decir, que sin mas ni mas renunciáis la mano de una linda jóven inmensamente rica... una mujer titulada, la viuda de un boyardo...!

—Tio mio, os he dado ya mis razones sobre el particular.

—Y yo repito que tus razones no tienen sentido comun... Amas á otra! Vaya un inconveniente! Amas á una sílfide de la ópera! Vaya un obstáculo!

—No solamente una sílfide de la ópera, tio mio, sino una mujer divina, una hija del aire, de formas suaves y delicadas... Ah! tio mio, vos no comprendéis...

—Cómo que no comprendo! Sois un necio si creéis que no estoy completamente versado en el conocimiento de las mujeres mitológicas.

—Habreis acaso sido amado de una sílfide? Si esto es así, apuesto que por esto os habeis quedado célibe.

—Y apostaríais mal y perderíais vuestra apuesta... Vamos, Cárlos, hablemos razonablemente: tu sílfide no debe parecerse á aquellas de quienes habla la Mitología. Las sílfides, dicen esos sábios instruidos de los hechos y de las formas de tantas criaturas que jamás han existido, las sílfides están dotadas de una juventud casi eterna. Bellas, esbeltas, graciosas, y adornadas con alas mas brillantes que las alas de la ma-

riposa, mas ligeras que una pluma, se balancean en el aire, se mecen en la atmósfera entre los rayos del sol, se deleitan con el perfume de las flores que la brisa lleva consigo, se bañan en las perlas que el rocío deposita en la corola de los lirios y las rosas... Las sílfides ocupan un grado intermedio entre las mujeres y los espíritus puros; su cuerpo se compone de una materia tan ligera, tan ténue, tan trasparente, que nuestros sentidos no son bastantes para verla y palparla... Hé aquí lo que dicen los autores competentes.

—Es cierto, tío mio, que dicen todo esto; pero los mas instruidos añaden: «Algunas veces, no obstante, revistiéndose de una vestidura parecida á la nuestra, se hacen visibles á los mortales privilegiados. Semejantes apariciones son raras; ellas no se experimentan por parte de la sílfide sino en favor de un jóven cuando se enamoran de él. Entonces pierde el privilegio de su inmortalidad; sus radiosas alas se desprenden de sus blancas espaldas, y su destino se confunde con el de la criatura humana que les ha inspirado amor...»

—Y bien! amado tío, esto es lo que ha sucedido con mi Alina; el amor ha hecho desprender sus alas; nuestro destino debe confundirse.

—Pero pobre loco, tú olvidas que tu Alina baila en las tablas de la Opera.

—Qué importa esto para que yo la ame y ella me ame para siempre?

—Para siempre...! el amor de una bailarina de diez y ocho años...! Decididamente, caro sobrino, tu cabeza no está sana. Cárlos, cree en mi vieja esperiencia. Persistiendo en tu loca determinacion, te preparas grandes sinsabores; una vjuda de veinte años que es tres ó cuatro veces millonaria, que te adora!

—Segun vos decís.

—Estoy seguro de ello, amigo mio; diablos! conozco un poco el mundo...! Por de pronto, en el baile del embajador no te perdió un solo instante de ojo.

—Creeis esto, tío!

—Lo he visto positivamente, Cárlos. Hay mas todavía.

—Veamos ese mas.

—Pues bien, señor encaprichado, vos no mereceis que se os diga, y por consiguiente me callaré; os dejaré disparatar tanto como querais.

—Al contrario, me parece que ratiocino perfectamente, veamos: tengo veinte y tres años, ochenta mil reales de renta, gustos morigerados...

—Sí, gustos morigerados, y una bailarina que te arruina.

—Ah! tío mio, no calumniéis á esa pobre Alina: solo he podido hasta ahora hacerle aceptar mi retrato.

—Sí, pero rodeado de brillantes.



J. Martinez lit.

Lit. de J. Martinez, Madrid

LA SILFIDE.

—Es cierto; pero ella me ha dado tambien el suyo, y los diamantes que le rodean tienen doble valor á los míos.

—Entonces, veo que nada me queda que decir.

—Sí, tío; vos debíais decirme *el mas* que acabais de mentar hace poco.

—Debia callarme, pero soy demasiado bueno y demasiado condescendiente contigo...

—Os lo ruego, mi buen tío; veamos ese *mas* tan cacareado.

—Escúchame con atencion, Cárlos: lo que hay de *mas*, es que viendo á tu madre tan deseosa de esta alianza, he tenido una entrevista con la condesa Olga de Chutzalow...

—De veras...?

—Por tí únicamente, ingrato...! por tí... Ella estaba triste, sufría; tenia necesidad de abrir su corazon á otro corazon amigo... Tenia una gran necesidad de esplayarse... Siempre por causa tuya, ingrato...! Entonces yo me demostré amigo suyo... Comprendes, Cárlos? *su amigo*... No creas por esto que sea yo tan fátuo que no sepa que el tiempo de las princesas rusas ha pasado para mí. Pero la amistad es igual en todas las estaciones de la vida; así pues me hice el amigo, el confidente... comprendes tú toda la estension de tu dicha?

—Bien tío; quiero tambien haceros una confidencia.

—Hasla, muchacho, hasla... no una sola, diez, ciento, mil... Las confidencias son mi fuerte; vamos á ver la primera.

—No hay *mas* que una, y es que creo menos en el amor de las princesas rusas que en el de las sílfides.

—Desgraciado! Qué blasfemia!... Mas tú mudarás de opinion; soy yo quien te lo digo. Entre tanto solo me resta recordarte una cosa, y es que te acreditarás de muy impolítico y darás un sentimiento á tu madre, si esta noche no te dejas ver en la brillante fiesta que da madama de Chutzalow.

—Iré, podeis estar seguro de ello; vos sabeis muy bien que no soy hombre para ponerme en ridículo con las gentes por tan poca cosa, y mi querida y buena madre no ignora que sus menores deseos son órdenes para mí y que jamás los desatiendo.

—Escepto cuando se trata de las ninfas de la calle Lepelletier. Hasta la noche, pues, mala cabeza.

Es muy fácil, despues de semejante coloquio, hacerse cargo de la situacion de Mr. Cárlos de Arthenai; este jóven era un agregado á la embajada rusa, en expectativa, que dueño á los veinte y tres años de una hermosa fortuna, y dichoso con el amor que habia inspirado á una linda artista, nada temia tanto como el cambiar de estado. Viéndose

:

amado tiernamente de esa linda jóven á quien el amor habia cortado las alas, olvidaba á su lado el mundo entero, al cual no creia pertenecer.

Conocemos muy bien que todo esto podia ser inverosímil. Una bailarina!... podrán decirnos... Hé aquí el mundo! Jamás admite que un corazon puro, generoso, pueda latir debajo de los oropeles teatrales; esos pobres esclavos de la rutina no pueden comprender que la verdadera, la única mision de las bellas artes, es la de elevar el alma, ensanchar el corazon y desenvolver la inteligencia.

El tio de Cárlos, Mr. Luciano de Boismireau, era, como hemos visto, uno de esos rutinarios de buena fé, y de aquellos que ven la paja en el ojo ageno, por lo cual se admiraba de que su sobrino no quisiese casarse á los veinte y tres años, sin embargo de que él se hallaba soltero despues de haber cumplido los cincuenta. Es cierto que en esto obedecia solo á la influencia de la hermosa condesa Olga de Chuzatlow, quien viuda de un poderoso boyardo, se habia fijado en París, donde las fiestas brillantes que daba en su casa la habian colocado al momento en el gran círculo de la moda. Al ver los hermosos ojos de esa mujer brillar bajo sus rubias cejas, se acordaba uno de esos volcanes que mugen debajo de la nieve. Era en efecto la condesa una mujer ardiente, mas apasionada que tierna; una verdadera alma italiana bajo una capa moscovita. Ciegamente enamorada del jóven agregado á la embajada, nada habia descuidado para hacerse amar, aunque sin poder obtener el triunfo, lo cual habia exaltado su pasion con mas violencia. Era asimismo una muger incapaz de retroceder ante los obstáculos y no perdonaba medio alguno con tal de llegar á su fin, siendo perfectamente secundada por una especie de intrigante diestro en semejantes manejos, audaz y capaz de todo para conservar la posicion que habia conquistado cerca de la condesa, que tenia en él la confianza mas ilimitada.

—Brion, le habia dicho la dama: es preciso que Cárlos de Arthenai me pertenezca; lo quiero, me entendeis!

—No me habéis de obstáculos, y no os ocupeis de ellos mas que para hacerlos desaparecer... He visto esa mujer que vos me habeis dicho que Cárlos la llama su Sífide. Es una mediana hermosura de la cual será facil separarle; renunciará á ella ó desgraciado de él! pues si ella es su Sífide yo seré su Willy.

—Su Willy?

—Sí, Brion: las willys son las sílfides del norte. Tambien poseen blancas alas y un corazon tierno; pero desgraciado el que las hace traicion ó las desdeña! Su venganza es tanto mas implacable cuanto su amor es mas ardiente. Me comprendéis pues? Mi intendente ha recibi-

do orden de entregaros todo el dinero que pidais. La soiré de hoy debe ser decisiva; si mi triunfo no es completo, solo contaré con vos, y entonces nada de términos medios.

—La señora condesa sabe bien que no estoy por ellos: dar fuerte y á tiempo, es siempre, y en todos casos, el medio mas seguro para salir adelante... Bien entendido que la fuerza no debe escluir la destreza.

—Muy bien, querido Brion; voy viendo que sois un hombre á propósito.

—Señora, tengo la triste ventaja de haber vivido mucho y de conocer el mundo.

—Que os vea mañana al levantarme.

Brion se inclinó respetuosamente y salió.

Es un placer se decia la condesa en hacerse el genio malo de una muger linda como ella... Mas se comprende que ese estornino se haga tirar de la oreja para ser el señor y dueño de una viuda que posee tres millones...! A pesar de todo, por qué me quejo si se hace el dengoso? Cuanto mas se haga el interesante mejor para mí. Casi desearia que esta noche se hiciese el desentendido del todo... Veremos lo que sucede... Vamos, niño, que yo procuraré hacerte desear el dulce que ahora rechazas!

El diablo, al oir este monólogo, barajó las cartas para embrollarlas mejor á fin de sacar mejor partido.

Hemos visto que la tierna Olga se habia rodeado de poderosos auxiliares ligándose con la madre y el tio de la persona que amaba. Era preciso que el jóven Cárlos estuviese sériamente enamorado de su linda Sífide para poder resistir á esa liga tan diestramente combinada, y todo hacia esperar que esta resistencia seria de corta duracion. La condesa contaba mucho con esa soiré á la cual Cárlos habia prometido no faltar. Presentóse efectivamente en ella. Madama de Chutzalow estaba á la verdad deslumbradora; jamás su belleza habia brillado con tanto esplendor: todos los arsenales de las seduciones femeniles se hallaban reunidos en su persona; Cárlos parecia encantado, y no pudo menos de tener un gran esceso de amor propio y un vivo sentimiento al propio tiempo de compasion hácia la condesa que solo se mostraba encantadora para agradarle; así fué que hizo todos los extremos imaginables para complacer á esa hermosa muger que hacia tantos esfuerzos para darse un dueño, cuando le era tan fácil mandar como soberana.

—Muy bien, muchacho! vino á decirle al oido su tio el señor Boismireau, muy bien! tu madre está encantada..... y la condesa se halla en el quinto cielo; soy yo quien te lo digo, y todo el mundo sabe que Luciano Boismireau conoce el mundo!...

Y el querido tío decía la verdad: la dicha estaba pintada en el rostro y en los movimientos de madama Chutzalow, y Cárlos iba á llegar muy allá dejándose arrebatarse por el contagio, cuando Brion que se había escurrido entre la concurrencia de los salones, se dijo á sí mismo:

—Bien, muy bien... Poquito á poco bella señora! Si no hay quien os vaya á la mano no tendreis necesidad de nadie y esto no me conviene.

Algunos minutos despues, habiendo Cárlos pasado al buffet, un criado deslizó misteriosamente en su mano un billete. El jóven le abrió apresurado; este billete no contenia mas que estas palabras:

«Un horroroso accidente ha atacado á mademoiselle Alina; ella pregunta por vos desesperada.»

Cárlos se lanza inmediatamente á la escalera; ningun poder humano hubiera podido detenerle. Corre, salta, devora el espacio. Alina se halla tal vez moribunda y él la olvidaba por otra! Esto es un crimen que ha cometido sin querer, pero su desesperacion exajera enormemente. Llega por fin: el sudor se derrama de su rostro, su corazon late apresuradamente; con mano trémula tira del boton de la campanilla... Alina está de pié junto á su tremol arreglando su tocador de noche.

—Amigo mio, le dice ella con sencilla alegria; esta noche he recibido una ovacion completa... Vos no estabais sin embargo allí para admirarme! bien hecho...! Sin embargo, abrazadme porque os perdono.

—Querida Alina, qué desgracia, pues, os ha sobrevenido?

—Ya os lo he dicho, picaruelo: se me ha aplaudido con locura; me han inundado de flores, y vos no habeis presenciado mi triunfo!

—Entonces, de quién es este billete?

—De alguno que ha querido divertirse sin duda, contestó la jóven despues de haber leído el billete que Cárlos le enseñaba. Os ha dado un mal rato, amigo mio; lo siento, pero me alegro, porque si no no hubierais venido.

Mientras sucedia todo esto, Brion se restregaba las manos viendo á la condesa que paseaba su inquieta mirada por los salones.

—Eh! eh! dijo entonces: creo que ya es tiempo de meter el dedo entre el árbol y la corteza; la condesa es mujer para empezar á creer que ella sola se basta para poner en órden sus negocios, y por poco que esto hubiese durado pudiera haber dado contra órden á su intendente. Afortunadamente he parado el golpe: nuestro jóven se encuentra demasiado bien en este momento para salir de allí.

Mr. Luciano de Boismireau no comprendia una palabra de la desaparicion brusca de su sobrino, ni sabia cómo explicarla á la condesa; hablaba de un accidente de tocador, de una indisposicion causada por el calor; se contradecía, se embrollaba y daba á todos los diablos al

aturdido que de este modo se ponía en peligro de arrojar al aire los millones, sobre los cuales le era tan fácil poner la mano.

La imperiosa condesa por otro lado hacia esfuerzos sobrehumanos para disimular la violencia y el despecho que experimentaba; bien pronto su mal humor subió de punto y agotó todos los esfuerzos que hasta entonces habia hecho para aparecer tranquila, retirándose á su aposento con el corazon ulcerado, la cabeza ardiendo, y mas ansiosa que nunca de tomar una pronta venganza. La condesa estaba desconocida cuando á cosa del medio dia siguiente se le presentó Brion.

—Y bien, Brion; ya habreis visto cómo se ha portado ese monstruo...! Y vos qué habeis hecho?

—Yo, señora, al verle partir quise saber dónde iba y lo averigué.

—Oh! yo lo adiviné tambien... Está, pues, locamente enamorado de esa jóven?

—Rematado, señora condesa; esta es la palabra. Afortunadamente esta clase de locura es menos durable cuanto es mas violenta; de otra parte, he descubierto un específico para hacerla pasar.

—A la obra, pues, amigo mio; es preciso no perder un minuto.

—No pierdo ni un segundo, señora condesa; la prueba es que ya vuestro intendente me ha entregado diez mil francos á cuenta de los treinta mil que le pedí, no queriendo ir mas lejos, segun me ha dicho, sin recibir nuevas órdenes.

—Efectivamente, Brion; la suma me parece un poco escesiva.

—Qué quereis, señora! las sílfides están muy altas de precio en este año, segun parece. Puede que esto sea la causa por que el jóven en cuestion esté tan aferrado á la suya... ó á la que cree ser suya... Y despues, señora, una chica de su calibre, por muy ligera que sea, no se la trasporta desde París á San Petersburgo sin algun trabajo.

—Comprendo... vos creeis que ella consentirá en...

—Nos pasaremos sin su consentimiento.

—Tened mucho cuidado; esto podria enredarse de manera que...

—No importa, señora, cuando se trata de serviros! Unicamente, como tuve el honor de deciros antes, la Sílfide está en alza, lo que será probable os haga que tengais que llegar hasta los cuarenta mil y tal vez hasta los cincuenta... En cuanto á los honorarios, la señora condesa tendrá la bondad de fijarlos tan pronto como la operacion esté realizada á satisfaccion suya.

—Brion: no se puede regatear con un hombre de vuestras circunstancias. Teneis carta blanca, y el dinero no os faltará; id con Dios.

Una hora despues Brion se presentaba en la habitacion de la graciosa Alina.

—Señorita, le dijo; me han asegurado que en la ópera os han concedido dos meses de licencia, y que desde hoy podeis usar de ella, por lo cual vengo á rogaros querais tener la complacencia de haceros admirar por los buenos habitantes de la ciudad de Lóndres, al precio de dos mil francos por representacion. Vos misma sereis dueña de fijar el número de representaciones cuando habreis llegado á aquella gran capital; únicamente, para que el negocio quede concluido, os entregaré el valor de las cinco primeras.

El ofrecimiento era seductor y Alina lo aceptó, porque realmente desde aquel mismo dia podia usar de la licencia anual convenida en su ajuste.

—Hay solo un pequeño inconveniente, dijo Brion sacando de su cartera diez billetes de mil francos, y es que seria preciso marchar hoy mismo.

—Por esto no hemos de quedar mal, replicó la jóven artista contentísima con la proposicion que acababa de hacérsele: mis baules estarán hechos antes de finalizar el dia.

—Tendré, pues, el honor de venir á buscaros á las ocho. Mañana al amanecer estaremos en el Havre; ciertos negocios me obligan á tomar este camino; llegados allí podremos muy en breve embarcarnos en el paquebot.

Nada era mas simple, mas natural. Alina solo experimentaba una contrariedad, que era no poder hacer en el momento sabedor del asunto á Cárlos. Brion habia tomado sus precauciones por este lado, y mientras este último se dirigía á la habitacion de la Sílfiide, el primero era llamado á la embajada rusa para una conferencia y convidado á comer por el embajador, servidor respetuoso de la condesa Olga. Alina, pues, solo pudo dejar escrito este billete.

«Amigo, estoy en Lóndres; ven.»

Una hora despues entraba en un wagon, y al dia siguiente al amanecer se embarcaba en el Havre en compañía de Brion, que se habia dado buen trabajo en proveer á todo para que su compañera no sufriese la menor molestia.

—En verdad, decia ella á su doncella, que este es un director modelo como se encuentran pocos y que sabe arreglar las cosas á las mil maravillas. Gracias á él llegaremos á Lóndres sin apenas haber tenido que hablar una palabra ni hacer nada; esto es escelente.

Brion por su lado no estaba menos contento de sí mismo y de la manera como habia esquivado todas las dificultades. En verdad que habia recibido ya hasta cincuenta mil francos y que esperaba que no se detendria en esta pequeñez.

III.

A la mañana siguiente de la marcha de Alina, Mr. Luciano de Boismireau recibió una carta concebida en estos términos :

« Señor : la Sílfide ha remontado su vuelo , lo cual es lo mejor que podia suceder á vuestra familia. Vuestro querido sobrino la cree en Lóndres, donde es probable vaya á encontrarla ; pero él no la hallará en atencion á que la niña ha tomado distinta direccion. Vuestro sobrino no tardará en volver , desesperado , furioso , maldiciendo á la infiel, y dispuesto á vengarse de ella. Este será el momento oportuno para que entre en la via que vos tanto deseais que siga. No tengais contemplaciones y contad con un éxito seguro.»

Mr. de Boismireau corrió á la casa de su sobrino , pero este habia partido ya. No comprendiendo nada de la marcha precipitada de Alina se habia lanzado sobre sus pasos. Quince horas despues pisaba ya las calles de Lóndres y recorria todos los teatros. Ay ! en parte alguna sabian lo que queria decir : nadie habia oido hablar de la señorita Alina, Sílfide de la ópera de París. Carlos estenuado de fatiga fué á arrojarle sobre una cama en el primer hotel que encontró, á fin de seguir sus pesquisas al dia siguiente.

Efectivamente, al amanecer estaba ya en campaña ; buscó, rebuscó, sembró el oro á manos llenas y todo sin éxito alguno. Estaba claro que si Alina se hallaba en Lóndres se habia ocultado de suerte que nadie pudiese descubrirla , con lo cual el jóven estaba desesperado. Alina haberle hecho traicion ! su alma , su vida ! Una mujer que le amaba por él mismo , sin otra clase de interés , estaba seguro de ello. (Sobre esto los amantes siempre se hacen ilusiones).

Al cabo de quince dias , Cárlos se preguntaba á sí mismo si era mejor tirarse un pistoletazo ó arrojarle al Támesis con los bolsillos llenos de piedras , cuando vió aparecer en su domicilio un policemen que estaba encargado de saber dónde se hospedaba y que le entregó una carta del embajador de Rusia en París, en la cual le suplicaba que sin perder momento se trasladase á esta última capital, donde una nueva combinacion ministerial le podria tal vez adelantar muchísimo en su carrera diplomática.

Cárlos, ya lo hemos dicho de antemano, no era ambicioso; habíase al contrario, acomodado perfectamente con su posicion que le dejaba casi en libertad ; mas era porque entonces amaba ó era amado... Pero ay ! esta felicidad se habia desvanecido, perdido para siempre; por esto que-

ria morir... Apresurémonos á decir que este capricho habia durado poco: la carta del embajador fué suficiente para hacerle renunciar á su proyecto.

—Su escelencia tiene razon, se dijo; un hombre como yo se debe á su país... Dejarse abatir de esta manera por la traicion de una... Y haber tenido la debilidad de creerla... Ciertamente que hay sobrado motivo para que todos se rian de mí! Y mi pobre tio que se tomaba tanto trabajo para hacerme abrir los ojos... mas es tan hermosa, tan tierna! Querida Alina! Despues de todo ella no tenia el menor motivo para engañarme... Pero basta ya! ¿quién puede sondear el corazon de la mujer, ese abismo sin fondo, como decian nuestros mayores...? Y bien, sí, viviré! viviré para ver, para oir, para reir con las cosas grandes y con las pequeñas... Voy á hacerme filósofo... esperando que me hagan embajador, porque bien entendido, el interés general es primero que el interés particular.

Haciendo todas estas reflexiones Cárlos se estaba vistiendo; tan pronto como estuvo vestido corrió al embarcadero del camino de hierro, y al siguiente dia llegaba á París.

La primera persona que vió al llegar á su casa fué su tio, Mr. de Boismireau, que no pudo ocultar su alegría al volver á ver á ese hijo pródigo á quien abrazó cordialmente.

—Tio mio, dijo Cárlos, con voz mal segura por la emocion; he sido engañado, vilmente engañado...!

—No lo esperaba así, Cárlos, mas es preciso hacerse superior á la desgracia... En semejantes circunstancias este es el único partido que he tomado siempre: siempre he tenido fortaleza, mucha fortaleza...!

—Ah, querido tio...! Os ha sucedido muchas veces?

—Algunas... acá y allá... No diré que no me fuese muy penoso... al contrario; te diré de buena gana que mi pobre corazon se hallaba torturado, atribulado; pero entonces yo me decia; Luciano, ha llegado el caso de hacer la prueba de toda tu energía! Hacia la prueba y todo iba bien... Todo ello no es muy difícil.

—Yo tambien sabré tener energía!

—Voto á cribas, lo creo así; el hijo de mi hermana! no faltaba mas.

—Y sin embargo, no puedo olvidar á Alina.

—Tú no has hecho todavia nada para conseguirlo.

—Nada, es verdad... Mas sí, puesto que he vuelto de Lóndres.

—Buen principio que podrá ir muy lejos si tú quieres.

—Pues bien, tio! lo quiero; sí, lo quiero estremadamente...!

—Dios sea loado! Tú vas entrando en razon. Así, pues, me quieres por guia en tu porvenir?

—Me entrego á vos de cuerpo y alma!

—Cárlos, siempre he dicho que demostrabas una naturaleza superior... Vístete y vamos á comer en casa de madama de Chutzalow.

—Querido tío, debo mi primera visita al embajador de Rusia, que...

—No comprendes, querido, que el embajador solo te ha escrito para enjugar las lágrimas de esa mujer divina...? Si supieras cómo ella te ama? Esta mujer, dichoso mortal, te adora con un amor inmenso, inconmensurable... Y esto siendo tan hermosa!

—Es una encantadora mujer, convengo en ello.

—Y riquísima! Tres ó cuatro millones, sin contar las minas de oro en los montes Urales... Mucho mejor que en California, porque no están tan lejos.

—Sin duda: todo esto es magnífico; mas no estoy convidado, y ya veis que...

—Esto me atañe á mí solamente, querido sobrino... Para entre nosotros, debo decirte, que la hermosa condesa hace solo lo que yo quiero; comprendes..?

Cárlos no comprendía del todo; mas entreveía una especie de complot premeditado de antemano y que tenia muchos deseos de averiguar. Entre tanto, como parecia evidente que Alina lo habia engañado indignamente, y que es muy dulce dejarse amar, se dejó conducir al palacio de la condesa Olga, que se presentó radiante al verle y que se manifestó mas apasionada y mas tierna que nunca.

La velada que siguió á la comida fué un verdadero triunfo para la bella viuda moscovita; manifestó á la vez tanta ternura, tanta grandeza y abandono, tanta dulzura, que el pobre aprendiz de diplomático fué enteramente seducido, transportado, ébrio de pasion. No habian pasado treinta y seis horas desde que quiso ahogarse en el Támesis, y ya al siguiente dia hizo pedir solemnemente la mano de la condesa Olga de Chutzalow...

El corazon humano está amasado así, y de esto nadie tiene la culpa.

IV.

Ya hemos dicho que Brion, Alina y su doncella, se habian embarcado á bordo del paquebot sin que estas últimas hubiesen tenido que ocuparse absolutamente de nada del mundo referente al transporte del equipaje, precio del pasaje, ni de ninguna de esas nimiedades comunes en un viaje. Hubiérase dicho que solo habian cambiado de vehículo para

:

un viaje de pocas horas. Sin embargo, habia transcurrido la mitad del dia y el paquebot seguia su camino:

—Caballero, dijo Alina á Brion que venia á buscarla para almorzar; llegaremos pronto?

—Preciosa Sílfide, contestó este con toda la desenvoltura de un parroquiano del café de París; si el tiempo continúa bonancible y seguimos haciendo buen viaje, probablemente llegaremos á San Petersburgo antes de concluir el mes.

—A San Petersburgo! exclamó la linda bailarina, dando un salto en la silla; habeis acaso perdido la chaveta?

—Cómo he de haber perdido la chaveta, señora?

—Como habeis nombrado á San Petersburgo por término de nuestro viaje...!

—Y bien! No os he ajustado para un número indeterminado de representaciones en el Teatro Imperial de esa ciudad?

—Pero esto es una infamia; una monstruosidad! Vos digisteis que á Lóndres, caballero...! Para bailar en Lóndres me ofrecísteis cien lises por representacion...

—Señorita, me desespero al ver que vuestra memoria os es infiel; dije San Petersburgo, palabra de honor!

—No, no...! no quiero ir á Rusia... No iré, no iré... Que paren la máquina... Corro á ver al capitan...

—Señorita, no me opongo á ello; mas os juro que cuanto hagais será inútil. Aun cuando vuestras representaciones fuesen fundadas, el capitan no podria hacer nada: nada de este mundo le podria obligar á volver á desandar lo andado.

—Ah! esto es horrible! dijo Alina vertiendo un torrente de lágrimas... Y Cárlos, que tal vez á esta hora habrá partido para encontrarme en Inglaterra!

—Calmaos por Dios, señorita. Ha sido una equivocacion bien deplorable por cierto, convengo en ello; mas todo se arreglará, no lo dudeis.

—Guardaos vuestros consuelos, señor... No faltará justicia en Rusia... Allí, como en otras partes, el rapto, el secuestro de las personas es un crimen... Crimen del que os acuso desde ahora, del que os acusaré á mi llegada, y por el cual recibireis el condigno castigo... Dios mio! Dios mio! ir á Rusia cuando él está en Lóndres; él...! que me acusará de haberle engañado... que se desesperará... Pobre amigo mio. Cuántos sinsabores, cuántos disgustos voy á causarle involuntariamente... Salid, señor... no os presenteis delante de mí jamás, pues me dan ganas de arrancaros los ojos...!

Brion no se lo hizo repetir y marchó á sentarse á la mesa.

—Vamos, vamos, se decia para sí; la esplosion no ha sido tan terrible como yo imaginaba, y entreveo que antes que toquemos la tierra la hermosa Sílfide y yo hemos de ser los mejores amigos del mundo.

El pillastre se equivocaba; el dolor de Alina era demasiado verdadero, demasiado profundo, para calmarse con facilidad. Todo el tiempo que duró el viaje la jóven permaneció encerrada en su camarote, rehusando ver al miserable que era la causa de su afliccion.

—Diablos! se decia el diestro pillastron; si por casualidad la chica es capaz de ir, como dice, á denunciarme á las autoridades, buena la habré hecho... La justicia criminal es demasiado espedita en ese perro país... Es absolutamente preciso parar el golpe.

No habia que andarse en contemplaciones, pues para llegar á San Petersburgo solo faltaban veinte y cuatro horas de viaje. Brion escribió á la Sílfide que tenia que hacerle una revelacion de la mayor importancia, y que la suplicaba por su propio interés le diese audiencia; rehusar su súplica ó no acceder á su peticion, podria tener para ella las mas fatales consecuencias.

—Que venga, pues, dijo tristemente Alina.

Brion se presentó con aire contrito, arrepentido, con la cabeza baja, como un criminal que comparece ante su juez.

—Señorita, dijo: estoy verdaderamente apesadumbrado con lo que ha pasado; pero el mal es ya grave de por sí, y será peor si vos os quejais de mí como me habeis amenazado. Vos direis que os ajusté para *Lóndres* y yo diré que para *San Petersburgo*; tengo un recibo vuestro de diez mil francos que os he entregado bajo palabra, sin ajuste formal ni escrito; esto demuestra por mi parte un gran fondo de buena fé. De otra parte es muy probable que no os quieran escuchar en un país donde son muy severos en el artículo de pasaportes, y vos no le teneis... Es decir, teneis uno en buena forma legalizado en la legacion rusa de París; mas como yo lo pedí en nombre vuestro y lo pagué, y le tengo en mi bolsillo, y como no soy tan necio que quiera prestar armas á las personas que quieren combatirme, voy á romperle en seguida en mil pedazos y arrojarlo al mar, si no consentís en que nos arreglemos amigablemente. Sé, no obstante, que mis diez mil francos estarán muy aventurados; mas hecho semejante sacrificio, de los dos no sé cuál será el mas perjudicado.

—Ah! señor, puede que sin querer, sin saberlo, habeis hecho la desgracia de toda mi vida; veo asimismo que mi venganza no conduciría á nada. Solo pido una cosa, y es volver á París lo mas pronto posible.

—Hé aquí que empezamos á entendernos, señorita; con el mayor placer observo vuestras buenas disposiciones. Vais á ver como no seré

exigente: habeis recibido el precio de cinco representaciones; pues bien, no dareis mas que estas si así lo quereis.

—Desearia mejor dovolveros vuestro dinero y no pasar mas adelante, á fin de partir lo mas pronto posible.

—Comprendo perfectamente; mas para mí la compensacion no sería suficiente, siendo los gastos de viaje, como son, considerables.

—Los pagaré si haceis de manera que pueda marchar al instante.

—Además, podeis estar persuadida que vuestro talento me habia de ofrecer ganancias á las que tendré que renunciar.

La Sílfide bajó tristemente la cabeza; la pobre niña no era bastante rica para rescatar su libertad al precio que por ella pedia el astuto Brion.

—Pero tened en cuenta, replicó este último, que son cinco representaciones solamente. Negocio de quince ó veinte dias todo lo mas.

—Veinte dias! Un siglo entero!

—Sí, mas un siglo muy corto...

—Pues que no hay otro remedio, dijo la pobre niña, despues de un largo silencio, me resigno.

—Dadme vuestra mano adorada Sílfide...! sois un ángel...! ángel de bondad y de hermosura... Vereis como en adelante nos entendemos perfectamente.

La paz estaba establecida hacia ya algunas horas cuando Alina y Brion llegaron á San Petersburgo. Este último no perdió un momento; desde el siguiente dia obtuvo una audiencia del superintendente de los teatros imperiales, que lo era entonces el príncipe de Tz... Nuestro hombre ensalzó á la Sílfide, produjo en su abono veinte periódicos de París que entonaban sus alabanzas y la apellidaban la reina de la Opera. No faltó nada mas para que la alteza moscovita se entusiasmase. Es una cosa muy rara en este país helado que las pasiones se enciendan con tanta facilidad. Brion obtuvo por sus cinco representaciones un precio fabuloso, y la Sílfide obtuvo un suceso colosal.

—Y bien! hermosa niña, le decia el astuto pillastron á la jóven despues de la quinta representacion; qué os parecen estos hijos del Norte?

—Nada, contestó Alina; pues siquiera los he visto, apenas los he oido. Empiezo á vivir desde que estoy arreglando mis baules.

—Qué, os vais?

—Mañana á medio dia, si el billete que he hecho tomar no miente.

—Ingrata, cuán poco agradecida sois!

Alina arrojó sobre su interlocutor tal mirada desdeñosa ó de disgusto, que Brion por mas prevenido que estuviera, permaneció confundido; se retiró para salvar las apariencias, mas dos horas despues se encontraba en casa del príncipe de Tz...

—Qué hay de nuevo Brion? le dijo su alteza de quien el pillastre se habia captado la benevolencia.

—Nada bueno, serenísimo señor: la Sílfide se prepara á estender sus alas y echarse á volar.

—Qué quiere decir esto en francés vulgar, Brion?

—Esto quiere decir, monseñor, que mañana á medio dia la señorita Alina, la perla de la Opera de París, se hallará en el paquebot haciendo ruta para Francia.

—Tan pronto, amigo mio! Segun veo habeis puesto muy poca liga en las alas de ese hermoso pájaro?

—Monseñor, he hecho enormes sacrificios, ofrecimientos fabulosos para retenerla aquí. Mas ha tomado su partido; quiere absolutamente marcharse, y como se dice en Francia; *lo que quiere la mujer, Dios tambien lo quiere.*

—Que se diga en Francia, pase; mas en Rusia ni se dice ni se hace.

—Ciertamente que si su alteza quisiese...

—Y bien, mi alteza quiere, Brion! mi alteza quiere que la señorita Alina se quede aquí hasta la primavera, con objeto de atemperar un poco los hielos de nuestro invierno, que no son sin embargo tan terribles como se dice en vuestro país.

—Ah! monseñor, no hay como vuestra alteza para ocurrírsele ideas semejantes!

—Es bastante cierto, Brion; es por esto que nos llaman los franceses del Norte y quiero daros una prueba haciendo espedir á la Sílfide, como vos la llamais, una órden del emperador firmada con todas sus letras, *Nicolás*, obligándola á permanecer en el Teatro Imperial para contribuir á los placeres de S. M... Ya veis, amigo mio, como en San Petersburgo hemos sabido conservar vuestro hermoso Versalles de antes.

Efectivamente, la órden imperial fué espedida, poniendo á Alina en la mayor desesperacion... La pobre niña no sabiendo á qué santo encomendarse corrió á la embajada francesa, mas su excelencia el embajador le declaró que de un asunto de teatro no podia hacer un asunto diplomático; y que de otra parte, el príncipe de Tz... habiendo aceptado el número de las primeras representaciones, ella debia darse por satisfecha.

Alina se retiró deshecha en lágrimas; habia ya escrito á París y escribió de nuevo. Esto era bien poco remedio á sus males, y de otro lado corrian las semanas y los meses sin que recibiese la menor contestacion de su amante.

—Ya no me ama, me ha olvidado, se decia la pobre niña, y sus

lágrimas corrian de nuevo y su fresco y encantador semblante palidecía. Oh! cuán largos le parecían los días, y cuán lúgubre fué para ella ese interminable invierno! Cada día esperaba una carta y cada día se perdía su esperanza. Por fin volvió la primavera, desaparecieron los hielos, y la pobre Sílfide pudo remontar su vuelo hácia su querida Francia; mas en ella la aguardaban nuevos y mas crueles tormentos.

V.

Hacia seis meses que Cárlos de Arthenai se habia casado. La luna de miel habia sido larga, mas al fin habia pasado ya; no porque la bella moscovita estuviese menos apasionada ó que hubiese dejado de amar al hombre que habia conquistado con tanta dificultad; mas Cárlos, que solo habia cedido al despecho, al deseo de su madre, á una suerte de atraccion fascinadora, Cárlos en los brazos de esta mujer que le adoraba, no habia podido olvidar á su sílfide, á su Alina, tan hermosa, tan querida; y despues de haber querido arrojar de sí su imágen, se halló mas enamorado que nunca de la única mujer que verdaderamente habia amado.

Olga era demasiado astuta para dejarse de apercibir de la indiferencia de su marido, y de ello resultaron una infinidad de escenas tanto mas vivas cuanto los celos de la ex-condesa de Chutzalow eran escitados por las cartas de Alina que habia interceptado, y de las cuales Cárlos ignoraba la existencia.

Nos hallábamos en el mes de junio; los dos esposos habitaban en Anteuil una deliciosa casa de campo. Un día, en la hora del almuerzo, habiendo Cárlos cogido un periódico de los que acababan de traer, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—Qué teneis, Cárlos? le preguntó Olga.

—Nada, querida amiga... la fecha del diario acaba de recordarme que habia ofrecido á mi tío irle á ver hoy... Lo habia olvidado enteramente.

Cárlos mentia; nada habia prometido á su tío, y el movimiento que se le habia escapado no habia tenido otra causa que la vuelta de Alina al teatro de la Opera, anunciada por el referido diario. Mentia y se ruborizaba, lo cual probaba que por muy agregado que estuviese á una embajada, no pertenecia á la estofa de los grandes diplomáticos.

—Y es el recuerdo de una promesa hecha á vuestro tío lo que os ha causado tal emocion? preguntó madama de Arthenai.

—Mi hermosa amiga, no me he inmutado tanto como quereis suponer... Ese pobre tío, ya veis! Poco ha faltado que no le cumpliese la promesa que le dí... debemos comer juntos y pasar despues algunas horas en el Círculo Europeo, del cual es miembro.

Madama de Arthenai no insistió; no obstante se propuso averiguar la verdad que Cárlos á su parecer la ocultaba. Al entrar en su aposento preparóse á buscar los medios para llegar á su objeto, cuando le anunciaron á Mr. Brion.

—Qué hay, Brion, le dijo la altiva Olga.

—Hay señora, que las alas que yo habia cortado han crecido nuevamente y la Sífide ha vuelto.

—No me habiais prometido desembarazarme de esa jóven?

—Por algun tiempo, es verdad, y creo que he cumplido largamente mi promesa.

—Y por qué no para siempre?

—No diré que esto hubiese sido imposible, mas la cuestion, puesta en este terreno, debia llevar mas latas esplicaciones...

—Y estais seguro que esa criatura se halla en París?

—Tanto que hoy hace su nueva entrada en la ópera.

—Estaba segura que el mónstruo me engañaba! exclamó la imperiosa moscovita; es á la ópera donde quiere ir... Brion, Mr. de Arthenai va á marchar á París, donde debe comer y pasar la velada. Es indispensable que yo sepa todo lo que habrá hecho.

—Madama sabe que le pertenezco de cuerpo y alma; haré pues todo lo que sea humanamente posible para dejarla satisfecha.

—Podeis, si es necesario, hacer una visita á mi intendente. Idos ya.

Entretanto Cárlos se hallaba en un estado de grande agitacion: iba á volver á ver á Alina; era un deseo, una necesidad imperiosa, para que ensayase combatirla. De qué modo se le acojeria? Seria posible que el corazon de esa encantadora niña no hubiese guardado un átomo del amor que él habia hecho nacer? Qué le diria? Procuraría ella esplicar su conducta, justificarse?... Justificarse! ah! si esto fuese posible... si realmente ella era inocente!...

Todos estos pensamientos se agolpaban en la mente del jóven marido, quien á las cuatro entró en su carruaje. Media hora despues ponía el pié en la acera del boulevard, y despues de haber despedido el carruaje y el criado, entró en un café desde el cual escribió á la linda Sífide.

«Alina, vuestra traicion me ha hecho cometer una falta irreparable:

»estoy casado... y digo que es una falta, porque vuestra imagen ha permanecido grabada en mi corazón, á pesar de todos los esfuerzos que he hecho para arrancarla de él. Acabo de saber vuestra vuelta y héme á vuestra puerta. No os quedará una palabra de consuelo para aquel á quien habeis hecho sufrir tanto?»

Pocos minutos despues recibia esta respuesta, en la que dos gruesas lágrimas ocupaban el lugar de la firma:

«Ven, amigo mio, te espero.»

Corrió desolado á la habitacion de Alina la cual apenas le vió se arrojó en sus brazos.

—Acusarme de traicion! le dijo ella sollozando; á mí que he llorado tanto, que he sufrido tanto! Ah! Cárlos, esta es mucha crueldad!

—Pero por qué esa súbita desaparicion? Por qué engañarme haciéndome correr á Lóndres?

—Amigo mio, no os he escrito ya esto muchas veces?

—Vos me habeis escrito?

—Oh! bien á menudo! No era este mi único consuelo durante mi cautiverio?... Me hubiera muerto si no hubiera podido escribir.

—No he recibido una sola de esas cartas!... No hay que dudarlo; ambos hemos sido víctimas de un horroroso complot.

Alina refirió entonces todas las circunstancias de su viaje á Rusia hecho á la fuerza.

—Qué se ha hecho del miserable que os ha engañado tan vilmente? preguntó Cárlos.

—Lo ignoro; hacia ya mucho tiempo que habia abandonado á San Petersburgo cuando me fué devuelta la libertad.

Este miserable no estaba lejos; en este momento entraba en la portería de la casa de Alina, para cerciorarse que todavía habitaba el mismo aposento, y dos horas mas tarde se sentaba en la butaca vecina á la en que se sentaba Cárlos de Arthenai.

La vuelta de Alina en las tablas fué brillante; la linda Sílfide era tan dichosa por haber vuelto á ver á su bien amado, por saber que estaba allí para admirarla, que hizo verdaderos prodigios; hubo un torrente de aplausos y una lluvia de flores: fué un verdadero triunfo.

A media noche los dos amantes subian en un carruaje de plaza.

—Puedo todavía esperar dias felices, decia Cárlos radioso de dicha.

—A menos que nuestros enemigos no ordenen otra cosa; pues es preciso que los tengamos bien poderosos, cuando se han valido hasta del emperador de Rusia para la ejecucion de sus proyectos.

—Angel mio; semejantes enemigos no son peligrosos cuando se les conoce.

—Los conoces tú, amigo mio?

—Creo poder adivinarlos, y mis sospechas deben realizarse bien pronto.

En este momento llegaron á la puerta de Alina.

—Separarse ya? dijo la linda jóven.

—Es preciso, tierna amiga... á menos que... Veamos: la noche está magnífica; entraremos por la puerta escusada del bosque. Te dejaré por un momento en el jardin, á fin de hacer una pequeña escursion en mi casa; despues volveré á reunirme contigo, y pasaremos el resto de esta hermosa noche en medio de las flores. El carruaje nos esperará, y al apuntar el dia te llevará á tu casa... No dices que no, mi hermosa sílfide. Querida mia; el aire y las flores no son de vuestro dominio?

Alina ocultó su encantador semblante en el hombro de su amante, y aceptó el programa.

VI.

Al siguiente dia, un poco antes de las doce de la mañana, Brion se hallaba en la casa de madama de Arthenai.

—Y estais seguro de lo que decís? preguntó esta.

—Enteramente, señora; lo he visto y oido todo.

—Tambien lo que se decian durante el trayecto desde París hasta aquí?

—Tambien durante ese trayecto; porque lo he oido como un verdadero lacayo detrás del carruaje. Confesaré que la faccion ha sido un poco pesada; al punto de llegar tuve que tener buen cuidado de no menearme, á fin de no despertar la atencion del cochero, y la centinela ha durado cerca de tres horas.

—Y creis que esa miserable volverá?

—Esto está fuera de duda, por cuanto Mr. de Arthenai al despedirse le ha entregado la llave.

—Está bien, Brion; mas la primera vez que esto suceda, no falteis en advertirme sin tardanza, sea cual fuere la hora. Daré órdenes para que se os reciba y se os introduzca al momento que os presentéis.

Brion, como de costumbre, protestó de su completa obediencia y se retiró. Entonces la celosa y vengativa Olga pudo dar rienda al furor que la ahogaba.

—El infame, decia, se atreve hablar de traicion; él que con tanta impudencia olvida sus deberes y sus juramentos!... De qué soy yo culpable mas que de haberle amado en demasía?... Oh! venganza! venganza! cuán dulce vas á ser para mí!

:

Entretanto los amantes continuaban viéndose. Su felicidad no era á la verdad tan completa como otras veces; mas ellos no se amaban menos y el amor hacia desaparecer los escrúpulos. Cárlos, de otra parte, habia adquirido la certeza por su tío, Mr. de Boismireau, de que Olga era la autora de la maquinacion que habia hecho desaparecer á Alina por tanto tiempo, lo cual le daba valor para afrontar los acontecimientos que pudiesen resultar de su conducta. Iba cuando le parecia á París sin siquiera buscar un pretesto, no volviendo sino muy tarde. Olga no se quejaba.

—Perfectamente! pensaba Cárlos: ella se refugia en su dignidad; y por cierto que es lo mejor que puede hacer, porque la detesto, y ni siquiera me inspira la menor lástima. Y qué lástima podria yo tener á una mujer que ha destruido mi felicidad...! Tal vez sería mejor que ella se quejase; yo la aplastaría con el peso de mis justas recriminaciones, y se sucederia un rompimiento que me devolvería una parte de mi libertad... Sí: es menester que esto suceda.

Y combatido por esta idea, Cárlos trataba á la bella moscovita con un afectado desden que cada dia escitaba mas y mas el deseo de venganza que la devoraba.

—Señora, vino á decirla un dia Brion á Olga; la próxima noche habrá sesion en el jardín.

—Como siempre; estais seguro de lo que decís?

—No tengo la menor duda: la Sílfide ha tomado un carruaje por meses, y yo me he hecho amigo del cochero; porque para serviros, señora, nada me arredra; y si vos me hubiéseis sido mas esplicita ó mas confiada cuando hice el viaje á Rusia, hoy no tendria el disgusto de ver palidecer vuestro radioso semblante...

—Basta, Brion; mi semblante nada tiene que ver con el resultado de vuestras observaciones; soy confiada y esplicita cuanto quiero serlo. Me hablabais de un cochero del que os habeis hecho amigo; permanezcamos en este terreno.

—Sí, madama, replicó Brion con voz mas sumisa que antes; y he creido que por mi parte este acto esplicaba mi adhesion. Gracias á ese hombre, yo sé siempre dónde va la persona que vos sabeis, y puedo subir sin temor en la trasera del coche... Me detengo en estos detalles para probaros que no puedo engañarme. Sé, pues, que la Sílfide ha dado esta mañana licencia á su cochero por todo el dia, y le ha recomendado eficazmente que se encontrase en su puerta á la media noche en punto.

—Pero esto no esplica dónde ella quiere ir á semejante hora.

—No; mas lo que lo dice es un pequeño billete que Mr. de Arthenai ha rasgado esta mañana paseándose por el bosque, del cual hé aquí los

fragmentos; reuniéndolos es muy fácil leer: *Esta noche, junto al estanque.*

Un sudor frio corrió por el rostro de madama de Arthenai cuando hubo arrojado una mirada sobre los pedazos del billete; sus miembros se agitaron convulsivamente.

—Para esta noche mi venganza! exclamó con voz medio ahogada.

Despues esforzándose en aparentar la mayor calma, dijo:

—Gracias, Brion; estoy contenta de vos.

Las horas transcurrieron; vino la noche y dieron las doce. Veinte minutos despues el carruaje de Alina se paraba en el bosque cerca de la pequeña puerta de la que hemos hablado en otro lugar. La Sílfide abrió esta puerta y se lanzó juguetona en el jardin. Al acercarse al estanque creyó percibir una cosa que tenia forma humana detrás de un grupo de rosales.

—Eres tú, amigo mio? dijo la jóven á media voz.

No le contestaron; pero al mismo tiempo una mujer dió un salto hácia ella, levantando el brazo para herirla. Alina quiso huir; sus menudos piés resbalaron en el mármol cayendo en el estanque y arrojando un agudo grito. Estando el agua poco profunda, hizo un esfuerzo para levantarse; mas entonces la desgraciada fué detenida por una fuerza invencible. La jóven brega algunos instantes; á poco se estiran sus miembros, su corazon cesa de latir, sus ojos se cierran: ella espira.

Mientras pasaba tan horrible escena, Cárlos de Arthenai trataba inútilmente de abrir la puerta de su cuarto, que estaba cerrada por la parte exterior. Se pasó mucho tiempo sin que llamase á su ayuda de cámara, pues no queria que nadie fuese confidente de sus paseos nocturnos. Por último, se decidió á tirar del cordon de la campanilla; vino un criado, la puerta se abrió y Cárlos se dirigió al sitio donde debia ser esperado. A algunos pasos del estanque creyó ver vestidos de mujer, y un velo que flotaba al viento.

—Eres tú, mi querida Sílfide? dijo.

Apenas pronunció estas palabras, cuando reconoció á Olga; sus ojos lanzaban rayos; un puñal brilla en su diestra.

—La Sílfide ha muerto; dijo con voz estridente, y la Willy se vengó.

En el mismo instante, Cárlos cae herido de una puñalada en el pecho.

Solo á la salida del sol el jardinero percibió el cadáver de Alina flotando en el estanque, y á su señor desvanecido sobre la arena. Fuéronle administrados los mas eficaces socorros, mas la herida era mortal, y únicamente sobrevivió algunos dias á la desgraciada Sílfide, de quien habia causado la muerte.

LAS WILLYS

En cuanto á la vengativa hija del Norte, ella habia desaparecido. Qué se habia hecho, pues, esta mujer? Nadie podia decirlo de una manera positiva, mas se la habia oido exclamar: «Las Willis son las Sílfides del Norte; ellas tienen tambien blancas alas y el corazon tierno; pero desgraciado el que les hace traicion ó las desprecia!» De otra parte, segun la mitología del Norte, las Willis, demonios de la noche, son desposadas muertas y abandonadas, que atraen en sus conciliábulo nocturnos á sus amantes infieles, objetos de su implacable venganza, y no los abandonan sino cuando los han visto espirando de fatiga.

¿No sería tambien posible que la vengada Willy hubiese vuelto al país de las nieves?

FIN DE LA SÍLFIDE Y WILLY.



F. Martínez lit.

Lit. de J.J. Martínez Macha

LAS WILLIS



Lit. de J. J. Martínez, Madrid.

LA HADA.

EPILOGO.

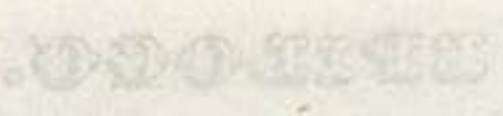
Habiendo ya dado casi fin á nuestra tarea, poco nos queda que decir de otras divinidades que la supersticion y la ignorancia ha hecho correr por nuestro mundo sublunar como una cosa real y verdadera.

Hemos hablado de las mujeres mitológicas. Nada tan delicioso, tan encantador, que esas soberanas del mundo invisible, bellas y jóvenes por una eternidad, que se ostentan radiosas en sus palacios de oro y de cristal, que sentadas en un carro de fuego, ó conducidas por dragones, en un instante atraviesan la inmensidad para socorrer ó defender á sus protegidos, y que de un golpe de su varita mágica que les sirve de cetro, producen maravillas de las que la imaginacion no se cansa jamás!... Si hemos hablado de las hadas, nuestro pesar es el de no haberles consagrado un espacio digno de ellas, de no haber dicho nada en particular de Melusina; esa protectora de la casa de Lusignan que tuvo del conde Forez, su marido, ocho hijos: el primero Uriano, rey de Chipre, que tenia un ojo rojo y el otro azul, el rostro corto y ancho y descomunales orejas; el segundo, Odon, rey de Armenia, con una oreja mas larga que la otra; el tercero, Guion, duque de Luxemburgo, cuyo ojo derecho era enorme, mientras que el otro era estremadamente pequeño; el cuarto, Antonio, rey de Bohemia, que hubiera sido muy hermoso á no tener garras de leon en vez de manos; el quinto Reinaldo, rey de Bretaña, que leia á la distancia de mas de veinte leguas, sin embargo de tener un solo ojo; el sexto, Godofredo, señor de Lusignan, que hubiera sido un caballero de una perfecta belleza, si no por su agudo colmillo como el de un javalí; el sétimo, Trimondo, conde de Partenay, que tenia velluda la nariz, y el octavo que no quiso casarse y se hizo fraile, porque tenia tres ojos en la mitad de la frente; personajes que seguramente merecian nos ocupásemos de ellos. Hubiéramos tambien debido hablar de la Korigana, esa hermosa hada bretona de largos y hermosos cabellos de oro, que le bastaba hacerse peinar para atraer á su alrededor una tropa de adoradores.

Tampoco si hemos hablado de las sílfides, hemos dicho que cada una tenia su silfo, y los ondinos su ondina, ni otra porcion de por menores para no cansar al lector.

Los gnomos no han entrado en nuestro relato, ni toda esa cáfila de génios que poblaban la tierra, puesto que si tuviésemos que referir todo lo que de ellos se cuenta, no nos bastaria un nuevo volúmen, y temeríamos que el lector se cansase y lo arrojase de sí, prefiriendo concluir nuestra narracion de una manera mas digna, como lo hacemos, suplicándole no tome por realidad cuanto se ha inventado en unos tiempos en que los hombres eran mas crédulos, en unos siglos donde la inteligencia humana parecia como aletargada y se entretenia en maravillosos cuentos, que si bien contienen mucha poesia, solo satisfacen la imaginacion, lo cual en ninguna manera puede suceder en nuestra época en que todos estamos por lo positivo.

FIN.



Habiendo ya dado así fin a nuestra tarea, poco nos queda que decir de otras dividades que la superstición y la ignorancia ha hecho correr por nuestro mundo subterráneo como una cosa real y verdadera. Hemos hablado de las mujeres mitológicas, nada tan deliciosas, tan encantadoras, que esas soberanas del mundo invisible, bellas y jóvenes por una eternidad, que se ostentan rutilantes en sus palacios de oro y de cristal, que se sientan en un carro de fuego, ó conducidas por dragones, en un instante atraviesan la inmensidad para socorrer ó defender á sus protegidos, y que de un golpe de su varita mágica que les sirve de cetro, pueden transformar de las que la imaginación no se

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>PÁGS.</u>
Las Ninfas.....	30
Las Musas.....	54
Las Peris.....	97
Las Harís.....	98
Las Ondinas.....	101
Isis y Osiris.....	113
La Dama Blanca.....	147
La Sílfide.....	154
La Willy.....	174
La Hada.....	178

Los genios no han entrado en nuestro relato; ni toda esa casta de genios que poblaban la tierra, puesto que si fuéramos que relato todo lo que de ellos se cuenta, no nos bastaría un nuevo volumen. Y lamentamos que el lector se cansase y lo excusase de sí, prefiriendo concluir nuestra narración de una manera más digna, como lo hace este, suculento no tanto por realidad cuanto por la inventada en sus tiempos en que los hombres eran más crédulos, en unos siglos donde la inteligencia humana parecía como ataraxada y se entretiene en maravillosos cuentos, que si bien contienen mucha poesía, solo en la forma de la imaginación, lo cual en ninguna manera puede suceder en nuestra época en que todos estamos por lo positivo.

RC

MEMORIA PARA LA COLUCCACION DE LAS LAMINAS

	PAG.
Los Dientes	34
Los Muelas	34
Los Incisivos	35
Los Caninos	35
Los Premolares	35
Los Molares	35
La Corona Dental	37
La Alveola	37
La Vena	37
La Hala	38

LIBRERÍA BERCEO

COMPRA Y VENTA

C/ Juan de Herrera, 6 (Junto a C/ Mayor)

28013 MADRID

Teléf: 91 559 18 50 Fax: 91 547 75 60

e-mail: libreriaberceo@hotmail.com





MUSAS

Y

HADAS



L. N.

